TODO TIEMPO PASADO

ALVARO CASTILLO

ALVARO CASTILLO

TODO TIEMPO PASADO

© Derechos de autor propiedad de los herederos de Álvaro Castillo.
© Portada diseñada por Lola Sungai
sungailola@gmail.com

INDICE

Prólogo

I. La familia

La vieja Concepción

Paseos de domingo

El tío Federico

El regreso

El merodeador

El infierno

El fundador

El ritual

II. El mundo de afuera

El colegio

Los forajidos

Visita a un museo

Una novia

El liceo

Un asesino

El día de los muertos

Los maricas

De nuevo la vieja

III. La otra gente

Fiesta de despedida en el jardín

La casa nueva

Amigos y enemigos

Un sueño

Los pescadores
Una tarde con mamá
El Carpincho
Sus padres
Su hermana
Yo
El abuelo
IV. El aprendizaje
Los burdeles
El testamento
Sombras chinescas
El refugio
Las dos locas
La espera
Una visita
V. La sabiduría
La mascarada
Los viejos tiempos
La seducción
VI. Los vivos y los muertos
La estatua
El lenguaje secreto
biografía y enlaces

PRÓLOGO

Hubo un momento en que pude creer que esta novela era mía. En cierto modo tortuoso, yo era el autor.

El libro creció junto con la adolescencia de Álvaro Castillo. Allá, por sus dieciocho años, se trataba del borrador de un cuento, de una muerte y un abuelo. La inteligencia literaria tiene la debilidad de ser inocultable. Álvaro me traía nuevas versiones con mucha fe en el no nacido libro y en mi opinión. Implacable, yo comentaba e incitaba. A los seis meses, más o menos, Álvaro Castillo insistía con otra visión de la muerte de su abuelo. Haciendo memoria, en aquellas tentativas mató dieciséis veces al viejo señor. Aunque no creo que lo haya logrado nunca.

Álvaro Castillo se vino a España y gocé de un par de años, libre de fantasma.

Pero también yo vine, estoy, y el abuelo, tan viejo amigo de la muerte, me estaba esperando, tan puntual como su frecuentada amiga.

Sin embargo, ya no se trataba del ansioso boceto de cuento, sino de una novela madura, asombrosamente bien escrita y construida. Éste es el libro que me atrevo a prologar, llamando la atención de los miopes.

Juan Carlos Onetti
Madrid, mayo de 1975.

A mi mujer

A.C.

Creo que el recuerdo más antiguo que conservo es el de la vieja Concepción que me llama con los brazos abiertos en la luz del mediodía en el salón grande, sus brazos como antenas de un radar girando por instinto, moviéndose por borrosas percepciones hacia donde yo estaba y su voz oscura que pronunciaba mi nombre con un susurro salivoso. La vieja siempre se sentaba en uno de los sillones de falso gobelino, metida muy derecha entre almohadones.

De tardecita, todos nos reuníamos delante del fuego de la estufa a leña. Mi memoria se resuelve por el frío de la baldosa en mis piernas desnudas, por el horrorizado descubrimiento de que las llamas también daban sombra. Yo miraba con horror la sombra movediza de las llamas en el piso y seguramente arrojaba papelitos apretados y trocitos de pinocha hacia dentro del fuego, porque todavía de hombre me sigue gustando hacer lo mismo, sentarme delante del fuego chupando caramelos y tirando hacia las llamas bolitas de papel y pedacitos de pinocha.

Al atardecer –y siempre es el atardecer en el recuerdo-, en invierno –y siempre es el invierno-, el abuelo se inclinaba ceremonioso a mi lado para remover las brazas con el atizador de hierro. Yo tenía las manos, no sé cómo, encastradas con hollín.

Yo tenía las manos encastradas con hollín y mi madre me gritaba “No me toques”, girando hacia un costado en su silla de respaldo duro, huyendo de mis dedos tiznados, gritando “No me metas encima tus sucias manos” y girando en la silla con los pies en el aire y derramando la taza con tilo encima de su vestido celeste.

Yo tengo las manos encastradas con hollín y mi madre me ha golpeado la cara con toda la dureza descalabrada y metálica de sus dedos nerviosos y en seguida ella también se pondrá a llorar. Se alejará corriendo, con su vestido celeste, con su grito agudo temblando hacia lo alto, con sus piernas flacas tropezando en obstáculos imaginarios y mi abuelo, que ha dejado el atizador apoyado en los ladrillos de la chimenea, me revuelve el pelo con una mano caliente y por encima de mí, a mi espalda –lo sé, lo siento, es como si lo viera-, le guiña un ojo a mi padre que le responde con una sonrisa apagada que también es un poco para mí que sigo llorando porque mi madre, que ha dejado de correr y de gritar, que anda ahora perdida en los espacios nebulosos de la planta alta, me ha pegado en la cara, y todavía me duelo más que del golpe del sonido áspero de sus dedos en mi piel.

El abuelo ha sacado su pañuelo impecable del bolsillo del chaleco y me lo ha entregado.

-Limpiate esas manos, secate esas lágrimas, los hombres no lloran.

Y entonces el recuerdo regresa al frío de la baldosa en mis piernas, pero ahora-¿cinco años? ¿seis?- la sombra de las llamas en el piso ya no me causa horror. La miro simplemente, sin sonreír. Y me duele la mejilla castigada.

I. LA FAMILIA

LA VIEJA CONCEPCIÓN

La vieja alargaba hacia mí sus huesudos brazos poblados de venas azules y me llamaba. Tenía una vocecita remota y vibrante, algo así como el ruido lejano de una puerta mal aceitada que se abría o se cerraba. Yo me iba a los tropezones hacia dentro del cerco de aquellos dos brazos estirados, metiéndome de lleno en el olor, espiando curioso la larga nariz de gancho que surgía abrupta y empinada, una nariz como un perfecto corcovo de caballo, entre los lentes redondos. Me trepaba jadeando por los largos pollerones negros, prendiéndome del trapo con las uñas y, en un definitivo envión de jinete acostumbrado, me sentaba, me sentaba removiéndome en lo lato de la alta cordillera de las rodillas puntiagudas de la vieja, sumido como en un sueño en aquel olor vagamente vegetal, un perfume de sebos derramados, de sedimentos, de pasadizos oscuros y de claustros musgosos: el olor de los insondables años de virginidad o de las muchas virginidades sucesivas y acumuladas de la vieja. Era un olor duro y salobre, que se desgajaba, que se despegaba, que se arrancaba a tiras de la piel de la vieja como si fuera una costra.

Siempre andaba dando vueltas por los corredores y por los salones, la vieja. Le gustaba pasearse lentamente por aquellos lugares penumbrosos, dentro de formas, olores, sabores y vagos colores conocidos de memoria: la vieja era tan vieja como la casa misma, siempre había vivido entre aquellas paredes y ya se moriría sin salir de allí.

Yo estaba siempre atento esperando el rumor de la vieja, su inminencia, su proximidad. Era un rumor como de olas perdidas o como de remotos pájaros volando. No es que la espiara sino que la esperaba, porque era todo un espectáculo verla irrumpir como un espectro o como una vieja diosa inmortal en desgracia desde lo hondo de un corredor con poca luz, verla acercarse con esa suavidad casi tortuosa de los ciegos, con esa blandura un poco pegajosa de animal de pantano, un brazo estirado hacia adelante, el otro tanteando en la pared y el ras ras ras de los pollerones negros levantando polvo del suelo.

Saber que yo la veía a la vieja pero que ella no podía verme a mí. Mirarla pasar a mi lado con los ojos bien abiertos y con la boca desdentada mascullando finales de plegarias.

Una tarde la esperé escondido en un recodo de un corredor y la asusté.

-Bú.

La vieja aflojó las rodillas y girando en el aire se cayó de espaldas sin un grito. Su cabeza sonó duramente en la baldosa y sus ojos se quedaron muy abiertos y muy blancos, con las pupilas tragadas por los párpados. Yo pensé que se

había muerto y corrí y grité. Tuvieron que reanimarla con sales.

La vieja se llamaba Concepción Barlcarce, era tía de mi abuelo, tenía entre ciento dos y ciento cinco años cuando se murió y había sido rubia y alta y, según algunas viejas fotografías amarillentas de unos álbumes familiares, muy hermosa, con esa belleza un poco desabrida de matrona antigua. A mí, sin embargo, por su nariz empinada, por la fláccida papada que le colgaba temblando en un redundún de péndulo loco me parecía que tenía cara de emperador romano. Una vez se lo dije y me tiró un bastonazo. No usaba bastón para caminar pero había heredado la colección de bastones de mi tatarabuelo y siempre tenía alguno a mano, para matar cucarachas. Sus oídos hipersensibles detectaban las patitas de los insectos que corrían de noche contra la pared y entre los muebles y zás: el bastonazo. Tenía una puntería endemoniada, la vieja.

A mí me pegó en la boca, reventándome un labio, y recién a la semana volvimos a hablarnos.

-Ten –me dijo, entregándome una redonda pastilla de menta-. Tienes que aprender a no decir cosas feas de los mayores.

Yo esperaba la hora de la siesta para ir a meterme en la pieza de la vieja, un cuartucho sin ventanas y con una lámpara de mesa siempre encendida. La lámpara estaba cubierta por una pantalla floreada y desflecada, con hojas de ceibo clavadas con alfileres a la tela oscura. Su luz era gris y sucia aunque con leves reflejos verdosos y rojizos

que formaban figuras misteriosas en las paredes. Yo siempre estaba esperando ver el momento en que las figuras empezaban a moverse.

Recuerdo la cama estrecha apretada entre los roperos, el mármol veteado de la mesa con las puntillas, el desvencijado aparador con adornos de cristal y de porcelana, los dos espejos tapados con trapos negros –la vieja no quería verse la cara ni siquiera con el recuerdo de vista que conservaba-, la elevada silla mecedora, los tres grandes retratos ovalados que colgaban en la pared encima de la cabecera de la cama y el rosario de bellotas con una gran cruz de madera clavado entre los retratos. También recuerdo el ardor corrosivo del polvo encerrado desde hacía siglos entre esas paredes.

Yo me ponía a manosear algún libraco vetusto mientras aguardaba que la vieja terminara con sus milimétricas labores de puntilla. A veces, entre dos hojas de aquellos libros de tapas gruesas –algunos tenían cerraduras enmohecidas que ya no funcionaban-, yo encontraba una flor aplastada, una mariposa disecada, un viejo recorte de diario, una estampita de la Virgen de los Milagros, una cinta de terciopelo gastado y descolorido. Ya al principio sospechaba que la vieja metía aquellas cosas allí sólo para que yo las encontrara, pero yo igual las observaba con una perplejidad minuciosa, con la incierta sensación de haber descubierto, y de tener entre mis dedos, algunos jirones de un tiempo olvidado, algo tan viejo y tan indescifrable como el principio mismo del mundo y del tiempo. Yo había oído ha-

blar a la vieja de las carrozas con caballos, de las mujeres con sombrilla y los hombres con galera que paseaban tomados del brazo alrededor de la plaza con la fuente. Los fósiles, las reliquias, a veces olían, suavemente, a lavanda. Y a veces apenas a moho o a herrumbre. Yo los escabullía presurosamente en mi bolsillo y seguía mirando a la vieja.

Veía a la vieja meter y sacar sus dedos entre sus alfileres y sus palitos barnizados. Los alfileres tenían un remate de pedrería roja que se multiplicaba al entrar en la luz. La miraba manejar habilidosa los múltiples palitos y los largos alfileres haciendo crecer con sus dedos, en filigranas absurdas, la trama de la puntilla. Al verla ahí volcada sobre aquella especie de enorme huevo aplastado en las puntas en el que crecía y se desbordaba la puntilla, al verla con sus ojos casi ciegos tratando de descifrar los misterios del entramado microscópico, al verla inclinada y encorvada dentro de la luz difusa me parecía estar espiando a una comadreja desdentada, a un hurón hambriento, a un zorro, en cualquier caso a un voraz animalejo rampante con sus uñas filosas buscando alimento.

La vieja sacaba y ponía alfileres, entreveraba los palitos con los dedos haciéndolos sonar en el silencio polvoso. Seguramente aquellos dedos acostumbrados, aquellas yemas arrugadas y sin sangre sabían más de lo que había en la puntilla –de lo que había en el mundo al tacto de paredes, de vidrios y de cosas- que los ojitos arruinados con la sombra blanca de las cataratas recortándose alargada del lado de adentro de los lentes redondos. La vieja leía la pun-

tilla con los dedos como si fuera un texto escrito en sistema Braille y, al terminar, se sacaba los lentes inútiles de un manotazo, se trasladaba a ciegas hasta su alta silla mecedora, entrelazaba los dedos contra el vientre y me contaba historias.

PASEOS DE DOMINGO

Los domingos, el abuelo se empilchaba como para el carnaval, el gacho hacia una oreja, la flor amarilla en el ojal, el bastón de caña flexible laqueada colgado de un brazo, los guantes amarillos, las polainas. Había sido un dandy mi abuelo antes de casarse (por dinero) y meterse en política (por aburrimiento) y dedicar sus horas de ocio –que día a día se fueron multiplicando hasta que el ocio ocupó su vida entera- al cultivo de flores raras en su invernadero y a la lectura de viejos libros en latín. Sin embargo, ya en mis recuerdos más antiguos el viejo se emborracha majestuosamente con su porrón de whisky encajado en un dedo, ya usa aquellos dientes postizos que hacía sonar al reírse, ya los domingos se empilcha de lujo para ir a pasearse por el Prado, revoleando su bastón. Con mango de oro.

Después el abuelo ya me llevaba al Prado con él y entonces yo también tenía que empilcharme con lo mejor –recuerdo unos pantaloncitos de pana y un saquito marinero cruzado, con los botones dorados-, tenía que peinarme con

agua y con la raya bien hecha a un costado, ponerme los zapatos de atar que eternamente me apretaban en los pies, probar sonrisas delante del espejo.

El viejo me agarraba de la mano con su guante amarillo y mi padre me metía unas monedas en el bolsillo para que yo me comprara caramelos y refrescos. El abuelo me agarraba blandito de una mano y me llevaba junto a él, sin hablarnos, los dos caminando despacio por las calles sombreadas de eucaliptos. Al acercarse a los paseos del Prado, el viejo se apartaba de mí y se soltaba de mi mano y se acomodaba el corbatín amarillo, el reluciente sujetacorbatas y el gacho, ladeándolo en la cabeza. Estiraba hacia los codos sus guantes perfumados, removiendo los dedos, con el bastón con mango de oro colgado del brazo y se miraba en mis ojos, agachándose, como si mis ojos fueran un espejo.

-¿Estoy?

-Estás.

Y seguíamos, yo feliz con mi plata que sonaba en mi bolsillo, con mi mano en una mano del abuelo, con mis zapatos apretándome los pies, esperando sólo que el abuelo empezara a sonreír y a mover la cabeza saludando a los conocidos a los sombrerazos.

La luz del sol entre los árboles, los viejos sentados en los bancos de cemento, mis propios pasos avanzando entre las piedras de los caminitos que se cruzaban entrando y saliendo, subiendo y bajando, retorciéndose en un lento y apretado juego laberíntico. El abuelo que saludaba a los conocidos, que se atusaba los bigotes, que se detenía un mo-

mento a conversar con algún otro viejo, revoleando con aspavientos su bastón –con mango de oro- y encendiendo en una prestidigitación de mechero, lumbre y humo uno de sus nefastos cigarritos brasileros. Mi abuelo que miraba a las mujeres jóvenes con unos ojos de viejo afectuoso aunque detrás de la mirada, aunque detrás de los ojos, aunque detrás de los cuidadosamente descuidados ademanes, aunque detrás de la cauta, aunque detrás de la meliflua, fácil, apacible sonrisa de viejo cariñoso y comprensivo, aunque detrás de todo aquel complicado camuflaje se escondían una voluntad escindida, un pasado glorioso, el amor de una cupletista, una vieja operación a la próstata, una viudez temprana. Todo eso.

Mi abuelo que me soltaba de su mano y me empujaba, presuroso y distraído, hacia los árboles y los pastos y yo que me iba corriendo a entreverarme con los demás niñitos bienvestidos que jugaban entre los setos y los canteros. Los niñitos malvestidos nos hacían muecas y nos tiraban piedras desde el otro lado de un camino de pedregullo y unos canteros sin flores. Nosotros no les hacíamos caso, nos empujábamos y corríamos por puro aburrimiento, cada cual vigilando y gozando del aburrimiento de los demás, empujándonos y riéndonos sin ganas cuando mi abuelo ya había ido a sentarse en alguno de los bancos de cemento o de piedra entre otros viejos.

Los viejos siempre eran los mismos viejos, aunque se alternaban, don Ramón, don Eulogio, don Carlos, don Jenaro, don Plinio, don Irazoqui, don Gregorio, don Zamudio,

como figuras de un caleidoscopio. Cuando alguno de los viejos dejaba de aparecer por algún tiempo nosotros ya sabíamos aunque no decíamos nada: RIP.

Todos los viejos en silencio apoyando los bastones en el suelo, las manos en los pomos de los bastones, el mentón en las manos en los pomos de los bastones, el mentón en las manos apoyadas en los pomos de los bastones apoyados en el suelo: así miraban libremente a las mujeres y se codeaban comentando formas, texturas, redondeces y colores, creyéndose que nosotros, jugando, los niños, no los veíamos. Pero nosotros no jugábamos, los niños, sino que todo era un complejo simulacro de juego. Por aburrimiento.

Los niñitos malvestidos, con sus andrajos y sus crenchas mugrientas, nos tiraban piedras desde el otro lado del camino de pedregullo. A veces venía corriendo hacia ellos el guardián gordo, con su vara de mimbre en una mano, revoleándola, y el silbato en la boca. Los espantaba.

Nosotros no arrancábamos las flores ni le tirábamos piedras a nadie. No andábamos por ahí meando contra los bancos, asustando a los perros y a los gatos, pidiendo limosnas, haciéndoles zancadillas aparatosas a las viejas. Por eso nos dejaban jugar en el pasto y revolcarnos todo lo que quisiéramos entre los árboles. Pero a los niños malvestidos no.

Por eso venía el guardián corriendo y jadeando y agitando su vara de mimbre, haciéndola zumbar al revolearla por encima de su cabeza. Los niños malvestidos huían en desbandada con sus piernitas torcidas y con sus pies des-

calzos, haciendo muecas hacia atrás y a veces tirándole piedras al guardián también, con esa audacia un poco suicida de los desesperados. Se escondían atrás de los árboles, apretándose como sombras a la corteza rugosa.

Una vez uno le hizo una zancadilla al guardián, escondidito detrás de un ombú estiró la patita cuando el guardián pasaba corriendo con su vara de mimbre y con su silbato estridente. El guardián gritó al caer, al elevarse como un globo imposible y volar con los brazos abiertos hasta dar de cara en la tierra dura entre las raíces. Seguía gritando en el suelo, redondo y gordo y pataleando, sin poder levantarse, como una gran tortuga dada vuelta.

El abuelo y los otros viejos junto con algunas señoras y algunos señores bienvestidos que se estaban paseando tomados del brazo por los senderos sombreados se arremolinaron alrededor del hombre que se debatía con su gordura desparramada en el pasto y entre sonrisas lo ayudaron a levantarse. El hombre tenía los pantalones embarrados, la cara sucia de tierra, los ojos muy abiertos, rayones de sangre en las mejillas mal afeitadas. Estaba llorando entre la tierra empastada en su cara y entre la sangre, se le había quebrado su vara de mimbre, se le había perdido su silbato y ya nunca perdonaría la jugarreta que le habían hecho los niños malvestidos.

Desde ese día, en cambio de tocar el silbato –su nuevo silbato dorado, que llevaba colgado al cuello con una piola grasienta- para anunciarse, venía sigilosamente agazapado detrás de los yuyos y de los cercos de matorral y de trans-

parentes y aparecía gigantesco y feroz entre los niños malvestidos. También les tiraba piedras.

Una vez uno de los niñitos malvestidos tropezó en las raíces de un árbol y se cayó. El guardián, que venía corriendo detrás con su vara de mimbre, con su silbato en la boca, con su vara de mimbre alta en un brazo, con su silbato dorado y agudo apretado entre los dientes, con su vara de mimbre que zumbaba en el aire, lo pateó sin dejarlo levantarse y bajó ferozmente la vara de mimbre y aflojó los labios alrededor del silbato y se rió y volvió a patearlo.

El abuelo se levantó, saltó por el cantero sin flores más ágil que un hombre joven, agarró por un brazo al guardián, lo dio vuelta en el aire y le pagó dos veces en la cara, en la boca, con la mano abierta. Los labios del guardián echaban espuma junto con la sangre: sus ojos afilados miraban al niñito malvestido que ya se iba corriendo, volviéndose cada tanto para hacer morisquetas. El abuelo le dio unas monedas al guardián y lo acompañó unos pasos, palmoteándolo en los hombros al empujarlo hacia afuera del pasto.

Los niños malvestidos nos tiraban piedras y nos insultaban hasta que una tarde Richie Beramendi llevó dos hondas de alambres reforzados y entonces nosotros pudimos cobrarnos nuestra venganza. Los corrimos a hondazos.

Entre los niños malvestidos también había niñas malvestidas que se levantaban las polleras y nos enseñaban las sucias bombachas rotosas. Se acercaban a nosotros y nos sacaban la lengua, con las polleras subidas hasta el pescuezo, sacudiendo las caderas y el vientre en una grotesca imi-

tación de bailarinas cabareteras, mostrándonos el ombligo, mostrándonos las costillas descarnadas y las puntas oscuras de los pezones.

Había una pardita motuda y altanera que nos soplaba besos, mirándonos a los ojos con sus ojos muy abiertos, brillantes y burlones.

Aquella tarde yo le apunté a la pardita a la cabeza con la honda y apreté los párpados al abrir los dedos que sujetaban la piedra puntiaguda. Sentí el silbido y el chasquido de la goma, el aire caliente de la piedra al salir despedida, el retemblar de los alambres retorcidos entre mis dedos y, al abrir los ojos, la vi a la pardita, arrodillada en el suelo, encogiéndose, agarrándose al cabeza con las dos manos. Tiré la honda entre unos pastos y me senté bajo un árbol, con los codos en las rodillas y con el mentón en las manos, esperando que el abuelo de una vez me llamara.

El abuelo se levantaba y palmoteaba dos o tres veces. Se ajustaba los guantes, acomodaba el sombrero en un costado de su cabeza y adoptaba una pose entre de cafisho y de milico de esquina esperando que yo bajara corriendo despeinado, con las rodillas arañadas por los mordiscones de las piedras y con las piernas embarradas. Volvía entonces a tomarme de la mano y nos íbamos los dos, entre los saludos de los viejos al solcito, a sentarnos a una de las mesas con silloncitos de mimbre del “Prado Park”.

Una vez allí, yo me sorbía mi helado mientras el viejo, sentado entre otros viejos, se tomaba los tres o los cuatro whiskies que le convidaban. Hablaba monosílabos, sonreía

con un relumbre amarillento y demoraba la bebida en una profusión de hielo y de agua de soda. Yo pensaba en mis cosas, que siempre eran secretos y casi siempre amargas, y balanceaba las piernas -recuerdo que mis pies no alcanzaban el suelo desde el elevado sillón- con mi helado en una mano, escuchando de a ratos, entre otros ruidos, a los viejos que hablaban de política y de muertos. Uno de ellos, don Everaldo, leía en voz alta los avisos necrológicos, acercando mucho sus ojos miopes al papel y pronunciando nombres, apellidos, condolencias y oraciones con una voz cargada de flemas carrasposas: siempre había conocidos o parientes. Cuando el viejo don Everaldo se murió no hubo nadie que recitara su muerte.

Y de vuelta a los paseos, el cigarrito brasilero humeando como un alfabeto indio más arriba que mi cabeza, los ademanes ampulosos y soberbios del abuelo que saludaba a los conocidos y que sonreía ladeado disfrazando su borroso interés por las mujeres anónimas que se cruzaban con nosotros en los senderos.

Los niñitos malvestidos espiaban nuestro paso desde detrás de los árboles, de los setos y de los canteros, siguiéndonos en un silencio de indios fantasmales, pisando en la tierra y en la piedra con sus pies descalzos. Al abuelo lo respetaban –aquella barriga, aquellos bigotes- y además el viejo les daba monedas.

Todos se venían en tropel, andrajosos y sucios, se amontonaban chillando alrededor del viejo y estiraban las manos, abriendo mucho los ojitos hambrientos, murmuran-

do súplicas y agradecimientos con sus bocas grasientas. Sin mirarlos, sin soltarme de su mano, el viejo dejaba caer algunas monedas y los dos seguíamos mientras los niñitos, a nuestras espaldas, se disputaban a los golpes y a los gritos el dinero.

A mí los niñitos malvestidos me hacían burlas y me sacaban la lengua. Una vez uno me pateó, me tironeó del pelo y me empujó al piso golpeándome en la barriga. Yo me levanté despacio, esperando que el abuelo alzara su bastón para espantarlos. Vi al viejo, en cambio, que me miraba atusándose los bigotes con los dedos. Al acercarse, olía horriblemente a whisky. Sonreía. Me empujaba.

-Defendete, maricón, hacete hombre.

Yo salí lloriqueando, con los puños apretados contra la cara y los brazos pegados contra el cuerpo. No alcancé a ver nada. De pronto mi lengua estaba lamiendo el pedregullo y, muy arriba, el viejo se reía. Con odio lo miré sacar más monedas, contarlas, sonreír y ponerlas en la mano del que me había pegado. El abuelo me tocó en el cuerpo con su bastón, dos veces.

-Levantate, miedoso –me dijo-. Supongo que ahora irás aprendiendo.

Ya nos íbamos. El abuelo había vuelto a agarrarme de la mano y ahora tironeaba de mí con una especie de remota violencia.

-Algún día te harás hombre, carajo.

La mañana que se arrastra sin ruido en torno a nosotros, envolviéndonos aunque sin tocarnos, los caminos que

dan vueltas entre los arbustos y los transparentes y el sol del mediodía que aprieta las sombras en el suelo. El ruido hueco de mis pasos en la piedra, en el pedregullo y en la grava y arriba, redonda, sonriente, colorada, bigotuda la cara del abuelo bien bebido y ya con hambre: una mano del abuelo desparramada contra la barriga con el pulgar enganchado de la cadena dorada del reloj. El bastón, con mango de oro, colgando quieto de su brazo.

EL TÍO FEDERICO

A veces nos acompañaba el tío Federico, caminando al tranquito con sus tímidos zapatos puntiagudos. Me acuerdo de los zapatos siempre blancos, siempre de lona, siempre porosos del tío. Me acuerdo de su nariz colorada y de de la bufanda gris que llevaba arrollada del pescuezo, en verano lo mismo que en invierno. Me acuerdo de su vocecita carraspeante y rastrera, de su manía contra el tabaco, de su miedo al alcohol, de su horror afiebrado a la muerte, de sus terrores temblorosos cada vez que había que cruzar una calle.

Tío Federico se agarraba fuerte de mi mano, antes de cruzar la calle, y miraba dos veces para cada lado antes de lanzarse corriendo. Me llevaba en el aire, como un viento, y llegaba a la otra vereda jadeando y amoratado, con la calva brillosa por el sudor del miedo. Se ponía una mano en el co-

razón, alzaba la cara al cielo, entrecerraba los ojos y suspiraba fuertemente. Más lento, más gordo, más temerario, detrás, revoleando su bastón con mango de oro, acariciando la dorada cadena de su reloj, el abuelo reía.

A mí no me gustaba que el tío Federico nos acompañara. Siempre sentía a sus ojitos acechándome, vigilándome, atisbándome desde detrás de los árboles, desde el otro lado de los arbustos, desde los bancos de piedra con viejos encima, ocultos los ojos detrás de un diario desplegado o dentro de la sombra del ala del sombrero.

Muchos años antes de que yo naciera, unos anarquistas pusieron una bomba en la casa de tío Federico. Hicieron volar la puerta, las ventanas, un gato de angora y algunos floreros. Al tío lo encontraron los vecinos y los bomberos, debajo de un montón de escombros, con una mueca estúpida pegoteada, imborrable, en la cara. Desde entonces tío Federico siempre sufrió de temblores y de agudas catástrofes mentales. Les tenía pavor a los mendigos, a los curas, a los enterradores, a las gitanas adivinadoras de la suerte, a todos aquellos que por oficio, por vocación o por necesidad estuvieran emparentados de alguna forma con lo oscuro, con lo misterioso, con lo secreto.

Lo curioso es que el tío había sido anarquista él también en su juventud. Al cumplir los dieciocho se había ido de su casa embarcándose en un carguero que llevaba ovejas a Sudáfrica. Desertó en Tánger, vagabundeó por las calles miserables de las ciudades y los pueblos costeros del África morisca, se enamoró de una enfermera sueca que

murió en un bombardeo, traficó mujeres negras hacia los burdeles de las capitales del mundo, pasó hambre y sed en el desierto y ganó y perdió fortunas en los garitos subterráneos del África sahariana llenos de un humo denso y adormecedor. En sus cartas, me han contado, siempre siguió hablando de la libertad, de Proudhom y de las bombas. Las autoridades francesas lo metieron preso al fin y después de conocer la hediondez de una cárcel de Rabat mi tío fue deportado y repatriado de vuelta a su país. Su padre contrató a tres negros analfabetos y colosales para que lo esperaran en el puerto. Fue la única recepción que se le hizo.

El tío se defendió como un tigre, desenvainando un estoque que llevaba camuflado en el bastón, pero igual debió rendirse a la superioridad numérica. Le saltaron varios dientes, le patearon el estómago, le rompieron costillas y le arrancaron mechones sangrientos de pelo. Uno de los negros pagó con la vida. El tío lo dejó clavado a un árbol, con la empuñadura del estoque sobresaliendo de la barriga.

Salió del hospital, el tío, ya manso como un sonámbulo. También, y para siempre, le habían roto algo adentro. Su padre lo empleó como secretario de un ministro y su madre empezó a prepararle flanes, dulces y mermeladas para hacerlo engordar. Le pusieron dientes postizos, a los veinticinco años quedó calvo y a los veintisiete se casó.

La tía Elisenda tenía la cara siempre hollada por cuajarones de sangre coagulada. Sufría, desde niña, de una extraña enfermedad sin nombre que se cebaba en su carne estallando regocijada, en pústulas sanguinolentas, en su

rostro. Con sus manos nerviosas, las uñas muy afiladas, la vieja se arrancaba aquellas llagas dolorosas, convirtiendo a su rostro en un azar de heridas y de costras.

Siempre andaba la tía Elisenda cubierta por vendajes y esparadrapos, con la piel de las mejillas al rojo vivo por las habituales fricciones con esencia de mandrágora, de guaco y de beliel, con los ojos encandilados por la desesperación y el insomnio, con la boca palpitante y temblorosa por el ardor de aquel veneno de secreción interna que día a día la iba matando un poco. Unos decían que era la bilis rebosante –la envidia, los celos, la avaricia- y otros que era la mugre: la vieja era lengendariamente sucia: en la familia se contaban historias fantasmales sobre la única vez que se había bañado.

Hubo un tiempo en que los dos –el tío sordo y temeroso y la tía costrosa, sucia, empolvada, perfumada y rezongona- venían a visitarnos todos los domingos. Yo los esperaba bajo el alero del porche, sentado en una silla o en la ruinosa mecedora de fierro, peinado al agua, recién bañado y con los zapatos de charol puestos. Salía corriendo hacia las vueltas del jardín –a meterme en las vueltas del sendero entre los árboles- al verlos aparecer en uno de los recodos, justo delante de la mesa blanca con la sombrilla desplegada al viento, los dos avanzando pero a la vez quietos, como una estampa antigua, dentro de la sombra de la higuera grande. Me hundía en el abrazo de la tía, en su olor a perfumes moribundos, a naftalina y a suave y falsa miseria. Salía mareado de asco y de alegría.

Sonriendo y tosiendo, horriblemente fea y torpe, la vieja sacaba caramelos de su bolso negro y me los entregaba. El tío me golpeteaba la cabeza con las puntas de los dedos y me decía cosas inexplicables como sueños con su voz gangosa y mustia.

La mortecina avaricia de la tía Elisenda. Yo todavía me la imagino con su pañuelo negro o gris tapándole la cabeza, con su nariz ganchuda asomando a la luz de un candil o de una vela mientras sus dedos delgados, voraces y torpes, cuentan y vuelven a contar monedas.

Al atardecer, un rato después del té con masitas, la tía Elisenda se ponía en pie, sacudiendo migas de su falda a su pañuelo. Hacía un nudo con las puntas del pañuelo, abría su cartera y guardaba en su interior el pañuelo arrugado, abultado de migas, amarillento y sucio, en el que se notaban, pálidas como espectros, las manchas añosas de la sangre. La vieja se sorbía los labios enmermelados y daba a su voz un tono áspero y afilado:

-Federico, a casa.

Prolongaba la vieja un ademán de impaciencia mirando a su marido. Lo observaba ponerse de pie con una fragilidad de vidrio ahumado y saludar: un beso a mi madre, un apretón de manos a mi padre, un coscorrón en mi cabeza. La tía nos besaba a todos, murmurando felicidades y buenos augurios, se colgaba del brazo de su marido, se acomodaba –si lo había llevado- el sombrero azul pinchado por largos alfileres con remate de nácar e iniciaba la marcha, moviéndose con un remoto ritmo militar, de sargento jubila-

do y achacoso: los hombros derechos, la cabeza levantada, las piernas disparadas de punta a cada paso. A su lado iba el tío, cabizbajo, envuelto en su bufanda y caminando a los saltitos. El abuelo, ya borracho, los acompañaba hasta la puerta y después por el jardín –por las vueltas retorcidas del sendero del jardín- hasta la calle, contándoles historias obscenas y escandalosas con su vozarrón alcoholizado. El porrón de whisky encajado en un dedo.

-El dinero sirve para todo menos para comprar un lugar en el cielo –me decía la vieja Concepción.

Haciendo alarde de pájaros con sus largas manos ciegas, revoleando sus ojos ciegos, aguantando habilidosamente los postizos al reír, la vieja me contaba historias sucias sobre el tío Federico, la tía Elisenda y el dinero: que eran muy ricos y muy avaros, me contaba, y que se morirían igual, ricos y avaros.

-Al pobre tonto de tu tío el dinero nunca le ha servido para nada. Ni siquiera para emborracharse, como a tu abuelo.

La tía Elisenda, por su parte, se quejaba de la miseria. Y yo podía imaginármela –con aquella cara suya de ave rapaz que mi memoria a duras penas consigue borronear entre caricias, pegote de caramelos y de besos, saliva y olor- volcada hacia sus monedas, con sus manos avariciosas apilando en pilas iguales los redondos pedazos de metal, con sus lentes aplicadamente encajados en el salto de la nariz, con el gran pañuelo gris o negro tapándole el pelo del color

de los ratones y ocultando a la indiscreta mirada de los espejos y de los gatos los cráteres supurantes de su piel.

Los tíos vivían en un caserón ruinoso, sin luz eléctrica y sin gas. Un caserón a punto de derrumbarse, lleno de recovecos polvorientos, con telarañas en los techos, con cuerdas con ropa colgada a secar en los dormitorios y en los salones, con gallinas y pollos famélicos picando maíz en el comedor, con algunos gatos sonámbulos y silenciosos que pasaban como sombras huesudas pegados a las paredes, con olor a meada de gatos, a mierda de gallinas, a mugre humana, a sangre coagulada y a flores marchitas. El tío Federico, dentro de su propia casa, andaba siempre con la cara alargada por el asombro, como si fuera un visitante, un eterno curioso o un extranjero.

Cuando murió, ya metido entre las flores en el lecho, el tío Federico seguía conservando aquella misma cara de asombro indecente, como si la muerte lo hubiera agarrado de improviso en un paraje desconocido. El tío se murió una tarde cualquiera, así, como un soplo, como el chasquido de unos dedos mojados, después de haber repetido en un tablero una famosa partida de ajedrez entre Capablanca y Lasker, después de haber mirado el cielo por una ventana, sosteniendo la frágil (de vieja) cortina entre dos dedos y parpadeando al sol implacable que se deshacía en chorros de luz quebradiza en la mugre grasienta del vidrio. Murió sentado, frente a los ojos impasibles de su mujer, que bordaba. Murió en seguida de un bostezo, como si pensara que

morirse –sorpresas aparte- también era adentrarse en un sueño.

La tía Elisenda (ella misma se encargaría de contarlo) se levantó, le cerró los ojos a su difunto marido, volvió a sentarse y terminó su bordado. Después caminó catorce cuadras para llamar al médico. El médico llamó al abuelo y el abuelo nos llevó a todos nosotros. También llevó unas flores rojas, que arrancó con sus manos de su invernadero.

En la cama, entre las flores, con las manos entrelazadas en la barriga prominente, el tío estaba sin duda asombrado de haberse muerto, de encontrarse muerto justo allí, en ese caserón sin luz, sucio y maloliente. Los gatos hambrientos daban vueltas alrededor de la cama, maullando. Se trepaban a los muebles, arañaban las cortinas y orinaban un líquido tibio y baboso en los rincones.

EL REGRESO

El mediodía vacío del Prado. Los grupos de gente que iban dispersándose hacia las salidas, todo el mundo de vuelta a casa, a almorzar y a la siesta. Las campanas de la capillita de los franciscanos, las campanas de la gran iglesia de los carmelitas, las campanas lejanas, más severas y formales del colegio de los salesianos ya habían dejado de sonar llamando a las últimas misas.

En el viaje de regreso por los senderos vacíos, con los bancos de piedra despoblados de viejos, con los taludes de césped despoblados de niños –sólo, a lo lejos, a veces, las pandillas de niñitos malvestidos mendigando a los paseantes rezagados- el abuelo iba haciendo sonar las monedas en su bolsillo, iba silbando flojamente entre sus dientes postizos o tarareando desmemoriado y confundido, siempre volviendo a cuatro o cinco compases, algún tango monocorde o alguna vieja marcha militar.

Nos detendríamos los dos en un boliche, siempre el mismo –un barcito apretado por affiches y fotos de jockeys y caballos-, después de cruzarnos, sombrerazo va sombrerazo viene, con jirones de creyentes lentos y severos que volvían de alguna misa: los hombres vestidos de oscuro, las mujeres vestidas de oscuro y apretando misales nacarados entre los dedos; los hombres con sombreros en las manos y las mujeres con los velos de trama delgada doblados sobre los moños o sobre los sombreros. En el boliche, de pie contra el mostrador, silencioso y con los ojos brillantes –a veces la barriga le crujía de hambre-, el abuelo se tomaba un largo whisky. Uno más. Dejaba el sombrero encima del estaño y al terminar de beber, aún chasqueando el regusto del whisky con la lengua y con los labios, se lo calzaba de un sabio manotazo seco.

El abuelo me agarraba de la mano, apretando con fuerza.

-Vamos.

EL MERODEADOR

Nunca supimos –yo por lo menos no lo supe nunca- qué estaba buscando aquel hombre que una noche saltó la tapia del jardín del fondo y empezó a escabullirse entre los árboles y los matorrales espinosos de nuestra casa.

Había luna, el abuelo y yo estábamos asomados a la ventana de su dormitorio en el piso superior y lo vimos primero, al merodeador, dibujado contra el cielo en lo alto de la tapia en el acto de saltar y en seguida corriendo agazapado por la enormidad del jardín, eludiendo los árboles, chapoteando en los charcos de la lluvia de esa tarde, lanzándose en paloma hacia dentro de los matorrales.

Yo grité.

El abuelo sonrió y se apartó de la ventana. Cuando volvió tenía el porrón de whisky encajado en un dedo y traía algo que abultaba en uno de los bolsillos de su largo saco deslustrado. El saco colgaba pesadamente hacia un costado. El abuelo olía a tabaco.

-Vamos a ver –murmuró.

Encendió uno de sus cigarritos brasileros, se recostó en el marco de la ventana y me guiñó un ojo. Tenía dos lucecitas en los ojos. Se llevó un dedo a los labios y me pidió silencio. Sacó una pesada linterna de adentro del bolsillo y me la dio.

-Enfocá los matorrales y encendela cuando te avise –me dijo, señalando con un dedo.

Puso el porrón de whisky en una esquina del marco de la ventana y también sacó un revólver de adentro del bolsillo. Desenganchó el tambor y acarició, con las yemas de los dedos, los redondos culos dorados de las balas. Hizo girar el tambor antes de reponerlo con un clac.

-Apagá la luz –murmuró.

En la penumbra me tomó de un brazo.

-Creo que no nos ha visto –distinguí su sonrisa-. Y si nos ha visto no importa.

Volvió a señalarme los matorrales, al fondo del jardín, contra la tapia.

-Apuntá en aquella dirección y encendé la linterna cuando yo te avise.

Bebió un trago del porrón enganchándolo del asa con el índice y apretando la boca picuda contra su boca. Un chorro de whisky le resbaló por el mentón: yo vi el líquido brillando contra su piel sudorosa en la luz mortecina de la luna, ahora escondida detrás de una nube.

-Sé dónde está –dijo el abuelo.

Apoyó la mano con el revólver en el marco de madera de la ventana, se encogió doblando las rodillas y disparó dos veces. Yo parpadeé, enceguecido por los fogonazos, con los ecos de los disparos retumbando en mis oídos.

-Ahora – murmuró el abuelo.

Yo no podía moverme.

-Ahora, ahora –me gritó.

Apreté el botón, resbaloso con mi sudor, de la linterna y, en el redondel de luz que iluminaba la tapia, vi aparecer

a la silueta agazapada, con el pelo enmarañado, con unos redondos agujeros asustados –los ojos- que parecían comerle la cara entera, con unos ridículos pantalones de colorinches y con un saco sport a gruesas rayas quizás azules y rojas.

El hombre –el merodeador- tenía algo de payaso inofensivo e indefenso, algo de gángster de comedieta italiana, de showman de cabaret de cuarta categoría, de ínfimo don nadie. Lo vi zambullirse hacia lo hondo de los matorrales espinosos, imaginé su carne dilacerada por las espinas y, sin pensarlo, saqué mi dedo de encima del botón de la linterna en el momento en que los tres disparos consecutivos del abuelo quemaban silbando el silencio a mi lado.

Sentí, en las manos, el ardor del aire calcinado.

-Listo.

El abuelo dejó el revólver en el marco de la ventana. Levantó el porrón, encajándolo en un dedo, y bebió. De nuevo se le escurrió un poco de whisky a lo largo de la línea de la mandíbula.

En seguida escuchamos los pasos apurados en la escalera. Los dos nos quedamos mirando hacia fuera por la ventana hasta que la luz se encendió a nuestras espaldas. Mi padre estaba parado junto a la puerta abierta, con la camisa desabrochada menos el último botón de abajo. Se le veían los pelos del pecho y la cadenita dorada se balanceaba entre sus costillas. Tenía los pies descalzos.

-¿Qué ha pasado?

Yo ya estaba llorando y lo veía todo entre el flujo brillante de las lágrimas. Mi padre se acercó y sacudió al abuelo por las solapas del saco. Mi abuelo se desprendió de las manos que lo agarraban, volvió a levantar el porrón y se lo pasó a mi padre.

-Nada –murmuró, mirándose y mirándonos en su espejo mientras mi padre bebía.

-A Victoria le ha dado un ataque –dijo mi padre-. Balazos. Vos estás loco.

Entre mis lágrimas, mi padre tenía una sonrisa de sapo mirándose en un espejo deformante.

-La dejé tirada en el suelo –murmuró-. Pataleando.

-No pasó nada –el abuelo retiró el porrón de las manos de mi padre y volvió a beber-. Esta noche nadie sale de la casa. Por nada del mundo.

-¿Por qué?

-Porque yo no quiero –el abuelo puso el revólver encima de su cómoda y volvió a mirarse en el espejo, ahora para acomodarse los bigotes-. Nadie -repitió.

Yo no pude dormir en toda la noche y los demás, supongo, tampoco. Recuerdo haber escuchado los pasos inquietos de mi padre andando por el pasillo. Tres veces se abrió la puerta de mi pieza y tres veces yo me encogí adentro de las sábanas, cerrando los ojos y disfrazándome de sueño. Con el alba, el abuelo entró en mi pieza.

-Levantate y bajá –me dijo-. Te estamos esperando.

Tenía puesto su salto de cama azul, agujereado en todas partes por las brasas de sus cigarritos brasileros. En

los ojos se le veía que había estado bebiendo de su porrón durante toda la noche.

Salté de la cama, corrí al baño, me enjuagué un poco la cara y bajé en piyamas. En la cocina lo encontré a mi padre, también en piyamas, bebiendo su café. Yo también bebí un café con un chorro de leche y, cuando estiraba una mano hacia las tostadas recién hechas, el abuelo me advirtió que más me valía no comer nada. Supe, por lo que hablaban, que mi madre estaba durmiendo con somníferos y que la vieja Concepción andaba revoloteando por toda la casa, ciega como un pez de aguas profundas, moviendo los brazos y hablando sola.

-Sos un hombre –me dijo el abuelo, revolviéndome el pelo con una mano.

La sirvienta nos ofreció más café. El abuelo rechazó el ofrecimiento con un manotazo al aire. Escuchábamos los pasos de la vieja Concepción que venía. La vimos entrar y mirar directamente a los ojos del abuelo, como si de veras lo estuviera viendo. Sacudió la cabeza con una especie de desencanto burlón y se rió con su leve risa cascada.

-Valiente hazaña, Juanchín, valiente hazaña.

Salimos al jardín. Yo iba al final, pisando exactamente donde pisaba mi padre. Adelante iba el abuelo, con su salto de cama azul flotando al viento.

-Es mejor que te acerques y lo veas –me dijo.

El muerto había sido un hombre viejo, con el pelo gris y sucio, con un bigote colgante con las puntas casi metidas adentro de la boca abierta y con unas ropas apretadas que

parecía como si no hubieran sido suyas nunca. De veras tenía aspecto de payaso en funciones o de diminuto y mínimo tahúr. Estaba hundido en los yuyos espinosos, con la cara asomando entre dos matas, con los ojos bien abiertos. Apretada en una mano –los nudillos transparentes- tenía una pistolita matagatos.

-Ahora tenemos que llamar a la Policía –dijo el abuelo-. No hay más remedio.

EL INFIERNO

Volvíamos del Prado, a la hora del almuerzo, cuando vimos venir a la siervita negra, corriendo a los saltos hacia nosotros, con su boca tan abierta que parecía querer tragarse todo el viento de la mañana. Venía corriendo entre la gente con las manos apretadas a los ruedos de las polleras y con la boca abierta en un solo grito, en un maullido, en una nota de final de ópera, en una letra, una a o una e o una o que seguramente hacía nacido en sus pulmones cuando la negra empezó a salir exhalada de la casa, una letra horriblemente gritada que había ido creciendo como un monstruo deforme en el camino y que se prolongaba, a o e u o, ya con vida propia, ya ajena al aliento jadeante de la negra, ya despegada de los lagrimones espesos que rebalsaban su cara de fruta pasada, ya libre de la cavidad redonda y dentada de su boca en el momento en que la negra se

detenía junto a nosotros, el grito descolgado en el aire, y estiraba las manos como si se estuviera ahogando y quisiera agarrar o arrancar oxígeno del aire con las uñas y el abuelo primero la sacudía casi con dulzura, después la golpeteaba sin violencia en los cachetes y terminaba golpeándola con fuerza con una mano varias veces mientras seguía sacudiéndola con la otra como a un sonajero gigantesco.

-Qué pasa, mierda, qué pasa.

Volvimos, yo y el abuelo, caminando apresurados entre los viejos que calentaban sus huesos al sol, entre los niños que jugaban en el pasto, entre los señores y las señoras que paseaban tan tranquilos tomados del brazo.

El abuelo, que ya no podía correr a causa de los años y de su corazón fatigado, iba saludando a los sombrerazos –la buena educación antes que nada- con unos ademanes lineales y secos como de película muda, a sus muchísimos conocidos.

La negrita había salido como una exhalación delante de nosotros y ya la habíamos perdido de vista hacía rato cuando doblamos la última esquina y nos topamos con la ambulancia estacionada frente a la puerta de la casa.

Un hombre con guardapolvos blanco fumaba indolente, recostado contra la puerta del vehículo: miraba a una rubia que venía y pasaba y seguía, frunciéndole los labios.

Entonces yo corrí.

Yo atravesé corriendo el jardín, pero al ir subiendo los escalones de mármol me di cuenta de que no quería entrar, de que no me atrevía, de que me daba miedo meterme en la

penumbra de la casa y preferí quedarme allí esperando, bajo la sombra fresca del alero, mirando las manchas de las moscas y del moho en lo alto de la pared.

Al poco rato sacaron a mi madre cara al cielo en una camilla, sus ojos cerrados y sus labios muy apretados, una gorra ridícula en la cabeza. Estaba pálida y parecía, con sus huesos afilados reluciendo al sol, una especie de esqueleto de utilería. Uno de los enfermeros que llevaban la camilla me guiñó un ojo al pasar. Estaba mascando chicle.

-No te preocupes –me dijo-. Todo se va a arreglar.

El abuelo ya venía por el camino de grava, con el sombrero en la mano, como si hubiera muertos dentro de la casa, y con una expresión de asombro dolorido en la cara tumefacta de alcohol. Ya me tocaba a mí en la cara con dos dedos temblorosos y todo su cuerpo y el aire que lo encerraba oían al tabaco venenoso de sus cigarritos brasileros.

En el comedor encontramos a mi padre sentado en uno de los dos desvencijados sillones de muelles, con la botella de grappa delante de los ojos y con un vaso rebosante en una mano. Tenía los ojos opacos y fijos en una mirada mortecina, y toda su habitualmente regia estampa, su pañuelo rojo en el bolsillo, su ambo blanco a la medida, su otro pañuelo también rojo colgando del cogote, se había estropeado irremediablemente.

Había como un flujo malsano e irrestañable que llenaba el comedor, ascendiendo y palpitando.

Yo recién en ese momento me puse a llorar, sin verdadera tristeza, y subí corriendo a mi pieza para no tener que

soportar los consuelos, las caricias, las frases a media voz que podrían hacerme y decirme aquellos dos hombres absurdos, torpes e ineficaces.

Mi madre había tratado de cortarse las venas con una navaja de afeitar. Se las había cortado, de hecho, pero poco y mal. La negrita la había encontrado con un brazo metido en una palangana enturbiada de sangre, la cara con los ojos cerrados consumida por la almohada de plumas, la palangana chorreando rojo al piso desde la inestable mesa de luz, el cuerpo magro tragado por las manchas de colores de la frazada.

Diez días después mi madre estaba en casa de nuevo, con la bolsa de agua caliente encajada entre las piernas, con la taza de tilo en una mano, con el chal de crochet envuelto por los hombros, sus dedos revolviéndose en los agujeros del tejido.

Me acuerdo del sanatorio, la casa de locos. El infierno puede ser blanco y aséptico, con diablesas fugaces que caminan como bailarinas rusas, sin levantar los pies del suelo, deslizándose igual que sobre patines. Enfermeras rubias –demonios dorados- con chorros de pelo asomando por debajo de la cofia contra las orejas.

Había en el sanatorio un hombre gordo y desastrado que hacía veinte años que estaba ahí adentro. Sus hijos habían pagado para declararlo insano –era insano- y seguían pagando para tenerlo encerrado entre las tapias altas con alambres electrificados y detrás de las ventanas con barrotes cruzados. Eso sí, bien atendido y bien alimentado. Una

vez por mes le mandaban una prostituta disfrazada de enfermera y una vez por semana una caja de bombones envueltos en papel de seda con el remate de una gran moña celeste o roja o amarilla, de celofán. Una tarjetita: “Besos. Anselmo y Cándida.”

El hombre recorría el jardín con un tranquito de pájaro rengo y recogía todo lo que encontraba a su paso. Tenía los bolsillos rebosantes de puchos, de escarabajos muertos, de clavos torcidos y de hojas secas. Cuando encontraba una moneda o una tapa de refresco se ponía a cantar y a bailar. Caso contrario andaba triste, con la vista fija en el suelo, tropezando y trastabillando con sus zapatones deslustrados y desatados.

Mi madre se sentaba al sol en una silla alta, aparte de los demás, con las muñecas vendadas y la cara pastosa y macilenta por los choques eléctricos y el tratamiento del sueño –sueños felices por vía intravenosa-, con su taza de tilo en una mano y la boca chupada en una mueca de desconfianza altanera. Todos los días nos escribía larguísimas cartas que nos daba en la mano cuando íbamos a visitarla. Pero no nos hablaba una palabra.

Después, de vuelta en casa, nos explicó que había estado muy ofendida.

-Haberme metido ahí, entre todos esos locos –decía.

-Los electroshocks –le decía a mi padre el abuelo, como si lo supiera por experiencia personal- son una especie de silla eléctrica a plazos. A tu mujer le habrán venido muy bien.

EL FUNDADOR

La vieja Concepción me llamaba a su pieza para contarme historias. Me escuchaba pasar por el pasillo frente a su pieza y se ponía a golpear fuertemente con el bastón en la perta entreabierta.

Yo empujaba la puerta, atisbaba hacia lo oscuro y entraba. Sentarme en la sillita de tres patas mirando al gran bicharraco ciego –un insecto despavorido, una abeja reina moribunda- que apuntaba hacia mí con su bastón era como salir de un sueño para meterme en otro.

Yo andaba, por cierto, todo el día como apresado en una pesadilla, pensando en mi madre cada vez más loca, con su cara de pajarraco descarnado, tratando yo de encontrar alguna forma de lástima o de remordimiento y sin hallarla: yo pensaba soluciones absurdas y misteriosas para resolver los problemas del dinero, andaba viviendo un poco como los personajes de los novelones que me daba el abuelo: Jean Valjean, el abate D'Herblay, Rocambole: los curiosos monigotes sombríos de las ilustraciones de los polvorientos libracos que el abuelo dejaba a mi alcance dentro del olor a perfume masculino, a whisky, a encierro, a polvo acumulado, a tabaco espeso y rancio de su escritorio.

Yo andaba planificando estafas y secuestros, de repente me convertía en Robin Hood o en Dick Turpin y corría, a los sablazos con las sombras, por los corredores vacíos.

La vieja esperaba que yo terminara de acomodarme en su pieza y se revolvía en sus trapos negros y en su crujiente mecedora antes de empezarme a hablar. A veces me pedía que le fuera a buscar un vaso de agua o que le alcanzara, del cajoncito de su mesa de luz, el paquete con sus pastillas de menta. Su cara afilada señalaba hacia mí –la nariz prominente, el mentón puntiagudo- y sus ojos ciegos parecían espiarme camuflados por la ceguera.

Las historias que más me gustaban eran las del viejo Bartolo, el fundador, el abuelo de mi bisabuelo. Hay algunas que todavía las recuerdo de memoria. Casi podría repetir palabra por palabra y silencio por silencio las palabras y los silencios siempre iguales de la vieja.

Los dos estábamos sentados en la penumbra sin sombra y sin reflejos de la habitación.

Las luces apagadas, los dos espejos cubiertos por los mortuorios paños negros de bordes deshilachados.

Las manos de la vieja, sus dedos, en el silencio previo, iban y venían, perdiendo la cuenta, en las vueltas y revueltas de las borlas de un viejo collar de vidrios de colores que llevaba colgado del pescuezo: avanzaban y retrocedían, aquellos dedos, tanteando a ciegas en las finas aristas del vidrio mientras más arriba la boca se movía sin sonido, la lengua terca y reseca apareciendo y desapareciendo entre las encías despobladas de dientes o entre los dientes postizos.

Yo esperaba.

Ya a mis nueve años la vieja me contaba aquellas historias a las que su voz de cacatúa milenaria otorgaba un aire de misterio viciado y gris, de cosa amorfa encerrada entre paredes. No sé por qué las historias, siempre, las morosas historias de mis antepasados, tenían un fondo de mezquindad mezclado con cierto aire de grandeza.

-Siempre fuimos una familia de locos –decía la vieja.

Por lo que sé –y todo lo sé por la vieja- el viejo Bartolo era una alimaña artera y sibilina, con un gusto casi refinado por la crueldad.

En la foto, en la única foto que se dejó sacar de viejo, ya muy viejo, lo que más me impresionaba del viejo Bartolo eran sus gruesos labios sensuales y sus redondos ojos saltones, como de figura embalsamada.

Yo me lo imagino por la noche, sentado envuelto en mantas que olían a caballo en un banco de tres patas al borde de un camino de tierra entre árboles con ramas como brazos. Me lo imagino con una hachuela filosa en una mano, esperando al fantasma.

Podría contar la historia –ésta: la del fantasma- empleando las mismas palabras que la vieja, calcando a la vieja hasta en sus gestos, en sus ciegas sonrisas y en su olor a tumba abierta.

Pero no.

Pero resucitar la voz, la cadencia, los ademanes de la vieja hablando de su abuelo me parece un oscuro desafío, algo así como andar revolviendo en féretros con huesos. Y a mí nunca me agradaron los cementerios.

El fantasma era un mulato taimado, seguramente nieto de esclavos, que se disfrazaba con una sábana y se subía en unos zancos para salir por las noches a robar y a asustar. Robaba caballos y dinero de las fincas que rodeaban las murallas de la vieja ciudadela, y asustaba a las mujeres y a los peones crédulos, aullando y agitando los brazos bajo su disfraz.

Una noche el fantasma tuvo la desgraciada idea de robarle dos caballos al viejo Bartolo Balcarce.

Los peones de la quinta, que habían huido aterrorizados al ver venir al fantasma caminando por arriba de los rescoldos humeantes de una fogata, lo describieron gigantesco, con los ojos llameantes entre los huesos de la calavera, con el cuerpo o lo que fuera encerrado en una aureola fosforescente, con los pies que andaban por el aire sin apoyarse jamás en el suelo. Dijeron que era un insepulto, un hombre asesinado por la espalda, un ajusticiado inocente, un degollado, un fusilado, uno de los muertos de la última masacre de las guerras civiles, un general traicionado, una luz mala. Contaron que gemía al venir avanzando y que llevaba un puñal sangriento en la mano.

-Los fantasmas no roban caballos –dijo el viejo Bartolo.

Lo esperó sentado en un banco enclenque, envuelto en sus mantas con olor a heno y a bosta, apretando entre los dedos una pequeña hachuela bien afilada. A sus pies, en un pozo en la tierra, el mate. Y delante, calentándola las suelas de las botas, un fuego discreto para hacer hervir el agua. Esperó durante seis noches, entre los árboles, fuman-

do unos cigarros retorcidos que nunca se quitaba de la boca.

Al fantasma se lo vio venir de lejos; el viejo Bartolo, entonces, apagó el fuego con el agua de la caldera, tiró al suelo su cigarro, se puso de pie, apretó la hachuela hasta dolerle los dedos y aguardó. Lo abrió al fantasma al medio de un hachazo: en vez de apuntar abajo lanzó el hacha por encima de su cabeza, golpeando justo en la barriga, más alta que sus ojos, del hombre subido en zancos.

El viejo se cobró los dos caballos robando de un bolsillo un dinero que el fantasma había robado poco antes. Después vendó como pudo la herida del mulato, le dio de beber unos mates, lo ató al tronco de un árbol y lo azotó treinta veces. Lo dejó solo en la noche, a los gritos, desangrándose y helándose bajo la laminada mirada fría de los ojos redondos y fríos de las sabias lechuzas.

Un piquete de guardias rurales recogió al mulato moribundo a la mañana siguiente. Se lo vendó y curó y se lo hizo desfilar por las calles de la ciudad. Al final lo encerraron en una jaula, a la vista del público, en medio de una plaza. La gente lo escupía y le tiraba maníes.

Una noche el mulato escapó, con la complicidad de una mulata, y desde entonces no volvería a saberse nada de él.

El viejo Bartolo conservó la sábana con sangre y muchos años más tarde, cuando la mancha de sangre ya había adquirido una obscena color terrosa y un fétido olor a muertos, la colgó en el salón de su casa, para enseñarla or-

gulloso a sus pocos amigos y a sus numerosos enemigos. También contaba la historia, sin exagerar y sin mentir.

La voz del viejo Bartolo, me contaba la vieja que le habían contado a ella, era misteriosamente dulce y suave y su acento, a pesar de los años que llevaba en estas playas, seguía siendo indescifrablemente extranjero. Lo mismo pudo haber sido italiano que holandés o finés: sus rasgos no revelaban su origen geográfico, pero demostraban cierta semejanza alarmante con las pinturas diabólicas de los oscuros maestros prerrenacentistas de Alemania y de Italia.

Nadie supo nunca de dónde había venido el viejo Bartolo y él nunca quiso decirlo, ni siquiera a su mujer ni a sus hijos.

-Tal vez vino de la noche –me decía la vieja-. O tal vez viniera del infierno.

El viejo Bartolo había aprendido a sumar y a restar al empezar a hacerse rico con el tráfico de pieles y con el comercio de cuchillos, del mismo modo que por la misma época había aprendido a firmar con su nombre completo y a leer en voz alta, letra por letra, el lenguaje de los edictos, de las ordenanzas y de los decretos. Se había inventado un nombre casi genialmente anodino, Bartolo, y un apellido falsamente vasco, Balcarce.

Al mismo tiempo, mientras iba envejeciendo y casi sin que él se enterara, había comenzado a fructificar su leyenda, silenciosa y apagada, una ingeniería macabra de suposiciones, de sospechas, de dudas y de temores; la leyenda de que nadie nunca haya sabido nada concreto del viejo ni ha-

ya conocido un solo hecho, un solo nombre, un solo lugar que lo vinculara a alguna forma del pasado.

Lo único que se sabía del viejo era que había venido a bordo de un barco más o menos bucanero, que se había enrolado entre piratas en alguna ciudad brumosa del otro lado del océano y que había bajado en esta otra ciudad sin saber dónde estaba pero dispuesto a quedarse, a enriquecerse, a tener hijos y nietos y a morir aquí: ya se estaba haciendo viejo.

A veces, de pasada y entre risas, el viejo Bartolo hablaba de la Revolución Francesa como si hubiera tomado parte. Hablaba sonriéndose, sonrojándose, burlándose un poco de sus propias habladurías, tomándoles el pelo a la vez a la verdad y a la mentira. Sin proponérselo se había inventado un misterio, hoy todavía duradero.

El viejo vivía con su mujer, con sus hijos y con sus nietos en un pavoroso caserón de terrones que había sido refugio, fortaleza y calvario de malones campesinos en las guerras de la independencia. Allí había vivido siempre y seguiría viviendo allí hasta morirse.

En sus últimos años, empero, como si fuera el prisionero de una manía senil, al viejo Bartolo se le ocurrió construir una casa nueva y contrató arquitectos y obreros y eligió un terreno cenagoso cerca del arroyo Miguelete y se sentó a esperar que, lentamente, la casa estuviera terminada.

El viejo vigilaba día a día las obras de construcción, sentado en un banco junto a su hijo mayor –mi tatarabuelo-

y a su nuera mayor –mi tatarabuela-, que estaba preñada, a los cincuenta y siete años, por duodécima vez. Los tres chupaban del mate y comían bizcochos caseros.

Los demás hijos del viejo y casi todos sus nietos –legítimos e ilegítimos- se habían dispersado por el mundo y ya muchos estaban enterrados bien profundo bajo tierra apisonada. El viejo se quejaba de estar solo, con su hijo mayor, con su nuera, con una hija loca que se paseaba desnuda por los trigales, con unos cuantos nietos pendencieros e indiferentes –mi bisabuelo era el mayor, era el peor de todos- que preferían las putas de puerto a los dudosos placeres del hogar. El viejo no les hablaba y los amenazaba violentamente, esgrimiendo su bastón. Pensaba, decían, suponían, que la casa que se estaba construyendo volvería a unir a la familia, a los vivos y a los muertos; ya su mujer y dos de sus hijos, asesinados por los portugueses, habían sido trasladados, con polvo y gusanos, al predio donde, lenta e inexorablemente, iban creciendo los muros de la casa nueva.

Sin embargo, el viejo no alcanzó a ver la casa terminada.

Murió sentado al solcito de mayo, envuelto en mantas, endurecido de años y sudores, metido entre su nuera preñada y su hijo silencioso y bigotudo, apoyadas las manos en el pomo de su bastón, sus ojos mirando a los negros y a los mulatos trabajar. El mismo día en que se estrenaba la casa –cuando ya los restos mortales del viejo terrible habían sido trasplantados como abono al jardín del fondo, donde crecería, del fosfato de sus huesos, un árbol retorcido y fragoro-

so, con florcitas celestes: el jacarandá- nacía su décimosegundo nieto, la primera nieta, Concepción, La Niña.

Los ocho hermanos vivos de La Niña, mucho mayores que ella, sus padres, la tía loca, los sirvientes, dos matrimonios de negros que habían sido esclavos, varios nietos ilegítimos y un miliciano borracho de la ciudad festejaron, bebiendo, el acontecimiento.

Todos, en uno o en otro momento, miraron con los ojos asustados la única foto de viejo, que los miraba patilludo, ceñudo, mal afeitado y huraño desde encima de una pianola que nadie en la casa sabía hacer funcionar.

La vieja creció con la casa que su abuelo –sin saber- había construido para ella. Conocía, memorizados por la infancia, por la adolescencia, por la espléndida y contradictoria madurez de matrona virgen, por la decadencia, por la menopausia, por la vejez, por la decrepitud y por la ceguera todos los rincones, todos los secretos, todos los milímetros polvorientos de la casa.

La vieja Concepción contaba sus historias hamacándose vanamente en su mecedora, a sus ciento dos años, a sus ciento cinco, timonel misterioso, sabiéndose la única dueña, la exclusiva y absoluta propietaria de esta casa que había nacido con ella y que moriría o se transfiguraría –en hotel, en pensión, en burdel- cuando ella se muriera.

EL RITUAL

Por los nervios, contra los nervios, para combatir el insomnio, para aplacar los ahogos y los espasmos que le reventaban como granadas silenciosas detrás de las costillas, para calmar a su corazón dolorido que martilleaba un líquido maligno e incansable por la hidrografía caliente de sus arterias y sus venas, para vencer el miedo diurno y para derrotar al terror nocturno, el tilo, por no llorar y para no gritar, un remedio universal, el té de tilo.

El rito, la ceremonia, el sortilegio, la magia: mi padre que iba todos los jueves (yo a veces lo acompañaba) hasta el negocito de una vieja que nos vendía el tilo macerado a la vista. Mi madre que tomaba entre sus manos la bolsa de estraza y metía dentro la nariz y olía y sus ojos destellaban al asomarse de nuevo a la luz; su cara brillaba sedosa al aprobar con lentos cabezazos. Mi abuelo que se reía sin atreverse del todo a la burla con su porrón con whisky encajado en un dedo. La vieja Concepción que a veces, por pura malicia, daba algún diagnóstico erudito sobre el color de las flores, el grosor de las hojas, la dureza de los tallos y el colorido preciso –precioso- de la infusión. La sirvienta –tantas sirvientas igualadas por el tiempo- que preparaba la infusión hirviendo el agua en una caldera de aluminio, contando con los dedos los quince segundos justos de hervor, vertiendo despacio el agua dentro de un cuenco de barro, haciéndola chorrear humeante contra las paredes de barro del cuenco, tapando el cuenco después con un trapo previamente humedecido al vapor y calculando en el reloj de péndulo del comedor –yendo y viniendo- los veinte minutos

exactos de infusión, colando el tilo al trasvasarlo a otro cuenco de barro y recién entonces poniéndole azúcar, catorce cucharadas, y revolviendo, catorce por catorce ciento noventa y seis veces con una cuchara de cocktail.

El tilo lo guardaban, de nuevo bien tapado, en la heladera, porque a mi madre le gustaba y porque a mi madre le hacía bien tomarlo helado.

Mi madre siempre andaba con la taza de tilo en la mano y por las tardes, ya nerviosa por el tránsito del día, temblando por el frío, dejaba caer la taza entre llantos y gritos.

Incluso en lo más tórrido del verano andaba mi madre envuelta en el chal de crochet que le había regalado la vieja Concepción, metiendo los dedos en los agujeros del dibujo del tejido y apretando la bolsa de agua caliente, la boca de goma roja sobresaliendo como un clítoris monstruoso, entre sus piernas, con la taza con té de tilo en la otra mano.

La mujer que nos vendía el tilo era una viejita arrugada que se movía a los saltos como un ratoncito curioso. Tenía dos dientazos que asomaban entre sus labios con un relumbre amarillo y los ojos pequeñitos de roedor incrustados como cabezas de alfiler entre los surcos y las hendeduras pastosas de su cara de pergamino viejo: era una cruza de ratoncito doméstico y de conejo salvaje y asustado. Siempre llevaba puesta la misma ropa, un amplio vestido campanudo, con flores estampadas, casi juvenil. Se ría entre dientes hablando sola y moviendo en el aire sus bracitos de pájaro indefenso, revolviendo los bracitos dentro de las mangas muy amplias del vestido. Parecía que estaba siempre

hilvanando conjuros, con su boca que retemblaba velozmente, sin saliva. Yo en el fondo sabía que era una bruja.

La vieja aplastaba el tilo dentro de un mortero de piedra, lo recogía con una larga cuchara de madera y lo iba dejando caer dentro de una bolsa de papel de estraza.

-Uno cincuenta.

Mi padre le pagaba con billetes y le dejaba un poco de propina, goteando en la manito arrugada algunas monedas.

-Gracias, señor, muchas gracias.

Doblaba los billetes, sacaba una bolsita menuda y crujiente de adentro del escote, la abría, metía dentro los billetes, la cerraba y con sólo dos dedos volvía a introducirla en su prisión de huesos. El escote era alto hasta los ángulos de la mandíbula y estaba rematado con un broche redondo con una redonda piedra opaca.

Yo miraba los estantes con potes llenos de yuyos, con lagartijas momificadas, con sapos metidos en frascos con formol, todo tan limpiecito y tan ordenado, un olor renuente a alcanfor y a hierbas medicinales, vagos colores grises y ocres, una especie de rincón inviolado, casi una forma de la pureza.

Me sentía limpio por dentro al salir al aire de la calle, al empezar a respirar todos los demás sabores, al volver, con mi padre, de la mano de mi padre, caminando los dos por la vereda de la sombra en el verano, por la vereda del sol en invierno.

A veces nos metíamos en un boliche a beber un vaso de agua o un refresco.

Mi padre llevaba la bolsa con el tilo en una mano y no la soltaba nunca. Una vez, ya hacia años, se había encontrado con unos amigos o con una mujer o sencillamente con sus propias ganas matutinas de beber en algún oscuro boliche del trayecto y había vuelto a la casa muy tarde, borracho, despeinado, ojeroso, sin el tilo.

Mi madre había pasado la noche entera en un llanto y desde entonces no habían vuelto a dormir juntos. Por eso ahora mi padre llevaba la bolsa con el tilo bien apretada entre los dedos de una mano como si le hiciera falta sentir el rugoso contacto de papel de estraza pegoteado en su sudor para no perderse irremisiblemente en el laberinto tentacular de los boliches, de las mujeres que lo miraban, de los amigos con los que se cruzaba en el camino: el largo camino de regreso.

Y siempre había boliches con sus ventanas sucias de dedos y de humo por el camino.

Y siempre había alguna mujer que lo miraba sonriendo a mi padre: también el viejo les sonreía a todas con aquella cancha, con aquella pose estudiada y tristona de galán maduro.

Y siempre nos cruzábamos con algún amigo, porque en el barrio todo el mundo lo conocía a mi padre. Sin embargo, a mediodía, a pesar de los boliches, de las mujeres y de los amigos siempre estábamos de vuelta los dos con el tilo.

Mi padre le entregaba la bolsita de papel de estraza a mi madre, suspiraba aliviado dándole la espalda a mi madre y, haciendo gestos y muecas de burla, sacaba un pañue-

lo impecable del bolsillo de atrás del pantalón y se secaba las manos sudorosas metiendo la tela fría y perfumada entre los dedos.

Mi madre olía el tilo y se lo pasaba a la sirvienta.

El abuelo se reía haciendo gárgaras pastosas con el whisky, el porrón encajado firme en el invariable meñique.

Todos los jueves se repetía la misma escena, con una monotonía perfecta y casi terrible.

Hasta que un día la vieja –la bruja- se retiró del negocio para irse a morir a una casita que había comprado en el campo. Vendió sus lagartijas momificadas, sus sapos en formol, sus tarros de especias exóticas y sus gastados conjuros en latín, puso un cartel en la puerta, cerró la puerta con dos vueltas de llave, tiró la llave en una alcantarilla, miró un momento la suave monocromía de la calle arbolada y desapareció.

Desde entonces mi madre tuvo que encargar su tilo a una botica cualquiera. La planta venía en bolsitas de celofán y ya olía distinto. Ya era otra cosa.

II. EL MUNDO DE AFUERA

EL COLEGIO

El abuelo me llevó al colegio en su “Lancia” negro con chofer negro el primer día. Me hizo pasar de su mano entre los grupos de padres y madres que esperaban, parloteando volublemente de sus hijos, vislumbrando futuros hazañosos para todos aquellos pequeños pajarracos que se pateaban y se escupían y se sacaban las lenguas corriendo entre las piernas de los mayores.

Algunos hombres saludaban muy tiesos al abuelo, mirándolo a la cara mientras el viejo, rotundo y desdeñoso, los recorría lentamente de la corbata a los zapatos.

Me hizo sentar en sus rodillas, el abuelo, balanceándome levemente y acariciándome con su mano ya temblorosa por el whisky –las diez de la mañana- mientras hablaba, mundano y jocoso, despojado de la solemnidad de pechera blanca de senador, con la señorita directora. Eran amigos de la infancia, me dijeron, y de ahí el beso al llegar el abuelo, de ahí los recuerdos compartidos comentados entre risas, de ahí el beso más prolongado, como cargado de una furtiva tristeza, al abuelo marcharse, de ahí la mano de la

señorita directora – Miss Manuela – de pronto aquietaba en mi cabeza y Ya bajando por mi cara, contorneando mis ojos cargados de lágrimas de miedo –era la primera vez en la vida que yo me quedaba solo-, torciendo alrededor de mi boca que no quería aflojarse en el llanto, acomodándome con dos golpes de uñas y con dos tirones la corbata de elástico, el cuello almidonado de la camisa blanca, el borde del sweater azul, las manos -¿amigas? ¿enemigas?- tironeando de las solapas de mi saco gris, arrancando –sus largas uñas de esmalte- algunas invisibles partículas de polvo de mis hombros, prendiéndose, su mano tibia y apenas sudada de mi mano y guiándonos, a mí y a mi mano –que un poco había dejado de pertenecerme-, por los blancos corredores iluminados, a través de puertas de vaivén, entre severas maestras empolvadas que cargaban blocs garabateados y abultados cartapacios, entre niños mayores con carteras derrengadas y envoltorios, entres sombras.

Y la voz, en seguida, de la señorita directora hablándome del abuelo, quitándome el miedo con una voluptuosidad avejentada y casi familiar, acariciándome su voz lo mismo que antes me habían acariciado sus dedos. La mujer olía a five o’clock tea, a colonia inglesa y a casa con cortinajes profundos y con mayordomo y con relojes de gong. Su retrato, un óleo gigantesco, nos miró fugazmente desde la esquina de un corredor. Era reconociblemente Miss Manuela, más joven y más fea pero la misma.

La voz de Miss Manuela había seguido acariciándome, acaramelada y ronca, susurrándome delicias con un leve y

falso acento extranjero hasta quitarme todo el miedo y entonces, ahora, después de corredores, patios y escaleras –todo muy limpio y lleno de luz: maestras, maestritas y niños yendo y viniendo-, por último dejarme, besándome en la frente, depositarme, sin haberme yo dado cuenta del todo de que me sentaba, de que ella se iba, en una silla de madera con mimbre entrelazado, mis manos y mis útiles –un libro con figuras, una bolsa con cuentas de colores, un paquete con cinco tubos de plasticina- encima de una mesa, caras hostiles de niños y de niñas alrededor, también una maestrita coloradota y torpe que hablaba brevemente con Miss Manuela y me miraba directo a los ojos, miraba la puerta que recién se había cerrado detrás de Miss Manuela y golpeaba con una regla de madera en su pupitre.

-Niños, niños, orden, please.

El miedo se prolongó por muchos años: los amaneceres terroríficos, las pesadillas, los impetuosos deseos de llorar a las puertas del colegio.

Recién se me fue, el miedo, al comprender que las jerarquías no eran tan férreas e inamovibles como yo venía pensando. Tuvo que venir un niño más grande y pegarme, tuve que mirarlo yo sin entender y sin creerme lo que estaba pasando y en un puro movimiento reflejo pegarle yo a él también, con todo el miedo del mundo, y verlo, sin poderme creer nada todavía, que se separaba al principio confundido, en seguida lloriqueando y al final gritando y llorando con el alma entera.

Ya sin miedo –para siempre sin miedo- lo vi irse corriendo hacia la maestra que nos vigilaba en el recreo, lo vi pasar entre los demás niños que lo miraban y se burlaban y lo vi prenderse de los vestidos de la maestra, trepar hasta la blusa y los senos tiesos de la maestra, buscarme con los ojos enrojecidos de llanto, señalarme con un dedo. La maestra vino hacia mí con la campana sonando cada vez más fuerte contra sus polleras, con los altos senos jóvenes subiendo y bajando en un compás enceguecedor bajo su guardapolvos azul. No vi su mano que me agarró del pelo. Sólo escuché su voz y creí que me estaba diciendo cosas dulces. Sólo sentí su olor, una especie de totalidad amarilla, y me dejé ir hacia ella, para que me castigara. La toqué con mis dedos afiebrados y se dio cuenta. Me llevó en un vuelo a través del jardín y me subió casi en el aire los escalones hasta el silencio frío y luminoso del corredor.

Pegado a una pared, aguanté con los ojos cerrados, con los puños apretados contra los costados de mi cuerpo. Oí la voz de la maestra, su enojo palpitando entre jadeos, en seguida el principio resbaloso de su risa y de inmediato sus livianas palabras de consuelo.

-No llores –me decía.

Yo no estaba llorando.

-I’m sorry –me decía-. I didn’t mean to…

Su mano me tocó la cara y sus labios me besaron, entreabiertos, en una mejilla, recorriendo húmedos y lentos una pulgada entera de mi piel. Después la maestra salió corriendo.

Con los ojos cerrados yo escuché sus pasos y la enérgica, metálica y plateada campana que resonaba entre sus dedos.

Unas confusas voces en inglés surgieron a mi costado, también lo recuerdo, y dos inglesas viejas, empolvadas, adornadas de oro y de caireles y vestidas de negro riguroso pasaron a mi lado. Era la primera vez que las veía y nunca las volvería a ver. Apenas abrí los ojos para mirarlas mirarme y pasar y de nuevo volví a cerrarlos hasta escuchar las voces de los otros niños en tropel, que subían. La misma maestra, la misma maestrita joven con su guardapolvos azul venía entremedio, dos cabezas más alta que todos, sacudiendo su pelo colorado y brillante y apretando la campana contra el cuerpo.

Miss Manuela, que me quería, se enfermó, se retiró y al poco tiempo se murió. En su lugar pusieron a una mujeruca relativamente joven y sin gracia, que de a ratos parecía una monja sin hábitos y sin convento y de a ratos un sargento sin uniforme y sin cuartel. Había sido maestra mía un año antes y me odiaba, con ese odio infantil y sin fisuras que a veces los mayores sienten por los niños.

En el velatorio de la señorita directora soltaron palomas negras. Cien palomas. Yo había ido, acompañando al abuelo. Lo vi mirar el cielo, las nubes, las palomas, con el sombrero apretado contra el pecho y una sonrisa parduzca en los labios.

Los niños, en el colegio, no tenían nada que ver con los reítos malvestidos que bajaban de Belvedere y de La Teja

para mendigar y tirar piedras los domingos en el Prado. En el colegio, los niños eran sólo niños, asquerosamente niños.

Yo no.

Yo eso lo supe después de unos años, tal vez porque el abuelo ya no era senador y ya iba camino de arruinarse del todo y para siempre. O porque mi madre y mi padre andaban cada vez peor, el viejo largándose por las noches para no regresar hasta el alba y la vieja llorando sin consuelo, hablando sola, paseando a las zancadas, envuelta en su chal negro, por la penumbra pegajosa de los salones y de los corredores. Se había vinculado a curas viejos, a señoras de círculos de caridad, a mujeres gordas que leían el horóscopo, que suspiraban por la calor, que sufrían de sabañones en los dedos y que decían perdón después de cada bostezo.

Lo cierto es que yo de pronto empecé a ser diferente y a sentirme diferente. Les pegaba a los demás, besuqueaba a las niñitas en los rincones oscuros de los corredores y les tiraba cosas a las maestras. Hasta que un día, al final, me echaron.

Yo estaba sentado en una silla, en la oficina de la dirección, sin saber muy bien por qué me habían llamado, aunque no dejaba de sospecharlo (íntimamente de saberlo): en un colegio, al igual que en cualquier otro lugar público, circulan los rumores. Y desde ya hacía tiempo yo era el rumor principal.

Yo estaba allí sentado, mordiéndome las uñas por puro aburrimiento, mirando las fotos de alumnos ejemplares que colgaban de las paredes y pensando, con cierta alegría ma-

ligna, que mi foto jamás colgaría en ese lugar, en esa especia de cementerio de expresiones angelicales.

Yo estaba en el sexto grado cuando me echaron y ya en el quinto grado había dejado de ser el mejor de la clase, como lo era al principio. Sin embargo, no había sido de golpe que me había transformado. Todavía no sé bien cuándo fue, ni cómo, ni exactamente por qué. Sólo imagino motivos, generalmente absurdos. Lo que sé es que fue un verano, el mismo verano en que el abuelo dejó de importar semillas de amapolas y de orquídeas de Chipre y de Ceilán.

Sentado en esa silla, mirando la calle vacía por la ventana, yo esperaba no sabía bien qué, y lo que pudiera ser no me importaba ni me interesaba; lo que menos podía imaginarme era que vería entrar a mi padre, un paso detrás de la señorita directora, los dos mirándose con unas sonrisas puramente labiales, unas muecas bastardas e inútiles que no iban más allá del cerco de los dientes. Me puse de pie. Los dos me miraban.

La mujeruca, con su cara caballuna, señaló hacia mí con la cabeza.

-Ahí lo tiene –llevaba un gigantesco broche de oro colgando entre los mínimos senos; yo lo miraba fascinado-. Lléveselo, señor Balcarce. Y que no vuelva.

Mi padre no la estaba observando; al agarrarme de la mano, mi padre seguía mirando fijamente las fotos colgadas en las paredes. Sin soltarme saludó con la voz seca y firme, cerró la puerta con sumo cuidado, le hizo una sonrisa áspera a una maestra vieja y una sonrisa jovial a una

maestrita joven que se cruzó, medio tropezando, en nuestro camino. Mi padre miró hacia lo hongo de un corredor que llevaba a los salones de las clases superiores, me preguntó si yo tenia algo que recoger y no esperó que yo le contestara para tironear apurado de mi mano. Tampoco esperó haber traspasado las grandes puertas de vidrio entre los altos ventanales para empezarse a reír.

-¿Vos qué te pensás que es la vida? –me preguntó riendo.

No le contesté.

LOS FORAJIDOS

Los forajidos bajaban de noche, cruzando el arroyo Miguelete en fila india, uno tras otro y sin tocarse, por los estrechos puentecitos de concreto. Venían desde el olor putrefacto del arroyo –el olor de las fábricas y los mataderos, el olor de la espuma viscosa que flotaba endurecida en el agua sin olas-, escondiéndose en las sombras, divididos en grupos, hablándose por señas, practicando una grotesca estrategia militar. Se pasaban silenciosamente las botellas, ocultaban las brasas de los cigarrillos en las palmas de las manos, caminaban en silencio con sus pies descalzos y traían al hombro unas bolsas de arpillera cargadas con piedras. Los bolsillos los llevaban llenos de papeles con mensajes.

Eran hombres feroces. A veces se cruzaban con los basureros o con algún noctámbulo perdido o con un grupo de murciélagos juerguistas y dejaban un rastro dibujado de sangre y de violencia a su paso. Sus víctimas, golpeadas, maltratadas, masacradas y violadas, aparecían tiradas, a veces descuartizadas, como fardos olvidados en medio de montañas de desperdicios.

Los forajidos venían de las chozas de los cantegriles del otro lado del arroyo y sólo se acercaban durante la noche. Sus enemigos naturales eran la luz, la Policía y los perros adiestrados a matar que vigilaban, con los colmillos asomando entre los labios, las mansiones fortificadas de los ricos.

Por todos los enumerados motivos y por otros motivos imaginarios, y por miedo, y por odio y por astucia, los forajidos venían siempre en silencio y en grupos, al amparo de la noche, eludiendo con una habilidad diabólica a las patrullas policiales. Traían piedras en las bolsas de arpillera y mensajes manuscritos en los bolsillos.

Con sus zapatos de goma, con sus chancletas, con sus pies descalzos recorrían a pasos furtivos y sofocados las calles vacías del Prado, yendo y viniendo como sombras malas, inexplicables y desarrapadas entre los eucaliptus, sonámbulos perfectos y terribles, autómatas enloquecidos, bebiendo sin ruido el alcohol cavernoso, emborrachándose con la suave ingravidez de la costumbre.

Había, según me contaban las sirvientas y otros niños, muchos tarados entre los forajidos. Los tarados caminaban

bamboleándose, sollozando, babeándose el pescuezo y mirando sus pies torcidos mientras andaban. Los demás los llevaban como a perros, algunos pasos detrás, castigándolos en el lomo con los pesados cinturones, dejándolos que olisquearan gimiendo de placer en la basura, o que se revolcaran mugiendo y aullando como vacas para el degüello en los montones de basura, infestados de ratas y cucarachas, de los terrenos baldíos.

Aquellas sombras mongólicas, cargadas de bolsas con piedras, caminaban con el cuerpo en ángulo bajo el peso que llevaban a la espalda. Los perros, cuando venían, iban entreverándose en los laberintos enclenques de sus piernas y los mongólicos los apartaban a patadas.

Todas las noches había algún tarado que se perdía por el camino y a la mañana siguiente aparecía –los he visto-, gimoteando por las calles asfaltadas, sombreadas y apacibles, pasando sin ver entre las niñeras que empujaban niños en carritos, entre las señoras que conversaban en la vereda, entre las sirvientas jóvenes que iban de compras moviendo el trasero, entre los niños y las niñas limpiecitos que jugaban, saltando en un pie, a la rayuela.

El cuerpo blando e hidrópico del mongólico se balanceaba como en un viento o en un barco o como un barco en un viento, y sus carnes flojas saltaban estremecidas con los hipos y los llantos. Siempre había alguien que llamaba a la Policía por miedo o por asco y al poco rato lo venían a buscar al mongólico con garrotes, con cerdas, con chalecos de

fuerza, y se lo llevaban, nadie parecía saber a dónde; y a nadie le importaba.

Los forajidos inscribían amenazas llenas de errores de ortografía en las paredes, BamOS A MAtAr a Tos IOS Rric OS, las letras chorreteando hilos de alquitrán que bajaban retorciéndose entre las grietas y los surcos de las viejas paredes, IGOS dE PUtA. También se acercaban hasta las casas, con sus ventanas con luz, y arrojaban piedras.

Muchas familias contrataron policías particulares que se escondían en los jardines y que con el tiempo aprendieron las costumbres, los horarios, las jugarretas y las artimañas de los forajidos y entonces empezaron a cazarlos, pimpampum, a los balazos, como a pajaritos. Los que más morían, moscas sin alas, eran los mongólicos. Se quedaban clavados como conejos adentro de los redondeles de luz de las linternas y los reflectores, chupándose los dedos y lagrimeando encogidos, como si de veras adivinaran la muerte.

Las piedras venían envueltas en mensajes terroristas, escritos en letras rojas bien formadas, siempre con mayúsculas y sin errores de ortografía. En el barrio la gente imaginaba alguna mente satánica –algún secreto anarquista- oculta detrás de los ataques nocturnos de los hombres zarrapastrosos del otro lado del arroyo.

Cercana el alba, los forajidos, como vampiros enemigos del sol, cruzaban de vuelta los puentecitos de concreto, metiéndose en el olor mefítico del arroyo para regresar a sus casa, con las bolsas de arpillera ya vacías de piedras, con los bolsillos ya vacíos de mensajes, con las botellas de

pico quebrado ya vacías del mortecino licor de sus propias destilerías clandestinas.

Volvían borrachos ciegos, peleándose entre ellos, vomitando en todas partes sangre y bilis, acuchillándose, apuñalándose porque sí: a menudos la Policía rescataba cuerpos oscuros, informes e hinchados que aparecían flotando en la leve y grasienta corriente del arroyo. El lugar, sus árboles, sus pastos, sus flores, sus pájaros, siempre olía a muertos.

Volvían a sus covachas, los forajidos, a sus mujeres crenchudas, a sus niños desdentados y barrigones, a sus viejos desde siempre moribundos, a sus perros famélicos, a su viejísimo dolor comunitario, a sus sueños cacofónicos, a la miseria pegajosa, tan insistente y repetitiva como una hembra en celo.

Dibujaban (los forajidos) diversos signos obscenos, analfabetos y torpes en las paredes, al volver. A veces era posible, me contaban, distinguir, presumir, reconstruir de las patéticas rayas del alcohol una hoz y un martillo, un muñeco grotesco colgando de una horca, órganos genitales masculinos, borrosas caras de pesadillas, vacas misteriosas y elementales con largos cuernos y con ubres gigantescas colgando entre las patas: este símbolo terrateniente era un enigma, un nuevo dato a agregar al puzzle del rostro del presunto anarquista invisible.

Meaban, cagaban y vomitaban en las calles los forajidos, y a veces se mataban entre ellos. Eran muchos, sucios, analfabetos, borrachos, harapientos, emparentados por la pobreza, por la ignorancia, por el hambre y por el odio. Yo

nunca los vi, nunca me dejaron verlos, ni siquiera muertos, pero igual el abuelo me contaba. Cuando empezaron a cazarlos con fusiles y reflectores yo escuchaba todas las noches las sirenas de los vehículos policiales, los gritos, las órdenes aulladas en altavoces y los disparos. Con la cara pegada al vidrio de la ventana intentaba adivinar las volteretas macabras de los heridos de muerte. Imaginaba rostros rehechos en sangre.

Una vez cada tanto, obedeciendo a una orden dictada en un despacho sin ventanas, en camiones, en coches patrulleros, con coches lanza-agua, con escopetas de gases lacrimógenos, con cañones, con perros asesinos sin bozal, con sables y machetes y garrotes y rebenques y caballos, la Policía invadía, de a docenas y de a cientos, los rancheríos.

La Policía entraba arrasando a las casuchas, golpeando con los garrotes barnizados, con los sables, con los rebenques, con las manos y con los pies a las mujeres preñadas –las pobres siempre llevan la pavorosa barriga por delante-, a los borrachos dormidos, a los viejos que gruñían sin entender, a los niños que pataleaban. Los arrastraban de los pelos, de los brazos y de las piernas y los tiraban hacia dentro de los carros y los camiones.

A los más fuertes, a los más tontos, a los de mejor dentadura de los forajidos los enrolaban en el Ejército. A los demás los azotaban un rato, los duchaban con agua helada y los largaban. Los más astutos, sin embargo, no volvían jamás al rancherío. Abandonando mujeres, niños, viejos, perros, botellas, ciudad, rondaban por los cuarteles policiales

hasta conseguir la gorra azul con insignia, el garrote encerado, el revólver, las veinte balas reglamentarias, los botines negros de atar, un saludo, unas órdenes, un papelucho a firmar. Después se los podía ver vigilando esquinas, Bancos y Embajadas, y ayudando a viejecitas temblorosas a cruzar las calles con mucho tránsito.

Todas las noches bajaban en manadas, en tropeles, en patotas loa forajidos, con las bolsas cargadas de piedras y los bolsillos llenos de mensajes que no habían leído y que jamás hubieran podido comprender. Los mensajes iban envolviendo las piedras, apretados con gomas tirantes. En las esquinas, a la sombra de los árboles, los forajidos elegían la piedra, sacaban sin leerlo el mensaje, lo apretaban a la piedra con varias vueltas de la goma y buscaban puntería, afirmando la borrachera en algún apoyo sólido y revoleando la piedra hacia alguna ventan con luz.

La ventana del dormitorio de mi padre la rompieron dos veces. Papá tiró las piedras pero conservó los mensajes. Uno de ellos estuvo clavado detrás de un vidrio, durante mucho tiempo, en una pared del recibidor de la casa. Decía:

> CADA VEZ FALTA MENOS PARA QUE LA
> TORTILLA SE VUELVA. MILLONARIO:
> TUS DÍAS Y LOS DE LOS DE U CLASE
> ESTÁN CONTADOS.
>
> VIVA LA LIBERTAD.

Una tarde, los forajidos atacaron una Embajada -¿la de Nicaragua?, ¿la de Costa Rica?- y mataron, de una pedrada con mensaje, a un secretario tercero.

A la mañana siguiente la Policía colocó reflectores en los lugares estratégicos del barrio: los forajidos fueron cazados como pichones, a los balazos desde arriba de los árboles y desde los tejados. Los cazadores usaban rifles con mira telescópica y masticaban maníes, escupiendo la cáscara entre dos dientes, entre disparo y disparo. Todas las noches, a partir de entonces, se sucedieron las balaceras y los cadáveres.

Y la gente del barrio apenas si se enteraba.

Muy temprano, por las mañanas, las patrullas de basureros vengativos recogían a los muertos, tirándolos de cualquier manera dentro de unos grandes recipientes de lata.

Recuerdo los caminitos de tierra al otro lado del puente sobre el Miguelete.

Otro mundo.

Los caminitos se retorcían dentro del bosque de aromos como si fueran caminitos de hormigas gigantescos. En seguida del bosque el barranco –yo había oído hablar del barranco, de los muertos insepultos, de los fantasmas nocturnos y de los asesinos diurnos, pero nunca había estado por allí- y del otro lado, pasando el barranco por el puente colgante de maderos podridos, al final de una calle terrosa con árboles raquíticos, las casa todas iguales del barrio obrero.

El abuelo me tenía agarrado de la mano igual que cuando yo era más niño, pero ahora el viejo estaba mucho más viejo y un poco parecía que era yo el que lo estaba llevando. Pasamos caminando despacio entre las casa de los obreros.

Nadie en ninguna parte.

Era verano y cerca del mediodía; las puertas de las casitas estaban cerradas, las cortinas echadas en las ventanas, los pájaros piando entrecortados en los árboles, algunos caballos rebuscando con el hocico entre las matas de pasto con hormigas.

En un bar –entramos a beber agua y el abuelo se tomó una grappa-, había dos o tres hombres, sentados a una mesa, jugando estrepitosamente, aunque no hablaban, a los dados. El ruido de los dados en la madera de la mesa parecía martillazos o balas, levantando y arremolinando polvo en el silencio.

Había un pajarraco en una jaula, en un rincón, en el único pedazo de sol que entraba por la única ventana.

-¿Ya empezaron? –preguntó el abuelo, apoyando en el mostrador, señalando hacia afuera, hacia lo lejos, con un preciso cabezazo.

-¿Empezaron? –preguntó y respondió e inquirió el patrón, escurriendo un trapo con agua encima de las moscas apretadas en una esquina sucia de vino del mostrador-. ¿Si empezaron qué?

-Los trabajos –el abuelo bebió, puso una moneda en la madera, volvió a señalar con la cabeza-. La demolición.

-Sí –dijo el otro, limpiando demasiado minuciosamente las grietas en la madera del mostrador: arrancaba un pegote gris y grasiento con la uña-. Esta mañana. Justo esta mañana.

Salimos.

Yo no sabía exactamente a dónde íbamos ni a qué, el abuelo no había querido decírmelo al salir de casa y yo no había insistido en preguntar. Yo iba de nuevo agarrado de su mano, sintiendo el calor. Apenas nada más.

El ruido de las máquinas empezamos a escucharlo de golpe, a medio camino, en una cuesta que yo no sabía que era la última. Del otro lado, desparramadas entre algunos pocos árboles, encerradas entre una vuelta del arroyo y las alambradas de los mataderos, apretadas entre bloque de hormigón con inscripciones:

PROHIBIDO ENTRAR
PROHIBIDO FIJAR CATELES
PROHIBIDO APOYARSE
ROHIBIDO ASOMARSE,

estaban las casuchas. Lo que quedaba de ellas.

A los pobres los habían amontonado a un lado, en un claro junto al arroyo y estaban vigilándolos soldados mulatos con casco y fusiles. Las máquinas –los bulldozers, las excavadoras, los tanques de guerra- arrasaban las casuchas una tras otra. Las golpeaban como si fueran paja o flores marchitas y las hacían volar por el aire: los pobres enseres domésticos –puros cacharros sin ningún valor- salían despedidos hacia los árboles.

Unos hombres de overoles estaban afirmando, con postes y con fierros, un gran cartel con colores rojos, azules y amarillos. Una vaca a manchas blancas y negras sonreía con imbecilidad humana, sacando la lengua, dentro de un círculo rojo en el medio del cartel:

FRIGORÍFICOS DEL SUR.

Y más abajo, en letras azules:

"Predio adquirido para depósito y matadero".

Los pobres, rodeados de milicos, moviéndose todos juntos en una especie de oleaje de terror de ratas enjauladas, miraban a los hombres subidos en escaleras que colocaban y afirmaban el cartel. Los niños mal vestidos parecían divertirse con el estrépito de los bulldozers y de los tanques de guerra.

El abuelo había soltado mi mano y -los dos en lo alto, mirando las nubes de polvo que crecían hacia nosotros- se secaba el sudor de la frente con un pañuelo que olía a lavanda.

VISITA A UN MUSEO

El abuelo también me llevaba, a veces, a visitar un museo de armas que estaba en la Ciudad Vieja. Al lado estaba la casa que había sido de los padres y de los abuelos de mi madre, una gran casa de color gris piedra, con balcones de

mármol, con las paredes mohosas y agrietadas, con una pequeña rejilla en la puerta, justo encima del aldabón de bronce. El tiempo, sumado a oscuras necesidades, la había convertido en amueblada barata para yiras del puerto, para marineros de paso y con prisa, para homosexuales enamoradizos y para oficinistas con poco tiempo que dedicar al amor.

Yo no sabía nada de todo esto.

Yo miraba la puerta siempre a medio cerrar de la casa, de aire amplio y a la vez decrépito; miraba las ventanas del piso bajo siempre tapadas por unas persianas de enrollar despintadas, los balcones de la planta alta atosigados de macetas sin flores. A veces una bombacha o un par de medias de seda colgaban al sol en una cuerda.

El museo tenía una puerta giratoria flamante, con los goznes bien aceitados, que se deslizaba sin ruido, bailando sobre sí misma, y en la que yo daba vueltas de vértigo, encerrado en el cubículo de vidrio, corriendo y empujando, mis pies resbalando peligrosamente en la baldosa encerada. Yo salía mareado de la puerta giratoria y avanzaba hacia el abuelo haciendo eses entre las grandes armaduras medievales que poblaban la primera sala del museo.

Yo jugaba a perderme entre las armaduras de ademán amenazante, jugaba a correr y a gritar, con el llanto temblándome verídico en la boca; yo llamaba a los gritos, en susurros, entre las sombras por los tapices profundos, al abuelo.

Después, los dos mirábamos arcabuces, trabucos, espingardas, mosquetes y morteros alineados en vitrinas detrás de unos cristales con huellas de dedos y de alientos. Un rato de vagar por los demás salones con vestimentas antiguas y caballos de madera cabalgados por jinetes de madera, un breve paseo por el jardincito redondo, una mirada al reflejo del agua en lo hondo de un aljibe donde el abuelo siempre dejaba caer una o dos monedas cerrando los ojos y pidiendo deseos y subir, por las escaleras con alfombras rojas, a la planta alta, para mirar a los indios de cera, los arcos y las flechas, el gran ñandú embalsamado y las poderosas boleadoras colgadas en clavos, detrás de cristales, en las paredes.

En casa, yo me había hecho unas boleadoras parecidas, con un pedazo de cuerda y con tres piedras vagamente redondas que había encontrado buscando entre los canteros. Yo tiraba mis boleadoras contra los árboles pequeños y las veía enroscarse en los troncos delgados, las piedras chocando ruidosamente entre ellas, silbando en el aire todavía.

Las boleadoras del museo tenían cuatrocientos años, me decía el abuelo, y me hacía acercar al vidrio para mirarlas. Yo sentía detrás la mirada traidora y solapada de uno de los indios de cera, un charrúa achaparrado con un puñal de piedra afilada encajado en el taparrabos, con unos bigotes blandos que se perdían en la redondez del mentón y con una sola pluma gris en la cabeza. Sentía aquella mirada de vidrio y de cartón y me estremecía.

El abuelo siempre se paraba un rato, antes de marcharnos, para conversar con el conserje, un hombrecito lampiño, limpio y miope que se adornaba con galones y medallas igual que un mariscal de campo. Hablaban entre ellos de cosas de antes y el hombrecito aguantaba su gorra marcial contra el pecho hasta que el abuelo se despedía. Recién entonces se encasquetaba la gorra, la golpeaba hacia arriba con un dedo y empujaba uno de los vidrios de la puerta giratoria para que pasara el abuelo.

-Buenos días, Manuel.

-Buenos días y gracias, senador.

El abuelo salía y esperaba que yo terminara de dar mis vueltas entre los vidrios. Me agarraba de la mano y aspiraba hondo en el olor alquitranado del puerto. Me llevaba a un boliche y me dejaba beber refrescos, comer galletas y chupar caramelos mientras él bebía su whisky y me hablaba de los indios, de los gauchos, de los conquistadores y de los soldados.

Llegábamos a casa, el abuelo y yo, después del mediodía, los dos con hambre, cortejando los dos a la sirvienta, fuera cual fuera, para que nos dijera lo que había de comer. El abuelo, al poco rato, después de comer, ya andaba refunfuñando por los corredores de la casa, con su porrón con whisky encajado en un dedo.

UNA NOVIA

Una vez yo creí que me había enamorado. Fue la única vez. Yo tenía doce -¿trece?- años, andaba gozando y sufriendo todas las variedades diurnas de la fascinación y la pesadilla, inscribiendo corazones con flechas en las paredes, dibujando palabras misteriosas con el dedos en el aire y en los muebles.

Me pasó en el liceo, a mediados de año, en una época de aritméticas complejas, de amaneceres entreverados de neblina, cuando la perfecta geometría de mi vida empezaba a resquebrajarse para siempre: un amor fronterizo y de pleno invierno.

Recuerdo que llegaba por las mañanas al lico, encerrado en mi sobretodo, con todo mi sueño escondido por el pesado ropaje que me cubría, las solapas levantadas hasta las orejas ocultando mi cara de posibles vergüenzas, sospechas y malentendidos. El sobretodo me llegaba casi hasta los pies y en las mañanas de garúa de julio y de agosto despedía un olor como a perro sucio.

Mi novia se llamaba Estefanía y era pecosa, bajita, estudiosa, con una especial mansedumbre para los números, para los verbos, para la historia y para la geografía. De lo que más me acuerdo es del día de la despedida, cuando los dos nos mirábamos aguantando las lágrimas y pensando que ya no volveríamos a vernos. Sus padres se iban a otro barrio, a otro planeta.

Nos dimos la mano frente a la puerta de la casa de ella, sin atrevernos a besarnos como justo el día anterior.

Fue un asunto triste. Yo me fui sin dar vuelta la cabeza, con la pequeña certidumbre de que el amor –esa cosa- existía.

Al poco tiempo empecé a odiar a Estefanía. Más que nada odiaba su ausencia, mis propias ganas de tenerla delante, no verla todas las mañanas sentada en su pupitre en la primera fila, con sus prolijas manos de uñas al ras entrelazadas en la madera picoteada, el cuaderno abierto a un lado y el lápiz entre los dedos. No verla venir hacia mí, casi clandestinamente, en los recreos. Ya no volver a escaparnos juntos a recorrer la orilla alta del arroyo, ya no fumar a escondidas ningún ardiente cigarrillo compartido.

Estefanía me había dejado un teléfono, cinco números intrincados como una clave amorfa que yo nunca me atreví a discar, a descifrar.

Sin embargo íbamos a encontrarnos cuando pasaran los años. Nos habíamos despedido dándonos la mano y en el reencuentro fue como si estuviéramos repitiendo o prolongando el único ademán rescatable de aquella otra noche ya vieja, los dos mirándonos a la cara, empezado a sonreír y comprendiendo –en la mitad justa de la primera sonrisa- que de una u otra forma estábamos de nuevo sentados juntos en un banco de madera, abrazados, en la fuga de una noche, en una placita con un solo farol más o menos lejano alrededor del cual andaba merodeando un gato que tiraba zarpazos agresivos a los insectos vertiginosos que subían y bajaban girando en la luz.

En la placita había pasto muy ralo, barro en los canteros y un difuso olor a invierno.

Era invierno, los dos teníamos frío, nos abrazábamos, nos habíamos fugado aprovechando una fiesta pero ya no hacíamos planes. No había por qué.

Tampoco los hicimos al reencontrarnos, en la torpe casualidad de otra fiesta, al salir juntos a la noche, volviendo a fugarnos, empezando a caminar hacia la rambla.

Y era de nuevo invierno.

Y de nuevo ya no había planes que hacer.

Anduvimos dando vueltas, corriendo de alero a alero bajo una llovizna; entramos a un bar, atisbamos comercios cerrados y carteleras de cines, nos besamos al abrigo de mi gabardina y nos metimos a pie como pobres, dando la cara en una amueblada.

Yo me reí al verla desnudarse con una prisa fantasmal, como si hubiera muchos años que de veras recuperar. Apenas hablamos de lo otro pero los dos nos acordábamos. Ella me contó su vida y seguramente me mintió. Yo hice un poco lo mismo, disfrazando mis mentiras con la habilidad adquirida en todos esos años.

Hubo, en especial, un beso que los dos recordamos a la vez, porque volvimos a hacerlo, lo reinventamos con la misma torpeza, con la misa falsa sabiduría de la primera vez irrepetible. Yo le pasé la mano por el pelo como se la había pasado muchos años antes y le miré las pecas, ahora disimuladas bajo los cosméticos.

EL LICEO

Mi padre siempre decía que la melancolía es una enfermedad contagiosa pero no peligrosa, que se puede curar con vulgares medicamentos.

-Todo el mundo tiene derecho a estar triste –decía-. Pero a mí no me interesa ejercer ese derecho.

Siempre andaba alegre, el viejo, silbando o tarareando canciones sentimentales, haciendo guiñadas y soplando besos a las mujeres, intercambiando bromas con los amigos, regalándole cosas a la gente, a cualquiera, porque sí.

Una vez papá le regaló una flor a una de mis profesoras del liceo: yo espié la mirada incierta de la mujer, el flujo dorado que corrió por sus ojos, el leve vuelo de su brazo tembloroso hacia la flor, su pujanza contenida al recoger la flor, al acercarla a su cara aspirando el perfume y al llevarla lentamente hacia su pelo; el trabajo de sus dedos encajando el tallo entre los bucles, la perseverancia electrizada de su sonrisa, la mirada carnosa y espesa, los dedos eternamente enroscados en el tallo sin espinas; yo adiviné la alegría, anticipé la lengua asomando entre los dientes, la caída de ojos, el rubor inquieto de las mejillas. Me di cuenta que ya al irnos los tres caminando calle abajo la profesora sólo tenía ojos para los ojos, para la boca, para las manos movedizas de mi padre, que hablaba haciendo gestos, que al caminar parecía estar bailoteando un tango secreto en la vereda. La convidó con cigarrillos, le habló de mamá con un

sucio respeto -¿un sucio temor?- resquebrajado y carcomido por los años, la invitó a una copa en un bar, eligió una mesa debajo de un ventilador quieto de aspas de madera y pagó –en total dos vermouths, una cerveza, mi coca-cola- poniendo encima de la mesa los últimos billetes que tenía.

Yo me fui al baño un momento, levantándome de entre los dos sin decir nada, caminando apresurado sin volver la espalda pero atisbándolos en un rincón de un espejo con letras azules y rojas dibujadas.

Meando alegremente contra la loseta supe que mi padre ya estaba hablando de vino y de aventuras, ya estaba planificando emociones, ya seguramente estaba tocando la piel de la mujer; al principio la breve superficie húmeda de las yemas de los dedos, después el brazo, un segundo más tarde el reborde de la nariz o el límite de una oreja para terminar –o empezar- con aquella caricia suave y memorizadota en el arco del cuello, con la parte de atrás de sus dedos, con el dorso de su mano bajando hacia confines nocturnos por la piel perfumada y ligeramente áspera de la mujer.

Yo había visto todo aquello ya otras veces y pensaba, con una desvaída esperanza, que tal vez algún día llegaría a aprender.

Yo imaginaba que la profesora tocaría levemente los pétalos de la flor en un confuso ademán de coquetería. Al salir los vi a los dos con las caras muy cerca, hablando ya en el secreto lenguaje del deseo compartido.

De vez en cuando mi padre me estaba esperando a la salida del liceo.

Mi padre me iba a esperar porque sí, porque no tenia nada que hacer y tenía ganas de verme, para que un rato anduviéramos los dos juntos deambulando por algunos caminos casi boscosos, asomándonos a las casas de los ricos parapetados detrás de cercos de alambre de púa, metiéndonos en boliches, subiendo y bajando por calles, por callejones, por pasadizos, por callejuelas, entrando a la luz escasa de las librerías de viejo, yo hojeando libros de aventuras mientras mi padre discutía precios de revistas en colores con mujeres desnudas, tirando piedras los dos en el estanque de una plaza invadida de gorriones, compartiendo un rato un clima que no fuera el de los silencios y el de las diarias claudicaciones del hogar.

Yo ya lo había divisado, al viejo, nomás al empezar a bajar la escalera entre los demás estudiantes, que salían arrastrando los pies en marejada. Yo le gritaba a papá entre las cabezas y levantaba un brazo para que me viera.

Mis compañeras comentaban que mi padre era tan buen mozo, con aquellos ojos opacos con una sombra de maldad, con aquella forma tan desenfadada y tan como remota o como ausente que tenía para moverse y para caminar, y a mí también me gustaba verlo a papá con sus remeras de hilo y sus pantalones blancos en verano; verlo con sus trajes de casimir inglés, con sus corbatas a rayas y con sus pañuelos de bolsillo bien doblados, bien planchados, bien perfumados en invierno, fumando en la vereda frente a

la puerta del liceo, con un codo apoyado en un árbol -¿siempre estaba igual?, ¿o será solamente que mi memoria lo recuerda siempre igual?- y un zapato apoyado de punta en la baldosa, mezcla de pituco decadente y de cafisho del puerto, mirándoles las piernas a las niñitas de doce y trece años y anticipando, con sus ojos expertos, las futuras delicias de unos senos que recién despuntaban, las futuras caricias de unas manos que ahora desenvolvían caramelos, los futuros misterios de unas ancas que aún no habían acabado de formarse.

Papá me revolvía a mí el pelo, a veces me golpeaba con un puño amistoso en el pecho o amagaba un upper-cut a mi barbilla. Me decía algunas malas palabras, acercaba su cara a mi cara y me respiraba encima. Su aliento olía a pastillas de eucaliptos. También siempre igual: yo le pedía una pastilla y él sacaba una bolsita de un bolsillo y me la daba.

-Guardátela.

Se inclinaba para dejar que yo lo besara en la cara o mejor que besara distraído el aire junto a su cara. Agarraba mi cartera flaca y se la encajaba bajo un brazo.

-¿Tenés un cigarrillo?

-Tomá.

Yo ya venía sabiendo lo que iba a pedirme y por eso un momento antes había metido la mano en el bolsillo de mi pantalón en verano, en el bolsillo de mi sobretodo en invierno y dificultosamente en verano, hundiendo la mano en la tela apretada del pantalón, arrancando los dedos a la pegajosidad del sudor o escarbando en invierno en el hondo

bolsillo del sobretodo, hurgando entre las pelusas y los papeles inservibles, con la mano dolorida de calor en verano, con los dedos ateridos de frío en invierno extraía la caja de “Kent” o de “Winston” en los primeros años, el paquete aplastado de “Flor de Lis” o de “Republicana” más adelante, cuando ya no vivíamos en el Prado, y se los pasaba.

-Aquí tenés.

También le pasaba los fósforos y lo miraba encender el cigarrillo, largar el humo, soplar el fósforo.

Yo, en el liceo, más que nada, me aburría. Siempre conseguía sentarme en uno de los bancos de la fila del fondo, lo más lejos posible del pupitre del profesor, del pizarrón, de los niños aplicados que alzaban la mano para intervenir y responder preguntas. A veces me dormía, cruzando los brazos en la mesilla del banco y apoyando la cabeza en los brazos cruzados, cerrando los ojos livianamente y recuperando, entre sueños, parte de lo que estaba ocurriendo en el salón de clase: los pasos del profesor, alguna voz remota, alguna puerta que se abría o se cerraba.

Cuando estaba muy aburrido me entretenía dibujando, a punta de navaja, cosas obscenas en la madera, o fabricando proyectiles de papel para hacer volar hacia las filas de adelante. Muchas veces me echaban al patio y entonces yo me iba al cuarto de baño a fumar un cigarrillo tras otro –como si fueran venganzas- encerrado en un excusado y tratando de no aspirar en el hedor.

Volvía solo a casa, demorándome en todos los rincones, yéndome a pasear por el Prado, cuando vivíamos en el

Prado, o yéndome a la rambla, a mirar las olas, aunque hiciera frío, cuando ya nos habíamos mudado de casa.

A veces cruzaba por uno de los puentecitos de concreto del Miguelete, cuando vivíamos en el Prado, y me iba con los bichicomes que vivían amontonados en la otra orilla. Los miraba jugar a la taba con unos huesos que repicaban en la tierra como si estuvieran vivos; los miraba comer porquerías que calentaban en unas latas mugrientas y negruzcas, beber el alcohol azul curado con alpiste, golpearse entre ellos y revolcarse en su propia mugre entre sus perros.

Los bichicomes (el epíteto no significa que comieran bichos, sino que procede de la expresión inglesa 'beachcomber', que literalmente viene a decir 'el que peina las playas') andaban todo el tiempo rodeados de perros vagabundos, unos animales astutos y ladinos a los que el hambre y las inmundicias de los tachos de basura habían convertido en seres casi pensantes, capaces de las peores bajezas.

Un tiempo me dio por ir a ver a las palomas.

Entonces yo andaba con los bolsillos cargados de trozos de pan duro. Me sentaba en la placita –una plazoleta redonda con una fuente, con hamacas y toboganes para los niños- y echaba los trozos de pan entre mis pies. Las palomas venían hasta mí a picotear la comida, yendo y viniendo de mis pies a la fuentecita con agua estancada.

A veces las palomas se posaban en mis hombros, o andaban revoloteando atontadas por encima de mi cabeza. Yo las dejaba que anduvieran por allí, aquellos pajarracos inú-

tiles y torpes, volando, comiendo y llamándose unas a otras con unas vocecitas horriblemente chillonas.

Cuando me marchaba las espantaba alzando los brazos y lanzando manotazos al aire. Las sentía mirarme y al darme vuelta las veía picotear en la tierra, buscando inútilmente más comida.

Siempre volvía muy tarde a casa, donde comía el almuerzo ya frío, escuchaba el silencio de la hora de la siesta y yo también me iba a dormir.

En cambio, cuando papá iba a buscarme al liceo los dos regresábamos temprano, en hora para sentarnos a la mesa con mamá –cuando no estaba sufriendo una crisis de nervios-, con el abuelo –cuando no estaba demasiado borracho- y con la vieja Concepción –cuando todavía no se había muerto.

Papá me llevaba entonces a algún boliche y a veces me convidaba con un trago de su whisky o me dejaba tomar un vaso de vino.

Todo se le importaba un carajo al viejo, incluyéndome. Lo que pasaba era que yo lo divertía, preguntándole cosas y hablándole de mis problemas. El viejo me escuchaba con una sonrisa perdonavidas, me palmoteaba en una mano insultando cariñosamente mi torpeza, mi inhabilidad, mis pocos años. Su única tristeza era la certidumbre de llegar a viejo antes que yo, de no poder compartir conmigo ni siquiera un segundo de su juventud.

Entre las sonrisas y los insultos, papá me daba consejos.

UN ASESINO

¿Doce? ¿Trece años?

Peloteábamos en la calle, de árbol a árbol y de vereda a vereda, corriendo absurdamente detrás de una pelota que siempre se negaba a hacer lo que queríamos. Entre nosotros había un pibe flaco, Reborito, el repartidor del almacén de don Jaume, que jugaba como los dioses; era el único que conseguía que la pelota hiciera lo que él quería.

A veces los viejos se paraban a verlo jugar, lo comparaban con los cracks de antes: aquel dominio de la globa, aquella forma de golpearla con el empeine llevando el cuerpo adelante en el momento de patear.

Reborito se bajaba de un salto de su bicicleta con canasto al terminar el reparto y se metía a darle a la pelota. Era una delicia verlo jugar, pero tenía un defecto: no le gustaba perder. Y jugaba en serio, concentrado en lo que hacía, con una furia lindera con el crimen. Nos agarraba a las patadas cuando nos hacíamos los vivos. Una vez sacó una navaja y nos amenazó.

-O juegan en serio o los acuchillo.

Pudo haber llegado a ser un fenómeno, un crack, con aquella elegancia que tenía para driblar, con aquella habilidad que tenía para saltar por encima de las piernas que le salían al paso, con aquella potencia de demonio, con aquel furor de hombre de las cavernas.

Reborito era un poco mayor que nosotros -¿trece?, ¿catorce?- y además había crecido en los cantegriles, entre malandras, taitas y malevos. Sabía manejar los puños y el cuchillo con las mismas habilidad y fuerza que la pelota.

Nosotros, en cambio, éramos unos pobrecitos nenes bien, con nuestras camisas limpiecitas, con nuestros papás con coche (mi padre no tenía coche ni nunca lo había tenido, pero mi abuelo había sido senador, de modo que la nuestra era una dorada miseria), con nuestras casas con jardín, con nuestros colegios ingleses, con nuestro buen lenguaje que no se comía las eses.

Reborito, cuando le daba la loca, por puro derecho del más fuerte, nos hacía tragar a las trompadas nuestros dientecitos blancos.

Una tarde me acuerdo que me corrió hasta mi casa. Primero me golpeó en la cara y después me pegó una patada en el culo.

-Corré –me dijo-, porque te reviento.

Empecé a correr con los ojos cerrados: yo era lerdo y torpe y corría tropezando.

Reborito se reía detrás de mí y yo me lo imaginaba corriendo a pasos largos, ágilmente, con una facilidad de cámara lenta, la cara hacia arriba, las narices infladas aspirando el aire, los brazos colgando flojos junto al cuerpo. No quiso agarrarme, peo cuando yo estaba a un paso de la puerta, abierta, de mi casa, sentí la patada que me mandó por el aire a aterrizar de cara en un cantero.

Y detrás la risa.

Y la horrible palabra:

-Pi-tu-qui-to

Arranqué una de las piedras que bordeaban el cantero y se la tiré. Le pegué. Seguí corriendo.

-Ya vas a ver –me dijo, sin gritar.

No esa noche sino dos o tres noches después escuché unos ruiditos en la ventana y por un rato pensé que eran pájaros.

O el viento.

Después me di cuenta que había cierta cadencia en los golpecitos, y al prestar atención comprendí que era una uña golpeando contra el vidrio, del otro lado de las cortinas.

Yo no tenía miedo.

Salté de la cama y descorrí las cortinas, sin encender la luz.

Abrazado al caño del desagüe, con un codo apoyado en el alféizar de mi ventana, Reborito me sonreía. Pegó la boca al vidrio para hablar y sus palabras parecieron desparramarse por toda la pieza.

-Abrime la ventana, patuquito.

Eran más de las doce, yo no tenía sueño y seguía sin sentir miedo. Abrí la ventana y estiré un brazo para ayudar a Reborito a entrar.

-Puedo solo –me dijo-. Yo soy fuerte.

Entró de un salto. Se quedó parado a un paso de mí, jadeando, mirándome a los ojos.

-Sabés que podría matarte –me dijo.

-Sí.

-Sólo con las manos.

Me las enseñó, moviéndolas en la penumbra. Se rió. Sacó un paquete de cigarrillos arrugado del bolsillo de atrás de los pantalones vaqueros. Encendió un cigarrillo raspando el fósforo con las uñas, pitó y me tiró el humo en la cara.

-No te convido porque yo soy pobre y vos sos rico.

-Sí, sí.

Nos quedamos mirando.

Reborito todavía jadeaba un poco.

Recién esa noche me di cuenta de que Reborito tenía los redondos como los de los gatos.

Se sentó en el borde de mi cama, tapándose la cara con las manos. Yo había encendido la luz y ahora le miraba los pies, la costra de mugre endurecida que sobresalía por encima del reborde deshilachado de las chancletas. También miraba el humo deshilachado de su cigarrillo.

Mañana mi madre, sin duda, con su olfato hipersensible, iba a sentir el olor a tabaco y se iba a dar cuenta de que yo había estado fumando. Pero no me importaba.

Yo también busqué bajo la almohada, caminando con un sigilo como de hospital o de velorio y saqué mi paquete de cigarrillos con filtro. Estaba casi entero: extraje tres cigarrillos, los guardé en el cajón de la mesa de luz y le pasé el resto a Reborito.

-Vos sos pobre y yo soy rico.

Reborito se guardó la caja en el bolsillo trasero de los vaqueros y de nuevo se tapó la cara con las manos. Yo empecé a pasearme por la pieza, con los pies descalzos, con unos piyamas a rayas verticales, con mi pelo despeinado, con mi cara de niño lindo bolsada de sueño. Me rasqué la cabeza, bostecé y seguí caminando.

No era sueño exactamente lo que yo sentía. Era una especie de llanto atragantado.

Reborito seguía con la cara encajada entre las manos, respirando fuerte, con las piernas separadas y con las sucias chancletas apoyadas en la redonda alfombrilla de yute. Los codos en las rodillas, la brasa del cigarrillo ardiendo ya contra los dedos. Yo seguí caminando, sin hacer ruido.

-¿Qué te pasa? –le pregunté.

Cuando sacó la cara de entre las manos comprobé que estaba llorando y me alegré.

-Nada, me pasa. ¿Quién te dijo que me pasaba algo? –se restregó los ojos con las palmas de las manos, se pasó el dorso de una mano por la nariz-. Sabés bien que podría matarte.

-Sí, sí.

-Así, que dejame en paz.

Se tiró bocarriba en la cama, haciendo volar las chancletas. Puso su cabeza grasienta en la almohada y bostezó.

-Mejor apagá la luz.

Yo saqué mi sobretodo del ropero, me lo puse, apagué la luz y me recosté contra la pared bajo la ventana. Escuchaba a Reborito respirar. No estaba dormido. Seguramen-

te iba a quedarse toda la noche tirado en la cama boca arriba, sin poderse dormir, con todo aquel miedo.

-¿Rebo?

-Sí.

-Decime qué te pasa.

Lo escuché removerse en la cama, seguramente buscando sus cigarrillos. El fósforo chasqueó entre sus dedos y su cara consumida y oscura se iluminó brevemente, desdibujándose rojiza dentro del humo.

-¿Tenés revistas?

-Sí.

-¿Tarzán? ¿El Fantasma?

-Sí. Sí.

-Traémelas. No voy a poder dormir.

-No las tengo aquí.

Reborito se sentó en la cama. Lo vi. Lo distinguí desperezándose en una especie de ademán de súplica al cielo o al techo.

-Encendé la luz –me dijo.

-Vos estás más cerca. Sólo tenés que…

-Encendela.

Me levanté, apretando contra la barriga el sobretodo, y encendí la luz.

Reborito ya no estaba llorando: tenía una sonrisa grisácea, con saliva pegada.

-Podría matarte –repitió.

-Sí. Sí.

-Andá a buscar esas revistas.

Yo abrí la puerta y viché para los dos lados en lo oscuro: a veces al abuelo le entraba la manía de pasearse en piyamas por la noche, como un fantasmón pesado, aburrido, y moribundo, con su porrón de whisky encajado en un dedo y haciendo ruido en el suelo con sus pantuflas azules.

-Ya sabés. Tarzán. El Llanero. El Fantasma.

Salí y cerré la puerta. Cuando volví con las revistas encontré a Reborito desnudo, haciendo flexiones delante del espejo.

-Mirá qué músculos –me dijo, con la mitad de una sonrisa gris-. Palpá.

Toqué los bíceps.

-Sí.

-Podría matarte, ya ves.

Me arrancó las revistas de la mano y las contó una a una, sacando la lengua. Se las llevó a la cama y las acomodó junto a él al costado de la almohada. Yo me había sentado de nuevo contra la pared, bien apretado en el sobretodo, sintiendo en la nuca el cuchillo del frío que entraba por la ventana.

-Pasame una –pedí. Reborito me miró-. Por favor.

-Son mías –me dijo. Al momento pareció arrepentirse y eligiendo entre las revistas una tiró una-. Ésa ya la leí -comentó.

Era un Tarzán.

En la portada de la revista había un león a punto de tragarse a un negro. Yo en vez de leer me puse a mirar a Reborito, su pelo grasiento, su cara escuálida con los pó-

mulos puntiagudos, sus ojitos redondos que apenas parpadeaban. Leía riéndose (¿leía?, ¿se reía?), rascándose constantemente los sobacos y el pescuezo. Yo pensaba que me iba a llenar la cama de pulgas o de piojos. Incluso creí vislumbrar el blanco pastoso de la ladilla entre sus piernas. Me puse a reír.

-Callate, imbécil.

Lo miré a Reborito –en realidad estaba mirándolo sin verlo- y parpadeé.

De nuevo Reborito se había puesto a llorar, con la revista de vaqueros entre las manos: sus gruesos lagrimones arrastraban suciedad mejillas abajo. Me dio asco. Me quedé quieto contra la pared. Lo vi secarse los ojos con la punta de la funda de mi almohada.

-Está muerto, patuquito, yo lo maté.

Se inclinó hacia el suelo y agarró sus pantalones. Los miró un momento y después metió la mano en un bolsillo. Los billetes estaban envueltos en una gruesa goma roja. Los hizo saltar en la palma de la mano. Me los tiró.

-Contalos.

Yo desenvolví los billetes, los hice crujir entre los dedos y empecé a contarlos. De pronto tuve una idea. También había observado que Reborito pasaba demasiado rápido las páginas de las revistas. Lo miré a los ojos hasta obligarlo a hablarme.

-¿Cuánto hay? –me preguntó

-¿Vos las estás leyendo esas revistas?

-No –se puso colorado-. Bien sabés que no. Nunca aprendí a leer.

-Claro.

Seguí contando los billetes, ahora más seguro, sin importarme lo que Reborito decía.

-Yo podría matarte, pituco de mierda. Sólo con mis manos. A vos también.

-Hay seiscientos.

Enrollé los billetes y yo también los hice saltar en la palma de una mano.

Reborito parecía dudar, mirando de a ratos la revista y de a ratos a mi, con los surcos de las lágrimas abriendo la costra grasienta de la mugre en las mejillas.

-Quedátelos me dijo.

-¿Cómo?

-Que te los quedés, pituco de mierda, que te los guardés. Yo no los quiero.

Reborito sonrió y se puso de pie. Desnudo. Me tocó la cara con una mano sudorosa. Se inclinó junto a mí, siempre con su mano en mi cara.

-Podría comprarte como a una puta –se quedó mirándome, los dos en cuclillas, su mano resbalando por el principio de mi pescuezo-. Y después matarte.

Me apretaba el hueso de la mandíbula con el pulgar y el mayor.

-¿Sabés lo que me hicieron cuando yo tenía diez años? –siguió apretando; a mí ya me dolía-. ¿En el asilo?

Se pasó una mano por los huevos, reteniéndolos un momento en el cuenco. Con las puntas de los dedos abrió y cerró el pellejo de la verga.

-Yo te podría hacer lo mismo a vos ahora, pituquito, y vos te aguantarías sin chistar.

Aflojó la presión de los dedos, de nuevo me acarició lentamente en una mejilla –yo había cerrado los ojos- y se puso de pie de un salto.

Cuando abrí de nuevo los ojos él ya tenía los pantalones puestos y se estaba abrochando la camisa.

-Pero no sé. Tal vez me das lástima- dijo; me pateó con fuerza en una pierna-. Patuquito.

Haciéndolas un rollo, se calzó algunas revistas bajo un brazo.

-Ahora me vas a llevar a comer.

Me puse de pie, abrí la puerta, le sonreí con una sonrisa estúpida y apagué la luz. Lo llevé por un pasillo, por la escalera, por otro pasillo hasta la cocina y abrí la heladera. Sentí el frío eléctrico en las manos. En la cocina había un poco de queso y unas rodajas de salchichón. Lo puse todo en un plato y a ciegas saqué tres rodajas de pan endurecido de adentro de la panera.

-Tomá –coloqué los panes en el plato, hice correr el plato hasta una esquina de la mesa-. Vas a tener que comer a oscuras.

Me senté en un banquito, temblando de frío.

Escuché a Reborito comer.

Lo vi borroso cuando iba hasta la pileta y abría la canilla, de la que tragaba ruidosamente. Eructó, recostado en la heladera, siempre rascándose con una especie de parsimonia brutal. Agarró las revistas de encima de la mesa y volvió a tocarme la cara.

-Gracias, patuquito –distinguí una sonrisa-. Abrime la puerta.

Me levanté, lo golpeé en un costado al pasar y en aquel momento sentí el olor viscoso de su miedo.

Los dos atravesamos juntos los corredores y los salones oscuros.

-Ya no te voy a ver de nuevo, pituquito. Lo maté

Reborito tenía la voz suavizada en el principio del llanto

-Está tirado muerto detrás del mostrador.

Yo ya había abierto la puerta de calle. Sentía en las piernas desnudas el filo del viento. Reborito me golpeó en la cara: ya era una manía. Se encogió un poco en la sombra, como si no quisiera salir.

-Guardate el dinero –dijo-. Comprate camisitas bordadas, pituquito.

Lo empujé hacia el frío del jardín. Empecé a cerrar la puerta. Lo vi bajar el primer escalón y darse vuelta despacio.

-No quise matarlo -dijo.

Cerré la puerta.

Corrí a mi cuarto sin importarme que me escucharan. Guardé los billetes debajo del colchón y al otro día los tras-

ladé a un rincón seguro del ropero.

Con el tiempo los fui gastando.

Todo el barrio comentaba, al día siguiente, el asesinato. Don Jaume había aparecido muerto en la trastienda de su almacén, con la cabeza partida. Al parecer el asesino se había llevado algo de dinero.

Los diarios mencionaban vagamente a Reborito –“el dependiente”, lo llamaban- aunque sin decir su nombre.

Licurgo Camacho, (a) “Reborito”, “El Rebo”, “Ficha loca” y “Pelele” murió balaceado por la Policía en los cantegriles de Barrio Borro. Algún diario escandaloso dejó entreve que al delincuente no se le encontraron armas encima, que salía de una casucha con los dos brazos en alto cuando lo acribillaron. Tenía diecinueve años.

EL DÍA DE LOS MUERTOS

Todos los días dos de noviembre mi madre se iba a visitar a sus antepasados al cementerio. La recuerdo alejándose por el sendero de grava en el jardín, envuelta en su chal en el calor, caminando con unos pasos breves y desmayados, acompañada por una mucama gigantesca que cargaba un cesto con flores pálidas. Yo la estaba mirando irse desde la buhardilla del abuelo; la vi subir al coche, vi al chófer ne-

gro que cerraba la puerta y que medio corría sujetándose la gorra con una mano alrededor del coche para abrir la puerta delantera, entrar, sentarse; vi el coche que partía: mi madre había cerrado la cortina negra de su lado como si temiera a las miradas y al sol.

Recuerdo que a su regreso, al atardecer, todos los años igual, yo trataba de oler a los muertos en las ropas de mi madre. Me la imaginaba bajando a la humedad definitiva de la cripta por unos escalones musgosos y torcidos, pisando con sus zapatos diminutos en el polvo añejo y pegajoso. Sin embargo, a su vuelta, sus ropas, como siempre, olían apenas a perfume delicado, a excesiva limpieza, al pulcro encierro con flores y retratos de su habitación.

Cuando yo la acompañé al cementerio el abuelo ya hacía años que no tenía coche.

Fuimos pues en un ómnibus y volvimos en un taxi.

Yo cargaba con las flores.

El ómnibus iba repleto de viejas señoras gordas con manojos de cartuchos y de gladiolos. Todas parecían conocerse entre ellas y hablaban en susurros con una solemnidad encorsetada de dos de noviembre.

Mi madre tenía la cara descompuesta, los ojos vidriosos, los dientes apretados; aspiraba profundamente en el viento de la ventanilla, mirando las casas y los árboles. Yo la veía sufrir impasible, y maquinalmente le acariciaba un brazo. Ella no se daba cuenta y a mí no me importaba.

En el cementerio, una mujer se puso a llorar, hincada en la tierra frente a un mausoleo con ángeles dorados cer-

cano al de al familia de mi madre. Vinieron dos guardianes y sacaron a la mujer arrastrándola por los brazos. Mamá pareció no haberse enterado de nada. Estaba pasada a dos pasos de mí, con las flores apretadas en una mano, esperando que un hombrecito de overoles azules terminara de abrir el cerrojo de la puerta de la cripta.

Yo esperé silbando al sol mientras mi madre recorría los recovecos, andando y desandando los misterios de la profundidad, poniendo flores encima de todos los ataúdes y recitando bienaventuranzas y sermones con los labios fríos y resecos.

En el taxi de regreso mi madre se desmayó.

Entre el abuelo y yo (porque papá no estaba) tuvimos que cargarla escaleras arriba y depositarla, pálida y ojerosa, en su cama. Esa noche soñé con tumbas que se abrían y con dedos sin carne. Nunca volví a un cementerio, ni siquiera al entierro del abuelo.

LOS MARICAS

En el barrio había unos cuantos maricas teñidos, pintarrajeados y aparatosamente gráciles, que se reunían de noche en la casa rosada de un manflorón clavo que tocaba el violín. Yo los veía por las tardes, de vez en cuando, reunidos escandalosamente en una esquina, con sus botitas de

cuero plateadas y puntiagudas, con sus pantaloncitos ajustados, con sus camisitas entalladas, desabrochadas y anudadas encima del ombligo, con sus flores de vivos colores en las manos y detrás de las orejas, con sus ojos resplandecientes de cosméticos baratos, con sus femeninas sonrisas moribundas y marchitas dentro de la sombra dura e irremediable de la barba.

Cuando yo estaba solo, les tenía miedo a los maricas; ellos me miraban –yo era apenas un niño de pantalones cortos- y yo sentía que me deseaban, como a todos los niños de pantalones cortos. Una vez uno de ellos me sorprendió por la espalda. A traición me tocó la cabeza con sus manos gomosas.

Yo corrí.

Detrás de mí yo escuchaba los gritos de los maricas, sus voces chillonas remedando, al llamarme, la desesperación.

-Rubio, rubio bonito, rubiecito, no nos dejes.

Y las risas.

Cuando estábamos en grupo, en el barrio, los nenes bien, a la hora de la siesta, en verano, eran los maricas los que nos tenían miedo a nosotros. Nosotros los perseguíamos, arrojándoles malvones que se deshacían al volar por el aire.

Una tarde, en verano, a la hora de la siesta, estábamos reunidos unos cuantos en la casa de Danielón van Rout, un gran caserón con balcones que ocupaba toda una esquina. Estábamos escuchando discos, fumando nuestros cigarri-

llos secretos –cigarrillos americanos con boquilla- y bebiendo a escondidas un horrible marraschino: en la etiqueta había un dibujo de un hindú sentado en cuclillas, tocando la flauta, y de un canasto, frente a sus narices, emergía sinuosa e inflada una cobra real, de espejuelos.

Recuerdo un paquete vacío de “L & M” encima de una mesa, el humo enrarecido en la pieza, a Danielón en calzoncillos en su cama, las fotos de animales salvajes, de estrellas de cine y de jugadores de fútbol en las paredes. Íbamos pasándonos de manos en manos unas revistas pornográficas catalanas, manoseadas, pegoteadas y grasientas. Danielón se las había comprado a un viejo armenio que vendía caramelos, pastillas y pasteles a la puerta de un colegio; en el barrio tenía fama de bujarrón. Los llamaban el Califa, y en el barrio le cantábamos, cuando lo veíamos pasar:

A los botes que viene el Califa
Los niños contentos están
Les va a dar un pedazo de pizza
Y también un pedazo de fainá

Nosotros, con sólo abrir un poco la puerta podíamos escuchar los ronquidos desaforados del padre de Danielón, que dormía su sueño de soporíferos en su cama con tules, en su gran dormitorio lleno de espejos del otro lado del pasillo.

En las revistas había fotos terribles, que yo recuerdo esfumadas y deformadas por oscuras sensaciones: los hombres enmascarados, con sus antiguos bigotes como manubrios de bicicleta y las pequeñas mujeres crenchudas, re-

chonchas, despatarradas, con los pies grandes, con los senos blandos y colgantes y haciendo cosas en unos miembros monstruosos con sus lenguas redondas y con sus gruesas manos de alfareras. Los decorados desbordaban de cortinas, de sofás complicados y perfectos, de lámparas de pie adornadas con flores y con dibujos.

Todo en aquellas revistas parecía muy fin de siècle de grano grueso y muy francés, aunque barato, pero era sólo catalán y eran cópulas, cunilingus y felaciones.

El olor acre de los cigarrillos mal fumados –la avidez de lo prohibido- se mezclaba con el olor empalagoso del licor, con el olor de sombras de nuestros cuerpos encerrados, con el olor quieto y dulzón de los eucaliptos en verano. Las revistas, en cambio, nos parecía que olieran –aunque no era cierto- misteriosamente a sándalo y a perfumes, como si una señora elegante las hubiera estado mirando, besando y acariciando antes que nosotros.

Estábamos aburridos como siempre, manoseando las viejas revistas obscenas, sintiendo una especie de asco por nuestras sudadas manos de niños, por nuestros cuerpos infantiles, por la edad, que de tan poca como era por eso mismo nos aplastaba. Éramos como una pandilla de eunucos atisbando placeres prohibidos.

Cuando escuchamos los aullidos, las risitas, los jadeos afeminados justo debajo de nuestra ventana, todos salimos en tropel, tropezándonos y empujándonos. Nos apretamos en el balcón.

-Los maricas- suspiró Danielón. Tenía mechones de pelo contra los ojos y una mueca congelada en la boca.

Ser arrodilló en la baldosa, sacó la tripa por el agujero del calzoncillo, la metió entre dos de las columnas de la balaustrada y se puso a mear.

Al principio los maricas se creyeron que era agua –algún muchacho bromista- y saltaron y gritaron y rieron, desbordantes de alegría. Cuando se dieron cuenta de la cruda realidad se desparramaron corriendo, a los saltos y a los gritos, con sus flores en las manos, pero ya sin reír. Uno de ellos, redondo y bajito, con el pelo teñido de rojo y alborotado en bucles fantasiosos y en rulos turbulentos cerró un puño y lo alzó desafiante hacia nosotros. Los demás parecían estatuas fatales, en poses de ave o de ninfa griega, mirando hacia arriba.

Danielón se sentó en la balaustrada, con las piernas abiertas, sosteniendo la verga en una mano y enseñándola. Los maricas brincaban enardecidos, elevando al cielo sus culitos redondos. En seguida se trasladaron a la esquina de enfrente y al poco rato –locas casquivanas- estaban de nuevo riéndose y chillando, empujándose y toqueteándose, planificando a los aullidos la íntima orgía rosada de esa noche.

Por las noches, los maricas se reunían en la casa de un maricón veterano, dos casas más allá de nuestra casa, por la misma vereda. Yo los escuchaba, alto en la noche, cuando el barrio ya se había arrebujado en el dorado silencio de las sábanas, los sueños, los insomnios y los tibios placeres de entrecasa. Abriendo la ventana escuchaba sus risas y

sus voces, la música celeste de los discos con canciones francesas y la melodía femenil y dulzarrona del violín del hombrecito calvo. Los imaginaba danzando con pañuelos, enfundados en ropas estrechas, con las flores de vivos colores encajadas en las blondas pelucas, abriendo las piernas en el aire al bailar, moviendo los ojos adentro de los cuencos profundos de la calavera, danzando una danza macabra como muertos pálidos enloquecidos en valses y minués, borrachos de amor por ellos mismos, encerrados entre altos espejos que les devolvían imágenes enloquecidas de sus cuerpos de muñecas fantasmas.

Ahora no recuerdo cómo se llamaba el hombrecito calvo: su padre, según me contaron, había sido ministro o embajador: su hermano, me dijeron, era un cura franciscano; su hermana gemela era una ninfómana, medio lesbiana y medio prostituta millonaria que recorría los salones de la alta sociedad; su hermano menor era banquero. El gordito, en cambio, no hacía nada. Por las mañanas se paseaba por la calle, pequeño y blandorro, andando con las manos a la espalda, en actitud cavilosa, a la sombra de los eucaliptos, envuelto en una robe de chambre celeste con florones plateados. Silbaba músicas feminoides, envolviendo de vez en cuando el aire con las manos, balanceando en un compás fetichista la redonda cabeza desnuda. Llevaba las uñas pintadas y tenía la calva brillosa, como si se la hubiera lustrado o barnizado. Tomaba mate dulce echando el azúcar a pequeñas cucharadas y sorbiendo de la boquilla con los labios arrugados. Sentado en el muro de su casa –sus piernas cor-

tas no alcanzaban el suelo- comía panes con grasa y medialunas, tarareaba canciones marineras y marchas militares con una delgada voz de falsete maricón, soñando seguramente en hombres, en niños, en perros, en paseos con amantes febriles a la luz de la luna contra el mar. Paseaba la mirada adormilada y artera por las paredes y por el cielo y saludaba con una vocecita que tenía un fondo acuoso de mando y a la vez un áspero regodeo de súplica. El abuelo le devolvía el saludo acompañándolo con un lento sombrerazo.

-Bonjour, mademoiselle –muy serio el abuelo, señalando al Norte y al Sur con las puntas aceitadas de sus bigotes.

-Bonjour, monsieur.

El gordito se reía, impávido, ocultando sus ojos y haciendo temblar las pestañas al inclinarse para chupar de la bombilla. Después teatralizaba, tapándose la cara con las manos. Nos seguía con los ojos hasta la esquina.

De tarde ya no se lo veía. Sólo se lo escuchaba tocando su violín, en una pieza de la planta alta, detrás de una cortina floreada frente a una ventana abierta; se distinguía vagamente el contorno impreciso de su sombra delante de la sombra perfilada y casi lineal del atril. Mamá decía que era un excelente violinista.

DE NUEVO LA VIEJA

Los domingos por la mañana yo salía temprano al jardín del fondo con mi pelota de tenis y con aquella raqueta descuajeringada que había encontrado una tarde revolviendo entre los cachivaches de mi padre y –con un pesado rompevientos de lana y nos gruesos pantalones buzo, con championes de basket ball en los pies y con una gorra de goma negra apretada en la cabeza- después de dar unas vueltas entre los árboles, de (tal vez) fumarme un cigarrillo tempranero recostado en el tronco grueso del jacarandá, me pasaba unas horas dándole con saña a la pelota contra la pared vacía y descascarada de lo que había sido el granero viejo, junto al invernadero de cemento y vidrio.

Mi padre, con su pintacha, con su sonrisa sobradora, con sus maneras discretas y elegantes siempre me decía que el ejercicio desde niño era lo mejor para mantenerse en forma cuando viejo; me tanteaba los músculos de los brazos, la flaccidez de la barriga, la firmeza de las piernas; me obligaba a hacer flexiones en su presencia y a correr.

-No quiero tener un hijo enclenque y fofo –decía.

Además e mí me gustaba la violencia agresiva de aquel deporte solitario, al aire hiriente de las madrugadas de invierno y el paulatino despertarse de los músculos en una especie de prolongado bostezo bajo la humedad engañosa del rocío. En verano, en cambio, yo dormía hasta hartarme y cuando me levantaba me iba a pelotear a la calle, me iba a pasear por el Prado, me iba en ómnibus a alguna playa que quedaba más o menos lejos.

En invierno, por lo tanto, los domingos, yo me levantaba por la mañana bien temprano y miraba el cielo antes de empezar a vestirme. Si el cielo estaba más o menos despejado yo me vestía rápido, sin sacarme el sueño de los ojos, agarraba la pelota cochambrosa y la raqueta desvencijada de adentro del ropero, me calzaba los grandes zapatos de goma encima de unas gruesas medias de lana que me ardían en los pies, desayunaba en la cocina un café negro y un jugo de naranjas que yo mismo me había preparado la noche anterior y salía haciendo footing, un dos un dos ah ah ah ah, calentando mis músculos y revoleando los brazos hacia el jardín del fondo.

A esa misma hora, la vieja Concepción –que se levantaba siempre antes del alba para prepararse con sus propias manos un frugal desayuno de yuyos y de hierbas en el calentadorcito eléctrico que guardaba en su pieza- estaría bebiendo su mejunje azucarado, mojando en aquello los trozos de pan viejo hasta convertirlos en una pasta blanduzca apta para sus encías sin dientes, hamacándose la vieja en un lento vaivén, con los ojos entornados, con la boca temblorosa, con la mano temblorosa y trémula en el acto de beber, en la elevada silla mecedora.

Aquella mañana yo me desperté cuando recién amanecía, todavía más temprano que de costumbre. Tardé un momento en darme cuenta que era domingo, bostecé con alegría y me quedé un rato más en la cama, ya desvelado, tapado hasta el cuello con las sábanas que mi cuerpo había calentado durante la noche. Escuché los cercanos campana-

zos de la iglesia del barrio llamando a la primera misa, imaginé o reconstruí a todas esa viejas beatas del barrio, con sus tules tapándoles las caras y sus misales de nácar apretados entre los dedos engarfiados, las adiviné acercándose a la iglesia por las calles despobladas, desembocar todas juntas, confluir en la esquina de la iglesia, ir subiendo artríticamente los escalones de cemento, mojando sus dedos en el agua bendita, haciendo amagos de reverencia, distribuyéndose por los fríos bancos de madera en espera de que apareciera el sacerdote, ornado en oros, en rojos y en azules y las bendijera y les hablara con voz pausada, monótona, retumbante y ensoñecida.

Casi con orgullo pensé que la vieja Concepción era más vieja que todas aquellas reliquias de mantones y crucifijos –y que nunca iba a la iglesia. Salté de la cama, corrí a la ventana, miré el resplandor del sol entre los árboles del jardín del fondo, el rocío coagulado en una mínima escarcha sobre las ramas peladas de los ceibos.

Me vestí y bajé a desayunar.

Salí corriendo por el pasillo, abrí la puerta que daba al jardín y seguí corriendo, jadeando, inhalando y exhalando con un ritmo compasado por el sendero de grava que se retorcía entre los canteros sin flores, entre los árboles.

Mi padre me había enseñado a respirar por la nariz, con la boca cerrada, con los brazos doblados, con los puños apretados contra las clavículas. Llevaba la raqueta en una mano y la pelota en la otra.

La puerta del invernadero estaba abierta pero yo al principio no me di cuenta o mejor: vi la puerta abierta al pasar por delante pero no pensé en eso: la miré de reojo sin verla. Iba haciendo rebotar la pelota en el suelo, tratando de pegar siempre en las franjas de cemento parejo entre las piedras desparejas del camino y manejaba la raqueta, revoléandola, ras ras ras, dándole golpes ciegos al aire.

Cuando ya había empezado a pelotear despacito contra la pared, aflojando los músculos, desentumeciendo los dedos todavía agarrotados por el frío, haciendo correr la sangre, despejando la cabeza todavía embotada y sofocada por el sueño, recordé haber notado alguna cosa fuera de lo habitual y recién entonces, dejando que la pelota pasara invisible a mi lado y se perdiera en tres piques entre los juncales alrededor de uno de los ceibos, pensé:

“La puerta del invernadero está abierta” y tardé un momento más en comprender: “Hay alguien ahí adentro”.

El miedo mientras me atenazaba y yo ya, sin darme cuenta de lo que hacía, iba revolviendo entre los pastos en busca de la pelota extraviada.

“Esa puerta abierta. Hay alguien ahí adentro. No debo tener miedo. Soy un hombre”.

Estuve a punto de gritar; me imaginaba a un hombre con una cara maligna como de melodrama de cine mudo que había entrado al invernadero a robar.

-¿A robar qué? –murmuré, tentando con las manos entre los juncos-. ¿Acaso flores?

Me quedé ahí sonriendo sin poder dominar un desconocido temblor de mis brazos. Con la pelota en una mano y sin saber qué hacer con ella recapacitaba:

“Seguramente es el abuelo”, tratando de convencerme.

Hice picar la pelota y le pegué fuerte con la raqueta. El golpe lo sentí como un estruendo y me asusté.

Vi a la pelota rebotar en la pared y elevarse en un arco inacabable y retrocediendo en tres saltos la esperé con las piernas abiertas, llevando el brazo derecho por completo hacia atrás, afirmando la muñeca, apretando hasta dolerme los dedos en torno al mango de la raqueta.

Juac

Mi brazo vibró con el golpetazo de la raqueta contra la pelota.

Pensé:

“Pero el abuelo habría encendido la luz en el invernadero.”

La pelota pasó por encima del improvisado frontón y cayó sonando a agua en los charcos del otro lado.

Miré las copas de los árboles parpadeando al sol –las copas casi todas vacías de hojas-, viendo a la vez sucesivas imágenes de hombres embozados y de fantasmas tembloros-sos como reflejos en el fondo de un aljibe.

De golpe me había dado cuenta de veras de lo que pasaba.

Corrí entonces hasta la puerta a medio abrir del invernadero y la abrí del todo de una patada. Manoteé en la pared y encendí la luz. Ya tenía ganas de reírme.

La vieja estaba encogida junto a los macetones con los rosales en flor. Tenía la cara vuelta hacia la puerta, la boca abierta por la sorpresa, los ojos afantasmados y espectrales rebrillando con una levísima pátina lacrimal, unas grandes tijeras de podar en las manos y las piernas temblequeantes separadas bajo los pesados y múltiples pollerones. Tenía puestos los guantes de amianto del abuelo, que le sobraban por todas partes.

-¿Qué estás haciendo?

-¿Yo?

La vieja dejó caer las tijeras, que sonaron pesadamente en la tierra apisonada del macetón.

Yo me acerqué, golpeando con la raqueta contra una pierna.

-Vi la puerta abierta, pensé que…

-No debiste haber entrado. Pude haber sido un ladrón.

-Supe que eras vos –me pasaba la raqueta de una mano a otra-. No encendiste la luz. Sos ciega.

-No soy ciega.

-Casi ciega. ¿Qué hacés aquí? Este frío te puede hacer daño.

-Ya nada me hace daño a mí –la vieja señaló una mesita de madera entre dos maceteros más alejados-. Estaba robándome unas flores. Quiero adornar mi pieza.

-¿Adornar?

-Está muy oscuro aquello. Muy gris, muy triste. Tú sabes que yo sólo distingo colores, ahora mismo te veo azul y

amarillo. Me gusta. Pero no me gusta el gris. Pero no me gusta el negro.

-Pudiste pedírselas al abuelo.

-Tu abuelo…

-¿Por qué no?

Me acerqué a la mesa de madera y miré las flores desparramadas encima, rosas rojas con tallos verdes con gruesas y múltiples espinas. Estaban húmedas al tacto y eran sedosas y casi tibias.

-Lindas flores -dije.

-Lindas, muy lindas- dijo la vieja- El viejo maniático me las habría negado, si lo conoceré

La vieja estaba recordando; movía sus manos en el aire, como si quiera abarcar formas y figuras del pasado.

-Yo le enseñé a leer –dijo-. Era un niño y repetía, después de mí, la pe con la a pa, le pe con la e pe, la pe con la i pi, la pe con la o po, la pe con la u pu. Papa, pepe, pipa, popa, pupa.

-Pudiste pedirme a mí que viniera a cortarte las rosas –dije yo-.. Este frío no te conviene. Esta humedad…

-A ti qué… Pero si tú ya ni te acuerdas de que existo… -se quejó la vieja.

La vieja se había acercado y tomaba las flores con sus manos cuarteadas y azulosas. Había dejado ya los guantes dentro del macetón con las tijeras.

-Acompáñame a mi pieza. Estoy fatigada, rendida.

-No debiste.

-Ya sé, ya sé. El frío, la humedad… Eso, ¿qué puede hacerme? Ya. A esta altura. Al final del oh, largo camino de la vida.

La vieja se reía, juvenil aún, en la víspera sabida (¿presumida sólo?) de la muerte.

-¿Qué les importa a ustedes que me enferme, que me muera? ¿Qué?

Hice gestos de desencanto, hice ademanes; moví los brazos, moví las manos, moví los dedos, sabiendo que no podía verme.

-No seas ingrata.

-¿Ingrata? –su voz, contra mi cara, olía a flores también, flores marchitas sin olor-. Ya me queda poco, Juanito. Me queda tan poco. Si tú supieras. Tan poco que es como si ya mismo estuviera muerta. Y debe ser dulce morir. Así me han dicho. No te rías. Mi gente me lo ha dicho. La gente que me espera. Mis antepasados. Los tuyos, Juanito. Morirse. A mi edad debe ser lo mismo que apenas un suspiro.

-No insistas con esas idioteces –murmuré.

“Vieja tétrica”, pensaba.

De golpe había tenido la sensación de ir arrastrando un cadáver. Vos nos vas a enterrar a todos mentí.

Cerré la puerta del invernadero al salir y llevé a la vieja, sonámbula y adormecida en la luz naranja del sol, por el sendero de grave entre los canteros y los árboles hasta la puerta que daba al corredor y después por el corredor, por el comedor, por un salón de maderas rechinantes y por otro corredor hasta su pieza.

Encendí la luz, ayudé a la vieja a sentarse en su mecedora y dejé las rosas robadas, húmedas y abiertas, encima del aparador con los cacharros de vidrio y de porcelana.

-Aquí te dejo las flores.

La vieja se había echado hacia atrás en la silla mecedora y tenía los ojos cerrados. Ni manchas de colores quería ver. Apretaba sus dedos filosos contra la piel sin sangre en la cara.

-Déjame sola, por favor. Estoy tan cansada.

Se estiraba hacia la lámpara de mesa y con un movimiento acostumbrado por siglos apagaba la luz. Yo salí y cerré la puerta, sin hacer ruido.

La vieja Concepción, de nuevo y por última vez, se quedaba a solas entre sus flores, entre sus puntillas, entre sus cacharritos de vidrio y de porcelana, a solas entre los retratos amarillentos de todos sus –de todos nuestros- antepasados y nuestros muertos, a solas en el polvo, a solas en el olor de las lavandas, de los libracos antiguos, de los años, de la madera y de las lágrimas secas, a solas en su numerosa soledad.

A la mañana siguiente (debí haberlo previsto), la vieja amaneció muerta. Una sirvienta gritó, mi padre y mi abuelo corrieron, yo aparecí en la pieza unos minutos más tarde. Ya sabía lo que había pasado y no me había sorprendido. Solté un breve llanto más de rabia que de dolor, sin esperar consuelo, en la cocina. Después caminé lentamente y solo hasta la pieza de la vieja.

La vieja Concepción estaba echada en el centro de la cama, con la cabeza apoyada en una almohada con la funda prolongada por puntillas que ella había hecho con sus propias manos. La sábana también tenía puntillas de sus manos y estaba agujereada: tenía parches torcidos de ojos de ciega y apretados remiendos de formas absurdas.

Las rosas rojas estaban distribuidas en cruces a los lados de la vieja, desde los pies puntiagudos bajo la sábana hasta el cuello delgado que parecía hundirse para siempre en la blandura liviana del colchón de plumas. Entre las manos, apoyadas una en otra con los brazos doblados a la altura de los pechos, sobresalía una flor más pequeña y más pálida, el único capullo; las hondas espinas del tallo se habían clavado en la carne escasa y fibrosa de los brazos de la vieja. Su nariz afilada se había vuelto casi transparente.

III. LA OTRA GENTE

FIESTA DE DESPEDIDA EN EL JARDÍN

Una noche entró el abuelo anunciando que acababa de vender la casa. Estaba borracho y se le veía en la mirada y en los movimientos el cansancio de haber venido caminando desde lejos, parándose en cada boliche para beber. Esperamos que se sentara en una silla y que repitiera, con la voz sofocada de jadeos, lo que había dicho antes.

-Acabo de vender la casa. Ya la he vendido. En tres días nos tenemos que mudar.

Había entrado golpeando puertas y había avanzado golpeando más puertas y haciendo estrépito con el bastón y los zapatos mientras nosotros comíamos. Nosotros miramos hacia la puerta que se abría, al abuelo que entraba, que jadeaba y tosía, la casa vendida, que giraba en redondo sobre los talones, bostezaba, se estremecía, tiraba el bastón hacia los cortinados, con los ojos buscaba su porrón de whisky, lo divisaba, iba hacia él y bebía del pico.

El abuelo se sentaba.

-No tuve más remedio –decía.

Metió la mano en un bolsillo y sacó un rollo de firmas, expedientes, documentos y contratos.

-En tres días hay que irse.

-¿A dónde? –chilló mi madre.

El abuelo sonrió y sorbió sus bigotes. Con la cuchara revolvió la sopa ya fría en la sopera.

-No sé –dijo-. Primero voy a pagar todas nuestras deudas. Después ya veremos.

-Siempre has sido un fatalista, papá –dijo mi padre.

Mamá no dijo más nada. Ya se había puesto a llorar.

Mi madre lloró toda una noche. Mi padre nos contó que la había visto desde la puerta entreabierta, sin atreverse a delatar su presencia; la había visto acariciando largamente la cortina de seda, mirando la negrura imposible de la noche por la ventana.

La familia había vivido en la casa durante más de cien años y ahora los últimos, los pobres, envolvíamos nuestras cosas, guardábamos nuestros enseres humildes, recogíamos nuestras reliquias, apilábamos nuestros minúsculos tesoros en envoltorios de paño, en valijas de cuero, en paquetes de papel y en sábanas anudadas en las puntas.

Nos íbamos.

Yo recorrí de nuevo la casa entera, una vez más agarrado de la mano del abuelo, como si yo de nuevo tuviera siete, ocho, nueve años y viviera todavía en un mundo es-

trecho de paredes, de techos y de preguntas sin respuesta. Los dos miramos las paredes ya vacías, con unos rectángulos y unos cuadrados más limpios que era adonde habían colgado los retratos, los tapices y los espejos. La familia había vivido en esa casa a lo largo de generaciones y ahora unos hombres de bigotes finitos y gomina en la cabeza pondrían un hotel, o un club para niños de medio pelo, o echarían abajo todas las paredes para construir un edificio de varios pisos con calefacción central y con aire acondicionado.

El abuelo, sin mirarme, me rascaba la cabeza.

El comprador –nos lo dijo el abuelo- era el gerente de un consorcio.

El tipo, adiposo y bajito, llegó al otro día. Estaba orgulloso de su profesión, de su cargo, de sus zapatos acharolados, de los anillos que ornaban sus dedos. Era bajito y blando pero fornido; era un compadre de rostro abotargado que olía demasiado a perfumes y a colonias de afeitar. Tenía el pelo abrillantado y las sienes dibujadas con grises falsos. Llevaba una corbata con rayas de colores vivos, pañuelo rojo al bolsillo del pecho, botones dorados en la camisa, botones plateados en el saco, cinturón con hebilla con sus iniciales, pantalones estrechos y floridos y medias blancas.

También con él recorrimos la casa, acompañándolo, el abuelo y yo, abriéndole y cerrándole puertas. Yo le di la mano al despedirnos, como el abuelo me había pedido, y lo seguí con la vista hasta la puerta. Lo vi conversar y reírse con el abuelo y alegremente subí al piso alto, abrí la ventana de

la buhardilla, rescaté de debajo de un tablón podrido mis piedras de cuando niño y esperé verlo asomarse. Lo dejé avanzar unos metros por el sendero de grave y empecé a tirarle piedras. Lo vi protegerse la cara con las manos, mirar asombrado hacia arriba y correr de vuelta a la casa, ahora cubriéndose la cabeza con los dedos.

El abuelo me llevó de una oreja hasta el hall, me hizo pedirle disculpas al hombrecito y se disculpó él también. Yo lo escupí en la cara al hombrecito cuando el abuelo me soltó y corrí arriba otra vez. Lo vi irse, al hombrecillo, flanqueado por el abuelo, y los vi a los dos mirar hacia arriba.

Más tarde, cuando el tipo ya se había marchado, el abuelo me fue a buscar a la buhardilla, me besó en las mejillas, me acompañó una vez más a recorrer la casa, me convidó con su whisky, me dejó probar chupadas de sus repugnantes cigarritos brasileros y, también con mi padre, nos sentamos en el silencio absurdamente vacío del comedor, a conversar de cosas raras. Esa noche los dos me dieron consejos.

Al día siguiente nos marchábamos.

Tarde de noche, yo escuché ruidos en la casa y me levanté.

Yo había estado tratando infructuosamente de dormir. Mientras me vestía sentía que mis ojos doloridos se acostumbraban poco a poco a la penumbra. Me asomé a la ventana que daba al jardín del fondo y distinguí, como visiones de un sueño, las llamas de la hoguera y las dos sombras ne-

fastas que se movían alrededor del fuego, con una cautela siniestra de violadores de tumbas.

Bajé corriendo.

Mi padre y el abuelo estaban quemando muebles, libros, fotos y recuerdos. Yo me guardé una foto ovalada de una tatarabuela mía cuando joven, que rescaté casi de las llamas y escondí debajo de mi camisa antes que los dedos borrachos del abuelo –su nieto- la destruyeran.

De adentro de la casa sacamos los pistolones, los arcabuces, los alfanjes, las espadas y los sables y los colgamos con alambres y con cuerdas de las ramas de los árboles. Los vimos danzar como brazos y como cuerpos de ahorcados a luz moribunda de al hoguera. Era alfanjes, sables, espadas, arcabuces, trabucos y morteros que habían pertenecido a nuestros antepasados.

Con el porrón de whisky encajado en un dedo, el abuelo recorría los caminos entre los árboles, iluminado de detrás, de perfil y de frente por las llamas de la hoguera. Golpeaba con su bastón a las armas colgadas de las ramas y se reía.

-Es hermosa la casa –dijo de repente, poniendo una mano en un hombro de mi padre-. ¿Te das cuenta que hasta hoy no me había dado cuenta?

Nos quedamos en el jardín hasta el alba, hasta que el sol empezó a hacernos guiñadas desde uno de los pocos vidrios sanos del invernadero.

LA CASA NUEVA

Entré en la casa nueva subiendo de dos en dos los escalones y empezando a recorrer, apresurado y triunfal, abriendo y cerrando puertas que chirriaban, las habitaciones vacías. Miré con cierta aprensión divertida los lamparones de humedad que floreaban de ocres y de grises a las paredes; observé los agujeros en el encalado por los que asomaba el rojo ladrillo, saltando tironeé de los jirones de empapelado polvoriento –nidos de arañas- que colgaban de lo alto en los rincones; pisé fuertemente los tablones temblequeantes de los pisos de madera, escupí mi saliva espesa y ácida en la pileta rajada de la cocina y miré techos con ropas colgadas por un ventanuco con vidrios de colores.

En el cuarto de baño había calcomanías brillosas pegadas al azulejo: yo me pasé dos horas arrancándolas con el filo de una llave, mientras los changadores pasaban cargando cosas por el corredor.

Esa noche, después de completada la mudanza, el abuelo descorchó una última y postrera botella de champagne.

-Ahora sí somos definitivamente pobres –dijo, al hacer saltar el corcho; la espuma le mojó los brazos.

Todos bebimos.

Mi madre, con una sola copa, se emborrachó; se le apagó el brillo de los ojitos, los párpados terrosos se le apretaron inflamados, las manos le empezaron a temblar en

una trama secreta que surcaba el aire y después de un rato de silencio, después de andar jugueteando con los dedos en los complicados dibujos de su chal negro, se lanzó a llorar. Se fue llorando, flotando, a su dormitorio desordenado, a su cama estrecha pegada a una pared.

-Esta mujer está cada vez más loca –comentó mi padre.

Al otro día fuimos los tres hombres a recorrer el barrio nuevo.

El abuelo se metió en todos los boliches y mi padre miró a todas las mujeres.

Caminando llegamos hasta las chozas de los pescadores, junto al río, y volvimos los tres cargados de pescado.

Los pescadores nos habían recibido entre sonrisas, nos habían convidado con vino, nos habían hablado de borrascas y de cardúmenes, a mí me habían dejado jugar con sus perros y con sus niños, y habían cantado canciones marineras y nos habían regalado pescado; cajones llenos de pescado.

Cuando nos íbamos, remontando los médanos por un camino abierto al sol, los pescadores seguían saludándonos, agitando los brazos. Los perros ladraban con unas voces como de humanos viejos y los niños se revolcaban llorando en los pastos.

En el barrio nuevo -¿nuevo?: todo era viejo allí- había conventillos de zaguanes profundos con largos corredores laberínticos que daban vueltas subiendo y bajando por escaleras lustrosas entre trastos con gladiolos y con malvones.

Había terrenos baldíos compartidos por la maleza, por el mal olor, por las ratas y por los bichicomes que se comían a las ratas, que dormían en la maleza y que se arropaban como en colchas en el mal olor.

Había mujeres gordas que empujaban carritos de feria.

Había pequeños comercios con olor a naftalina, a cobre enmohecido, a viejos y viejas con dentaduras postizas.

Había niñas con trenzas y con acné remontándoles las mejillas y niños descalzos que peloteaban en la calle.

Había viejos que se morían, como en todas partes, y niños que nacían.

Había policías que recorrían las calles por las noches, subidos en bicicletas.

Y todas las noches había peleas en los boliches, y había robos, y violaciones, y algunas puñaladas borrachas que aproximaban amaneceres sangrientos.

Una vez tiraron a un negro desde un cuarto piso: mi padre y yo lo sentimos gritar y caer, retumbando.

AMIGOS Y ENEMIGOS

A lo largo de todo el verano yo no tuve amigos, no supe cómo hacer para tenerlos. El abuelo, en cambio, tuvo muchos amigos desde el primer momento. Lo convidaban con grappa en los boliches y lo escuchaban contar viejas historias de campañas electorales y de políticos famosos.

Yo iba con el abuelo a recorrer boliches, a meterme sin haber sido invitado en ese ambiente siempre un poco gris y un poco triste de los hombres, los borrachos. Íbamos a un club de bochas donde todas las tardes había peleas y navajazos.

Acodados en el mostrador, distribuyendo sus panzas redondas por las mesas, los hombres bebían enfurecidos todas las formas posibles del alcohol: el espinillar, la grappa con limón, la grapa con naranja, la caña, la caña con fernet, la caña con uvas, la caña con pitanga, el vino, la cerveza.

A mí me hacía gracia mirar a los hombres grandes que se empujaban, que se amenazaban y que empezaban a golpearse a ciegas con los puños encerrando encendedores y llaveros. A veces alguno sacaba el puñal y entonces la sangre corría. Al principio, a mí me daba miedo, aunque en seguida me fui acostumbrando. Pronto me di cuenta que los verdaderamente temibles eran los pescadores, y que sólo los borrachos inconscientes y los malevos del barrio se atrevían con ellos.

Al abuelo los pescadores lo adoraban; lo convidaban con vino en los boliches, lo invitaban a sus asados contra el mar, le regalaban cajones de pescados y lo llevaban a sus casas a beber entre sus perros, sus mujeres y sus niños.

Yo andaba sonámbulo detrás del abuelo y de los pescadores.

Uno de ellos, sobretodo, me fascinaba.

Era un pescador ya viejo, ya curtido; Oldimar Luna se llamaba, con cuarenta años de vivir en su choza contra el

mar. Su cara era un mapa salobre de cicatrices, de arrugas y de intemperies. Odiaba al mar. Lo señalaba:

-Cuando uno sale hacia allá, nunca sabe si va a volver. Yo he visto a tres de mis hijos morir allá adentro, ahogados, devorados.

El viejo Luna preparaba los mejores asados que he comido en toda mi vida, moviéndose con velocidad y precisión entre la jauría de perros desdentados y de niños hambrientos- ¿sus nietos?, ¿sus biznietos?- que lo seguían a todas partes.

De vez en cuando el abuelo se iba a hacer una visita a sus viejos amigos del Prado, y en algún domingo me llevaba de nuevo con él a pasear entre los árboles por los senderos de piedra, de grava, de pedregullo y de tierra de los paseos del Prado. Al regreso, después de bajar del ómnibus –yo me imaginaba(era un niño todavía, a pesar de las ínfulas de mayor que a veces sentía) que eran góndolas los omnibuses, que eran bajeles piratas, que eran raudas máquinas malignas que sembraban el pavor entre los pueblos de la Tierra-, el abuelo me pasaba un brazo por los hombros.

-Mirá. Los pobres –me decía

Señalaba las casas y a la gente; los viejos encogidos que avanzaban al tranco de sus bastones, las gordas mujeres grasientas que se abanicaban sentadas en bancos de lona en la vereda.

Todos saludaban al abuelo y el abuelo les devolvía los saludos con la misma exactitud y con la misa elegancia de

un rato antes entre sus compinches del Prado. Su brazo volaba mecánico hasta su sombrero.

Como siempre, antes de volver a casa nos metíamos en algún boliche para que el abuelo se tomara la penúltima grappa, ahora ya sin conversar con nadie, sin saludar a nadie siquiera. Por eso el abuelo prefería, sobre todos los demás, un bolichito que siempre estaba vacío y en tinieblas, apretado entre un almacén de armenios y un edificio nuevo de muchos pisos. Detrás del mostrador de estaño, el patrón se movía despaciosa y cautelosamente, como un ciego. Cobraba más barato que los otros y sus copas iban más llenas. Al abuelo lo entusiasmaba la pequeña avaricia de ahorrarse veinte centésimos o cincuenta en aquel boliche silencioso y adormilado, con moscas que revoloteaban encima del mostrador.

Volvíamos a casa, por último, y, como todos los días, yo subía a mi cuarto a leer en seguida del almuerzo. En aquel verano leí más que en toda mi vida junta. No tenía amigos en el barrio y había perdido interés en mis viejos amigos pitucos del Prado. Pensaba que iba a estar solo para siempre y tal vez habría sido lo mejor.

Pero las cosas cambiaron.

O volvieron a su cauce.

Yo me peleaba con la gente.

Yo les pegaba a los más chicos más pequeños y me hacía pegar por los más grandes.

Una vez, uno de los muchachos mayores me agarró de los pelos y me golpeó en la cara. Porque sí. Yo me quedé

parado en la vereda, con la sangre chorreándome por las ropas y con los puños cerrados en el aire.

Tenía la nariz quebrada y hubo que operarme.

Yo estaba en casa, en la cama, con dolores en toda la cara, con la nariz cubierta por una máscara de yeso y taponada con gasas y alambres, y el muchacho que me la había roto iba todos los días a pedirme disculpas, a llevarme regalos. Me dio un canario con jaula, un rifle de aire comprimido sin gatillo, una pelota con la firma -¿verídica?- de Obdulio Varela y un juego de ajedrez con algunas piezas de menos.

El muchacho siempre se quedaba un rato conmigo, tratando de hablarme de lo que fuera, y después se iba a beber vino con mi abuelo, en el comedor. Era repartidor de diarios, se llamaba Angelito, había pasado la mitad de su vida en asilos y reformatorios, tenía la cara despanzurrada por una viruela infantil y los dientes espléndidamente, maravillosamente blancos. Había intentado ser jugador de fútbol y había fracasado; había probado con el boxeo y se había retirado después de dos fulminantes knochks-out que le dejaron huellas imborrables en el cerebro; había cargado atriles en un teatro y había terminado como diariero, con un pequeño puesto en una esquina, levantándose antes del alba en el invierno para tirar los diarios desde su bicicleta, casa por casa, timbre por timbre, puerta por puerta.

Angelito se casó, más adelante, con una sirvienta del barrio, y tuvo dos hijos que se le murieron.

Yo lo seguía viendo, de noche en noche, apoyado en un mostrador, con la sonrisa de angelote retardado bailándole en los ojos, fumando en silencio, escuchando sin entender y bebiendo.

Muchos años después, cuando yo caía por el barrio a visitar a mis padres, al salir de casa de mis padres recorría los boliches y lo buscaba. Lo encontraba. Angelito me miraba a la cara, la voltereta pugilística de mi nariz, y sonreía desencantado.

-Perdoname –me pedía.

-No te preocupes –decía yo-. Ahora soy feo, pero con personalidad.

-Perdoname, viejo, perdoname

Angelito me enseñaba sus dientes, aún espléndidos.

-Sé que no vas nunca a perdonarme.

A todos los que quisieran escucharlo les contaba cómo me había pegado, inventando razones absurdas y traicioneras, humillándose porque sí, mintiendo edades y agigantando violencias. Cuando ya estaba muy borracho se ponía a llorar y me mezclaba con sus hijos muertos, me confundía, me acariciaba las manos casi gritando aquellos dos nombres absurdos y terribles:

-Milton, Edgardo, muertitos, mi Dios.

Yo lo tuve que llevar, más de una noche, a Angelito, cargándolo y arrastrándolo a su covacha. Angelito vivía en un conventillo que olía a coliflores y a gallinas encerradas. Había que golpear en una puerta para que un sereno viejo, manco y medio sordo nos abriera y nos hiciera pasar hasta

otra puerta donde había que volver a golpear. La mujer de Angelito nos atendía risueña, con una especie de hilaridad infantil, nos servía café y anís y se sentaba a mirarnos, a escuchar. Tendría más o menos mis años pero parecía viejísima, a pesar de la sonrisa de niña que se abría paso en su cara como una mueca de siglo atrás. Todas las noches Angelito me la ofrecía y ella no decía ni que sí ni que no. Se quedaba allí sentada, con las manos muy flacas sobre las faldas, parpadeando velozmente.

-Dale. Llevátela a la cama. Es tuya. La cama también.

Angelito eructaba, revolviendo innumerablemente su café.

En la penumbra del cuartucho yo veía hijos muertos, niños fantasma que mis dedos atravesaban como si fueran humo. Yo estaba borracho y deseaba irme a dormir.

UN SUEÑO

El sol ocupaba el cielo entero y yo iba bajando hacia la rambla, tratando de no salirme del pálido reborde de sombra que se prolongaba apretado contra las paredes. Iba pensando en quitarme los zapatos y las medias, en remangarme los pantalones por encima de las rodillas y en lanzarme como si estuviera desnudo a la arena caliente. Cami-

naría un rato por la orilla del mar, hundiendo los dedos en la arena blanda mojada por las olas, mirando a la espuma de las olas que se aquietaría en los huecos que dejaran mis pies, metiendo mis manos en los bolsillos, silbando cualquier cosa, golpeteando el filo de las olas con mis dedos. Me metería entre las casuchas de lata y de madera de los pescadores y volvería a mi casa después de un rato de andar vagabundeando entre los perros vagabundos que merodeaban buscando su comida entre las casa de los pescadores.

Recién entonces, sin haber visto a nadie y sin haber hablado con nadie, al regresar, me metería en la cama, pensaba, y descansaría hasta el anochecer y sin haber terminado de despertarme, si es que había conseguido dormir, me ducharía con agua bien fría, me vestiría con ropas muy frescas y escribiría una carta muy larga a mi madre contándole verdades y mentiras que ella no leería y que si leyera no entendería, y yo, sin despedirme, sin que me vieran, usando la furtividad, como si yo mismo fuera un terso animal nocturno me marcharía. Me marcharía para siempre. Me veía ya lejos, como una mancha o un punto en una larga carretera polvorienta, con casa con techos a dos aguas a los costados, con vacas mascando pasto de vez en cuando, con árboles raquíticos que no me darían sombra.

Yo me iba caminando y era noche y día a la vez.

Yo llegaría al final de mi viaje a otro cielo y a otro suelo, a otro mar o a otro río, a un agua enturbiada y alquitranada, un agua bullente y móvil que arrastraba desperdicios

en un descenso estrepitoso entre rocas y remolinos, un agua verde a lo lejos con islas de oro y negro más allá, en la última distancia. Un agua fría en la que yo me bañaría, desnudo entre las rocas. Yo almorzaría algunos panes robados con un cuchillo mellado y herrumbroso robado también y -¿por qué?- me afeitaría por primera vez en mi vida con ese mismo cuchillo, tanteando cuidadosamente con el filo en mi barba rala, probando hacia arriba y hacia abajo hasta tajearme brutalmente, hondo y sin dolor, contra una oreja.

El tajo crecería vomitando sangre a lo largo de mi cuello hasta comerme la garganta entera, atragantándome un frito que nacería y moriría en mis pulmones y la sangre saldría a raudales por los labios carnosos de la herida, la sangre oscura y pegajosa que chorreaba por mi cuerpo, cayendo gota a gota en la arena y formando un canal espumoso, tibio y burbujeante que se abriría paso en la arena hasta el mar, volcándose en el mar y enrojeciéndolo.

Pero yo ya estaría muerto.

Me mojé la cabeza en el agua, parpadeé los sueños y subí trotando de nuevo a mi casa, a buscar mis shorts de baño para pasarme la tarde entera tirado al sol en la playa.

LOS PESCADORES

Me acuerdo del negro Simón, el pescador, el segundo de a bordo –sólo eran dos y los perros- en el barquichuelo

desvencijado del viejo Luna. Era el negro además el que repartía el pescado, manejando un camioncito blanco vacilante –el camioncito y el color blanco, vacilantes los dos- que chirriaba moribundo con los frenos en las esquinas y que echaba un humo turbio –como dedos evanescentes- por el radiador sin tapa. Al camioncito le faltaba una puerta y ya de lejos olía a agua salobre y a pescados.

Era el mismo olor del negro.

Una vez a la semana, con sus labios carnosos forzados en una mueca, con el pucho grueso de un cigarrillo de hojilla apretado entre los dientes, con la flor amarronada encajada como un adorno feroz detrás de una oreja, con la mota aceitosa brillando en la luz confusa que subía de la calle, el negro Simón remontaba de a dos en dos peldaños las escaleras de nuestra casa, cargando en los brazos, con el filo apoyado en su barriga colgante, el cajón con el pescado. Era el regalo que los pescadores le hacían al abuelo.

Atravesando el corredor hacia la cocina, el negro tarareaba compases desparejos con una voz zarrapastrosa, quebrada y moribunda a causa del alcohol. Su olor persistía en toda la casa, como un vaho rastrero, cuando ya hacía rato que el negro se había ido. Era un olor lastimoso, una mezcla de sal, de catinga, de vino y de madrugadas en el mar.

Más de una vez y con cierto espanto –había historias que los muchachos del barrio se contaban ellos con una especie de deslumbrado miedo secreto- yo había visto al negro entrar en la casa y había esperado hasta verlo marcharse. El negro me saludaba sonriendo, al entrar y al salir. Yo

lo escuchaba cantar unas canciones seguramente marineras –tenían un tono monocorde de hombres y mujeres tirando de las piolas de las redes cargadas en la orilla, los pies chapoteando en la espuma de las olas, las polleras recogidas en la cintura, los pantalones remangados hasta las rodillas- y lo miraba mirar las paredes, el techo, sus propias botas de goma monstruosas con una sombra como de recelo animal, como si no le gustara estar bajo un techo y entre paredes, dentro de una casa con muebles lustrados, con luz eléctrica, con pisos de baldosas, con flores en floreros.

El negro tenía la costumbre de pasar los dedos en una caricia fugaz por los pétalos marchitos de la flor que llevaba encajada detrás de la oreja.

-Usted no es un hombre, don Juan –decía el viejo Luna, palmoteando en la espalda al abuelo-. Usted es un monumento.

Ahora hay una estatua de bronce del abuelo en una plazoleta redonda del Prado; en la estatua, el abuelo amaga un paso, con los bigotazos de bronce tiesos en el viento, con el bastón colgando de un brazo y con la otra mano tocando el sombrero dispuesto al saludo.

Entonces, contra el mar, entre los perros sarnosos y despellejados, eludiendo a los niños que se arrastraban de vientre como redondas culebras rojizas en el barro y sonriéndoles a las mujeres panzudas que iban y venían cargando utensilios, el abuelo cabeceaba y suspiraba, medio en-

corvado por la edad, con los bigotes amarillentos apuntando hacia abajo, con la cabeza sin sombrero y con el brazo sin bastón y seguramente se imaginaba estatua.

Se reía, el abuelo, abrazando al viejo Luna y los dos se iban juntos a mirar el agua, a acariciar los flancos de la barcaza cochambrosa hundida en la arena entre las rocas filosas, a patear perros.

Mi padre, otros perros más jóvenes y más tímidos, las mujeres, los niños y yo los seguíamos sin acercarnos demasiado, pasando entre las chozas de los demás pescadores –también sus niños, también sus perros, también sus grotescas mujeres preñadas-, moviendo las cabezas, agitando los brazos, saludando siempre.

-Buenos días.

-Buenas tardes.

-Buenas noches.

Papá con los ojitos bailándole en las órbitas, en busca de señales de mujeres predispuestas; los perros olisqueando desperdicios; los niños arrastrándose de barriga; las mujeres con sus caras apuntando al suelo y yo con mis manos en los bolsillos, con el hambre en la barriga, esperando que llegara el momento del vino y del asado.

El negro Simón aparecía después del mediodía, algunos minutos más tarde que el sonido de las campanas de la iglesia vecinal. Dejaba el camioncito estacionado al final del camino de tierra y avanzaba caminando, bamboleándose hacia nosotros, cargando al hombro la bolsa de arpillera con carne para el asado.

Yo siempre esperaba que alguna vez, al dar vuelta la bolsa encima de las parrillas de fierros cruzados y alambres entrelazados empezaran a caer brazos y piernas y ojos humanos.

Con la camisa desprendida hasta la cintura, con la barriga temblando medio metro delante de sus narices, con las grandes botas de goma calzadas en los grandes pies con sangre de peces, de vacas y de enemigos chorreteando de sus pantalones el negro Simón, lustroso y azul, parecía un antropófago civilizado que tocaba la guitarra, que fumaba y que sabía, vagamente, hablar.

Mientras el viejo Luna preparaba el asado, yendo y viniendo entre niños y perros, cargando leños y ramas, removiendo trozos de carne encima de las parrillas, el negro Simón, apoyado en un tronco quemado y con un vaso de vino colosal en la mano –un vaso de madera que cargaba un litro entero-, extendiendo sus largas piernas hacia el mar y llenando con todo el aire de su barriga a su pecho pavoroso, cantaba sus canciones marineras y gritaba estrofas enteras del himno nacional. Eructaba con una violencia que lo hacía temblar entero.

Al rato iban llegando los demás pescadores, arrastrando detrás a sus proles, a sus perros y a sus mujeres. Pagaban su cuota en el vino y en la carne, se iban sentando en redondel con nosotros y liaban cigarrillos con unos movimientos mecánicos y perfectos que mi padre, inútilmente, trataba de aprender y de imitar.

-Así no, Juanicho, así no –le decía el abuelo.

Se acuclillaba delante de mi padre y pedía a alguno de los pescadores que le pasara el librito de hojillas y el paquete de tabaco. Arrancaba una hojilla del librito, metía el tabaco dentro de la hojilla y, remedando exactamente no sólo los movimientos sino también los gestos y la mirada distraída de los pescadores, liaba un cigarrillo, le daba un lengüetazo para cerrarlo, lo encendía y se lo pasaba encendido a mi padre.

-Cuando quieras fumarte otro, me avisás, Juanicho –le decía, golpeándolo con una mano en la rodilla.

El abuelo se ponía de pie, nos daba la espalda y caminando lentamente, eludiendo el calor de las llamas de las fogatas, contorneando las parrillas, tocando levemente en un acaricia de amistad y de complicidad al viejo Luna iba a sentarse en su sillón de mimbre –el único sillón-, presidiendo el grupo, con perros y niños alborotando alrededor, con las damajuanas de vino al alcance del sus brazos.

El viejo Luna dejaba de pinchar y de dar vuelta los trozos de carne, bebía un trago de vino y se reía, sin decir nada, señalando al abuelo.

Todos los demás pescadores también reían.

Una tarde mi padre me pasó un brazo por los hombros y acercó su boca a mi oreja. Olía a vino y a tabaco fuerte y ordinario.

-No te olvides que tu abuelo siempre ha sido un demagogo profesional –me dijo.

De noche, los asados eran para hombres solos.

Yo iba también, a veces, porque el abuelo me llevaba.

A la luz de las llamas de la fogata de la que el viejo Luna sacaba brasas para asar lentamente la carne, yo vislumbraba el interior borroso de su covacha, a los niños y a los perros amontonados, durmiendo o haciendo que dormían en el piso de tierra, a las formas fugaces de una mesa y de un par de sillas y a la silueta, a la figura, al contorno grisáceo de una mujer sin edad -¿la hija?, ¿la nieta?, ¿la concubina?, ¿todo a la vez?- sentada en un banco en lo oscuro, comiendo trozos de carne con los dedos.

Después del asado, el negro Simón buscaba su guitarra dentro de la choza –yo lo veía gateando en cuatro patas entre los cuerpos quietos de niños y perros, de perros y niños- y apoyándose en el tronco quemado se ponía a tocar la guitarra y a cantar. Yo veía el relumbre de sus uñas en la luz cada vez más reticente de la fogata y recordaba las oscuras historias que me habían contado mis amigos:

Descalzo, recién bañado, con su flor amarronada y seca detrás de una oreja, acompañándose por un foxterrier amarillo de sarna que parecía estar llorando al ladrar, ocultándose –hombre y perro- en los rincones de sombra en las esquinas y en los huecos de los portales sin luz, el negro acechaba y merodeaba fiestas infantiles. Llevaba los bolsillos repletos de caramelos y de pastillas y tenía la cara babosa de sonrisas a medio hacer. Yo me acordaba del Califa, pero nunca hablé de la canción que le cantábamos al Califa en el Prado. Nadie se hubiera atrevido a cantarle nada al negro Simón.

El negro había encontrado su guitarra en la orilla del mar, flotando panza arriba en la espuma sucia y costrosa de las olas, como un barco averiado y carcomido sin más tripulación que las algas y la mugre. Se la había traído una marea nocturna que también había arrastrado pingüinos muertos hasta la costa.

Con sus propias manos el negro había reacondicionado la guitarra y, recorriendo tabernas y tugurios, observando atentamente a los cantores ambulantes que pasaban el sombrero, había aprendido. Sujetando el instrumento contra la barriga, golpeaba cuatro o cinco acordes destemplados y casi obscenos. Sus dedos enormes, con las uñas lustrosas, se movían como cucarachas por encima del encordado, y su voz, enronquecida y rota, gemía canciones de tierras polvorientas y de amaneceres entre sierras y cuchillas que él nunca había llegado a conocer.

El negro Simón había nacido junto al mar, en un parto siniestro que no puedo imaginarme, y moriría tragado por el mar una mañana ya próxima. Su cuerpo habrá alimentado, a lo largo de los años, a muchas generaciones indiferentes de peces multicolores.

Yo fui el primero de la familia en enterarse que el negro Simón se había caído al mar y que había lanchas, helicópteros y hombres-rana buscándolo.

Yo bajaba hacia la rambla a comprarme un helado cuando vi, a lo lejos, en el rincón rocoso de la playa, el tumulto de la gente en la arena. Vi los dos coches patrulleros

estacionados en la rambla contra el cordón de la vereda, la ambulancia blanca con la cruz roja pintada en un costado.

Había gente que corría de todas partes hacia el tumulto y yo también me puse a correr.

Bajé corriendo a la arena, saltando de dos en dos y de tres en tres los escalones y con mis ropas de calle me mezclé entre los bañistas amontonados.

Adentro de la masa humana había olor a yodo y a sudor y a miedo.

Pregunté a varias personas, pero nadie supo decirme lo que había pasado, lo que estaba ocurriendo, qué sucedía. Miré en redondo, entre cabezas, brazos y cuerpos tratando de descubrir algún indicio y recién cuando divisé la barcaza color herrumbre hundida en la arena y al viejo Luna cruzado de brazos, con los pies descalzos clavados en el borde de las olas que iban y venían, me di cuenta.

Miré hacia las chozas de los pescadores y distinguí en lo alto, al final del camino de tierra, al camioncito blanco sin puerta. Había algo -¿un perro?, ¿un niño?- durmiendo echado encima del asiento.

Sin pensarlo me acerqué al viejo Luna, que estaba solo e inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho y las piernas separadas. El viento leve que venía del mar sacudía blandamente sus pantalones con parches y remiendos. Sus perros, todos viejos y hambrientos, rondaban sus pies desnudos y se acercaban a la barcaza, olisqueando y pasando la lengua por los listones de madera y por los surcos profundos en la humedad de la arena.

Un perrazo estropeado por los años, por la ceguera y por los parásitos levantó una pata y se puso a mear contra la barcaza.

Otro perro más pequeño, con el pelo pinchudo y las orejas reventadas por arañones y mordiscos, empezó a aullar sin dientes, con su voz cascada, al cielo y a la luna invisible.

La gente amontonada no se atrevía a cercarse al viejo; sólo un milico, que hacía girar la gorra azul entre los dedos, estaba cerca del viejo, con la cabeza rapada lanzando reflejos de sol y con la mirada fija en los agujeros de pies en la arena.

Yo caminé lentamente, con mis zapatos que hundían los talones en lo húmedo.

La espuma de las olas me mojaba los zapatos, los tobillos y el reborde de los pantalones. Sentía los jadeos de los perros contra mis piernas, la aspereza de sus cuerpos sarnosos que me rozaban. Me detuve a un paso del viejo, ahuyentando a los perros con breves patadas al aire y al sentir la mano del viejo en un hombro levanté la cabeza, pero no para mirarlo. Parpadeé al sol y cerré mis ojos doloridos, apretando fuerte los párpados.

El calor de la calurosa mañana de verano se me alargaba por la mejilla y por la mandíbula como un gigantesco bostezo prehistórico, como un tajo sin sangre. Al abrir los ojos miré también el mar vacío, al milico que había sacado una libreta y un lápiz quieto en el aire –a medio metro de sus ojos-, a los dos muelles de piedra que se adentraban en

el agua, a los pescadores de caña que pescaban mugre y aburrimiento sentados con las piernas al agua en los bordes de los muelles, a las gaviotas que revoloteaban en lo alto haciendo círculos y a las casas más lejanas de la gente rica, con tejas rojas que brillaban al sol, todas levantadas al final de los riscos, donde la playa hacía la última curva.

-Estaba borracho –dijo el viejo-. Espantosamente borracho. Se tropezó con los perros y se cayó al agua sin un solo grito, como si no se hubiera dado cuenta. La flor quedó flotando en el agua, en un círculo, alejándose de una de sus manos que se abría y se cerraba, en otro círculo. Yo me tiré al agua pero no pude sacarlo, no pude encontrarlo. No lo vi.

El milico apuntaba signos febriles en su libreta.

El viejo luna tosía y sacudía la cabeza; vi a su cabeza que se movía hacia abajo y hacia arriba en su sombra ondulante en las ondulaciones de la arena. Sentí que la presión de sus dedos en mi brazo disminuía, me di vuelta y me fui.

Con mis ropas de calle, con mis zapatos embadurnados de agua y de arena pasé entre los bañistas apiñados. Ahora eran menos: algunos habían empezado a alejarse. Subí despacio las escaleras y desde la rambla volví a mirar; me compré mi helado y me lo comí.

Anduve dando vueltas un rato, sin acercarme a la playa, sólo esperando el momento de volver a casa y ponerme a contar.

Al velorio fuimos nadie más que el abuelo y yo, de la familia. Mi padre se negó a ir, alegando que los velorios le daban dolor de cabeza.

-Las caras compungidas de parientes y amigos –se disculpó-. Las miradas circunspectas de los concurrentes, la gente que se persigna delante del cuerpo del pobrecito. Del pobre. Sinceramente no, papá –le sonrió con débil gesto al abuelo-. No puedo.

-Este velorio es otra cosa –le explicó el abuelo-. Es un velorio sin nadie a quien velar. No te olvides que el cuerpo del finado está perdido en lo profundo del océano.

Los dos estaban bebiendo.

Mi padre sacudió la cabeza.

-No- Lo lamento. No.

De todos modos nos acompañó hasta el final del terraplén que bordeaba las casas de los pescadores. Iba demasiado bien vestido y llevaba guita en el bolsillo. Cuando me besó sentí el perfume seco de un desodorante para hombres, mezclado con los olores del vino y de la loción altershave.

Me guardé bien doblados en un bolsillo los dos billetes que me dio.

Besé distraído a papá en un pómulo.

El abuelo se despidió con una sonrisa medio despectiva y medio divertida y me pidió –después de habernos quedado un momento mirando a papá que se alejaba silbando- que lo ayudara a bajar del terraplén por una especie de camino de hormigas –un camino gigantesco para hormigas gigantescas- que se abría paso más o menos disimuladamente entre los pastos y las rocas resbaladizas y filosas.

Muy cerca de nosotros, estacionado para siempre, ya desde ese momento acumulando hongos, yuyos e insectos para la posteridad, estaba el camioncito blanco que ahora ya no olía a agua salobre y a pescado, como antes. Nunca más olería a agua y pescados. No olía a nada.

El abuelo había bebido mucho esa tarde y no quería desprenderse de su porrón con whisky. Todavía lo llevaba enganchado en un dedo, apretado contra el corazón como una protuberancia nefasta. Cada tanto se entreparaba a seguir bebiendo y, con la manga áspera de su saco a cuadros, se limpiaba los chorros de whisky, que se le escapaban por las comisuras de los labios flojos.

-¿Ves? –me preguntó, al empezar el descenso, apoyándose en mí y señalando, con la mano en el porrón, hacia las luces de faroles y velas de las casuchas de los pescadores.

Yo miré lo que había estado mirando un minuto antes: la gente sentada en redondel alrededor de un fuego frente a la casucha del viejo Luna: los hombres bebiendo vino de las botellas y las mujeres silenciosamente mezcladas entre niños y perros que hoy no alborotaban.

Adentro de la choza estaban velando un cuchillo con mango de hueso, un par de botas de goma, el cadáver apuñalado del foxterrier amarillo de sarna –sacrificado a oscuros dioses de las olas y del viento- y la guitarra.

Las botas, la guitarra, el perro muerto y el cuchillo filoso estaban colocados encima de una mesa con una vela en cada punta. La sangre del perro, pegoteada en la madera, tenía huellas frescas de dedos humanos.

En la pared, al fondo, iluminado por la luz turbia de las velas, había un dibujo al carbón, en un cartón de cajón de embalaje, del negro Simón. El negro sonreía desde la pared, torpemente vivo y entero, con su dentadura completa, con su pucho incrustado en un rincón de la boca, con su flor. Era el vivo retrato de ninguna cosa: un espectro.

Afuera, los hombres estaban bebiendo, pero no había carne asándose en las parrillas. Ni siquiera había parrillas, ni brasas humeantes desparramadas, ni olor a comida.

El viejo Luna era el único que no estaba tomando vino. Chupaba de la bombilla de un mate monumental que se empequeñecía entre sus manos inmensas. Estaba sentado entre sus perros, un poco aparte de los demás, como un guerrero huraño o como un semidiós malhumorado. La lumbre del fuego le daba de refilón en la cara bulbosa, subiendo por la mata grasienta y dura como cartílagos de su cabellera.

El abuelo se sentó junto al viejo, en el mismo tronco, pasándole un brazo por los hombros, cuchicheándole unas apagadas condolencias y moviéndole el porrón con whisky delante de los ojos.

Yo me quedé a unos pasos, acuclillado, mirándolos, acariciando la pelambre sarnosa de los perros que venían, aburridos y confusos, a mi lado. Buscaban comida y no había.

Nos marchamos cuando ya casi todos los pescadores se habían ido, con sus niños, con sus perros y con sus muje-

res barrigonas, ojerosas, silenciosas y crenchudas, de vuelta en silencio para sus chozas.

De la fogata sobrevivían unos cuantos rescoldos brillantes y unos pocos leños mal encendidos de los que subía un humo retorcido y pringoso.

Alguien había apagado las velas dentro de la choza y los niños y los perros yacián en el piso de tierra, como otros muertos. A veces, entre el silencio, entre el rumor del viento en el boscaje se los sentía quejarse en sueños: los niños se quejaban con la misma voz que los perros, o al revés.

El cuchillo, la guitarra, el perro apuñalado y las botas de goma iban a ser enterrados en un sitio ya elegido, un rincón entre pastos, rocas y árboles, apenas amaneciera.

El viejo Luna se había quedado con el porrón de whisky y ahora bebía enganchándolo en el índice igual que el abuelo. Lo miramos una vez, desde lo alto del terraplén; también había un perro rezagado o insomne que olisqueaba entre sus pies desnudos.

UNA TARDE CON MAMÁ

Hubo un tiempo en que me dio por extrañar dolorosamente a la casa grande del Prado. Extrañaba sólo a la casa: los largos corredores en penumbra, la buhardilla en la que se encerraba a leer y a beber el abuelo, el gran dormitorio de mamá que siempre olía a perfumes y a flores, el come-

dor silencioso con sus patéticos sillones apolillados, los corredores, las formas oscuras de las telarañas en los techos: La Casa.

Por primera vez en mi vida –por primera y última vez- pasé una tarde entera junto a mi madre, los dos bebiendo té de tilo helado y murmurando frases entrecortadas, con jirones de memoria, en la media luz de la pieza. Vi que mi madre silabeaba quedamente su tristeza y su locura y la acaricié en la cabeza sin sensación ninguna, sin piedad, sin rabia, sin odio, sin alegría, sintiéndome nada más que cómplice de repente, porque yo también estaba triste y un poco contagiado de locura en aquella pieza con la ventana tapiada por la gruesa cortina de lona, con la veladora de luz rosada encendida en un rincón, con las paredes vacías y con los cuadros y los retratos amontonados de cualquier forma de cara a la pared, rostros y poses antiguas que acumulaban polvo en los rincones.

La noche anterior yo me había emborrachado bebiendo vino dulce con algunos amigos; me había arrodillado, al llegar de vuelta a casa, delante del water-closet y había dejado colgar la cabeza, como en un rezo desesperado, al vomitar. Venía pensando en cuerpos imposibles de mujer con mi orgullo enfermo crecido como un quiste mortal cuando de golpe me sobrevino la nostalgia por la casa vieja y en una semana la nostalgia no se me curó.

Mamá se había apropiado de la mecedora de la vieja Concepción y se pasaba las tardes frente a la ventana tapiada, con los dedos metidos en los agujeros del chal, con la

tetera y con la taza con su té de tilo en una mesilla de madera crujiente a un costado. Mamá se mecía lentamente, en un vaivén casi invisible, como si estuviera flotando en un mar tranquilo.

Al mirarla, yo suponía que mamá estaría imaginando o recordado o inventando viejas pasiones y olvidados placeres; yo pensaba que de entre la carcoma de su memoria, atravesando las telarañas de su cerebro de loca subirían algunas imágenes vacías, grises como sus ojeras y pálidas como su piel, unas fotos arcaicas que desdibujaban viejas aventuras y hondos terrores.

Cada tanto mi madre apretaba los labios y echaba hacia atrás la cabeza, tensando el cuello en una curva irremediable de muñeca quebrada o de doncella estrangulada y empezaba a mecerse velozmente, raaam raaam raaam, apretando los dedos en las vueltas de los mangos del sillón. Aquellos viajes vertiginosos tenían algo de barcaza perdida en el océano; cuando mi madre no estaba en su dormitorio yo entraba subrepticiamente para hamacarme en lo oscuro. Me levantaba mareado y feliz, sintiendo náusea de la travesía marítima.

Yo me emborrachaba todos los días tratando de olvidarme de la casa del Prado, pero era inútil, hasta que una tarde, al fin, me fui solo al Prado para verla. Sin traspasar las rejas, que estaban abiertas, vi obreros que la estaban repintando y reacondicionando, vi montones de cemento y ordenados bloques de ladrillo, vi máquinas instaladas entre los canteros, vi a un hombrecito de traje color crema que se

movía con una actividad desagradable y rastrera, como de insecto o de ratón, dando órdenes y agitando mucho los brazos.

Las persianas de la casa tenían, ahora, un intenso color verde.

Volvía al barrio nuevo completamente repuesto, ya sin recuerdos y sin ganas de tenerlos.

Loca e insomne en su mecedora, meciéndose blandamente, sin hablar, sin oír, sin pensar, mi madre había empezado a negarse, por puros silencios, a salir de su pieza. Ya nadie entraba allí más que para llevarle la comida y para despedirse –mis besos fríos en la fría piel de la boca- antes de la hora de dormir.

Los ojos de mamá habían empezado a brillar en lo oscuro como los ojos de los gatos y papá aseguraba que mi madre no necesitaba y a encender las luces para leer, para ver.

Mamá, que nunca había sido muy creyente, ahora también rezaba; se pasaba el día entero haciendo girar entre sus dedos el rosario de bellotas que había pertenecido a la vieja Concepción.

EL CARPINCHO

Carpincho Pareja era de veras un semidiós perdido, un jefe muerto o desaparecido, un héroe invisible y fantasma-

górico, un Tarzán ciudadano imposible de explicar, un guerrero fulminante que había enterrado sus armas y se había marchado. En el barrio me mostraban la casa donde Carpincho Pareja había vivido con su familia: con su madre rubia como una hada escandinava, con su padre gordito y amanerado como un reo de La Teja o de Maroñas, enriquecido de golpe –era un reo de Maroñas enriquecido de golpe-, y con su hermana Rosa esquiva y fantasmal como una heroína de película muda.

La casa tenía dos plantas, con las ventanas cubiertas por postigos con maderas cruzadas y la hiedra de las paredes subiendo como brazos torcidos hacia la chimenea de ladrillos rojos.

Una noche, tres o cuatro de nosotros saltamos por varias azoteas y entramos a la casa rompiendo el vidrio de la ventana de una buhardilla. Nadie se atrevió a acompañarme por los corredores penumbrosos, por los pisos de maderas crujientes y por las escaleras polvorientas. Yo anduve solo, abriendo y cerrando puertas, atisbando en las habitaciones vacías, con mis pasos precediéndome y a la vez escoltándome en ecos de caverna con osos o leones. En una pieza grande, a la luz de un fósforo que llegó a arder contra mis dedos, encontré un montón de cajas apiladas, con palabras escritas en alemán en el cartón de las cajas y dibujos, ya borrosos por el polvo, de mujeres desnudas. Dentro de las cajas encontré revistas obscenas con fotos en colores y con textos en idiomas inextricables, así como paquetes de aluminio con condones.

Me llevé en los brazos revistas y condones y los repartí entre mis amigos.

Al día siguiente, subidos a la azotea de la casa del gordo Renato inflamos los condones y los soltamos, como a palomas, hacia la calle.

Toda una cuadre quedó invadida por aquellos misteriosos satélites orgásmicos, de origen desconocido.

En el barrio se habló de conspiración terrorista, de propaganda de burdeles, de la presencia secreta y temible de algún horrible maníaco sexual, de campaña gubernamental para promover el control de la natalidad, de la obra de un loco. En algún diario matutino se comentó el asunto.

-Si Carpincho estuviera aquí, vos ya verías –me dijo una vez, lloriqueando, Finito Ramos, que había sido su mejor amigo.

Se secaba las lágrimas con una mano y con la otra se frotaba la mejilla que yo le había golpeado.

Yo ni siguiera me imaginaba que Carpincho pudiera volver algún día. Me parecía que jamás había existido, que sólo se trataba de un invento fraguado entre muchos, algo así como la figura definitiva y total engendrada por un vasto complot de mediocres, el resultado de una prolongada y confusa estafa.

Carpincho era mi contraimagen. Era el Robin Hood de las calles del Barrio del Buceo, pequeño Sherwood Forest de cemento en el que yo era ahora el tirano, el más fuerte, el mejor alimentado, el Guy de Gisborne.

Sin embargo, una tarde Carpincho volvió. Era un individuo de mi edad, de mi físico, de mi altura, con el pelo rubio peinado a un costado, con anillos en los dedos, con zapatos puntiagudos de cafishito en potencia. Fumaba en boquilla y llevaba una piedra brillante sujetando la corbata. Tenía las facciones brutales de su padre metidas en el envoltorio rubio de su madre; como mezcla era bastante asqueroso.

Varios de nosotros estábamos sentados en un muro, golpeando con los talones en los ladrillos, cabeceando calor y sueño cuando lo vimos venir.

Renato gritó:

-Carpincho, sos vos.

-Carajo –dijo Finito.

Lo rodearon y se pusieron a tocarlo, lo mismo que a un fantasma que de pronto se hubiera trasmutado en carne y hueso.

Todos murmuraban.

Algunas muchachas se acercaron a tocarlo también, a besarlo: yo sentí una especie de lenta envidia.

Seguí sentado en el muro, esperando, fumando y mirando los pies de los demás.

Vi las piernas de Carpincho, sus pies –los zapatos puntiagudos- que avanzaban hacia mí. Me sentí cubierto poco a poco por la sombra larga de su cuerpo en el atardecer.

-¿Y vos quién sos? –preguntó.

Le pegué de lleno en la cara, con el puño cerrado, y lo vi rebotar en un árbol y agarrarse la boca con las dos ma-

nos. No gritó y yo no me moví.

Yo seguía sentado.

Yo no le había pegado bien a Carpincho, pero igual le había dolido, por lo menos tanto como la mano despellejada me dolía a mí.

Cuando lo vi sacar el pañuelo, limpiarse un punto de sangre en un costado de la boca, doblar prolijamente el pañuelo, meterlo otra vez en el bolsillo del saco, sacar los cigarrillos, encajar uno en su corta boquilla dorada, encenderlo y fumar, me di cuenta que de veras era peligroso.

Traté de adivinar si Carpincho llevaría encima una navaja, si sería capaz de agarrar una piedra y tirármela. Por un momento estuve dudando entre quedarme y correr, pero en seguida descarté la posibilidad de cualquier suciedad de su parte. Yo no hubiera jugado sucio con él, eso pensé.

Carpincho aplastó el cigarrillo contra el árbol después de tres o cuatro pitadas y con la cabeza me indicó que bajara del muro. Bajé de un salto y apenas tuve tiempo de tocar el suelo con los talones. Me golpeó con la cabeza justo debajo del pescuezo y me tiró. Lo vi borroso entre mis lágrimas; lo vi sonriendo. Tenía las piernas separadas y me aguardaba.

-Levantate –decía-. Te dejo que te levantes.

Nos trenzamos en un cuerpo a cuerpo ciego y desesperado, golpeándonos en la espalda y en la nuca, arañando el aire con las uñas, mordiéndolo con los dientes.

Alguno de los muchachos mayores se acercó corriendo, llamó a los gritos a los otros y pronto nos habían sepa-

rado entre varios.

-Ustedes dos quieren darse la viaba. Muy bien –dijo el Rulos.

Me estaba sujetando por la parte de atrás del cuello de la camisa. Sus dedos sudados rozaban mi piel.

-Nosotros no tenemos problemas en que se den, todo lo contrario –rió y escupió el Lito, que apretaba en una mano los dos brazos de Carpincho-. Pero por lo menos haganló como hombres, haganló.

Nos llevaron a la parte de atrás del almacén de don Bartolo –un viejo giboso y escurridizo que se llamaba igual que mi tatarabuelo- y allí improvisaron un ring con cajones de aceite vacíos alineados entre bolsas de harina y montones de fierros retorcidos.

Yo me senté en un cajón en una esquina y el Carpincho se sentó frente a mí, en diagonal, en otro cajón vacío.

Nos mirábamos.

El Rulos era mi segundo y el Mirto era el segundo de Carpincho. Habían conseguido unas toallitas mugrientas y unos baldes con agua para refrescarnos entre round y round. El dependiente gallego de don Bartolo iba a ser el juez del combate. Los demás quedaron fuera del ring, de pie entre las bolsas de harina, pasándose cigarrillos y comentando y gritando obscenidades.

-Acérquense –dijo el gallego, llamando con un dedo desde el centro del ring-. Dense la mano.

Nos dimos la mano.

-Rounds de dos minutos –nos dijo el gallego-. Vale todo menos darse besos y es a morir.

Carpincho y yo nos estuvimos golpeando como gladiadores, como gángsters borrachos, como monos en celo durante horas, durante siglos. Cada dos minutos que parecían dos años unas manos me agarraban la cara y me la empapaban con un trapo que olía a meada de gato o de vieja.

Una voz misteriosa me decía cosas turbias al oído:

-Usá la izquierda. Pegale abajo. No abrás la guardia. No seás boludo. Cansalo. Dejalo moverse. Arrinconado. No lo dejés que se adueñe del centro del cuadrilátero. No seas pajero. No seas boludo. No seas pajarón. Andá y matalo.

En algún momento alguien encendió las luces porque ya no se veía y Carpincho y yo ya hacía rato que nos estábamos persiguiendo a ciegas, golpeando el aire, pegándole a la sombra de las ramas de los árboles que nos cubrían.

La pelea terminó en empate, por cansancio.

Los dos estábamos sangrando de la nariz, de la boca y de los pómulos y yo tenía ganas de encerrarme en cualquier parte y ponerme a llorar.

-Draw, señores, d-r-a-w –decía el gallego, levantando una mano de cada combatiente-. Draw, damas y caballeros. D-r-a-w.

Recuerdo que me fui corriendo, zafándome de brazos que trataban de aprehenderme, que me encerré en el baño de mi casa a llorar y a vomitar, que volví a bajar a la calle después de curarme las heridas y comer y que no había nadie en ninguna parte.

Todo estaba tan callado que me pareció que no había nadie vivo cerca.

Hasta los perros estaban sin ladrar.

Esa noche estuve despierto hasta muy tarde, con dolores y machucones en la cara y en el cuerpo, escuchando en silencio los discos clásicos del abuelo.

Mi madre se apareció en algún momento después de la medianoche, blanca como una resucitada, y me miró como si no me reconociera. Andaba con su camisón de algodón blanco y con su chal negro envuelto al cuello. Sus ojeras tenían todos los colores del arco iris. Recogió de arriba de un sillón sus agujas de madera y sus ovillos de lana peluda –hacia meses que se pasaba tejiendo rompevientos y medias de invierno para repartir entre los pobres; unas orondas señoras godas con sombreritos chillones y con dientes de oro pasaban a buscar la mercancía los sábados por las tardes, tomaban el té con galletitas con mi madre y se marchaban, cargando bultos y saludando a todas partes: a nosotros, a los retratos den las paredes, al piano de cola, a las sombras de ellas mismas y a sus propios cuerpos reflejados en los espejos- y recién al irse me preguntó, de espaldas a mí y en un hilo de voz, qué me había pasado en la cara.

Yo ni siquiera me tomé el trabajo de contestarle, porque sabía que ya no me estaba escuchando.

SUS PADRES

En el barrio se comentaba que el padre de Carpincho había estado dos años preso en Venezuela; que el Ejército venezolano lo había atrapado, después de un largo tiroteo, en las selvas del Orinoco, junto a los restos de una avioneta de dos motores cargada de cigarrillos americanos, de radios japonesas a transistores y de pornografía danesa. En el sitio de la batalla, contaban, habían quedado desparramados cuatro o cinco cadáveres.

Algunos presuntos amigos de la infancia, algunos autotitulados confidentes de boliche le adjudicaban a don Casimiro Pareja –aquel gordito amanerado de facciones brutales y el pelo engominado- un pasado ambiguo y tumultuoso, una leyenda fatídica y brillante como la estela luminosa de un cometa.

Antes de tener barba en la cara, decían, contaban, Casimiro había organizado patrullas de parias y de bichicomes que se dedicaban al chantaje por terror entre los pequeños comerciantes armenios, turcos y libaneses de los arrabales de Maroñas. Más adelante había prosperado con el juego clandestino: quinielas de caballos, apuestas sobre pulseadas en los boliches del puerto, garitos clandestinos en sótanos de clubs de barrio. Casimiro había sido macró en la Ciudad Vieja, delator de la Policía, director artísticos de varios cabarets de mala muerte, tahúr vocacional, telegrafista de barco mercante, gigoló de viejas señoras aburridas que pagaban en billetes color violeta las caricias y las mentiras, amante de una princesa húngara y de un banquero francés, matón a sueldo para políticos, millonarios y es-

tancieros y secretario-guardaespaldas del senador Artajerjes Medrano, correligionario y amigo de mi abuelo. Por ahí, Casimiro se introdujo en la apretada logia de los contrabandistas de caballos y de especias. Nunca, decían, habían podido atraparlo hasta el desastre del avión en las selvas de Venezuela.

Ahora, don Casimiro Pareja había vuelto más viejo, más gordo, más sabio. Caminaba a pasos breves y lentos, hamacándose y tironeando constantemente de los puños impecables de su camisa. Convidaba a todo el mundo, en los boliches, pero no hablaba con nadie, como si cada una de sus palabras pudiera dar pie a que le fueran descifrados sus secretos. Rechinado en el mostrador, escuchaba los chistes ajenos y las discusiones de los demás con una sonrisa ladeada donde no dejaba de relucir, cada tanto, un agudo colmillo de oro.

A mí, don Casimiro me convidaba con cerveza y con vino, me palmoteaba en la espalda y me despeinaba, atravesando mi cabeza con sus dedos. En su casa me daba cigarrillos turcos para mí y habanos con una cinta dorada para que yo se los diera al abuelo. Sus manos pequeñas, regordetas y manicurazas estaban sudando siempre.

Don Casimiro fumaba en boquilla, igual que su hijo, y dentro de casa andaban envuelto en una robe de chambre azul con grandes dragones plateados.

La primera vez que fui a la casa, tres o cuatro días después de la mudanza de los Pareja, yo busqué, en la planta alta, la pieza donde había encontrado las revistas pornográ-

ficas y los paquetes de condones. Carpincho iba caminando a mi lado y me miraba entrepararme dudando delante de cada puerta cerrada.

-¿Qué buscás?

-No busco nada.

Recién dos o tres noches más tarde, en el principio más o menos valedero de la amistad, le conté mi aventura de azoteas y pasillos y lo escuché reír suavemente. Lo vi buscar la botella ya casi vacía bajo su cama y alzarla a la luz.

-Contrabando –dijo-. Vivimos de eso.

Me pasó la botella.

Yo bebí apurado y esperé, con el líquido en la boca, que Carpincho terminara de encajar el cigarrillo en su boquilla dorada y lo encendiera.

-Todo el mundo lo sabe –murmuró-. La gentuza de los boliches, la Policía, los ministros, el presidente, el Rey y el Papa. Dentro de poco el viejo va a hacerse rico de nuevo, te lo garantizo.

Nos emborrachamos, aquella tarde-noche, para festejar.

Tres días más tarde, Carpincho pasó por mi casa a pedirme que lo acompañara al aeropuerto, para recoger a su madre y a su hermana que llegaban. Fuimos en el coche nuevo que se había comprado don Casimiro. Era un “Chevrolet Impala” rojo, con el tablero lleno de luces y de botones.

Yo había oído contar, siempre en los boliches, a las últimas horas de la noche o en las primeras horas de las madrugadas, cuando los hombres agregaban cansancio y hastío a sus borracheras, las historias de la madre de Carpincho. No era una hada escandinava: era una antigua stripteuse de cabaret que se había hecho famosa en París y en Tokio, veinte años antes, bailando con negros vestidos con plumas, danzando danzas de muerte con apaches parisinos ladinos y traicioneros, adormeciéndose en bailes de amor con mexicanos sombrerudos cargados de medallas tintineantes y de pistolones de madera embetunada.

La mujer había nacido en algún lugar del Caribe, en cualquiera de las pequeñas islas de las Antillas Menores, en una choza de madera, hija de colonos borrachos con alma de misioneros. Casimiro Pareja la había encontrado en la mansión de un millonario cubano o nicaragüense, donde ella era el adorno más caro y más perfecto. Unos decían que Casimiro Pareja, con su saco a cuadros, con su corbata rayada, con su flor en el ojal, con sus zapatos lustrosos encajados encima de una mesa, gordito y engominado, la había comprado en metálico, tras una reunión prolongada hasta el alba bajo una luz amarilla parapetada detrás de papeles con flores. Otros aseguraban que la había secuestrado a los balazos, dejando el tendal de muertos, que la había domesticado a fuerza de hambre y de golpes a lo largo de dos meses de vivir en una cabaña en un bosque y que la primera noche de amor la había obligado a desnudarlo y a

bañarlo, frotándolo con jabones olorosos de colores afeminados.

Lo cierto es que los Pareja se casaron en una iglesia, delante de un cura solemne, clavo y pundonoroso, y que bautizaron, en la misma iglesia y frente al mismo cura, a los dos únicos hijos que tuvieron.

La mujer, Macarena, cuando regresaron, estaba ya rondando los cuarenta, que se le descubrieron de golpe, de cerca, el primer día, apenas bajada del avión, en aquella mirada un poco ausente y en una cierta torpeza imposible de disfrazar en los gestos y en los ademanes. Al otro día ya estaba restablecida y sus ojos brillaban con las luces todas juntas del Moulin Rouge, del Lido y del Crazy Horse. Sus manos se movían con la habilidad sumisa y silenciosa de las manos de las putas de lujo de la Cote d'Azur, sus piernas andaban con la perfecta ingravidez de las piernas de las geishas y sus sonrisas tenían una dosis exacta de malicia como la que tienen las sonrisas de las profesionales de la lujuria y del amor.

Mi padre le sonrió al darle la mano, en la calle a la señora Macarena, en una esquina, una mañana y ella sonrió también. Mi padre la miró alejarse y empezó a revolear, feliz y nervioso, la cadena de palta de su llavero.

Comprábamos grappa, con Carpincho, y nos encerrábamos a beber, con revistas pornográficas y escuchando a Gardel y a Bill Halley en su dormitorio. Una noches le pregunté de golpe –mi boca estaba hablando por mí- si era ver-

dad lo que se contaba sobre su padre en los boliches del barrio.

-Es mentira –me dijo.

Cambió el disco en el pick-up, me tiró casi con rabia una revista danesa, abrió la ventana y se puso a mirar afuera.

Yo seguí bebiendo serenamente, sintiendo ya próximo mi nivel de borrachera. La grappa no tenía gusto a nada y el gordo Bill, son su mechón de pelo contra la frente y con sus Cometas vestidos de rojo, decía estupideces en inglés contra mi oreja.

Around the clock.

Eran las doce de la noche; yo escuchaba los campanazos del reloj de péndulo del vestíbulo de la casa del Prado. El reloj se había quedado allá, en la casa. Yo había inventado las doce de la noche, el reloj y los campanazos y seguí bebiendo.

-Fue en la Guayana Inglesa –dijo de pronto Carpincho-. En la cárcel de Georgetown. Y no eran cigarrillos y radios a transistores. Eran armas. Mi padre estaba intentando venderlas a los guerrilleros. Mi padre tiene su moral, ¿sabés? No ganaba nada con esa operación, por eso lo agarraron. Porque no había guita para coimear a nadie.

Me dieron ganas de reírme.

SU HERMANA

Todos en el barrio habían estado enamorados de Rosa Pareja, dama fantasmal. Yo soñaba con ella antes de verla, antes de ver sus fotos; en las fotos, que me mostró Carpincho, yo la vi grotesca e insignificante, una niñita petulante en poses de gran dama, escondida bajo la sombra del ala de un amplio sombrero caribeño, sonriendo melosa entre sus padres, bailando con un señor gordo en una pista redonda con plantas alrededor, montando en un caballo negro, sentada en la playa junto a un castillo de arena que parecía a punto de derrumbarse o de derretirse, metiendo un pie en el agua de un arroyo tapado por árboles, sentada en una hamaca con cadenas, bebiendo arrodillada al lado de una fuente, rodeada de negritos en algún punto del Alto Amazonas, de nuevo con sus padres detrás del parabrisas llovido de un coche, abrazada a su hermano en un paraje con cerros y con sol, alzando en brazos a un niño e hincada en actitud de rezo en el interior de una iglesia vacía, ornada con la imagen de un Cristo desmesurado en un rincón.

-¿Qué te parece? –me preguntó Carpincho, orgulloso, después de guardar las fotos en un sobre y abrir la cajita laqueada y meter las fotos dentro, y cerrarla.

-Muy bonita –le mentí.

Carpincho sonrió dudando, sin dejarse engañar por mis palabras, se pasó una mano por los pelos parados –cuando no se engominaba tenía la cabeza como un bosque de árboles recién podados-, se puso de pie y caminó un poco por el cuarto, con las manos a la espalda y los hombros encogidos.

-No te lo creés, Juancito, se tenota, pero ya vas a ver cuando te la encuentres en carne, huesos y alma. En fija que vos también te enamorás. Les pasa a todos.

Carpincho se sentó en la cama junto a mí y destapó casi con violencia la botella de grappa. Me la pasó para que bebiera.

-Pero vos sos mi amigo y yo voy a interceder por vos. Ya vendrás a llorarme tus desgracias y yo te consolaré.

Me sacó la botella de las manos, volvió a taparla y la escondió bajo la cama.

Bill Halley estaba gritando.

Carpincho hablaba en un susurro:

-Ya vas a ver –canturreaba-. Ya vas a ver. Vas a ver.

Rosa bajó del avión agarrando sus polleras con las dos manos.

-Son aquellas –me dijo Carpincho.

Señalaba a la mujer rubia y alta y a la muchacha regordeta de trenzas oscuras y de lentes para el sol, que bajaban la escalerilla en medio de una apretada fila de pasajeros.

Yo las había reconocido antes que Carpincho me las señalara con el dedo.

Los dos estábamos en la terraza del aeropuerto, envueltos en el viento arremolinado que venía del sur, del mar.

Habíamos bebido bloody mary con pimienta en el mostrador del bar y a mí me ardía la garganta. Y la garganta ardiendo me llegaba hasta la ingle.

El padre de Carpincho nos había abandonado diez minutos antes y se había marchado apresurado a tocar unos misteriosos resortes que permitirían a las mujeres pasar la aduana sin revisiones molestas y sin demoras.

Acercándose, madre e hija levantaban los brazos para saludar.

Rosa soplaba besos con las dos manos, con un bolso de lona colgado de un hombro y las medias rojas enrolladas contra los tobillos. Llevaba un sombrerito oscuro, pequeño como un crespón, ladeado hacia una oreja.

Yo no me enamoré, pero Rosa me gustaba, me gustó desde el primer momento. Digo que no me enamoré porque no sé lo que es eso, le tengo desconfianza a las expresiones de ese tipo.

Cuando nos dimos la mano, en una sala desbordada de gente, en el aeropuerto, yo pensé que sería hermoso desnudar a Rosa y tocarla. No pensé más: apenas me imaginé el temblor escurridizo de su piel bajo las yemas de mis dedos.

Rosa pareció entender mi mirada, y yo no podía ver la suya detrás del parapeto de los lentes para sol. Se apartó un paso de mí y ya girando hacia la salida, entre soldados armados, me sonrió con una mueca desdeñosa, la cabeza torcida, los lentes ahora subidos en la cabeza, mirándome de refilón por encima de un hombro: era un nuevo desafío.

Capincho había empezado a contarme historias con mujeres, elaboradísimas mentiras que hilvanaba con una voz pastosa entre trago y trago a la botella de grappa. Su madre había traído discos nuevos y ahora escuchábamos

bossa nova, cumbias colombianas y canciones tejanas junto a Gardel y a Bill Halley. Nos emborrachábamos lentamente, día a día, tarde a tarde, noche a noche, en la piecita cargada de humo, esperando que la madre o Rosa vinieran a avisarnos que la comida estaba pronta. Yo escuchaba sus historias cabeceando levemente mi sueño y mi hastío.

A veces yo conseguía dibujar, con unos trazos casi mágicos, con unas rayas casi obscenas que se quedaban bailando en el aire, con la punta de mi cigarrillo, a las mulatas semidesnudas, envueltas en guirnaldas de claveles, que abrazaban a mi amigo en las playas del Caribe, con las olas mojándoles los pies y la luz de la luna reflejándose en sus cuerpos, en las hojas abiertas de las grandes palmeras, en las aletas triangulares de los tiburones al acecho.

También trataba de adivinar cómo habría sido la vida de Rosa en la exasperada siesta del trópico. Rosa como una estatua de barro no acabada de moldear, como una maltrecha flor de invernadero, como un animal sediento, como un vegetal delicado, como un yuyo de estepa, como una planta carnívora, como una monja ambigua, como una rosa silvestre perdida en la vegetación brutal, en la asfixia, en la humedad que le lamía la piel igual que infinitas lenguas vaporosas, en la nada.

Una noche lo interrumpí a Carpincho para preguntarle si su hermana no había andado mezclada con mulatos.

Me había imaginado a Rosa vestida como una hawaiana, con sus polleras de mimbre delgado y flotante, con una guirnalda de flores de papel tapándole los senos, con una

rosa entre el pelo bailando en medio de los cuerpos sudados de varios negrazos con pantaloncitos hasta las rodillas. Los negros aplaudían letárgicos, golpeando las largas manos blandas y murmurando una letanía remota.

-¿Romances? ¿La Rosa? –el Carpincho apartó humo de su cara-. Todos los que quieras, pibe. Decenas. Centenares. Con negros, con mulatos, con blancos. Toda la gentuza de Georgetown, jóvenes y viejos, andaba perdida detrás de ella. Todo el mundo.

Cuando Rosa vino a avisarnos que la comida estaba servida, yo me levanté de golpe y pasé muy despacio contra ella, rozándola todo a lo largo del cuerpo, y al pasar apretando sus muslos con mis dedos engarfiados y pegajosos.

YO

A Rosa, yo la acosaba en los pasillos de su casa, cuando nadie nos estaba mirando. Más que encuentros eran encontronazos, citas sin plan previo, una rutina retorcida y como salvaje, vertiginosas entrevistas no fijadas que acababan en invariables sonrisas de disculpa y de distancia y en los pasos apresurados de los zapatos de Rosa que se alejaban.

Las negativas de Rosa tenían un aire de cosa no terminada, unos matices de rechazo nunca definitivo que me otorgaban una sinuosa confianza. Yo trataba de apretarla

en los rincones, de subirle con mis manos las polleras, de introducirle los dedos en cualquiera de las zonas prohibidas de su cuerpo. Trataba de besarla con la lengua y con los dientes y casi agradecía la manera furtiva y cómplice que tenía ella de rechazarme, sin decirme jamás una palabra, deslizándose en silencio contra las paredes y en torno de los muebles, medio encogida, con las manos hacia delante protegiendo sus senos.

Yo tampoco le hablaba a Rosa.

Sólo una tarde, borracho, empecé a murmurarle frases obscenas en un oído, procurando a la vez encerrarla entre una pared y un aparador con adornos de porcelana.

Rosa dejó caer unos bultos que llevaba encima y me golpeó en la cara, sin fuerza, dos veces. Sus golpes sonaron como chasquidos lejanos, como balazos ahogados en una almohada o en un colchón. A mí me pareció que era a otro a quien le había pegado. Igual la agarré de una muñeca y apreté hasta saber que le estaba doliendo. Entonces la dejé libre y me corrí a un costado para que ella se fuera.

Rosa recogió los bultos que había dejado caer y se alejó despacio, sacudiendo su cuerpo casi con rabia.

Al pie de la escalera se volvió para sonreírme y en seguida bajó corriendo, saltando en una pierna en cada escalón.

Rosa se hizo carne de repente, abriéndose como un capullo sedoso e incauto de su flor homónima, un anochecer, en verano, entre las rayas de alquitrán ablandado de la azotea de su casa.

Carpincho había estado con nosotros hasta tres minutos antes, pero ahora estaba jugando al fútbol en la calle, entreverado entre los demás, y Rosa y yo lo mirábamos, desde lo alto, distraídos en el juego, en los empujones y en los piques de la pelota, apoyados los dos en el parapeto aún caliente por el sol.

Cuando yo la toqué, levemente, en un hombro, sin mirarla, me di cuenta que Rosa esta vez no iba a rechazarme. Ella tampoco miró: no me miraba mientras mi mano subía por su cuello y bajaba, metiéndose por debajo de la blusa, a lo largo de la espalda. Yo apreté la carne del nacimiento de un seno, aplasté la mano abierta arriba del seno sintiendo al pezón que se escurría entre dos de mis dedos.

Fuimos a refugiarnos los dos detrás de la gran chimenea de ladrillos rojos, en el último rectángulo de sol.

Besándonos por la cara y por el cuello nos fuimos metiendo poco a poco en la sombra, fuimos resbalando lentamente hacia el suelo. Rosa había hurgado con sus dedos encima de mi vientre y había encontrado los botones de mi bragueta. Yo respiraba hondo tratando de no hacer ruido con la garganta mientras sus dedos manejaban ferozmente mi esperpento, abriéndole caminos húmedos y secretos hacia lo más inextricable de su cuerpo. Yo corrí con mis dedos por sus pechos y por su vientre, me apreté a ella en silencio y abrí mucho los ojos a los resplandores acuosos del sol entra las nubes del horizonte en el agua. Anduve rondando aquellos profundos labios abiertos sin conseguir introducirme hacia el estrangulamiento final, sin poder penetrar en el

marasmo latiente que me esperaba. Me vacié de golpe entre los muslos abiertos de la Rosa, entre sus piernas separadas, en la caricia tibia del último sol contra su piel y la escuché gemir, quizá de rabia y seguramente de vergüenza. Quedé vacío y arrugado como una fruta seca, sentí en un segundo a la noche que me caía encima como la mano de uno de los ogros de las pesadillas de mi infancia.

Yo era un infame testigo de mi propia e imperdonable torpeza, de mis años escasos todavía y escasos para siempre, de la coherencia ya cegadora de mi vida entera, hacia atrás y hacia delante.

Me escuché reír y me di asco.

De inmediato los dos nos estábamos riendo y Rosa, riendo sin parar, me apartó violentamente con un empujón de juego de niños y se levantó. Recogió sus bombachas y se alejó hacia la puerta y la escalera, sin volverse, sin mirarme, abandonándome allí igual que a un trapo mojado puerto a secar al sol que ya no había.

EL ABUELO

El abuelo, con su cuerpo ya estragado por los primeros terrores del delirium trémens, con el cerebro empavorecido por las diarias visiones vespertinas de ratas gigantescas y de lagartos con baba viscosa entre los dientes puntiagudos, que lo esperaban retorciéndose debajo de su cama, con los

ojos desmesurados por los horrores encapuchados que se asomaban noche a noche a golpear en los vidrios de su ventana.

El abuelo sabía que iba a morirse y no le importaba demasiado.

Los únicos consuelos que le quedaban al viejo eran su whisky –que ya cuatro médicos le habían prohibido-, sus libros en latín y sus cigarritos brasileros.

Los raudos achaques de la vejez lo habían asaltado en un tropel furioso de primavera, de modo que el viejo ya ni siquiera salía de la casa, apenas podía caminar cuatro pasos seguidos sin sentarse y descansar, se le habían hinchado las piernas y el pelo se le iba cayendo a mechones; con los dedos agarrotados se arrancaba mechones de pelo y pedazos de bigote a los tirones. Sus bigotes eran un lamentable espejo de los espléndidos mostachos de hacía apenas tres años, sus dedos artríticos no podían soportar los anillos y su cuerpo hidrópico ya no volvería a caber en las elegantes ropas de calle.

Yo iba a verlo a su escritorio sin ventana al fondo de la casa. Me quedaba con él, mirándolo leer, y lo escuchaba hablarme de su juventud escandalosa, de sus viejas pecheras almidonadas y de los años de abogado en que se dedicaba a defender maleantes y prostitutas. De cuando fue senador nunca me decía nada.

El viejo memorizaba letra a letra leyes y decretos y me hablaba de la abuela, a la que yo no había alcanzado a conocer con vida. Recordaba mejor el pasado remoto que el

pasado inmediato y confundía las caras y los nombres de la gente que tenía alrededor. A veces se creía que yo era mi padre y me pedía que no bebiera tanto, que me cuidara de la sífilis y de las purgaciones, que contemplara la locura de mi mujer y que educara lo mejor posible a mi hijo. A veces se creía, por el contrario, que mi padre era yo y le daba dinero para que se fuera al cine con sus amigos; mi padre se lo gastaba en copas.

Los pescadores y los borrachos de los boliches iban a visitar al abuelo a su escritorio, como a un patriarca o a un demiurgo o a un santo –o a un diablo- en vida. Al marcharse dejaban la casa impregnada de un olor a sucio y a entierro. El abuelo convidaba a todo el mundo con whisky y contaba historias antiguas, con amores tortuosos, con duelos de pistolones y de sombreros de copa al amanecer.

Una tarde, el abuelo se murió sin avisarlo.

Yo sé que el viejo ya de antes lo sabía. No por nada esa tarde se había bañado sin pedirle ayuda a nadie y había acicalado contada prolijidad los jirones que quedaban de sus bigotes.

-El cuerpo humano es una maquinaria bastante imperfecta –me dijo con tristeza, con uno de sus dedos apoyado en una página, en una frase del libro que tenía abierto delante.

Iba vestido con su viejo robe de chambre agujereado por las brasas de innumerables cigarritos brasileros. Había dejado el bastón con mango de oro apoyado contra la pared al alcance de su brazo y había colocado el sombrero en una

esquina del escritorio de caoba, junto a una pila de libros. Después de darle cuerda, había dejado el reloj junto a uno de sus codos.

Eran las seis y veintisiete.

Yo estaba con él cuando el abuelo se murió.

Un minuto antes lo había visto sonreír mirándome a los ojos y me había levantado de mi silla, dejando mi libro en el suelo, para ir a besarlo en la cara macilenta. Apenas me dio tiempo de volver a sentarme.

El viejo murió borracho, con el porrón de whisky encajado en un dedo, vomitando en Cicerón.

IV. EL APRENDIZAJE

LOS BURDELES

Con Carpincho bajábamos de tardecita a los burdeles.

Nunca supe por qué le decíamos bajar si todo el camino era cuesta arriba.

Cruzábamos la plazoleta Martí y ahí nomás veíamos las puertas rojas, las puertas verdes, las puertas amarillas. En una sola cuadra había tres burdeles: el de la gorda Julieta, el de las hermanas Sturtzenegger y el de doña Mariflor. En poco tiempo ya en los tres nos conocían, nos convidaban con anís en el vestíbulo mientras esperábamos, los gatos se acercaban a nosotros para que les rascáramos el lomo.

Todos los días Carpincho robaba monedas y billetes de los bolsillos de su padre, los dos nos bañábamos y nos perfumábamos, nos tomábamos unos tragos de la botella de grappa para darnos coraje y nos íbamos a los burdeles.

El mejor de los tres era el de doña Mariflor, el de las puertas rojas, con un aldabón de bronce que sonaba a hueco y a hondo en la penumbra del anochecer, la negrita empingorotada que te abría la puerta, el pasillo con la luz azul

al fondo, el olor a limpio y a cloro mientras avanzabas detrás de la negrita, mirándole las caderas que se movían uno dos uno dos justo un paso delante de vos y sintiendo ganas de tocarla. A veces le negrita se dejaba tocar dentro del olor a sándalo y a incienso del fondo del pasillo. Se pegaba a una pared, extendía los brazos y abría un poco las piernas esperando que vos te acercaras. Jadeaba, entrecerraba los ojos, te lanzaba un aliento a furia y a humedad en la cara. Se dejaba besar vagamente, siempre su boca rehuyendo tu boca, siempre sus manos protegiendo zonas frágiles, siempre una rodilla levantada en el momento preciso. De repente te apartaba, se escabullía. Vos te quedabas pegado a la pared escuchando adelante y alejándose la risa pegajosa de la negrita, su voz:

-Por favor, señores, acompáñenme. Por aquí.

El abuelo no se había muerto todavía la primera vez que fuimos a un burdel.

Estábamos sentados en la vereda, Carpincho y yo, en la esquina, en el casi atardecer, en el calor del medio del verano, mirando a los basureros que recogían la mugre de las calles con sus escobillones desflecados, con sus palas de latón abollado, con sus carritos gimientes, yo pensando con una especie de lejanía casi agradable en Rosa, imaginándome casi con alegría que su cuerpo seguramente habría sido ya de otro, tratando de adivinar la cara salvaje del infeliz junto a la borrosa mueca desganada de Rosa poseída, sus ojeras, su silencio de muerta en una cama que podía ser un mundo, sus manos acariciando el aire con una felici-

dad falseada y contagiada de nostalgia, una felicidad enviciada por una especie de imposible o impracticable destreza, sus ojos empañados en un sueño de placer al mismo tiempo que real fingido, yo pensando en Rosa encerrada en su casa, en la planta alta, en su dormitorio con ídolos del cine en la paredes, Rosa echada en su cama a la luz cremosa de la veladora, las piernas cruzadas, un pie balanceándose en el aire en una música invisible y hospitalaria, yo pensando en mí mismo entrando en silencio al dormitorio ahora iluminado por el sol de Rosa ahora leyendo, de Rosa con un libro entre las manos tapándole la cara de mis ojos, la puerta que se cerraba con un crujido, Rosa que dejaba caer el libro sobre su vientre para mirarme y sonreír, yo escuchando su voz imaginada, espesa, ronca, caldeada y casi tibia en el aire, “Cerrá la puerta, por favor”, yo mirándola inventada sentándose en la cama, dándome la espalda al erguirse para correr de un golpazo las persianas y volverse con los ojos brillantes hacia mí en la penumbra, yo sentado en la vereda escuchando ya a Carpincho que me hablaba de sus necesidades sexuales, de nuestros pocos años, de la maldita barba que todavía se negaba a crecer en nuestras caras, de la absurda ingravidez de la masturbación tarde a tarde, de sus aventuras falsas en el Caribe, de lo que su cuerpo le estaba exigiendo, de sus huevos rebosando semen, de los burdeles, de pronto, de la plazoleta Martí, de los polvos que se había echado –falsos- con las mulatas de piel resbaladiza de las Guayanas, de las pajas que se había hecho –de las que se hacía- encerrado en el baño de su casa, de tres nom-

bres mágicos, de repente, que le había transmitido un amigo: Tania, la Gringa, Corina.

-Podemos encontrarlas a todas en los quilombos –decía-. Sólo hace falta pagar. Y ya mismo voy a sacarle unos cuantos mangos al viejo de los bolsillos. Nos sobrará.

Nos levantamos, Carpincho hablándome todavía del color y del calor del trópico, de la luna grande como un mundo de leche en el cielo, de las negras desnudas que se paseaban por las playas mojándose los pies en la espuma yodada de las olas, de los licores sorbidos en cocos partidos al medio a la sombra de las palmeras gigantes, de las aletas triangulares de los tiburones en el agua.

-Las negras tienen la carne más fría que las blancas, pero igual son más calientes –se reía-. Por adentro.

La casa de las hermanas Sturtzenegger había sido famosa veinte años atrás, cando ellas eran rubia todavía, y jóvenes, con la ardiente sangre de la Baviera reventándoles en las venas.

Ahora envejecidas, encorvadas, desdentadas y más que nada aburridas, con los músculos ablandados contra las costillas, con la piel cayéndoles en rollos sobre la barriga, con los ojos todavía avariciosos pero ya apagados, con las manos temblequeantes de tanto café por la noches y de tanto alcohol por el día a lo largo de tantos años, con las piernas varicosas, con los sabañones y con los insomnios, las gemelas Sturtzenegger sólo se dedicaban a supervisar el buen funcionamiento del negocio, sin mezclarse siquiera con los clientes, vestales arrumbadas en un cubo de basu-

ra, bajando a veces un rato al principio de la noche para otear y olisquear el vestíbulo, las dos caminando juntas y al mismo tranco como una yunta de yeguas mansurronas ya de puro viejas uncidas a un yugo invisible, vestidas las dos con unos trapos negros y flotantes de beatas empedernidas aunque eso sí: con collares de colores dándoles vueltas al cuello y con prendedores enganchados en el pecho como escarapelas mudas y polvorientas, y con pulseras en los brazos y con anillos de colores vivos en los dedos de las manos las dos, las hermanas, las gemelas nada más esperando envejecer lo poco que faltaba, doblar la última curva, subir la última cuesta y empezar a bajar el declive definitivo, para entonces retirarse a una granja donde había pollos, cerdos, vacas y caballos; la granja la habían comprado y la habían pagado al contado, entregando billete a billete las ganancias de cien mil noches de amor, de veinte mil gonorreas, de incontables millones de caricias y de espermatozoos, con la idea doble y doblemente fija de pasar la vejez inclemente sentadas al sol del campo en los veranos, oliendo bosta recién puesta y zorrinos amedrentados, escuchando a los pájaros en los laberintos de lar ramas, viendo a los peones jóvenes y fuertes que ordeñarían las vacas sentados en unos bancos minúsculos de tres patas, sintiendo todo el calor del mundo en los huesos en los veranos, y en los inviernos refugiándose las dos junto a la estufa de leños, tejiendo las dos pullóvers para los ancianos de los asilos y de los cottolengos, mirando las dos a la lluvia por las tardes en las ventanas, y a la escarcha en las mismas ventanas por

las mañanas, cuando el sol recién subía; y siempre las dos oliendo los olores del campo; y gastando los ahorros de toda la vida en pianos, en pianos de media cola, en pianos de cola, en pianos de concierto, en arpas, en guitarras, en mandolinas, en oboes que no podrían soplar, en pianolas, en maracas, en tambores, en platillos, en violines, en violas y en violoncelos que no sabrían manejar; las dos adoraban la música; en la casa de las hermanas Sturtzenegger –el burdel de las puertas amarillas- sólo se escuchaba a Wagner; se escuchaban fragmentos de óperas monumentales, grabados en Bayreuth, con sólo poner una moneda de veinte centésimos en la ranura de una juke-box especialmente fabricada para ella en la lejana Baviera en la que habían nacido.

Ya hacía años que las hermanas habían comprado sus nichos gemelos y sus gemelos ataúdes de roble para cuando murieran. Los domingos cerraban el burdel y se iban a pasear, tomadas de la mano, por los caminos sombreados de aromos y de sauces llorones del cementerio del Norte.

Diez pasos por detrás de las gemelas, silenciosas en sus vestidos de colorines y bajo sus sombrillitas relucientes las pupilas se aburrían.

Las dos hermanas estaban locas, con una misma e idéntica locura; me di cuenta apenas velas, el primer día, la primera noche.

Me hicieron pensar en mi madre.

-Con cada paja que te hacés estás matando cincuenta millones de glóbulos rojos. Me lo dijo el médico.

Carpincho me pasaba un brazo por los hombros y hacía sonar las monedas dentro de su bolsillo

-Cincuenta millones de glóbulos muertos porque sí, date cuenta vos, Juancito. Cincuenta millones de necesarios glóbulos asesinados indiscriminadamente. Me lo dijo el médico. Para esto están los quilombos, hermano.

-Te lo dijo el médico.

Ya estábamos los dos en la plazoleta Martí, y Carpincho me estaba hablando de puro nervioso.

Había un solo farol encendido, con un redondel de luz sucia invadido de mariposas nocturnas.

Carpincho se había metido las manos en los bolsillos, se había parado justo aun paso de la luz, su cara medio en sombras insinuando una sonrisa a la vez aniñada y senil, su pelo rubio entrando a la luz y saliendo, alborotado y duro como pinchos, oscureciéndose y alumbrándose alternativamente con refilones azules, dorados y grises.

-Vamos primero a tomarnos una grappa –propuso-. Una sola

Carpincho señalaba el boliche al otro lado de la plaza y añadía, con un conato de bostezo falso y de miedo verdadero:

-Estas minas pueden ser terribles. Hay que ir bien entonado, ¿entendés? No hay que dejarse asustar.

De nuevo me agarraba de un brazo, apretando con los dedos.

Ya cruzábamos la calle.

-Preguntar por la Gringa –decía Carpincho-. No vayás a olvidarte. La Gringa. Si está ocupada, esperar.

Entramos en el boliche, nos acercamos al mostrador, yo pedí las grapas espiando la sonrisa falsa, ladina y confiada de Carpincho. Lo vi beberse la grappa de un saque, pagar y dejar propina, tratar de estudiarse en el espejo del otro lado del mostrador; un espejo rectangular, con agujeros de azogue, encajado entre botellas.

Carpincho me agarró de un brazo y un poco me fue arrastrando hacia afuera. Mi copa había quedado intacta encima del estaño.

-Somos hombres, Juancito, entendelo –me decía-. Somos hombres, necesitamos todo esto. Incluso pagar. ¿Qué hay de malo? ¿Qué puede haber de malo en poner unas cuantas monedas encima de una mesa o en la palma de una mano?

Yo me imaginaba otra cosa de los burdeles, por lo que me habían contado, por algunos libros viejos que había leído, por lo que yo mismo había inventado y supuesto. Me creía otra cosa, aunque sabía que todo lo que me estaba imaginando era falso.

Yo me creía que en un burdel habría siempre grandes cortinados de color rosa o de color malva, multitud de espejos, luces rojo pálido contra los techos, perros caniche, perros chihuahua y diminutos perritos pequineses adornados con moños de colores, metidos como pequeños adornos de porcelana barata en unos grandes cestos de mimbre rodeados de flores, y mujeres livianas como el aire que pasaban

por los pasillos y corredores apenas transgrediendo el doble mundo de los espejos con sus largas boquillas y sus ademanes graves y enfermizos, así como una mujer más vulgar y ya más vieja, adornada con pedrerías, sentada en un rincón del vestíbulo y sonriendo con una sonrisa de estatua o de óleo, la misma sonrisa de su retrato al óleo o de su busto en bronce que la única luz blanca iluminaba en la esquina más remota.

La casa de las hermanas Sturtzenegger tenía las paredes descascaradas, macetas con plantas moribundas alineadas contra las paredes, la juke box –de sólo Wagner- con luces de colores que se encendían y se apagaban en una esquina, sillones destartalados y desvencijados en los que se iba acumulando una capa viscosa de grasa y de sudor, ceniceros de pie como manos de pobre abiertas para la limosna, el pucho y el escupitajo por todas partes, una alfombra raída con un dibujo borroso de un oso gigantesco que apretaba entre sus garras a una mujer desnuda: la decoloración de los años había transformado la primitiva sonrisa de placer de la mujer en una especie de espasmo de terror; sólo mirándola más detenidamente se llegaba a advertir, bajo el emplasto amarillo y rojo de su cara, la línea sutil de una vieja sensualidad carcomida, apolillada y grasienta.

Adentro del quilombo había olor a cuerpos agotados, a bostezos, a fiebre y a hastío.

Para entrar en la casa de las hermanas Sturtzenegger bastaba golpear en la puerta y empujarla.

Siempre estaba entornada la puerta del burdel de las hermanas, y al abrirla, entre los crujidos de los goznes mal aceitados, sonaban débilmente unas campanillas fijas en lo alto.

El pasillo oscuro, con farolitos chinos colgando contra el techo y balanceándose en el aire leve que venía de la calle, tenía un aspecto de prosperidad mentirosa, de lujo quizás.

Entrando en el vestíbulo, la cosa cambiaba: el olor te pegaba en la cara como un guante vacío.

Carpincho y yo nos sentamos juntos en uno de los sillones grandes. Carpincho había sacado los cigarrillos, me había pasado uno, había hecho funcionar el encendedor y me daba fuego. Estaba silbando y me guiñaba un ojo. Se acercó a la juke-box, sacó del bolsillo una moneda, la introdujo en la ranura de la máquina y revoleando un dedo, pulsó botones.

-Aquí hay alguien que está loco –dijo al volver, bailoteando en la alfombra, justo encima de las fauces abiertas del oso-. Sólo Wagner, viejo. Ópera. Ahora tendrás el gusto de escuchar el aria de la Muerte de Isolda (fragmento).

Desde los parlantes ubicados contra el techo, entre chirridos eléctricos y toses mecánicas, una voz con varios siglos encima había empezado a cantar en un estruendoso alemán. En ese momento apareció la mujer, viniendo desde lo oscuro del otro lado del pasillo. Llevaba unos delantales de ama de casa, con patos y pollos bordados, tenía el pelo recogido en un rodete gris en lo alto de la cabeza y cargaba

unos anticuados anteojos de carey en la punta misma de la nariz. Olía a cocina, a cebollas y a ajo, a detergentes.

-¿Van a tomar algo? –sonrió-. ¿Los señores? Son seis pesos las copas de ustedes y doce la mía.

-Venimos a ver a la Gringa –dijo Carpincho.

-Claro.

La mujer se daba vuelta, nos hacía un ademán para que la siguiéramos.

-La Gringa –dijo-. La comeniños. Todos los pibes del barrio preguntan por ella. ¿Ustedes son del barrio también? ¿Qué dijeron que querían tomar?

Al pasar encendía una luz; una lamparita que casi daba lástima de tan solitaria colgando de un cordón en lo alto del techo. Abría las dos puertas de vidrio de un aparador y moviendo la mano señalaba las botellas.

-Lo único que hemos hecho –dijo Carpincho- fue preguntar por la Gringa.

-Por eso mismo.

La mujer se había sacado los anteojos y nos miraba, miope, con los párpados y los lagrimales inflamados de humo de fritos, de amargura y de sueño, refregando despacio sus manos en los patos y en los pollos bordados del delantal.

-Les va a venir bien una copita –agregó-. La Gringa es sucia, tiene mal genio y siempre está apurada. Huele mal, se los aviso.

Sacó de adentro del aparador una botella con etiqueta de whisky pero con un líquido de un color a barro sospe-

choso. Sacó después dos vasos, les quitó el polvo metiendo adentro los dedos y echó un chorro de líquido en cada vaso.

-Les ahorro mi copa –dijo-. La verdad es que no tengo ganas de tomar. Detesto el alcohol. Doce pesos.

Estiró la mano con la palma hacia arriba.

Yo bebí mi líquido: no era whisky pero no estaba mal; tenía un regusto cenagoso y opaco casi agradable. Carpincho bebió lo que había en su vaso, hizo muecas, metió una mano en un bolsillo, sacó dinero y pagó.

La mujer hizo sonar las monedas al dejarlas caer una a una dentro del amplio bolsillo de su delantal.

-Vengan conmigo –nos ordenó.

Nos llevó por un pasadizo oscuro con una claraboya, nos hizo subir una escalera de madera resbalosa de humedad y orín, encendió una luz al final de la escalera y nos indicó una puerta con un vago movimiento de cabeza.

-Ésa es la guarida de la Gringa, la caverna de la fiera en celo –dijo.

Aceptó el cigarrillo que le ofrecía Carpincho y se lo encajó en una punta de la boca para ya no volver a quitárselo. Hablaba parpadeando y lagrimeando porque el humo se le enredaba en las pestañas y se le metía en los lagrimales.

-Ayer –añadió- la Gringa andaba con la regla todavía. Litros y litros de sangre, de pus y de hedor. La Gringa no es una mujer. Es un elefante, una ballena. Ya la verán. Si es que quiere atenderlos. Es caprichosa. Ustedes es la primera vez, ¿a que sí?

Carpincho sacudió exageradamente la cabeza, sin decir ni sí ni no. La mujer se encogió de hombros y empujó aire al andar. Golpeó en la puerta y la abrió, metiendo hacia el otro lado sólo la cabeza.

-Gringuita –dijo-. Tenés visita. Dos niños

Esperó a la voz indescifrable que habló del otro lado, cerró la puerta y nos miró. Había vuelto a ponerse los anteojos.

-Dice que entren.

De nuevo alargó la mano y Carpincho pagó por los dos.

Yo abrí la puerta y entramos.

Cerré la puerta y parpadeé para acostumbrar mis ojos al cambio de luz.

Estábamos en un cubículo sin asientos, tapado al otro lado por una cortina de color azul flamenco –si es que de veras existe un color azul flamenco-, con unos flecos dorados en el borde inferior.

-Entrá vos primero –me dijo Capincho, hablando en mi oído-. Yo te espero aquí.

Encendió otro cigarrillo. Sus dedos temblaban. Golpeó las palmas dos veces.

-¿Se puede?

-Seguro, pendejo. ¿Qué te creés? –la voz del otro lado era áspera y potente y joven-. ¿Qué te voy a estar esperando hasta el fin del mundo, te creés?

-Dale –susurró Carpincho-. Entrá.

Yo aparté las cortinas y entré.

La mujer –la Gringa- me miró de abajo para arriba.

Estaba tirada en la cama, tapada con la sábana hasta la cintura, con las piernas separadas bajo la sábana, dobladas, y con las rodillas apuntando al techo. Tenía una blusa de color rojo viejo enrollada sobre los pechos. La cara era cuadrada y oscura, y estaba encajada entre las puntillas desflecadas de la almohada. Uno de sus brazos colgaba al suelo, balanceándose, desparramando sombras en las revistas de fotonovelas tiradas de cualquier forma arriba de la redonda alfombrita de yute.

Había un vaso con una costra de vino en una unta de la mesa de luz, un cenicero lleno de puchos contra la lámpara sin pantalla, más puchos en un plato, una macetita amarilla con una planta muerta en un rincón del piso y una botella vacía volcada contra la pared.

La Gringa se sentó en la cama y de dos manotazos más o menos desesperados se arrancó la blusa por arriba de la cabeza. Sus pechos eran grandes y parecían duros, los pezones puntiagudos y agrietados con el color de la tierra húmeda.

-Desvestite.

Me miró mientras yo me desnudaba, sonriendo cada vez que mis dedos se atosigaban en un botón.

Yo me quedé en calzoncillos, sintiendo el frío del suelo de baldosas que trepaba limpiamente hasta mi estómago vacío desde mis pies descalzos.

-Esperá.

La Gringa saltó de la cama, agarró al vuelo una caja de fósforos de arriba de la atestada mesa de luz, encendió un

fósforo y dio fuego a un pequeño calentador a gas que estaba entre dos sillas contra la pared. Puso encima del calentador una caldera y esperó que el agua hirviera, tarareando entre dientes, echando hacia mí su culo inmenso como un hemisferio. Vertió agua en una palangana con el esmalte desconchado y me indicó la silla más cercana -¿la única silla?-, sonriendo de repente al mirarme. Casi parecía sincera.

-Sacate eso –movía la cabeza, gopeteaba un ritmo fantasma en la baldosa con las puntas de los dedos de sus grandes pies descalzos-. No me seas tímido, che.

Me senté desnudo en la silla, apoyándome en el filo de madera del asiento, mirando una lámina japonesa de coito sobre almohadones clavada con tachuelas de cabezas rojas en la pared de enfrente.

La Gringa se arrodilló frente a mí, echó un líquido azul -¿electrón?, ¿líquido carrel?- en la palangana ya con agua y refregó cuidadosamente, amorosamente, abriéndome y cerrándome el prepucio, silbando, a veces acercando mucho la cara como si fuera miope o como si quisiera besar o morder entre mis piernas y no se atreviera.

Yo le estaba tocando los pezones con las puntas de los dedos.

-Ya está.

La Gringa se levantó de un salto, tiró hacia mí una toalla dura, casi quebradiza de mugre, y en dos altos más se zambulló en la cama. Arrojó al suelo la almohada y se aga-

rró los pechos con las manos. Tenía las piernas separadas y las rodillas subidas.

-Poné cinco pesos arriba de la mesa –hablaba asomando la lengua entre los caninos afilados-. Así sí vas a ver de veras lo que es bueno.

Caminé descalzo y desnudo hasta la cortina, con la toalla sucia en una mano, sintiendo que el sudor despegaba con húmedos chasquidos las plantas de mis pies del suelo a cada paso. Corrí la cortina, vi a Carpincho sentado en el suelo en la penumbra, apoyado en la pared, con los ojos cerrados.

-Tomá

Carpincho me alargó un billete que ya tenía pronto en una mano. No abrió los ojos

-Lo estoy escuchando todo -balbuceó.

Para matar el aburrimiento –los días se iban haciendo cada vez más largos de horas vacías entre hombre y hombre y los hombres iban siendo cada vez menos- las pupilas de la casa de las hermanas Sturtzenegger se amontonaban alrededor de la mesa del vestíbulo para jugar a las cartas, para beber lo que fuera de la botella que fuera, para comentar esperanzas imposibles y ambiciones ya gastadas por el uso, para coquetear con los espectros polvorientos del pasado, para decirse y escucharse mentiras, para mirarse unas a otras con desconfianza y con asco: los cuerpos gordos y blandos, los ojos opacos y enrojecidos de encierros, las bocas endurecidas por varias capas superpuestas de pinturas chillonas, las manos fláccidas tras el relumbre

ordinario de los vidrios de colores de los anillos, los pies grandes y chatos de caminar.

Las mujeres eran cinco, contando a la mujer del delantal con pollos y con patos, estaban concentradas en sus naipes y tenían monedas de a cinco y de a diez apiladas junto a los vasos. Las cuatro pupilas ya eran viejas sin que los años importaran; todas ellas: tenían una vejez no de edad sino de corrosión de desgaste. Su forma de mirar, de hablar y de moverse las igualaba, metidas todas ellas en el territorio incierto de la pesadumbre, de la tristeza, de la rutina y de las borracheras. La Gringa también era igual aunque todavía joven o, mejor dicho: era un poco menos vieja.

Yo me había vestido despacio bajo la mirada burlona y resbalosa de la Gringa, sin querer mirarla mientras se lavaba sentada en el bidé rajado en un rincón de la pieza, debajo del fierro herrumbroso y de los aros de madera de una cortina que ya no había, su mano desesperada apretando una esponja turbia entre sus muslos pesados, grandes y oscuros.

Yo me había ido sin hablarle y sin despedirme, taconeando con fiereza en la baldosa, sintiendo que la vergüenza de mi cuerpo desnudo hasta unos momentos antes, con puntas de huesos asomando en la espalda y en el pecho, se había quedado apresada para siempre, como en una fotografía de humo, entre aquellas paredes con láminas obscenas clavadas con tachuelas.

Yo había empujado las cortinas, había pasado junto a Carpincho sonriéndole a su cara penumbrosa en la penum-

bra incierta, había abierto la puerta, la había cerrado haciendo ruido, había salido al pasillo y había andado caminándolo a pasos iguales, siempre por la segunda fila de baldosas y pisando siempre baldosas impares a partir de la primera baldosa de la izquierda mientras me fumaba un cigarrillo. Había aplastado el cigarrillo en una baldosa impar con el taco de un zapato y había bajado las escaleras sin encender la luz, adentrándome casi a ciegas en aquella oscuridad pastosa, gris, húmeda y tibia como una placenta.

Había atravesado el pasillo con claraboyas tratando de distinguir la luz –ya- de la luna en los resquicios plateados entre la mugre apelmazada de los vidrios.

Había entrado al vestíbulo con las manos en los bolsillos, había pasado sin detenerme junto a las mujeres que jugaban a las cartas por centésimos, había leído consejos hogareños en las letras góticas de los falsos pergaminos enmarcados contra las paredes, había escuchado el silencio entre dos gritos de ópera alemana surgidos de los parlantes colocados contra el techo y me había sentado cruzando las piernas en uno de los sillones.

Ahora había hombres esperando.

Uno de ellos destripó un cigarrillo entre los dedos con dos movimientos nerviosos, se puso de pie –había estado sentado en un sillón justo frente al mío-, caminó sin hacer ruido con sus suelas de goma hacia las mujeres y se detuvo detrás de una silla, metiendo los dedos en un pelo rojo que yo veía de refilón entrando a la luz y saliendo. La mujer tiró las cartas, contó minuciosamente sus monedas y se levantó.

La silla crujió.

El otro hombre siguió sentado en su sillón, esperando, con los ojos cerrados y las manos entrelazadas muy arriba, casi contra el nudo de la corbata.

Una de las mujeres vino descalza, esquivando trastos y tiestos, enorme y gorda con su batón blanco con manchas de dedos con grasa o aceite, gorda y rubia –teñida-, como salida de la ópera de Wagner que sonaba contra el techo, con su pelo rubio brillante y postizo, con sus absurdas trenzas de niña con moñitas azules golpeando contra su espalda. La mujer tapó los ojos –cerrados- del hombre con una mano gorda, viniendo por detrás, y se rió con una risa de Valquiria atragantada.

El hombre se levantó, golpeteó hacia el suelo la ceniza de sus solapas, tosió asma o tisis contra un pañuelo y metió su mano, ya al irse, en la mano de la mujer.

Ahora yo cerré los ojos, tratando de incluir a mi cuerpo en la música fragorosa, en el olor a sudor y a perfumes baratos, en la tibieza falsa del aire, en la humedad, en los espesos segundos de silencio entre grito y grito de tenores y sopranos.

Las hermanas Sturtzenegger aparecieron de repente, viniendo de la oscuridad más allá del vestíbulo, surgiendo contra un fondo de vitrales de figura indescifrable, cuyos colores apagados de polvo se disolvían contra un resplandor vacilante de lámpara a querosene, de estufa a leña o de hornallas de cocina.

Las gemelas caminaban tomadas del brazo, mirando hacia todas partes e improvisando sonrisas y cabezazos al aire, a las luces, a las plantas y a los sillones. A mí ni siquiera me miraron; las otras mujeres estaban calladas, tres caras feroces y duras vueltas hacia las viejas que caminaban en puntillas.

Había una rítmica locura en el andar y en los gestos de las gemelas, una especie de ballet de manicomio: cada tanto se miraban sonriendo, haciéndose muecas cómplices, subiendo y bajando en el aire manos, anillos, dedos, brazos y pulseras, tal vez inventando colgaduras doradas, tapices de muchos colores en las paredes, ceniceros de cobre en las esquinas, hombres de bigotes lustrados y fieros, de cuello duro, de pechera blanca y de corbata de moño que las saludaban en silencio, tal vez reinventándose ellas mismas veinte o treinta año antes, cuando la casa todavía no era un burdel de mala muerte perdido en un barrio pobre sino un paraíso de placer al que llegaban ministros, embajadores, estancieros, dandies y millonarios.

Locas, encorvadas, cuervos negros relucientes de joyas de imitación, las gemelas pasaron como una aparición de polvo y aire. Yo bostecé contra sus espaldas, sintiendo todavía como un aleteo de naftalina, de sándalo y de insomnios que se desprendía de sus ropas oscuras y flotantes, de sus cuerpos estragados, de su piel reseca doblada y vuelta a doblar en pliegues apretados de corteza de árbol.

Cuando el Carpincho apareció, silbando y pateando piedras invisibles desde lo hondo del corredor mal ilumina-

do, las gemelas hacía justo un segundo que se habían marchado, siempre tomadas del brazo, subiendo de uno en uno y muy despacio los peldaños gastados de una crujiente escalera de madera que parecía llevar a ninguna parte.

EL TESTAMENTO

Pocos días después de morirse el abuelo encontramos su testamento en un cajón de su escritorio. Lo encontró mi madre; estaba en un sobre amarillo, demasiado manoseado, con una dura mancha de lacre en el cierre y con dos palabras escritas con una letra temblorosa en un rincón: “Nunca más.”

Mi madre no quiso decirnos qué había estado haciendo en el despacho del abuelo, qué había estado buscando entre las telarañas, por qué había estado hurgando debajo de los libros polvorientos y adentro de los cajones atestados de papeles inservibles. Sencillamente se apareció en el salón grande, colocó el sobre en la bandeja de plata en el mantel de puntillas en el centro de la mesa y se marchó sin decir una palabra.

Mi padre y yo estábamos mirando la lluvia por la ventana, pasándonos el mate y fumando cigarrillos.

De vez en cuando mi padre silbeteaba algunos entrecortados compases cascados de un tango y empañaba el vi-

drio con su aliento.

Yo fui hasta la mesa, agarré el sobre, lo hice saltar en una mano y se lo pasé al viejo. Lo vi mirarlo casi con terror: las manos le temblaban al hacer reventar el lacre con los dedos, rasgar el sobre casi despedazándolo y extraer el contenido. Desplegó las hojas y apretó los dientes, achicando laminada y separando las manos de la cara para leer; ya hacía años que le hacían falta lentes pero el viejo era demasiado orgulloso y se sentía todavía demasiado joven –a pesar de las arrugas en la cara y de la curva en la espalda- como para rendirse a la vejez y a sus achaques.

Hubo un silencio, un suspiro, una risa.

-Viejo loco –dijo papá-. Un testamento. Rematadamente loco.

Leyó en voz alta, durante varios minutos; el lenguaje era rebuscado y espeso, cuajado de latinajos, de frases solemnes, de citas baratas de Cervantes y de Shakespeare. Parecía una rémora, una resaca, un remedo o un mal plagio de los discursos de los años de gloria del abuelo en el Senado.

Seguramente el viejo se había puesto su pechera blanca, imaginaria ya, sus anteojos con aros de oro, imaginarios, y su imaginaria corbata abultada contra la nuez; seguramente había agarrado su pluma de ganso imaginaria y la había mojado en un imaginario tintero de vidrio celeste haciendo cruces con la pluma imaginaria en un aire imaginario mientras un silencio imaginario y perfecto lo envolvía.

El testamento era absurdo porque no había nada que dejarle a nadie salvo tres cosas: los libros, el bastón con mango de oro y el reloj con cadena para el chaleco. El abuelo me lo dejaba todo a mí.

-Heredero universal –mi padre se rió, arrojando el testamento encima de la mesa-. Supongo que ya mismo te harás cargo de tu herencia.

Los libros –salvo las novelas de aventuras- los dejé donde estaban, aplastados bajo el polvo.

El bastón con mango de oro y el reloj, en cambio, me los llevé a mi pieza, aunque con el tiempo también me fui olvidando que existían. Sólo una cosa: todas las noches, mecánicamente, sin pensar en el objeto que tenía entre las manos, sin que su frialdad de vidrio y metal me trajera ningún recuerdo, yo le daba cuerda al reloj.

SOMBRAS CHINESCAS

Cuando Carpincho me presentó a Valsecca yo pensé:

“He aquí un tipo que no me gusta nada”.

Con las manos en los bolsillos, la jeta disparada hacia delante en una mueca perdonavidas, el pelo engominado pegado a la cabeza y planchado hacia la nuca, el saco azul con botones dorados relucientes y unos planchados pantalones grises de raya perfecta, Valsecca era lo que pude haber sido: un niño bien, un nene de papá, un relamido pituco

Lo que yo pude haber sido, en efecto, si en cambio del puerto del Buceo con sus pescadores, con sus calles estrechas y con sus clubes de bochas el abuelo hubiera elegido otra casa diez cuadras al Este o diez cuadras al Oeste para mudarnos cuando vendimos el caserón del Prado.

En seguida me imaginé que pasaban cosas -¿raras?- entre Valsecca y Rosa.

Valsecca era uno de esos tipos que gustan demasiado a las mujeres.

Cuando nos encontramos por primera vez, el tipo me miró de los zapatos al cuello de la camisa –igual que hacía el abuelo con sus enemigos y con sus inferiores- y saludó sonriendo a mis clavículas.

Los tres nos fuimos a tomar algo a un café, al primer café más o menos limpio que encontramos. Valsecca pidió un whisky, haciendo un gesto levemente burlón al ver mi cara. Yo encendí un cigarrillo tapando mi mirada con el humo y pedí whisky también. Valsecca golpeó en mi vaso antes de beber.

-Salú.

Al rato volvimos al barrio, a mi casa.

-¿Balcarce? –me preguntó de pronto Valsecca; parecía como si hubiera estado rumiando el apellido a lo largo de todas esas horas-. ¿Vos sos algo del viejo Balcarce, el senador?

-El nieto –le dije.

No sé por qué la voz me salió estrangulada.

-Soy el nieto -repetí.

Lo que menos me gustaba de Valsecca era su forma de hablar, arrastrando las palabras. Era como una especie de inyección lunfarda y rea en la tibia anatomía de un niño bien.

-Pib-be –me dijo-. Dat-te cuent-ta.

Subíamos los tres en fila: yo iba delante, desparramando sombras borrosas hacía lo alto de la escalera.

Entramos los tres en el salón grande de nuestra casa, nos sentamos en sillones, elegimos discos para escuchar en la penumbra.

Yo violé con una ganzúa improvisada el aparador-caja fuerte de mi padre, saqué la botella de grappa, agarré vasos limpios del otro aparador, eché grappa en los vasos.

Me senté a beber en mi sillón y le guiñé un ojo a Carpincho: choqué los vasos con él. En cambio Valsecca se había levantado del sillón para hablar y andaba a las zancadas, dando vueltas alrededor de la mesa. Hablaba haciendo muecas y revoleando los brazos.

-El nieto del senador Balcarce, el único nieto. Hay que joderse, viejo, creérselo. Yo he oído hablar de tu abuelo, de tu padre, de vos mismo a lo largo de todos los días de mi vida desde que tengo uso de razón. Lo que pasa es que no puedo entenderlo, no sé: esta casa que se está deshaciendo, este barrio de pobres y de pescadores, el niñito Balcarce metido en un mundo de piratas del asfalto. Quiere decir que tu abuelo nunca afanó, ni siquiera cuando era ministro, que tu viejo gigoloteaba viejas ricas de puro cumplido, que la herencia de tu madre se la despatarraron nomás en bo-

rracheras, me imagino, en mujeres, en caprichos absurdos, en flores. Yo sabía que tu abuelo tenía un invernadero famoso, que importaba semillas de Kapurtala y de Madagascar. Así que están arruinados, ya no son nadie. Si supieras qué alivio, viejo, qué alegría. Tomando grappa, bebida de pobres.

Carpincho, a mi espalda, se reía. Su mano pasó cerca de mis ojos y se prendió de la botella.

Al despedirnos, ya los tres borrachos, Valsecca me agarró por los hombros. Su voz gangosa por los whiskies y las grapas acentuaba el descalabro arrastrado de su lenguaje de cafetín del puerto.

-Un día de estos tenés que venirte por mi casa, pibe, conocer a mis tías.

Lo vi darse vuelta, tambalearse, eructar y marcharse, bamboleándose, con sus pantalones grises, su saco azul, su pelo aplastado a la cabeza.

-Vos y el loco éste

Recostado en la pared, con la cara empalidecida por el alcohol, tal vez el sueño y tal vez el hambre, Carpincho señalaba a la noche y a los pasos con ecos de Valsecca ya invisible que se iba.

-Como sacados del mismo molde, vos y él, te lo juro, como cortados con las mismas tijeras.

Carpincho había conocido a Valsecca en una timba de siete y medio en la casa de un amigo. Allí lo vio por primera vez, tan rematadamente seguro de sí mismo, perdiendo sistemáticamente cincuenta guitas en cada vuelta de las car-

tas sobre la mesa. Estaban sentados enfrente, las fichas iban creciendo entre los brazos de Carpincho y se iban agotando a toda velocidad entre los de Valsecca. Los dos se miraban como enemigos por adentro del humo empalagoso, Capincho recogiendo sus ganancias y Valsecca entregando resignado sus pérdidas. Los dos bebían grappa en unos vasos pequeños como dedales y de vez en cuando brindaban en silencio por entre las demás caras concentradas en las sotas, los cuartos y los sietes. Ya cerca del alba Valsecca se había levantado, había desabrochado su saco azul con botones entonces plateados y había dado vuelta hacia afuera los bolsillos vacíos de sus pantalones grises impecables, haciendo una mueca a las risas de los otros, terminando de un trago la grappa que había en su vaso, girando despacio hacia la ventana y volviendo una sola vez la cabeza para mirar y sonreír.

Un rato después terminaba la partida. Ya había amanecido otro domingo y pronto se escucharían las campanas para la primera misa. Al salir seguramente se encontrarían con grupos cabizbajos de creyentes madrugadores, ratones del alba vestidos de oscuro; había una iglesia justo en la manzana de enfrente. Asomándose a la ventana –estaban en un cuarto piso- podía verse el campanario con palomas, el sol tocando apenas el moho y el sarro de las tejas rojo oscuro, las campanas moviéndose lentas y solemnes al llamar a misa. Valsecca hacía rato que estaba pegado a la ventana, con la cara contra el vidrio frío y las manos, los dedos, golpeteando compases anónimos en el marco de madera. Car-

pincho había cambiado sus ganancias por billetes y monedas, había enrollado los billetes y se los había metido en un bolsillo; había servido dos dedales de grappa y se había acercado a la ventana.

-Tomá.

-Si venís a ofrecerme dinero, ya mismo te estás yendo a la mierda.

-No vengo a ofrecerte otra cosa que una grappa. Agarrá.

Valsecca apretó el vaso en una mano, sonrió al dejarlo intacto en el reborde de la ventana y miró a Carpincho ladeando la cabeza.

Fuera, debajo, se veía la calle húmeda, un perro olisqueando basura y una mujer furibunda; una arpía con un pañuelo rojo, una triste araña hogareña que barría hojas secas y cáscaras de frutas en la vereda de enfrente.

-Eso sí. Podrías pagarme un desayuno.

-Vamos-

-No sé –me decía después Carpincho-. Seguramente lo encontré parecido a vos.

-Y por eso te dio lástima.

-No seas imbécil. No era lástima. Simpatía, pibe, simpatía, ¿entendés?

-Me cago en la simpatía.

-Hacé tus necesidades donde quieras, pero no me vengás con cosas raras. Lástima a él, lástima a vos. Pero vos quién te creés que soy yo. ¿San Francisco? ¿Lástima de qué? Explicame.

-Está bien, está bien. No dije nada.

-Se comió seis medialunas con el café con leche. Y tres panes con grasa.

-Mirá vos.

Fue Valsecca el que me convenció para que yo vendiese el bastón con mango de oro y el reloj. Los tenía en las manos, haciendo saltar el reloj en una palma y blandiendo el bastón hacia la pared con la otra mano.

-Sólo con este oro ya nos llenamos de guita –pluralizó.

a hacía fácil un año que se había muerto el abuelo y yo me había ido olvidando de la herencia al tiempo que me iba olvidando del viejo.

¿Olvidando?

El bastón ya hacia meses que lo tenía arrumbado en un rincón de mi pieza, entre zapatos rotos, affiches destartalados, juguetes antiguos y botellas vacías. El reloj lo tenía colgado en la pared encima de la cabecera de mi cama, igual que algunas viejas cuelgan los crucifijos, y todas las noches, sin pensar, le daba cuerda. A veces lo descolgaba y me lo ponía contra una oreja. Una noche me dormí apretado al reloj y me desperté en la oscuridad lechosa previa a la madrugada sintiendo un horrible tic-tac insomne en mi cabeza.

-¿Te parece? –quise saber.

-Si es oro puro, viejo… -dijo Valsecca-. Si de veras es oro puro…

Tiró el bastón encima de mi cama, hizo saltar dos o tres veces más el reloj en su mano y lo puso encima de mi

escritorio. Abrió la puerta, me hizo pasar para que saliera, y cerró la puerta a mi espalda al salir él.

-¿Y? -preguntó

-Y bueno. Depende. Sí.

-Yo conozco una casa de remates. –Valsecca apuñalaba el aire con un dedo-. Basta poner una base. Si se remata fenómeno, y si no paciencia y a otra cosa. Volvés a colgar tu reloj en la pared y a tirar tu bastón con los demás cachivaches. Te va a ser útil cuando seas viejo.

Ahora éramos tres los que nos encerrábamos en la pieza de Carpincho. Las revistas pornográficas baratas habían dejado su lugar a los naipes y a los dados. Bill Halley y sus Cometas había sido desplazados casi insensiblemente por los discos que Valsecca iba aportando tarde a tarde, trayéndolos envueltos en celofán debajo de un brazo: Georges Brassens, Edith Piaf, Frank Sinatra, unos melenudos ingleses que cantaban unas canciones sentimentales y tristonas por debajo del estrépito de las guitarras eléctricas:

“She said she loves you

And you know you should be glad”.

Eso sí, la botella de grappa siempre.

Y Gardel.

Y en las paredes, mezclados con los jugadores de fútbol y con las mujeres en pelotas, los dibujos fantasmales de Rosa; grises, amarillos y azules muy tenues que dibujaban figuras como de aire o como de sueño, apretados con tachuelas y con scotch tape al empapelado roñoso, clavados como mariposas delicadas y terribles entre la delantera del

Peñarol Campeón del Mundo y las fotos en colores de Playboy.

Por las noches, a la luz de una vela, Valsecca hacía sombras chinescas con los dedos en las paredes, parodiando perros, jirafas y ministros cogotudos, subiendo y bajando las sombras de un dragón, de un gallo, de un gato, de una pareja de enamorados que se besaban, de otra pareja o la misma que fornicaba en una convulsión de delirio de cine mudo o de teatro de títeres.

Ya a esa hora estábamos los tres medio borrachos; a veces hacía poco que habíamos regresado de un burdel y mis manos olían todavía esponjosamente a mujer.

Rosa entraba de vez en cuando, golpeando en la puerta tres veces antes de abrirla, y se quedaba un rato con nosotros, atenta a las sombras en la pared, sentada en una esquina de la cama, con las piernas cruzadas, con las largas polleras de entrecasa cayéndole por debajo de las rodillas, con la camisola desprendida en los botones de arriba, enseñando el principio redondeado de los senos, una mano subida contra la boca.

Valsecca ni la miraba.

Era de noche cuando entramos a la casa de Carpincho.

Habíamos estado sentados, Valsecca y yo, en un boliche, contando monedas para pagar el alcohol barato, planificando aventuras con el dinero que obtendríamos del remate del bastón y del reloj, atrincherando cansadamente a nuestros cuerpos contra el hastío y la desesperanza como

contra la llovizna que mojaba el lado de afuera del vidrio de la ventana.

Subimos las escaleras de la casa de Carpincho, seguimos a la sirvienta por el pasillo y la sala, subimos ya solos la otra escalera y Valsecca golpeó en la puerta de la pieza: el santuario.

Tres golpes.

Valsecca empujó la puerta y entró.

Yo me quedé un momento en el pasillo, demorándome en encender un cigarrillo, mirando la brasa del cigarrillo entre mis dedos, esperando ver pasar a Rosa, fantasma suicida, verla salir de su dormitorio al fondo del pasillo y verla avanzar y escuchar su voz.

Pero nada.

Entré detrás de Valsecca y cerré la puerta.

Valsecca acababa de poner un disco en el pick-up y esperaba.

Carpincho se mordía la uña del pulgar de la mano izquierda.

-¿Vender el reloj? ¿El bastón? –preguntaba-. ¿Para qué?

-¿Cómo para qué, boludo? –Valsecca hacía muecas, sacudiendo la cabeza-. Para agarrar unos mangos, para qué otra cosa. Filántropos no somos, viejo.

Se sentaba en la cama, se dejaba caer hacia la almohada, hacía volar a un rincón los mocasines, se calzaba los brazos bajo la cabeza, trasladaba el cigarrillo de un apunta a otra de la boca, tosía. Carpincho abría el ventanuco cua-

drado y se asomaba a los techos de baldosa roja, a los alambres de ropa a secar, a la llovizna, a las fachadas grises de los edificios del otro lado de la calle.

Yo me recostaba en la puerta, escuchando:

“Love, love me do

You know I love you”.

Los “Beatles”, marranos peludos.

Carpincho había cerrado el ventanuco y ya había servido grappa en los tres vasos.

EL REFUGIO

Yo ya había ido una vez a la casa de Valsecca, pero no había podido ver a las tías.

Estaban durmiendo.

Habíamos entrado procurando no hacer ruido.

Con el índice cruzado sobre los labios, Valsecca había cerrado la puerta de calle, milímetro a milímetro, para que los viejos goznes sin aceite no crujieran.

Yo había mirado hacia adentro de la penumbra distinguiendo los borrosos perfiles brillantes de los muebles y de los adornos.

Los dos habíamos caminado en puntas de pies por una alfombra profunda hasta los tobillos, avanzando codo a codo en un silencio de polvo y de muerte en dirección a los ta-

jos de luz que se metían contra las cortinas por los bordes de las ventanas.

Valsecca encendió un fósforo para que yo pudiera ver.

A la luz vacilante del fósforo, en la aureola azul y amarilla como un halo de santo de hagiografía en colores que brillara en la penumbra, distinguí los contornos deshilachados y polvorientos de los muebles, las siluetas terroríficas de las máscaras de adorno que colgaban en las paredes, los reflejos de luz en los vidrios de los aparadores, los oscuros agujeros de los mantones con flecos clavados entre las ventanas.

-Mis tías –había susurrado Valsecca-. Dos viejas cachivacheras.

Su cuarto, su refugio, su guarida, en la puerta al final de un largo pasillo de la planta alta, era el delirio de un loco o la blanca cordura de un prisionero. Había algo a la vez de cárcel y de celda de manicomio en todo aquello: las paredes blancas sin adornos ni espejos, el colchón con una manta blanca en el suelo de madera pintada de blanco, la mesa blanca en el rincón, las cuartillas en blanco apiladas rigurosamente en el centro de la mesa, las flores blancas de papel metidas en dos floreros blancos colgando del techo de cuerdas pintadas de blanco y atadas con nudos marineros (blancos). Un gato de angora de color blanco, disecado, adormecido, más vivo que muerto -¿más muerto que vivo?- clavaba las uñas espeluznantes en la manta blanca que cubría el colchón. Valsecca abrió las puertas blancas de un armario empotrado en la blanca pared y sacó una bo-

tella de whisky, dos vasos y unas cuantas hojas mecanografíadas apretadas con unos palillos de tender la ropa.

-Mirá –dijo.

Al moverse, su sombra, empalidecida, giraba repetida en todas las paredes, alargándose y encogiéndose con una elasticidad gomosa, como en un caleidoscopio siempre cambiante e invariable siempre.

-Lo que quería mostrarte -añadió.

Me alcanzó los papeles, sirvió whisky en los dos vasos, dejó la botella encima de la mesa y me pasó un vaso a mí. Sentí sus ojos que me miraban. Por encima de los papeles lo vi darme la espalda y sentarse en la única silla: blanca.

-Son unos poemas medio raros –dijo-. No es necesario que te los pongás a leer. Sólo que los mirés un poco. Necesitaba mostrárselos a alguien.

Bebí, me senté en el colchón lo más lejos posible de las uñas del gato momificado y fui saltando hojas, mirando las letras y las palabras, pero sin leer.

-Yo estuve enamorado una vez y me dio por escribir esas cosas –decía Valsecca-. La piba se llamaba Isabel. Nunca le mostré a nadie mis poemas. Los tengo metidos ahí dentro desde hace años.

Señalaba el armario blanco, sentado en su silla, con las piernas cruzadas, una mano alrededor de un tobillo, el vaso con whisky en la otra mano, el cigarrillo humeando en un cenicero junto a su brazo.

-Poemas de amor -dije.

-De amor, claro. Horriblemente de amor –Valsecca giró en el silla para agarrar su cigarrillo. Lo movió en el aire al hablar-. Yo tenía quince años.

Se levantó de la silla, me sacó las hojas de la mano, con un ademán me pidió los palillos y con la mitad de la boca me sonrió.

Yo estaba jugando con los palillos, abriéndolos y cerrándolos en uno de mis dedos. Se los di. Valsecca apretó las hojas en los palillos y las besó: besó la primera hoja y la última. Caminó hasta el armario, lo abrió de un tirón, metió las hojas dentro, lo cerró, le pasó dos vueltas de llave, giró en redondo, agarrró la botella de whisky, se acercó a mí, echó whisky en mi vaso, se dejó caer en el colchón, acarició la pelambres sedosa del gato momificado, se sopló los pelos sueltos que le habían quedado enredados en los dedos y bebió de la botella.

-Algún día voy a contarte toda la historia –murmuró haciendo muecas-. Es un asunto tristísimo, te lo juro.

Se rió asomando los dientes, inclinándose hacia delante, siempre con una mano pasando lentamente por el lomo blanco del gato. La otra mano apretando la botella.

Cuando bajamos de la pieza ya los dos estábamos borrachos.

Las tías ya no dormían, pero ahora se habían marchado a cumplir ciertos secretos menesteres ciudadanos -una misa, un velorio, una visita a algún moribundo. Habían dejado una nota apoyada en un florero encima de una mesita con tapa de nácar en el pasillo.

Al mirar el papel con letras rojas, yo me imaginé a dos viejas encogidas avanzando en puntas de pies por las penumbras de la casa.

Valsecca leyó y yo leí por encima de su hombro:

"A las nueve estaremos de vuelta.

Besos. Las tías."

A plena luz miramos a los fantasmas del salón grande: las flores, las máscaras indias, los mantones clavados a las paredes, los viejos muebles macizos, las pesadas lámparas de pie. Con la borrachera eran cosas siniestras.

LAS DOS LOCAS

Ahora íbamos a ver a las tías. Expresamente. Los tres. Bien empilchados. Saco y corbata.

Yo llevaba un saco sport a cuadros que me había prestado Carpincho, unos pantalones de lana viejos que con los años habían adquirido un color terroso, desgastado y opaco como de intemperies, y que según mi padre eran muy elegantes, y una corbata en rojo y en oro que me había regalado Rosa. Era la primera vez que me la ponía; era la primera vez en años que me ponía una corbata. Mirándome en un espejo me vi bien; la cara con una sombra de barba, el cuello de la camisa con las puntas apenas dobladas hacia aden-

tro y entre medio el enorme nudo rojo con un vago lengüetazo dorado.

Me peiné con agua, me lustré los zapatos, elegí cuidadosamente lo que llevaría en los bolsillos –los cigarrillos, el encendedor, el llavero, unas monedas, un pedazo de papel con teléfonos y direcciones-, me miré de nuevo en el espejo, apagué la luz de mi pieza y me fui sin despedirme.

Ya era una costumbre.

El viejo estaría echado en su cama, leyendo una novelita policial cualquiera, escuchando bajito música clásica en la radio, tomándose unos mates o bebiéndose unos tragos de grappa, aburrido y solo, atormentado por los años que de golpe se habían acumulado en sus músculos y en sus nervios.

La vieja estaría sentada como siempre en su silla mecedora, hamacándose muy despacio frente a la ventana cerrada, mirando fijamente los postigos como si pudiera atravesarlos con la vista.

Crucé a lo de Carpincho, toqué el timbre tres veces largas y dos cortas –la señal- y empecé a subir por la escalera.

Rosa me interceptó en la segunda puerta, a medio camino escaleras arriba. Nos miramos un momento a través del vidrio; yo también me veía reflejado en el vidrio, borroso como un fantasma, sonriendo con una ferocidad casi cobarde.

Rosa abrió la puerta haciendo chasquear cerraduras.

-Qué pintacha –murmuró, con la voz enronquecida-. Casi parecés un hombre.

Me besó en una mejilla, demorándose un segundo, tibia y dura, contra mí. Me pareció que estaba deseando que ya mismo la empujara contra la pared entre dos escalones. Me aparté y esperé que me diera la espalda y empezara a subir. Le miré las ancas mientras subíamos, las piernas, los pies con zapatos sin tacos: le miré la boca, los ojos, las manos subiendo contra la cara cuando se dio vuelta; me sonrió, al final de la escalera, replegada hacia la luz de la lámpara de techo, la lengua un poco asomada, los párpados entrecerrados, la cabeza apenas ladeada hacia un hombro.

-Te queda preciosa.

Con un dedo tocó mi corbata. Yo de pronto estaba cansado.

Nomás al entrar, estaban los dos grandes floreros con flores de velorio y de cementerios: dalias, magnolias, azucenas, crisantemos y cartuchos, unas flores opacas y más o menos inodoras que poblaban el espacio vago y en sombras del vestíbulo con su palidez oscura, con su aséptica carga de recuerdos de cirios, de muertos y de tumbas.

Después, en el salón grande, la acumulación de muebles viejos que exhalaban un aire repetido a polillas y a antepasados; los cuerpos helados de las estatuillas de bronce y de mármol; la mirada amarga de las máscaras de cobre y de yeso y de madera; las dos mujeres de carne y hueso, la mujer bajita y gorda, la mujer alta y escuálida que nos estaban mirando desde la otra punta del sendero retor-

cido en ángulos entre los muebles; las dos mujeres momificadas en sus idénticas vestiduras negras sin un solo destello de oro, sin un solo alarde de pedrerías.

Valsecca nos guió eludiendo muebles. Se echó a un lado en una especie de borroneada o acartonada reverencia.

-Mi tía Carmela. Mi tía Casilda.

-Gusto.

-Encantado.

-Éste es Carpincho Pareja. Y éste es Juanito –Valsecca demoró el apellido, tragando saliva, mirando al techo: en los rincones había sombras de bosques de telarañas-. Balcarce.

Vi la mirada acuosa y revuelta de la tía alta, sentí el rugoso temblor de sus dedos arrugados metidos en mi mano.

-Balcarce.

Como un eco, un paso detrás, la tía gorda cloqueaba, repetía:

-Carce. Balcarce.

Las dos mujeres se rieron acompasadamente: la mujer gorda con una risa profunda que crecía envuelta en saliva desde lo hondo de las cavernas de su cuerpo: la mujer flaca con una risa lineal y aguda que subía en línea recta entre las angulosidades de sus huesos.

La mujer gorda era Carmela.

La mujer flaca era Casilda.

Casilda era la mayor y Carmela era la menor.

Entre las dos había existido un hombre, Anastasio, alias el Loco, el padre de Valsecca, muerto a balazos en la

cama de amueblada, cosido a balazos contra las sábanas y el colchón por un militar retirado que creyó que de esa forma remediaba el honor ultrajado de su hija.

Sobreponiéndose a los años y al olvido, a pesar de las lágrimas ya imposibles, las dos mujeres seguían llevando un luto riguroso por el muerto: la casa entera estaba de luto, en una inagotable mascarada del dolor.

-¿Limón?

La voz de la tía Casilda era como golpes en vidrio.

-No, no. Gracias.

Miré su mano, su brazo delgado envuelto en paño negro extendido entre los jarros, los dedos sujetando el platito de bordes dorados con rodajas de limón encima.

-Deberías usa limón –dijo, vagamente a nadie-.. Es lo mejor que hay para la piel y los huesos.

La tía Carmela cloqueó, con su voz apagada.

-Casi sabe mucho de eso. Piel y huesos. Huesos y piel. Eso es todo lo que Casi tiene.

Las dos rieron a la vez.

Me gustaba escucharlas reír: la risa cimbreante de la mujer alta apoyándose en los pesados jás y jós de su hermana gorda y baja.

-Perdonen.

La tía Casilda se limpiaba la boca con su servilleta, enrollaba con los dedos la servilleta y la encajaba en un aro de plata. Al reír había escupido migas y Valsecca también se estaba limpiando la cara con su servilleta.

Todos teníamos delante una servilleta metida en un aro de plata. En el aro de plata frente a mi taza había una inscripción en latín: Res non verba, Non plus ultra, Vini, vidi, vici, algo de eso. Ya no lo recuerdo.

Carpincho no sabía qué hacer con su servilleta, dónde ponérsela. En su casa se la encajaba en el cuello, pero ahora no se animaba. Valsecca se dio cuenta y se metió su servilleta en el cuello, para darle coraje. Carpincho se apuró a hacer lo mismo y yo en seguida lo imité. Ahora los tres teníamos la servilla puesta al cuello y al mirarnos nos reíamos, como tres idiotas.

Las tías, sin saber por qué, se reían también.

-Perdonen.

La tía Casilda dejaba caer su servilleta metida en su aro de plata encima de la mesa y se levantaba.

-En seguida vuelvo.

Los ojos de tía Carmela la siguieron, risueños y maliciosos.

La gorda se tapó la boca con una mano al susurrar. Su voz de gallina tenía extraños matices conspirativos.

-Ha ido a buscar las fotos.

Los tres la miramos.

La gorda sonrió.

Valsecca aclaró, hablando en voz más alta.

-Los álbumes de familia.

-Ah.

-Hay una foto mía de cuando tenía seis meses.

La tía Carmela agrandó la boca en una O imperfecta: se notaba que sus dientes eran postizos: la O de su boca parecía a punto de derrumbarse o de derretirse como una pequeña letra de anuncio de algún metal de color azulino

Estoy desnudita –cloqueó-En la foto.

Valsecca se puso un dedo en la sien y lo hizo girar.

Nos miramos los tres, con nuestras servilletas encajadas el cuello, y empezamos a reírnos de nuevo, como locos.

Valsecca se levantó encogido y se tiró riendo en un sillón.

Yo tenía lágrimas en los ojos.

Cuando dejé de reír, cuando pude secarme las últimas lágrimas con el puño de la camisa, vi la mirada tristísima de la mujer gorda, la mueca ya completamente derrumbada, ya absolutamente derretida de su boca.

-Siempre he sido así –susurró, mirándome-. Gorda y fea. Siempre.

Carpincho tenía la cara roja y Valsecca había dejado de reírse. Yo lo estaba viendo de refilón, de pie ahora en la alfombra junto al sillón, mirando a su tía desde detrás del humo de su cigarrillo.

-En cambio Casi era muy hermosa. Siempre fue hermosa. Muy, muy hermosa. Siempre.

Estuvimos mirando álbumes hasta ya entrada la noche. La tía Casilda se había sentado en el sillón grande, en el medio, entre Carpincho y yo, con nuestras rodillas tocándose a través de la tela de los pantalones y el paño grueso de las polleras, y durante horas la tía Casilda había estado

dando vuelta las páginas de los álbumes desplegados sobre sus faldas, sobre sus rodillas con los huesos puntiagudos. Sólo de vez en tanto señalaba una foto con su índice nudoso, golpeándolo con la uña sin brillo en el papel brilloso.

“Ésa soy yo. Hace treinta años”, decía

O:

“Ése es Anastasio, mi hermano. En Porto Alegre”.

O:

“Ése es mi abuelo. Cumplía noventa.

“Ésa es Carmela. En Carnaval, en el Prado.

“Ésa soy yo. El porche de casa. Trenzas. Quince. Me acuerdo de papá, tratando de meterse a la sombra de un árbol, con la cámara tapándole la cara. Hace tanto…

“Ése es Anastasio. La selva. ¿Ven?”

Su dedo recorría el fondo oscuro de la foto ya amarillenta. “Árboles, monos.

Ésa es Carmela. Diez años tenía.

“Ésa es Gertrudis, una tía. Una prima de mamá. Murió de cirrosis. En su casa encontraron cientos de botellas.

-Miles –acotaba la tía Carmela.

-Boba –la tía Casilda la miraba, hacía una pausa, su dedo proseguía golpeando fotos al azar.-. Éste es papá. El gato se llamaba Misha. Ahora lo tenemos arriba, embalsamado.

“Ésa es mamá. Era hermosa. Murió loca”

Por segunda vez su mirada se apartaba, ahora húmeda, de las fotos brillosas, del olor a polvo de años que subía de las páginas del álbum

-Creo que yo vos a morirme loca también.

”Éste es Anastasio. París, después de la guerra. Ésa es su mujer.

“Ésa soy yo. Ya cerca. Ya vieja.

Valsecca se paseaba por la alfombra, fumando, acercándose a la ventana y alejándose, dando vueltas alrededor de la mesa con todavía las sobras del té, migas en el mantel.

La jarra con la leche, el azucarero, la tetera, los platitos con masitas, con medialunas, con rodajas de limón, las tazas, el otro azucarero, las cinco servilletas metidas en sus aros de plata con inscripciones fatigosas en latín.

A veces Valsecca se arrimaba al sillón para mirar al revés alguna foto.

Se reía.

Hacia comentarios.

-Mirá los bigotes de la tía Sofia.

-No seas grosero.

Atrás, sentada en un sillón individual, con una copita de anís en la mano y la botella cerca, la tía gorda –tía Carmela- se carcajeaba débilmente, como si se atorara con la risa, y en seguida perdía la mirada en el anís.

Al marcharnos, las tías nos acompañaron hasta la puerta.

Yo me daba cuenta de que la tía Carmela estaba un poco borracha; no soltaba su copita de anís y reía por cualquier cosa.

De nuevo miramos flores en los floreros y, en las paredes, las fotos como crespones, orladas en negro, del hermano muerto.

La tía gorda andaba adelante a los saltitos, mariposeando, tarareando entre jadeos algunos compases de unas danzas misteriosas. La tía Casilda iba detrás, con sus álbumes en las manos, haciendo ruido en el piso con sus pesados zapatos de altos tacones.

Nos despedimos con besos.

La tía Casilda me apartó de repente, cuando Valsecca y Carpincho ya se iban con la otra, los tres cantando y bailoteando agarrados de la mano hacia la puerta.

-Me gustaría que vinieras a verme mañana. Tú solo. A las cinco –la tía Casilda miraba la puerta por encima de mi hombro-. Y por favor no le digas nada a Juliancito. Hay cosas que quiero mostrarte. Que quiero enseñarte.

Yo me quedé pensando.

Recién al rato me di cuenta que Juliancito era Valsecca.

LA ESPERA

A los diez años, Valsecca, diez años atrás, había despertado huérfano. una mañana de invierno. Había sentido, como salida del alba lechosa, una mano de hielo que le subía pro la cara. Había abierto los ojos sin miedo y de repen-

te sin sueño al mínimo claror que entraba por la ventana y había tardado dos segundos infinitos en componer, en rehacer, en recuperar de entre las sombras la cara que lo estaba mirando: la tía Carmela. Le había visto la sonrisa entre apiadada y febril, le había visto los ademanes como pájaros enfermos en el aire y de golpe se había dado cuenta. Había abierto la boca para llorar, había comprendido a tiempo lo inútil y lo absurdo de eses llanto, se había tragado sin esfuerzo las lágrimas y había saltado de la cama, temblando, al frío de la baldosa.

La tía Carmela lo había cubierto con una frazada apresurada, lo había besado en la frente, lo había acariciado conos redondos dedos fríos como témpanos polares y lo había acompañado hasta la puerta. Fuera, por el pasillo, la tía Casilda venía con un tazón, le susurraba:

“Bebe. Te va a hacer bien.”

Él había bebido el líquido sin gustarlo, sin darse cuenta siquiera si era un té o un caldo, mecánicamente se había desprendido de la frazada y se había puesto una a una las ropas que la tía gorda le iba alcanzando; había corrido al baño, se había lavado la cara, había pasado frente a las tías todavía con sus sonrisas heladas y locas y había bajado al salón grande, a meterse en la penumbra entre los muebles, las máscaras y el polvo, a esperar.

Un rato después había llegado el médico y a las dos o tres horas el buitre descarnado, luctuoso, bigotudo y engominado de la funeraria.

Valsecca no había llorado ni siquiera al mirar el cadáver, tampoco había llorado durante el velorio y, agarrado a la mano de al tía Casilda, había andado muy tieso dos pasos detrás del ataúd cargado por los hombres de mamelucos azules, en el cementerio.

Había vuelto a casa sentado entre sus dos tías en el único coche negro de alquiler, con cortinitas fruncidas en las ventanas. El médico iba delante, junto al chofer: se le notaba caspa en las orejas y contra el cuello lustroso de su saco oscuro. La última integrante del minúsculo cortejo, una mujeruca alta y empolvada con aires de modista pueblerina y con los ojos bizcos metidos hacia la nariz, una remota parienta de su madre que hablaba un castellano enrevesado y que olía a naftalina y a aceite de castor, una inquilina permanente de funerales y entierros, se despidió de la familia, a las puertas del cementerio, son innumerables besos sonoros.

Valsecca tampoco entonces había llorado.

Ya hacía tiempo que esperaba este momento y muy desde el principio de la espera se había prometido no llorar.

Tres años antes, dos hombres motudos, achaparrados, con las corbatas torcidas, las uñas sucias, los zapatos mal lustrados y las gabardinas desflecadas en las solapas y en los puños, habían golpeado en la puerta de su casa. Habían esperado jugando con sus sombreros, rascándose las motas y mirando los espejos en el recibidor. Habían sacudido las cabezas a la madre de Valsecca, habían mostrado insignias y habían dejado entrever o vislumbrar en los sobacos las

culatas de unos revólveres metidos en fundas de cuero. Se habían encerrado en el comedor con la madre de Valsecca y con las tías y después de un silencio, a los pocos minutos, abriendo con un ruido y un gemido y cerrando con un portazo metálico había salido y pasado corriendo la tía Carmela.

Los hombres casi en seguida se habían marchado.

Uno de ellos había rascado al pasar la cabeza de Valsecca con sus uñas mugrientas y el otro le había hecho un amago de sonrisa sin dejar de mascar su chicle.

La tía Casilda, que ahora miraba hacia la puerta agarrada a una cortina, entre las máscaras, al fondo del salón, tenía los ojos brillantes y húmedos; su cara parecía otra máscara, más vieja, más amarilla, más alargada, más muerta.

Valsecca había pasado cerca de su tía y había seguido de largo hacia el comedor. Había visto a su madre, con la cabeza elevada al techo, sentada en una de las sillas duras junto a la mesa. Había agachado la cabeza a la caricia mecánica de los dedos de su madre y con los ojos cerrados, con los ojos apretados y aguantando el llanto, con la boca moviéndose sin ruido haciendo promesas, había escuchado:

-Tu padre está muerto. Ahora sólo falta que me muera yo.

Tres años había estado esperando Valsecca y de pronto sus tías.

Les sonrió al mirarlas de regreso del segundo entierro y clavó sus uñas en las palmas de sus manos. De pronto las

dos viejas.

-Yo las quiero a mis tías, pero no por su bondad, la tengan o no la tenga. Las quiero porque están locas, sencillamente.

Valsecca estaba sentado en el borde de la cama, moviendo un pie al ritmo de la música. Tenía una barba dura y rojiza y le gustaba demorar en afeitarse: a veces se pasaba días sin hacerlo. Ahora se rascaba ruidosamente bajo el mentón, los ojos al techo y los dientes apretados y asomando.

-Me he acostumbrado a quererlas –decía-. Primero a soportarlas, más adelante a disculparlas, ahora ya a entenderlas. Viejas, solteras, pobretonas, sin amigos, sin parientes, sin un miserable perro para acariciar. Locas rematadas. Hasta hace un par de años Carmela tenía un loro. Se murió en una tormenta. Lo habían dejado fuera, en el jardín del fondo, y se olvidaron de entrarlo cuando empezó a llover. Después más nada: un pajarraco duro como un pedazo de hielo.

Rosa estaba con nosotros, recostada en la puerta, sonriendo con esa especie de tristeza suya, privada, ese aire más o menos fantasmal.

Carpincho había descorchado una botella de grappa y en una mano tenía el corcho clavado al tirabuzón, la punta del tirabuzón señalando a la ventana.

-Hubo varias etapas –dijo Valsecca-.. Cuando yo era muy pibe y mis padres vivían el amor, el interés. Son dos cosas que casi siempre van juntas, bien sabemos. Las tías

me regalaban bombones y revistas, me llevaban al circo, al zoológico, a dar vueltas en las calesitas. Me contaban cuentos. Yo las adoraba. Más tarde vino el desprecio. Cuando mataron a mi papá y o ya había empezado a odiarlas. Cuando se murió mamá yo las odiaba del todo. Me metieron en un colegio de jesuitas y yo me fugué. Traté de fugarme. Me rompí un brazo. Era una tapia de más de tres metros y las enredaderas no resistieron. A los quince años decidí transigir, hacer las paces, resignarme. Por una vez en la vida fui inteligente.

Ya Carpincho había echado grappa en los tres vasos.

Rosa probaba un sorbo de mi vaso y yo después al beber olía su perfume.

Yo estaba bastante desesperado y la Rosa demasiado cerca. Pero ella miraba a Valsecca, siempre con aquella sonrisa.

-A los dieciséis años me emborrachaba todos los días, con sidra. Mis tías limpiaban mis vómitos, soportaban mis gritos, me arropaban de noche, lavaban mis camisas, me dejaban comida preparada por las noches en la cocina, me aguantaban todas las locuras. Era más por temor que por cariño. Yo era una perfecta bazofia. Más adelante empecé a llevarles dinero; a los diecisiete, a los dieciocho. Trabajaba en cosa raras, vendiendo amuletos, haciendo de galancito en fotonovelas, robando a los borrachos en los cabarets. En verano me iba recorriendo los balnearios buscando viejas que me mantuvieran. En invierno hacía guiones para radio, trabajaba de mozo en una boîte, tocaba tambores con las

manos en una orquesta de mulatos andando de un lado a otro por bailes de medio pelo. Y mis tías en casa, locas las dos, vigilándose mutuamente con un rencor y un recelo abonados por años de mirarse todos los días, de hablar sólo entre ellas y con las fotos de las paredes, de convivir bajo un techo, de ser hermanas de un hombre asesinado, de soportarme. Yo cada vez les daba más dinero, cada vez las veía menos, ya casi ni hablaba con ellas, cada vez pensaba que iba queriéndolas un poco más. Por pura distancia. Aunque no sé. Tener padres también debe ser jodido. Supongo.

UNA VISITA

Fui solo a ver a la tía Casilda.

Hice sonar el timbre de la entrada, a las cinco en punto, parándome un rato en un pie y un rato en otro, en lo alto de la breve escalerita con plantas de malvones con flores deshojadas a los costados. Tiré hacia atrás el cigarrillo al sentir los pasos pesados que se acercaban y escuché atento los chasquidos de la cerradura.

La puerta se abrió crujiendo y la tía Carmela sonrió sonrojada, ocultando a medias con un brazo la flor roja que tenía entre los pechos. Iba de negro, con un vestido escotado, la rosa monstruosa en el V del escote y la cara maquillada. Me besó en las mejillas despidiendo un perfume te-

nue y añejo. Seguramente alguna botellita de lavanda inglesa que las viejas tenían escondida desde hacía años en un rincón de un armario cualquiera.

-Vení.

-Me llevó por el vestíbulo con máscaras hasta el comedor, y al irnos alejando de la puerta de calle yo empecé a escuchar, a lo lejos, la música. Un bolero sentimental, la voz dulzarrona y gimiente de un mexicano de bigotazos caídos y sombrero.

El comedor estaba a media luz, con pantallas de papel de diario en las dos únicas lámparas de pie encendidas. Las cortinas estaban corridas.

-Servite lo que quieras.

En la mesa había platos con masitas, bolsas de caramelos y botellas de anís, de menta, de vino y de whisky. Otra botella, casi vacía, contenía marraschino. Me serví tres dedos de whisky y los bebí de un sorbo.

Los viejos parlantes del tocadiscos hacían un ruido como de tormenta lejana y la música saltaba y se atascaba en el viejo disco rayado, en la vieja púa gastada.

-Casilda viene en seguida.

La tía Carmela tiró de un cordón y una campanada resonó en alguna parte al fondo de la casa. Yo estaba un poco mareado entre los ecos distantes de la campanada, la penumbra y hedor agobiante a encierro perfumado.

-Es para llamar a la servidumbre –dijo la tía Carmela, tirando más veces del cordón oro sucio-. Lástima que no tengamos servidumbre ninguna. Ni una miserable mucama.

Me serví más whisky y lo bebí.

Fui hacia un sillón pero no me atreví a sentarme.

Me quedé tratando de distinguir las formas de los rostros en las grandes fotos y en los retratos al óleo que colgaban de las paredes: en todas partes la misma cara, Anastasio, las mismas facciones entre brutales y afeminadas, las del hermano muerto a balazos.

-¿Hielo?

La tía Carmela me miraba desde abajo, gorda, redonda, absurda, fea y pintarrajeada, con una opacidad vacuna en los ojos.

Hice una seña negativa y medio sonreí. Me serví más whisky y volví a beber. Sabía que desde ahora podía pasar cualquier cosa. Fui hasta el tocadiscos y arranqué la púa de arriba de los boleros, atragantándole la voz en un quejido aflautado a ese charro lloricoso que hablaba de pecados y de cuerpos ignotos de mujer.

Di la vuelta alrededor de la mesa y agarré a la tía Carmela de las manos. Ella tenía la piel sudada, con rollitos de mugre pegajosa. Creo que hice muecas. La vieja sacó sus manos de entre las mías. Se las retorció contra el pecho.

-Hace tantos años que nadie viene a visitarnos.

Di un paso hacia delante, mirando la flor roja grotesca entre sus pechos blandos, enormes y pecosos y ella retrocedió también un paso, vacilando, uno solo, agachando la cabeza con una coquetería asquerosamente infantil.

Estiré un brazo para tocarla; los dedos de mi otra mano se aferraron hasta el dolor en torno al vidrio del vaso va-

cío.

En ese momento sentí a la tía Casilda que venía. Escuché sus pasos.

Los dos los escuchamos.

La tía Carmela se escabulló hacia el otro lado de al mesa y alargando sus cortos brazos rollizos se puso a ordenar las flores de papel adentro del florero. De pronto me di cuenta que la flor que llevaba entre los pechos también era de papel. De un manotazo, la tía agarró una masita y se la metió en la boca. Dos chorros de dulce de leche salieron disparados de golpe, por las comisuras, hacia el mentón.

La tía Casilda llevaba un vestido celeste que le llegaba un poco por debajo de las rodillas. Tenía pulseras en los brazos, un collar de muchas vueltas de pedrería azul y roja alrededor del pescuezo, unos colgajos azules como racimos de uvas en las orejas, el pelo levantado en un moño de quince centímetros torcido un poco hacia un costado, manchas doradas de tintura barata en el pelo, ya de lejos un fuerte olor a colonia y a jabón de coco, unos zapatos medio cangüecos, con los tacones muy altos y muy finos, que hacían un ruido a metal monocorde al golpear en la baldosa.

La tía Casilda estiró un brazo hacia mí, con la palma hacia arriba. Yo la vi acercarse, con su brazo adelante, avanzando con duros sacudones de caderas desde la tibia luminosidad de la puerta y le hice un saludo doblando el torso.

Agarré su mano y besé fugazmente sus dedos rugosos y fríos.

-Dame un whisky a mí también, querida –le susurró a su hermana-. Y ve a buscar un poco de hielo.

Caminó hasta el tocadiscos, se agachó a un lado subiendo torpemente sus faldas hacia la cintura para enseñar, como al descuido, una zona macilenta de sus muslos, y extrajo uno de entre los discos metidos de filo en la parte baja del mueble.

Volvió a enderezarse.

-Rachmaninov –dijo-. Me fascina.

-A mí también –le dije y le sonreí, acercándome.

Nunca sen la vida había escuchado a Rachmaninov y no me interesaba escucharlo ahora.

De la mesas agarré al vuelo la botella de whisky y llené hasta el borde el vaso que tenía en la mano. Dejé la botella, bebí y al tragar me di cuenta que ya estaba borracho y que no había nada que importara ahora. Ni la horrible piedad; ni siquiera eso.

-Estás preciosa –dijo mi boca.

Vi el terror en los ojos de la vieja.

¿Vieja?

La dureza inexplicable de mi miembro contra mis pantalones era a la vez una respuesta y un agravio.

Quise que la tía Casilda también lo supiera y sin aflojar la sonrisa me acerqué hasta tirarle mi aliento en la cara.

Le pasé el vaso y ella bebió. Cerró los ojos y sacudió la cabeza.

Yo le agarré una mano, por la muñeca, apretando hasta hacerle doler y tratando de forzar sus dedos hacia mi

bragueta.

La vieja se revolvió, se resistió, se quejó con una especie de risa. Ya no tenía miedo.

-No, no, por favor –me dijo-. Que viene Carmela.

Soltó su brazo de mi apretón, dejó el disco en una punta de la mesa y se fue, moviendo siempre a golpes las caderas filosas, hacia el sillón grande y la ventana. Se sentó cruzando las piernas, balanceando una, haciendo pucheros hacia mí con la boca, con los ojos levantados, forzándolos, al techo.

Yo sentía todo mi cuerpo ablandado y nada más que ganas de sentarme lejos y solo y beber.

Carmela –la tía gorda- había pasado a mi lado con una bandeja con vasos en una mano y con una cubitera de metal en la otra. Dejó la bandeja en la mesa, le puso el recipiente encima, lo destapó, sirvió whisky en los dos vasos y echó hielo.

Yo me serví whisky y me lo tragué. Me serví más, puse dos piezas de hielo dentro –me costó pescarlas con las pinzas húmedas-, revolví el líquido con un dedo y me alejé.

-Unos valses –dijo la tía Casilda-. ¿Te gusta el vals? ¿Strauss?

-Me gusta –mentí.

Me había sentado en una silla con la mesa entre la tía Casilda y yo y había encendido un cigarrillo. Miraba a la vieja con su vestido celeste, a la lámpara de pie con papeles de diario pinchados con alfileres, a la cortina en la ventana,

a las borrosas figuras de las fotos y de los cuadros en la pared.

“No vale la pena decir nada, ni hablar, ni moverse. Sólo beber y esperar. Es posible que entonces ocurra un milagro.”

Yo no creía en lo que estaba pensando, no creía en nada, ni en mí mismo, ni en mi sombra en el piso, ni en el humo del cigarrillo en mi mano, ni en el sabor áspero del whisky en mi garganta, ni en las lágrimas de sueño, de aburrimiento y de alcohol que me empañaban los ojos.

-Valses. Me encantan –la tía Carmela había sacado un disco, lo había puesto en el plato, le había colocado la púa encima-. Podemos bailar.

Caminó hacia mí alargando los brazos, me ayudó a incorporarme y me hizo dar tres vueltas rotundas, abrazado ceñido a ella, entre la mesa y los dos sillones pequeños.

Me dejé caer mareado en un sillón y la tía Carmela, con los brazos aprisionando el aire ahora, siguió dando vueltas sola, airosa, el cuello tenso, la cabellera enrulada tiesa hacia atrás, la cara alzada al techo. La otra tía, haciendo sonar las piedras de hielo dentro de su vaso, dio la vuelta a la mesa, siempre moviendo como pistones las huesudas cadera, se acercó a mí y se inclinó hacia mi cara.

-¿Te sientes mal?

-No, no es nada. Un pequeño mareo.

-Toma.

Puso el vaso contra mis labios y yo bebí. Ya era más agua que whisky pero igual me hizo bien. Parpadeé y son-

reí. Saqué los cigarrillos, le ofrecí a la tía Casilda, ella se negó con un movimiento de cabeza, yo puse un cigarrillo en mi boca, saqué los fósforos, raspé uno cuidadosamente en el costado rugoso de la caja y lo encendí. Chupé del cigarrillo, sintiendo que mi lengua crecía pastosa en mi boca.

La tía Casilda se había arrodillado en el suelo, junto al sillón, y con una mano me acariciaba una pierna. Había algo gatuno y casi maligno en el rasqueteo de sus largas uñas en la tela de mis pantalones. De pronto bebió de un golpe lo que tenía en el vaso, tiró el vaso en el suelo junto a ella, lo miró rodar un momento y apoyó la cabeza en mi rodilla. Yo hundí una mano en su moño dorado y gris, sin destellos ni reflejos. Metí los cinco dedos en aquella dura torre de laca, haciendo saltar horquillas y desparramando mechones de pelo tieso.

-¿Estás mejor?

-Mucho.

-¿Por qué no bailamos, entonces?

Me levanté, pisé el cigarrillo en el suelo, dándole las manos a la vieja la ayudé a erguirse y la arrastré haciendo vueltas y eses hacia la ventana y las cortinas. Por un instante tuve la intención –casi fría, casi lúcida- de besarla y morderla, la idea de volcarla despatarrada en el sillón y romperle las ropas con mis dedos, comprobar con las yemas, con las palmas, con la lengua, con los labios la frialdad metálica, grisácea y corroída de su piel bajo el vestido. Me reí al ver su cara más arriba que la mía. Con sus zapatos de tacones muy altos y con su elevado rodete torcido –ahora des-

flecado, desmantelado, crenchudo y arruinado- la tía Casilda me sacaba mucha altura. Dimos unas cuantas vueltas más tropezándonos y pisoteándonos y nos separamos.

La tía Carmela seguía dando vueltas sola, como un trompo enérgico y borracho, como un juguete mecánico al que le faltaran piezas.

-Hacía tantos años que no bailaba –dijo la tía Casilda.

-Y yo –dijo la tía Carmela.

Me senté en una silla, ahora del mismo lado en el que estaba el sillón grande. Miré las piernas de la tía Casilda mientras se sentaba y la vi sonreír.

-¿De veras te sientes bien, ahora?

-Sí. De veras.

Agarré mi vaso de encima de la mesa, agarré la botella, me serví, bebí sin esperar que el whisky se enfriara y me volví a servir.

Carmela, gorda y torpe, bailaba jadeando sola en la baldosa.

Los estertores de los parlantes resquebrajaban la monotonía del Danubio Azul.

Yo silbaba a veces compases de la música, mirando cada tanto a la tía Casilda, con su vaso vacío de nuevo en la mano y con los ojos perdidos en el suelo, las piernas muy juntas, las polleras ajadas por encima de las rodillas, el moño ya del todo desmantelado cayendo en flecos, en ondas, en bucles, en olas, en cascadas y en mechones contra su cara.

Valsecca entró sin hacer ruido con su andar de indio de asfalto y con sus zapatos de suelas de goma. Me miró guiñándome un ojo y su cara cambió al mirar a las mujeres. La tía Carmela había interrumpido su baile solitario, un brazo extendido y el otro doblado y apretado contra ella misma, las piernas separadas en el inicio de una voltereta. La tía Casilda había alzado la cara con lágrimas y se sacaba mechones de pelo dorado de encima de los ojos, a los manotazos.

-Muy bonito –roncó Valsecca-. Muy bonito.

La tía Casilda chilló brevemente, una sola vez. Al levantarse hizo girar las polleras. Apuntó al techo, al aire, a las paredes con un dedo con un mínimo temblor. Al principio su voz sonó clara y estridente, sin matices.

-No hicimos nada. No quise hacer nada malo

Ahí, entonces, rompió a llorar, derrumbándose boca abajo en el sillón, pataleando, con las polleras subidas por arriba de los calzones negros.

-Yo pude haber tenido un hijo como él, tan hermoso que era, tan…

Yo ya me había puesto de pie y me iba hacia la puerta.

Valsecca me estaba mirando a mí de nuevo, con una sonrisa a medio hacer en la cara.

-Pude haberlo tenido –chillaba la vieja.

La tía Carmela había reanudado su vals con el aire y ahora canturreaba.

Valsecca me agarró por un brazo ayudándome a caminar, ya entre los muebles abigarrados y las máscaras de

ojos relucientes del vestíbulo.

-Vamos.

-Estoy borracho.

-No era para menos.

Salimos al aire frío y yo bajé ya solo los escalones. Arranqué un malvón que se me deshizo en seguida entre los dedos. Me di cuenta que me había olvidado dentro los cigarrillos y le pedí uno a Valsecca.

-Tomá.

Me lo dio ya encendido y me hizo una seña con la cabeza. Yo lo seguí, caminando los dos en el borde de la sombra de las casas de la vereda de enfrente.

-Te llevo a que duermas la mona –dijo Valsecca-. Vamos a buscar un taxi.

Estaba anocheciendo y cada vez hacía más frío.

Yo metí mis manos heladas en los bolsillos, coloqué mi cigarrillo en un costado de mi boca y seguí caminando, siempre en el filo exacto de la sombra, viendo adelante la espalda de Valsecca que caminaba bamboleándose.

V. LA SABIDURÍA

LA MASCARADA

Muchos años atrás, antes que yo naciera, pasaron cosas raras entre mi padre y la tía Casilda.

Me lo contó Valsecca, estando los dos a solas en un café.

Era invierno, un atardecer lluvioso; las luces de la calle ya estaban encendidas; los automóviles pasaban silbando en el asfalto mojado, con sus faros blancos y amarillos destellando desde la distancia; algún raro peatón corría protegiéndose de alero en alero; un pobre loco pacífico que vivía en el barrio estaba barriendo hojas secas frente a la boca de la cloaca de la esquina, vestido de basurero, con el gorro empapado y encasquetado muy hondo en la cabeza, moviendo arriba y abajo el escobillón y chapoteando en la lluvia, en el barro, en la correntada que arrastraba hojas, gusanos, papeles y ratas muertas contra la vereda, con sus grandes zapatones de goma agujereados en las puntas.

Sonaban truenos.

En el interior del boliche, los borrachos se protegían del frío con gorros de lana y guantes y bufandas; alineados contra el mostrador bebían grandes vasos de vino tinto, de vino blanco, de cerveza, de caña con refrescos.

Había otros cuatro tipos bebiendo cerveza tibia en vasos pequeños y jugando al truco por vintenes con unos naipes manoseados en una mesa en un rincón.

Un viejito zarrapastroso se calentaba las manos al calor de la chimenea de la plancha para fritos.

El patrón golpeaba las teclas redondas de la máquina registradora, metiendo billetes, haciendo cálculos con un lápiz en un papel, retirando monedas y apilándolas entre sus brazos.

Nosotros sentados a una mesa contra la ventana, bebiendo grappa con campari: una, tres, seis, diez.

-Claro que vos no habías nacido, tu padre no estaba casado todavía, supongo que ni siquiera conocía a tu madre. Eran otros tiempos, por supuesto, tu padre andaba con un sombrero blanco siempre en la cabeza, montado en una “voituré” blanca, enorme, descapotable. He visto fotos.

“A mí la historia me la contó la tía Carmela, la primera vez hace ya años, mientras mirábamos unas viejas fotos de un álbum de la familia. Había varias fotos de tu padre, con mi padre, con la tía Casilda, montado en el estribo de su coche blanco, parpadeando al magnesio en un rincón de las fotos en grupo, las fotos de tertulias, las fotos de reuniones sociales y de banquetes. “Ése es Juanchín Balcarce, Juan, Juanito –me decía mi tía-, el hombre más buen mozo que he

conocido.” Señalaba la cara de tu padre, su cuerpo, con un dedo. Entonces me lo contó. No todo. Partes.

“Lo demás lo fui averiguando con los años, a través de sucesivas versiones, de datos aislados, de palabras sueltas. Estoy seguro que la tía Casilda, el otro día, cuando bajó los álbumes, tenía la intención de mostrarte las fotos de tu padre, tal vez de contarte cosas y de preguntarte otras. Pero no se animó. Sabe que es vieja y que queda ridícula. Lo que pasa es que está loca y a veces se olvida.

Juanchín Balcarce (mi padre) y el Loco Anastasio Valsecca (el padre de Valsecca) se conocían de niños. Incluso eran medio parientes. Una tía abuela materna del Loco había estado casada con un Balcarce, otro loco. Fusilado en la última guerra civil, había dejado viuda desconsolada, tres hijos pequeños, deudas, libros y pipas.

El parentesco de todos modos era una cosa remota y olvidada. “Todos somos pariente en estas ciudades pequeñas”, decía mi abuelo. Más que parientes, el Loco y Juanchín eran vecinos y con el tiempo se hicieron amigos, compinches. Tenían los mismos años, más o menos los mismos gustos y estudiaban en la misma escuela. De niños correteaban juntos entre los árboles del Prado, de muchachos iban juntos a los bailes y a esperar a las niñas a la salida del liceo, ya un poco más grandes andaban juntos a la pesca de mujeres en la “voituré” blanca de Juanchín, los dos con sus trajes blancos, con sus sombreros ladeados, con sus leves bigotes oscuros, con sus dientes tan perfectos que parecían pintados.

Juanchín era hijo único y el Loco tenía dos hermanas, una mayor y una menor. Las dos habían crecido a la vista de Juanchín, a dos cuadras de su casa, al mismo tiempo que él aunque quizás un poco más rápido. Siempre las mujeres crecen –parecen crecer- más rápido que los hombres. Casilda se iba haciendo hermosa pero Juanchín no se daba cuenta. Con la costumbre había fructificado el desinterés, el diario hastío de verla. Darse cuenta, terminar de entenderlo fue un sobresalto. Fue en un baile y no se sabe lo que pensaba Juanchín mientras bailaba cada vez más apretados, con Casilda. Salieron juntos al jardín, agarrados de la mano. Casilda ya hacía tiempo que se había dado cuenta que Juanchín era tan buen mozo, tan simpático, tan bien educado con su tenue bigote lustroso, con su sonrisa un poco perversa, con sus ademanes entre furiosos y amanerados. De lo que recién se enteraba era de que Juanchín también podía ser un tipo dulce que decía las cosas más hermosas del mundo. La comparó con las estrellas y con la luna –por lo luminosas, le decía, por lo inalcanzables: y estaba apretándole la carne con las manos-, la vistió con todos los perfumes y con todas las flores del jardín.

“Era un poeta –recordarían muchos años después las dos tías-: sabía decir cosas tan bonitas.”

Se besaron, Juanchín y Casilda, alguna vez, aquellla noche, rozándose apenas los labios. Al día siguiente, Juanchín se confesó.

“Me gusta tu hermana”, dijo.

El Loco se encogió de hombros: “Jodete, pibe.”

-Se veían en la esquina de la casa de mi familia. –Valsecca hacía guiños a la luz-. La tía Casilda ponía una luz en la ventana, una vela encendida, y la movía para los costados para anunciar que bajaba. Tu padre la estaba esperando en un boliche, esperaba la luz bebiendo whiskies contra el mostrador, justo había un boliche enfrente y a veces tu padre ya estaba borracho cuando se encontraban. Le llevaba flores robadas de los jardines vecinos y le leía poemas de Bécquer, de Darío, de Lugones y de Amado Nervo haciéndolos pasar por suyos. Los llevaba escritos en los puños de la camisa. “Éste se me ocurrió anoche”, decía, y se acercaba al farol para declamar.

“La tía Casilda sabía que todo aquello era falso, pero igual le gustaba. “Éste lo hice hace un rato mientras pensaba en vos”, le decía Juanchín y le leía:

'La princesa está triste,

¿qué tendrá la princesa?’

¿Te das cuenta?

De todos modos Juanchín seguía saliendo de noche en su “voituré” a buscar otras mujeres. El Loco iba siempre con él y le daba recomendaciones sobre los peligros del amor y de las citas furtivas.

“Si el viejo se entera te las vas a ver negras –le decía-, es capaz de matarte.”

Recorrían las confiterías, los salones de té y las whiskerías, siempre elegantes con sus sombreros blancos y con sus trajes de hilo en verano, con sus gabardinas color tierra y sus bufandas escocesas en invierno, algún dinero en el bolsillo, las manos saludando a los conocidos, los ojos atisbando a todas partes en busca de las mujeres más accesibles. La voituré tenía un mecanismo secreto que convertía de golpe a los asientos en una cama llena de protuberancias y allí mismo Juanchín y el Loco, primero uno y después el otro, se fajaban con sus mujeres, el coche metido en la espesura de un bosquecito del Prado, las ramas de los árboles como dedos retorcidos apareciendo en sombras por las ventanillas y el parabrisas.

Al final, los dos iban a emborrachare a los tugurios, a esperar bebiendo que viniera el amanecer. Eran dos pitucos, pero les gustaba mezclarse con los changadores, con los estibadores, con los mínimos macrós y con los vulgares chantajistas de cafetín del puerto. Se metían adentro del ruido, arrodillándose en el suelo para tirar los dados en el seven-eleven, vigilando agudamente en la mesa del rincón las manos vertiginosas del hombre que manejaba las tapitas de la mosqueta, acercándose a cabelleras rojo chillón y rubio oxigenado y pellizcando nalgas al pasar y acariciando bustos al descuido y diciendo mentiras y pagando copas absurdamente caras y pegándose un poco con marineros y con haraganes desdentados hasta que venía a separar la Policía, dando palos. Pasaban algunas noches en los sótanos húmedos de la comisaría, jugando a los chinos por vin-

tenes, fumando puchos comprados por dos guitas, tirándoles monedas a las yiras amontonadas en la celda de enfrente. Y hablaban.

“¿De veras te estás acostando con mi hermana? Decime.”

Juanchín se reía, discreto, le pasaba el pucho al otro, se recostaba en la húmeda pared del calabozo.

“Podés meterte en un lío gordo, viejo. No es que me importe mi hermana, me importás vos. ¿Qué va a ser de la joda, entonces?”

Juanchín no le hacía caso. Siempre había sido más astuto que los maridos celosos, que los novios encelados y que los padres pundonorosos. Sólo una vez había tenido que saltar por una ventana, apretando los pantalones en una mano, con las balas peinándole la cabeza revuelta y le parecía que con aquello era suficiente. Se reía, ya recostado en un sillón de una whiskería, sus ojos siempre buscando.

“No te preocupes, decía, sé cuidarme.”

-Mi abuelo, el viejo Tarcisio, era un hombre hecho de abajo –explicó Valsecca-. Una bestia de carga enriquecida.

El boliche se había ido vaciando de gente y de ruido y en la calle había amainado la tormenta. Adentro sólo quedaban un borracho en un extremo del mostrador, el patrón haciendo la caja del día, golpeando en las teclas redobladas, calculando con los dedos y escribiendo cifras en un papel de envolver, y un milico rapado, jovencito y adormilado, con el palo aceitado y lustroso colgando contra una pierna

y el uniforme azul empapado, que bebía café parado junto a la puerta.

Afuera, la lluvia se había transformado en una garúa delgada que daba vueltas arremolinadas en el viento.

-Mi abuelo vino de Italia a fines de siglo pasado y ya era rico diez años después, una vez terminada la Guerra Civil de las Lanzas. No peleó en ninguno de los bandos, pero colaboró con los dos. La pobreza de Calabria le había enseñado a estar bien siempre con Dios y con el Diablo. No se sabe con qué medios hizo su dinero, aunque haya datos de que especuló con tierras, de que anduvo metido en el contrabando de ganado y de que vendió armas tanto a los leales como a los rebeldes. Algunos años más tarde, ya cuarentón y con una fortuna sólida metida en Bancos, en terrenos, en fábricas y en industrias, salió a buscar mujer entre la gente de dos y de cuatro apellidos. Educó sus modales a fuerza de insomnios y después de meses de estarse acechando y vigilando en una pieza llena de espejos, corrigiendo ademanes, gestos, pasos y sonrisas, educando la voz, modelando la figura en un sacrificio constante de madrugadas frías y de carreras al trote por los parques. Frecuentó salones, visitó embajadas, compró un palco de por vida en el teatro, siguiendo la moda se hizo primero liberal, después conservador, después liberal y después conservador de nuevo. A mi abuela la conoció a la salida de una ópera. Mi abuela era una niña bien empobrecida, huérfana de madre, que daba clases de francés a hijos de tenderos ricos y que se remendaba ella misma las ropas que habían sido de

su madre para ir a ver y a escuchar a Caruso. Tenía remiendos en los codos y se los cubría con un chal con remiendos que cubría con sus dedos. Los ojos acostumbrados de mi abuelo descubrieron los parches astutos y los zurcidos prolijos, advirtieron la indigencia y percibieron dificultades, penurias, estrecheces, tapujos y encubrimientos. El abuelo averiguó datos, se hizo presentar en alguna fiesta, bailó torpemente con ella y se fue a hablar a solas con el padre. Mostró títulos de propiedad, balances de empresas y cifras de cuentas bancarias. Mi abuela aceptó el convenio sin ninguna queja, tal vez incluso la atraía aquel calabrés fornido, canoso, con los mostachos tiesos, con las manos con callos y con el lenguaje enrevesado.

“Ya de niña mi abuela tenía fama de rara, de andar siempre hablando con fantasmas. Se casaron y mi abuela en seguida quedó preñada. La niña se llamó igual que ella y que su madre y que su abuela: Casilda. Después vinieron uno tras otro los dos hijos restantes. El viejo ya concurría noche a noche a los clubes aristocráticos, ya se había hecho amigo de estancieros y de poetas, ya financiaba campañas electorales de jóvenes políticos, ya organizaba pequeñas orgías con putas francesas, con estancieros, con abogados famosos y con jugadores de golf. Durante la dictadura triplicó, cuadruplicó o quintuplicó su fortuna. Era muy rico, más de lo que parecía pero menos de lo que la gente sospechaba cuando se murió. Como el tuyo. Igual que vos yo no tengo dónde caerme muerto.

Una tarde Juanchín y Casilda se fueron a dar vueltas por el Prado. Iban a pie, entre los árboles, agarrados de la mano, diciéndose cosas en voz baja. Se besaron contra un árbol, apretados, sin atender a más nada que a sus bocas y a sus manos y a sus cuerpos, sin sentir otra cosa que el aire helado que iba entibiándose como una caparazón de vidrio al fuego alrededor de ellos, sin escuchar las pisadas furtivas que avanzaban desde lo hondo del bosque, aplastando hojas muertas al acercarse.

El viejo Tarcisio llevaba un bastón con una pesada empuñadura de bronce. Le pegó a Juanchín en la espalda, derribándolo, le tiró un puntapié a la cara reventándole una oreja, volvió a pegarle en la barriga con el bastón y lo escupió ferozmente en los ojos. Agarró a su hija de un brazo y se la llevó arrastrándola. Con la otra mano blandía el bastón.

Sentado en la humedad del rocío, con la cara y las manos empapadas de sangre –su sangre- mezclada con la saliva gelatinosa del viejo, con la vista nublada por el dolor y por el miedo, Juanchín vio al viejo y a la mujer cada vez más distantes. El silencio parecía una mano abierta, con sólo el crepitar remoto de las hojas bajo los zapatos que se alejaban. Juanchín pensó en seguirlos pero se lo pensó mejor y cambió de idea. Fue a una farmacia, se hizo curar las heridas y llamó por teléfono a la cantina del Club. Mandó llamar al Loco al aparato. Sin darle explicaciones le pidió que lo esperara. Llegó en un taxi y vio a el Loco que ya estaba aguardando en la puerta. Pagó y bajó.

El Loco señaló su cabeza vendada.

“¿Qué pasó?”

Juanchín entró al vestíbulo sin decir nada y se miró en el espejo del guardarropas, apartando gabardinas, paraguas y sombreros.

“Tu viejo, qué animal. Pudo haberme desfigurado.”

Se emborracharon juntos esa noche y se fueron de putas. Pagando. Juanchín no andaba con ánimo como para ponerse a buscar mujeres a las que habría que convidar con tragos y acariciar y convencer.

Al otro día, durante el desayuno, se enteró por su padre que el viejo Tarcisio había estado en la casa. Una pistola en lugar del bastón. Su padre (mi abuelo) lo miró servirse café, un chorro de leche, echar azúcar, revolver el líquido humeante con una cucharita sujeta entre los dedos, beber. Le miró la cara abotargada, los vendajes en la cabeza, las bolsas grises bajo los ojos, los hilillos rojizos donde se había cortado al afeitarse esa mañana con las manos temblorosas.

Lo que hablaron lo sé yo mejor que Valsecca, sin habérselo preguntado nunca a nadie.

-La armaste gorda, querido. Ese viejo loco pudo haberte matado.

-No te creas.

-No me creo nada. Estoy seguro. Anoche vino aquí con una pistola y amenazó con hacerte volar la cabeza.

-No me asusta, te lo juro.

-Tal vez no, pero a mí sí. Me preocupa, por lo menos. Y hay que decidir qué hacer. O le ganamos de mano nosotros o el viejo acaba contigo.

Juanchín seguramente (mi padre) se encogió de hombros. Su padre todavía no llevaba el porrón de whisky encajado en un dedo, pero ya bebía whisky puro por las mañanas. Habría un vasito delante de sus manos.

El viejo debe de haber bebido, acariciándose los bigotes, muequeando, con la cabeza ladeada.

-Peo antes de hacer nada una cosa, una pregunta. ¿A vos te interesa la piba? Digo, para casarte, para tener hijos, para fugarte con ella, para hacerla hacer la calle, para flagelarla, para lo que sea.

-No.

-Entonces olvidate.

Terminaron su desayuno y se despidieron en la puerta de calle.

El viejo se iba a su despacho en el centro a lidiar con homicidas, con rateros y con prostitutas y Juanchín se iba a su club a jugar a los bolos.

Por supuesto hizo caso. Se olvidó.

-Tu padre le explicó a mi padre y me padre se encargó de hacerle el verso a mi tía. En el fondo, en fija, mi padre también debía sentirse aliviado. No creo que le hiciera mucha gracia todo aquel enredo que amenazaba acabar en una guerra de familias. Al parecer, la tía Casilda lo aceptó todo con una perfecta resignación. Poco después, la abuela y las dos tías se fueron a Europa. Al volver, la tía Casilda, se

trajo un novio, un francés, que casi en seguida volvió a embarcarse para Europa, a pelear, apenas declarada la guerra mundial. Lo mataron en el frente.

Valsecca levantó hasta sus orejas las solapas del sobretodo y hundió los puños en los bolsillos.

-Después mi tía Casilda tuvo un segundo novio. Tu padre ya se había casado y el mío también. El viejo Tarcisio ya se había muerto. El tipo, este otro novio, se llamaba Jacinto, estudiaba medicina, tocaba muy bien el piano y era un estupendo jugador de bridge. Hay una foto suya, en uno de los álbumes. Usaba corbata de moñita. Iba a la casa todos los días y se quedaba a tomar el té con las tres mujeres. Después se murió loca mi abuela, mi padre vendió la casa grande y se trajo a las tías a vivir con nosotros a la casa de Pocitos. Jacinto seguía yendo a visitar a su novia, siguió yendo durante meses, durante años. Yo lo recuerdo vagamente, con su cara caballuna y con sus ojos miopes. Nadie le hacía el menor caso. En todo ese tiempo no había conseguido tocarle un solo dedo a la tía Casilda. Una noche se despidió como siempre pero a la tarde siguiente no volvió. Y ya nunca más. ¿Te das cuenta? Lo mejor sería que vos tampoco volvieras. Las dos viejas están un poco locas y podría ser peligroso. Como mi padre le decía a tu padre, ¿qué va a ser de la joda, entonces?

Esperé dos o tres días para hablar con mi viejo.

Había algo que me daba vueltas en la cabeza, un dato, una sospecha: el delator. Valsecca no me había dicho ni una palabra pero era imposible que en todos estos años no se

hubiera dado cuenta. Yo había estado con las viejas, había visto a la tía Casilda con su pelo pintado de amarillo, había visto a la tía Carmela bailando sola con su flor grotesca entre los pechos y tenía una idea pero no me atrevía a planteársela a nadie.

Al fin, después de unas grapas que estuvimos bebiendo en lo de Carpincho, subí a casa y me metí en el dormitorio del viejo. Él estaba tirado en la cama, sin afeitarse hacía días, a oscuras, con olor a pies y a sudor de alcohol. Descorrí las cortinas, abrí una rendija en la ventana, le pasé un cigarrillo y me senté en una silla, con el respaldo para adelante, las piernas colgando a los lados y los brazos apoyados en el filo del respaldo.

-Estuve en casa de Valsecca el otro día –le dije-. Conocí a sus tías.

-Ah.

Mi padre me miraba distraído o aburrido. Al verme entrar había hecho un borroso gesto de sorpresa, tal vez de alegría, pero ya estaba cansado de nuevo. Había novelitas baratas y revistas despedazadas tiradas en el piso alrededor de la cama. También había diarios viejos. Cuando yo empecé a contar mi padre se descolgó hacia un costado y agarró una revista. Era un Playboy. La estuvo hojeando, deteniéndose con una sonrisa en las fotos en colores de mujeres desnudas, mientras yo le hablaba.

Fumé tres cigarrillos y deseé haber tenido más grappa para seguir bebiendo. Junto a la cama había una botella con un líquido de color oscuro, pero el viejo no me había ofreci-

do y yo no quería pedirle. Dejé de hablar y apoyé la mandíbula en mis brazos apoyados en el filo del respaldo de la silla.

-¿Y? –me preguntó.

-¿Y qué?

-¿Y a qué viene todo esto?

-Quería saber por qué te delataron –hice una pausa-. Por qué la tía Carmela te delató.

-Carmela –dijo el viejo-. Claro.

Hizo una seña, con dos dedos, hacia la botella. Yo alargué un brazo y se la alcancé. Era caña con semillas. Lo vi beber.

-Era casi inevitable que vos pensaras eso –dijo-. Vos y todos. No te creas que sos el primero. Sólo el Loco se dio cuenta de la verdad, aunque es posible que tu amigo también se haya dado cuenta. De tal palo, ya sabemos.

Me pasó la botella.

Yo le limpié el gollete ensalivado con la palma de una mano y bebí.

Después encendí otro cigarrillo, para escapar del olor, para ahogar esa sensación de náusea que daba vueltas en mis tripas.

El viejo se estaba rascando el pescuezo con sus uñas largas y amarillentas.

-Fue Casilda –bostezó-. La propia Casilda. Yo le vi los ojos cuando su padre ya alzaba el bastón para pegarme. Y aunque no se los hubiera visto… Carmela habría sido incapaz, a ella no le importaba. Nunca le importó. Lo que que-

ría era lo otro, no el amor, no los sentimientos ni el matrimonio ni tres pamplinas. Yo me colaba en su pieza trepando por las enredaderas. Me descolgaba por las mismas enredaderas al amanecer. Una noche, no sé cual, no sé cómo Casilda se enteró. La propia Carmela me lo dijo: “Tené cuidado Juanchín, mirá que mi hermana sabe”. No le hice mucho caso, supuse que una escena de celos podría remediarse perfectamente con un arrepentimiento bien calculado, con alguna lágrima bien medida, con algún beso. Hasta entonces nunca me había fallado. Peo no tuve en cuenta lo otro, su padre, el bastón, la locura. Casilda ya estaba loca entonces, Y supongo que debe seguir odiándome todavía.

Yo ya me había levantado, había bebido un poco más de la botella y se la había pasado a mi padre. También le había dejado, en la cama, junto a un brazo, mi paquete casi enteo de cigarrillos. Fui hacia la puerta después de cerrar la ventan. Dejé la cortina descorrida. Abrí la puerta y antes de cerrar miré. El viejo había vuelto a mirar fotos de hembras desnudas. Silbaba.

Pensé volver a ver a las tías, enterarme de alguna forma por qué esa pantomima de sumisión disfrazada de idiotez que representaba la tía Carmela y entregarles definitivamente mi piedad y mi confianza a las dos locas. Peo preferí no ir. Valsecca iba a enterarse de todos modos y no me lo iba a perdonar, y era él el que tenía que aguantarlas día a día y probablemente tenía cierta razón en lo que me había dicho.

En cambio, crucé de vuelta a lo de Carpincho, toqué timbre haciendo la señal y subí. Como muchas veces, Rosa me interceptó en la mitad de la escalera y estuvimos haciéndonos muecas uno a cada lado de los vidrios de la puerta del rellano. Después subimos juntos en silencio, rozándonos la piel.

LOS VIEJOS TIEMPOS

En la puerta, colgando perpendicular en lo alto, había un cartel de latón desconchado, blanco sucio y rojo:

ZAMBRANO.

REMATES.

Arriba del cartel una bandera roja inmóvil y pintados en los vidrios a los lados de la puerta anuncios en rojo de los próximos remates. En las vidrieras había cacharros, animales embalsamados, pedazos de cosas, montones de libros viejos atados con piolas, lámparas de pie y arañas de techo, todo cubierto por una especie de nube de polvo de un color ladrillo sucio.

Nos atendió un viejo con una visera verde transparente. Por encima del elástico de la visera la pelada lustrosa, con unos cuantos pelos grises que colgaban moribundos hacia las sienes. Llevaba un chaleco sin mangas encima de

una camisa a rayas, una corbata roja con un pincho con una piedra reluciente, las mangas de la camisa apretadas contra los bíceps con unas gomas negras, unos pantalones bolsudos de color oscuro con unas a rayas más claras y unos zapatos puntiagudos blancos y negros recién lustrados. Tenía un lápiz rojo encajado detrás de una oreja y un montón de papeles en una mano. Parecía una caricatura sacada de un diario: el tahúr en decadencia, el pasante de apuestas clandestinas, el tallador de joyas, algo de eso. Una cosa miope, astuta y viscosa.

-¿Sí?

-El señor Zambrano, por favor.

Valsecca hablaba.

Yo llevaba el bastón envuelto en papeles de diario en una mano y el reloj metido en una caja dentro de un bolsillo del saco. Carpincho iba un paso detrás de mí, con los pulgares enganchados en las sisas del chaleco, con la boquilla de nácar vacía encajada en una punta de la boca, con el pelo engominado peinado con raya al medio hacia las orejas.

-¿Parte?

-Valsecca.

La caricatura giró en los talones, hizo dos ademanes y dos muecas al aire y se lanzó haciendo ruido en los tablones hacia la fila de lámparas de pocos vatios que colgaban del techo entre las cajas de embalaje, los fierros amontonados, los muebles polvorientos y los demás artefactos ignotos y chochambrosos. Desapareció detrás de unos cajones, después de hacer otros dos ademanes al techo.

Había gente mirando por los rincones y nosotros también nos pusimos a mirar, a ver cosas. Había juegos de vajilla y de cubiertos adentro de unas vidrieras cerradas con candados, había bicicletas despintadas atadas con cadenas a los tubos fríos de la calefacción, había envoltorios más o menos misteriosos descifrados por palabras y números en rojo:

Juego de té. Lote 21.

Artefacto eléctrico. Lote 9.

Repuesto para camiones. Lote 16.

-Cambalacheo –dijo Valsecca-. Robos, rapiñas, estafas, empeños, decomisos baratos de aduana.

-No parece muy próspero el negocio –aventuré.

-No te creas. Esto funciona.

Valsecca sonrió hacia el fondo, hacia los borrosos manchones de luz más allá de los trastos amontonados.

Ya vas a ver a Zambrano –dijo-, su secretaria, su oficina. Son gángsters, viejo.

Se miró con Carpincho.

-En fija que Zambrano es amigo de tu padre. O enemigo.

Carpincho se sacó la boquilla de la boca, metió adentro un cigarrillo, volvió a colocarse la boquilla yo encendió.

-No lo dudo. Este tipo parece que sabe donde pisa. Mirá esas jetas.

Miramos.

Casi afuera del alcance de la luz, confundiéndose vagamente con los muebles apilados y con las maderas decrépi-

tas de las paredes había tres hombres, y tres caras opacas entre las sombras y el polvo. Uno de los hombres iba demasiado bien vestido: los gemelos relucían de lejos en sus puños, el sujetacorbatas destellaba rojo a cinco centímetros de su papada colgante, los zapatos negros brillaban contra el polvo en el suelo. Tenía un portafolios bajo un brazo, anteojos oscuros, la sombra de un bigote, el pelo colgando en bucles contra las orejas. Era ya viejo y todavía hermoso, pequeño, frágil y amanerado. Los dos que lo acompañaban eran dos reos: uno tenía una camiseta a rayas y arriba un sacón de lana que le llegaba a las rodillas; el otro tenía un rompevientos rojo con agujeros, con remiendos y con manchas de pintura, los pulgares metidos en el cinturón, unos pantalones demasiado holgados y unas zapatillas desflecadas que le dejaban al aire los talones. Un mondadientes en la boca, que iba y venía de colmillo ausente a colmillo ausente. De vez en cuando escupía por los huecos entre sus dientes.

-El del jetra es el judío Feyder, un capo. Tiene cabarets, anda en la droga, maneja mujeres –enumeró Carpincho-. Cien mujeres por lo menos. Aquí y en otras partes. A veces fue por casa. Lo conozco.

Carpincho saludó y el otro le hizo un leve movimiento de cabeza. Amagó acercarse, pero después de un paso pareció que se arrepentía y se volvió atrás. Los dos reos miraban hacia nosotros con sus ojos opacos y lluviosos.

-Esto es un antro, viejo –murmuró Carpincho.

-Claro –Valsecca hablaba en voz más baja todavía-. Pero es un buen sitio para vender estas cosas.

Valsecca me golpeó en la espalda, me empujó un paso hacia delante.

-Dejame hablar a mí –me dijo-. No te olvides. De repente le sacamos unos cuantos violetas hoy mismo, a Zambrano. Me debe favores, un favor enorme. Su hija. No sólo no me la hice, sino que impedí varias veces que se la hicieran otros.

Nos habíamos acercando a las vidrieras con vajillas y cubiertos y la voz de Valsecca ronroneaba, sin tonos y sin matices.

-La de veces que se la llevé sana y salva a su casa, borracha, con los vestidos en pedazos. Una vez tuve que pelearme con un tipo, un amigo, un ex amigo, en un chalecito en la playa, para rescatarla. El tipo se la quería garchar ahí nomás contra un árbol y Carmencita estaba allí borracha, despatarrada, colgada del pescuezo del tipo, jadeando, esperando. La tuve que llevar medio desnuda y medio a rastras a su casa, darle cachetadas en el ascensor, hablar con su padre, ayudarlo a meterla en la cama, emborracharme al final con él para consolarlo. La mujer de Zambrano se mató, ¿entendés?, se tiró de un sexto piso. La hija quedó chiflada, pero no es mala piba, al contrario. En fija que Zambrano nos va a mostrar fotos; a veces se pone sentimental y hasta llora. Vas a ver la oficina que tiene, la secretaria, el barcito con botellas. Pero igual está jodido. Cualquier día de estos se le va a aparecer Carmencita con un agujero de

dos centímetro de diámetro entre las piernas, y el viejo va a salir a matar gente. Es un puritano horrible para estas cosas. Un merza con guita. Con verle la cara, la corbata, los zapatos, los anillos, ya te vas a dar cuenta. A la secretaria no la mirés por más que mueva el culo. Es propiedad privada y Zambrano siente celos hasta de los ojos de los demás. Cuando lo veás vas a entender por qué.

Nos habíamos parado delante de una de las vitrinas y en el vidrio yo veía el reflejo borroso del local. Carpincho seguía a un paso detrás, con las piernas separadas y las manos en los bolsillos. En el reflejo en el vidrio, la gente se movía como marionetas silenciosas tiradas por piolines secretos.

-De repente le sacamos unos cuantos miles –decía Valsecca-. Pero vos tenés que dejarme hablar a mí. Es por la hija, ¿entendés? Se me aparecía en bombachas y en sostenes en la casa y yo no le hacía nada. Nunca. Ni tocarla. Zambrano lo sabe y lo aprecia en lo que vale. Estupidez, si querés llamarlo de alguna forma, pero eso también se cotiza en el mercado. La hija es una bomba de mano, Carmencita, sólo que por ahora nadie le ha arrancado la espoleta.

Carpincho, detrás, se rió. Una risa esponjosa, salivosa.

-Las mujeres son una cosa jodida –susurró. Bailoteó-. Diganmeló a mí si no, que tengo hermana.

-Si le sacamos una buena guita nos vamos a tomar algo –Valsecca hablaba a la vidriera, moviendo los ojos, abarcando con la mirada el salón entero-. Y después, esta noche, a un lugar que yo conozco. Copas. Mujeres.

-Siempre es mejor una buena mina que un bastón –dijo Carpincho.

-O –dije yo- que un reloj.

Lo estaba palpando, frió, en mi bolsillo. Con los dedos había abierto la cajita, siempre dentro del bolsillo, y lo había sacado. Mis dedos lo estaban tocando, casi me parecía sentir el tic-tac palpitando contra las yemas de mis dedos, contra la palma de mi mano.

La caricatura nos llamó haciendo ademanes desde el fondo del pasadizo entre las cajas de embalaje y los muebles polvorientos. Nos esperó justo debajo de la última lamparita de luz amarillenta, con la sombra de la visera verde escondiéndole la gran nariz, con los brazos cruzados contra el pecho, golpeando en un tablón del piso con la punta de un zapato.

-Vengan conmigo.

Nos llevó entre más trastos que se alzaban en pilas desordenadas hasta el techo hacia una puerta con un vidrio esmerilado con manchas de mugre y sarro de humedad y un anuncio:

GERENCIA. NO PASAR.

Empujó la puerta y la sostuvo abierta para que entráramos; de un manotazo accionó la llave de la luz en una pared iluminando un cuarto pequeño con olor a tabaco rancio. En el suelo había una alfombra gastada, cuadros de mar en las paredes, una ventanita con la persiana despejada, ficheros de madera en los rincones. Empujó otra puerta, encen-

dió otra luz en un pasillo estrecho y nos indicó una última puerta cubierta de terciopelo rojo al final del pasillo.

-Es ahí. Avisen antes. El timbre junto a la puerta.

Valsecca apretó el timbre.

En la puerta había una mirilla: escuchamos unos pasos leves ahogados por una alfombra, vimos que algo se asomaba a la mirilla y después oímos el ruido de la llave por la parte de adentro de la puerta.

-Vas a ver qué hembra –susurró Valsecca, camuflado detrás del humo de su cigarrillo.

La secretaria era una rubia de una especie curiosa, muy poco frecuente por nuestras playas. Era una rubia alta, con el pelo oxigenado hasta texturas cercanas al albino, con unas tetas enormes que enseñaban pecas y una cadenita con una efigie sagrada por encima del escote del vestido. Tenía una cintura minúscula apretada en un cinto grueso de paño rojo, y llevaba un vestido rojo con las faldas diez centímetros por arriba de la rodilla, con unas piernas muy blancas enfundadas en unas medias de seda de trama muy gruesa, con unos pies muy pequeños metidos en unos zapatos más pequeños todavía y con los tacones muy altos. Tenía los ojos azules, parpadeaba velozmente, sonreía sorprendida y se sorbía la uña del pulgar izquierdo. Parecía una aparición de una comedia de Hollywood, con su falso lunar a lo Marilyn Monroe en una mejilla y con un mechón de pelo sobre la frente como Verónica Lake.

-Hola –dijo.

Nosotros la miramos.

Carpincho emitió una especia de graznido.

La mujer seguía sonriendo.

-Pasen –dijo.

Giró sobre sus altos tacones.

Valsecca, a esas alturas, ya me había entumecido un riñón a codazos.

-¿Has visto, boludo? –me decía-. ¿Has visto?

Seguimos los tres a la rubia, a su olor, a la carne tibia, blanca y dura que surgía como un amanecer por debajo del borde de sus polleritas rojas.

Los zapatos de la rubia pisaban sin ruido en la alfombra, su cuerpo avanzaba con una facilidad estudiada, aprendida y asimilada, en el aire espeso por los calefactores eléctricos, y su cabeza se movía a los costados en un vaivén sin música. Yo parpadeaba, pensando que en cualquier momento abriría los ojos y la rubia habría desaparecido, sólo dejando su perfume, su cadencia, su sonrisa clavada en el aire como la sonrisa del gato de Chesire.

-Por favor.

La rubia abrió una puerta de roble con firuletas de cobre tachonados y se hizo a un lado.

Detrás de un escritorio, mirando papeles, con una luz pegándole de lleno en la cara y sacando destellos de los cristales de sus anteaojos, estaba el tipo.

-Zambrano –susurró Valsecca.

La rubia me tocó la nariz con un índice antes de marcharse. Yo me puse colorado, Carpincho me hizo un guiño y Valsecca me arrancó de la mano el bastón y avanzó.

Zambrano levantó los ojos para mirarnos.

-Oh, oh –se sacó los lentes-. Nunca pensé que volvería a verte, muchacho –le dijo a Valsecca.

-Ya ves. Aquí me tenés.

Tanto lío para vender un bastón, pensaba yo, un reloj.

Ya me había sentado.

El reloj lo tenía todavía en mi bolsillo; metiendo los dedos lo podía palpar, redondo y duro y frío, podía palpar los eslabones de la cadena y hacerlos sonar débilmente en el cuenco de mi mano.

Carpincho se había sentado a mi lado en el sillón y Valsecca se había acomodado, con las piernas cruzadas, en un silloncito individual, de fierro y cuero. Desenvolvía el bastón, hacía una pelota con los papeles de diario y la tiraba a la papelera junto al escritorio. Plaf.

-¿Cuánto puede valer? Es oro. Veinticuatro quilates.

Golpeaba el puño del bastón con la palma de una mano, se levantaba y le alcanzaba el bastón al otro.

-Sí. Puede que sea oro.

-Es oro. Lo es

-Y palo de rosa –dijo Zambrano-. Sí, una hermosa pieza.

-Exacto.

-¿Cuánto pedís?

-Ocho de base.

-Es mucho. Asusta.

-Seis.

-Está bien –Zambrano alzó una mano y con la palma golpeteó un timbre dorado en un rincón del escritorio.

El timbre resonó detrás de paredes, corchos y alfombras, en alguna parte.

Pidan –dijo Zambrano-. ¿Whisky? ¿Coñac? ¿Grappa? ¿Vodka? ¿Qué? ¿Naranja? ¿Hielo? ¿Agua? ¿Soda? ¿"Coca-Cola"?

Yo pedí primero, un whisky con hielo, y los otros dos pidieron lo mismo.

La rubia entró.

-¿Sí?

-Whiskies con hielo para los caballeros. Tres. Y mi cosa.

Observé los ojos de Zambrano que miraban a la rubia y recordé el índice de la mujer golpeando en mi nariz.

Ella olía a perfumes de jazmines. La miré –yo no necesitaba darme vuelta- sirviendo los whiskies, poniendo el hielo, agarrando una coctelera, echando líquidos dentro, batiendo la coctelera. Asomaba la lengua al batir y el recipiente golpeaba a veces contra sus pechos. En otro vaso alto sirvió un líquido blanco y espumarajeante. Lo revolvió con una larga cuchara. Al darse vuelta pensé que a esa mujer no me la olvidaría ya en la vida. Verla caminar y acercarse, pasar junto a mí con dos golpes de cadera, con ese aire de cosa falsa, de objeto precioso y deliberado, miarla poner el vaso con líquido blanco encima del escritorio y volver a pasar junto a mí, sonreír, seguir de largo hacia el barcito, agarrar los tres vasos y regresar. Yo le sonreía cuando

me entregó el mío. Pensé que Zambrano debía tener muchísimo dinero para poder financiar día a día y noche a noche a una mujer como ésa. Pensé que si yo tuviera dinero la compraría, para ponerla como a una lámpara en un rincón de mi pieza. La escuché salir y bebí el whisky frío.

-Yo te doy siete –dijo Zambrano.

-Siete.

-Sí. Y me lo quedo –Zambrano agitó en el aire el bastón-. Me gusta.

Valsecca nos miró y yo moví hacia abajo la cabeza.

Siete mil: no me lo creía.

-Ocho, mejor –Valsecca soltó una risa-. Me gustan los números pares.

Zambrano abrió el cajón de su escritorio, sacó un paquete apretado con gomas, rompió el envoltorio con los dedos, extrajo billetes de a mil y los contó.

-Ocho –desparramó los ocho billetes encima de la mesa-. Y de veras confío en que sea oro.

-Estaté tranquilo.

Valsecca me pidió con un ademán que le alcanzara el bastón. Me levanté y se lo di. Valsecca se puso de pie y colocó el bastón encima de la mesa, haciéndolo rodar apenas hasta que lo frenaron las deformidades del mango de oro.

Zambrano me miró fijo con sus ojos bulbosos. Me siguió con la vista hasta que volví a sentarme. Después bebió de un trago la mitad del líquido blanco y espumoso de su vaso, hizo una mueca de asco, sacó un inhalador para el asma del bolsillo del pañuelo y se lo metió en la boca, cerran-

do los ojos. Dejó el aparato en la mesa, agarró el bastón, se levantó y se pavoneó revoleándolo, caminando varias veces entre el escritorio y la ventana.

Zambrano era un hombrecito pequeño y extraño, con las piernas muy largas y el pecho muy corto y muy ancho. Caminaba casi sin doblar las rodillas y tenía los pies enormes. Su cabeza de mono travieso de zoológico o de chimpancé sabio de circo subía, bajaba subía a cada paso. En una de las vueltas, Valsecca le entregó el reloj. Zambrano lo hizo colgar de la cadena delante de sus ojos y lo balanceó como a un péndulo. Se lo puso contra una oreja. Lo abrió, miró la hora y la comparó con la que marcaba su reloj de pulsera.

-¿Cuánto?

-Lo que le parezca.

-No estarás metido en algún lío, ché, Valsecca –Zambrano dejó el bastón encima del escritorio y se apoyó de espalda en el borde-. Andar vendiendo estas cosas. Este reloj es una pieza única. Un Vacheron-Constantine de 36 jewels, esto es, de 36 rubíes

-No hay lío que valga. Necesito dinero. Lo necesitamos.

-¿No serán…? ¿No lo habrás…?

-No, no. Nada de eso. Te garantizo que no.

-Tomo tu palabra. Carmencita no me lo perdonaría si yo no te ayudara –Zambrano volvió a hacer colgar el reloj delante de sus ojos-. Eso vale por lo menos catorce mil. O doce. Pero yo no puedo darte más de ocho o nueve. Y tam-

bién me lo quedaría. Si querés, probamos en remate, aunque lo dudo. Ya sabés, la gente no sabe apreciar.

Metió la mano en uno de los bolsillos de su saco y extrajo un sobre. Lo abrió con unos dedos que temblaban. Sacó una foto, la miró y se la pasó a Valsecca.

-Carmencita está en Río de Janeiro, ahora. El otro día me mandó esa foto. Y una carta –Zambrano suspiró e hipó: era su pequeña forma de llorar. Sacó un pañuelo y se sonó sin ruido la nariz-. Hace diez días que está afuera. Nunca habíamos pasado tanto tiempo separados.

Valsecca le devolvió la foto.

Yo no alcancé a verla.

-Cada día está más bonita. –dijo Valsecca.

-Eso es lo que más me jode –Zambrano sonrió, volvió a meter la todo en el sobre y el sobre en su bolsillo y se encogió de hombros-. Cualquier hijo de puta puede…No todos son como vos, Valsecca, che.

Dio la vuelta al escritorio, se sentó, abrió el cajón, sacó el paquete despanzurrado y desparramó más billetes encima de la mesa.

-Agarra lo que quieras.

-Sólo doce.

Zambrano contó lentamente.

-Doce –murmuró. Le pasó la pila de billetes a Valsecca-. Contalos. Con estos. Veinte en total.

-Está bien.

Seguro que Valsecca nunca había visto tanto dinero junto en su vida. Yo por lo menos no lo había tenido. Lo vi

sonreír displicente, hacer un rollo con los billetes y metérselo en uno de los bolsillos de atrás del pantalón. Terminé mi whisky aguachento y me puse de pie. Le di la mano al hombrecito. Carpincho también lo saludó brevemente y Valsecca lo abrazó.

Zambrano nos acompañó unos pasos hasta la puerta. Pasaba un brazo por encima de los hombros de Valsecca. Casi necesitaba ponerse en puntas de pies.

-Decile a esa rubia hija de puta que venga, que la necesito –blandió el bastón que llevaba en la mano-. Creo que voy a darle unos cuantos azotes.

Abrió la puerta, nos dejó pasar y la cerró.

-¿Vieron?

Valsecca caminó alardeando unos metros. Más adelante estaba la rubia, sentada detrás de un pequeño escritorio. Había un impermeable rojo y un sombrero rojo para lluvia colgados en un perchero. Unas botas rojas para lluvia contra la pared. La rubia se estaba pintando de rojo las uñas. Se las soplaba. Nos miraba asomando la lengua.

-Te busca –Valsecca señaló hacia el fondo-. Está nervioso, me parece que necesita hacerte unas caricias, taladrarte un poco.

La rubia se rió con una risa desganada, cerró el frasquito de esmalte, se sopló una vez más los dedos y se puso de pie. Con los dedos de las manos se alisó las polleritas, la blusa muy apretada bajo los senos.

-Me da pena el pobrecito –separó el índice y el pulgar de una mano-. Tiene una cosita chiquitita así.

Hizo una mueca de desencanto, pasó entre nosotros, me volvió a tocar la cara y siguió. Valsecca la palmeó con ruido en el culo.

-Parece que le caíste en gracia –me dijo-. Pero ojo. Puede ser peligroso.

-Supongo que lo de los azotes habrá sido metafórico.

-No te vayas a creer –Valsecca rió-. Estos extraños hombrecitos de utilería siempre son un poco sádicos.

En el primer boliche más o menos discreto nos sentamos a una mesa apartada a repartir el dinero. Primero Valsecca pidió copas para todos y después dividió los billetes en cuatro partes. Un montón con ocho billetes para mí, y otros tres montones con cuatro billetes cada uno.

-Para vos –dijo-. Para vos. Para mí.

Me dio mi parte, empujó otra a Carpincho y se guardó la suya en un bolsillo.

-Esto otro para hoy –extendió los cuatro billetes que quedaban encima de la mesa-. La Gran Joda.

Mi parte en el dinero se la di intacta a mi padre, a la mañana siguiente, para que él se la gastara en lo que quisiera. Cuando yo me levanté ya era más de mediodía y el viejo hacía un rato largo que estaba en pie.

Me vio pasar al baño y me preguntó si quería un desayuno. Estaba acodado en la mesa redonda del comedor, afeitado hacía poco y con la cara más o menos recompuesta: bañado, bien peinado, empilchado con una camisa azul holgada que le disimulaba los rollos de la barriga. Parecía

rejuvenecido, pero ya estaba bebiendo. Leía una novelita y bebía grappa a pequeños sorbos de un vasito con asa.

-Bueno –le dije-. Café negro, si podés.

Me bañé, me afeité, me tajeé apenas en el cuello con la hoja mal afilada, hice flexiones en la baldosa fría, me volví a duchar y me vestí.

Cuando salí, el viejo se levantó, fue a la cocina, me trajo en un momento el café humeante, y pan cortado en rodajas y manteca, todo encima de una bandeja. Me senté, eché azúcar en el café, lo revolví, probé apenas con los labios, saqué de un bolsillo los billetes y los dejé encima de la mesa, empujándolos hacia el viejo con un dedo.

-Tomá.

-¿De dónde…?

-Son tuyos, es tu parte de la herencia –me reí-. Me dieron quince mil por las dos cosas. Anoche me gasté lo demás.

-¿Quince mil? –el viejo silbó-. Yo siempre pensé que era plomo pintado de amarillo.

-Era oro. Bien lo sabías. Me refiero al bastón. Y el reloj era un Vacheron-Constantine, una marca al parecer famosa y carísima. No entiendo por qué vos no vendiste antes esas cosas.

El viejo agarró los billetes, los desparramó en semicírculo como si fueran naipes.

-¿Y ahora qué hago con esto?

-Lo que quieras. Son tuyos, ya te he dicho. Alcanzan y sobran para un viajecito por alguna parte. Río de Janeiro –

recordé-. Por ejemplo.

El viejo se levantó, terminó de beber la grappa que había en un vaso.

-Apurá el café –dijo.

Se marchó a su pieza. Y yo bebí un poco más de café, encendí un cigarrillo y lo vi aparecer al viejo ahora con su saco, con el impermeable en una mano.

-Está lloviendo –dijo.

Se puso el impermeable, se lo abrochó, echó más grappa en su vaso y la bebió.

-Acompañame.

Caminó hasta la puerta.

Yo pasé por mi pieza, agarré un abrigo y lo seguí.

Bajamos la escalera sin hablarnos.

-Como en los viejos tiempos –me dijo, metiéndome una mano en el pelo, empujándome adelante.

-¿El club?

-¿Qué te parece?

-Dale –ahora yo lo empujé-. Vamos.

Estuvimos dos horas bebiendo grappa en el club, mirando a los hombres que jugaban a las bochas, discutiendo de caballos con los dos armenios que llevaban apuestas clandestinas. Después pasamos por un almacén y encargamos comida para dos semanas. Y bebida.

Volvimos a casa cargando cajones.

Nos bebimos otra grappa y preparamos el almuerzo.

Mi madre pasó dos o tres veces por el corredor, de su pieza al baño, yendo como un fantasma con el flap flap flap

de sus chancletas rosadas.

Ni nos miró.

Después de comer, el viejo sacó un billete de quinientos y me lo dio-

-Cuidado –sonrió-. No sé cuándo podré darte otro.

-Gracias –le dije.

Me lo guardé.

LA SEDUCCIÓN

Durante todos estos años Rosa había sido una especie de objeto fugaz, una maravillosa presencia de aire, una remota figura de viento apenas tibia y vagamente delicada que yo encontraba en los pasillos y en las escaleras, que yo tocaba con un mortal distanciamiento, como a una piedra o a un árbol o a una lámina vieja, abriendo y cerrando mis dedos con un asombro cada día renovado por lo desconocido, reteniendo y soltando mi aliento con un principio de pavor y de desconfianza frente a las caricias inútiles, a las sonrisas ambiguas, a las breves escenas absurdas que se repetían tarde a tarde o noche a noche en los rincones de los pasillos y en el rellano de la escalera. Yo pensaba en el cuerpo de Rosa cuando no estaba con ella, tratando de darle alguna forma definitiva, intentando atribuir cierta blandura de carne, cierta solidez de hueso, cierta elasticidad de músculos, cierto palpitar de sangre a ese cuerpo infatiga-

blemente invicto e intacto detrás del camouflage de aire de los silencios, de las sonrisas, de la pesada monotonía de la vida de entrecasa, de los encuentros fugitivos en ciertas zonas mágicas de los pasillos oscuros, de las escaleras.

Rosa con sus ropas descuajeringadas, con su pelo entrampado de cualquier modo entre pinzas, horquillas y peinetas, con su cara sin pintar, con sus uñas comidas hasta la sangre, con su aspecto desgraciado e indiferente, las gruesas medias de lana enrolladas a los tobillos, los zapatones de atar desatados, las polleras gastadas, remendadas y sucias cayéndole de cualquier forma por debajo de las rodillas, la blusa sujeta con nudos y con alfileres de gancho, la sonrisa pasmada y gris siempre escondida a medias detrás de los dedos de una mano.

Yo venía de fuera, del boliche, y había pasado de largo por delante de la puerta de la casa del Carpincho cuando oí que me llamaban. Me di vuelta y miré para arriba. De una de las ventanas del comedor asomaba la cabeza de Rosa.

-Subí –me dijo-. Estoy sola. Quiero hablarte.

Mirándola contra el sol me pareció que estaba sonriendo. Por eso me sorprendí al verla bajar lloriqueando, metiéndose la punta de un pañuelo en los ojos.

Yo había empezado a subir las escaleras y estaba parado en el rellano, de este lado de la puerta cerrada con llave. La Rosa abrió la puerta y me soltó el llanto en la cara. Se apretó los ojos con el pañuelito tratando de decirme algo entre los hipos y los suspiros.

Yo había esperado otra cosa.

Al verla que me llamaba, al escuchar lo que me decía, al imaginarme contra el sol que me estaba sonriendo yo había pensado, con esa infame vanidad de los pocos años y de la inexperiencia, que por fin me tocaba meterme en su pieza, tirarme en su cama, agarrar sus tetas como piedras tibias, morderla, arañarla, golpearla y enristrarla ferozmente como a un pollo en un trinchador.

Yo había subido silbando mi parte de la escalera y ahora estaba mirando el llanto loco de Rosa, una mezcla de lágrimas y de risa, una histeria convulsiva que la doblaba y la encogía entre la pared y mis manos que no llegaban a tocarla. Cuando paró de llorar y de reír tosió contra el pañuelo, dejando dos gotitas de sangre.

-Estoy loca –me dijo- Estoy sola.

Subimos.

Ahora, ya enfriado, pensé que Carpincho, la madre, el padre podían aparecer en cualquier momento, encontrarnos solos a los dos, suponer cosas, pedir explicaciones. Me entreparé para encender un cigarrillo, pensando si seguir subiendo o marcharme. Rosa se volvió, la cara ya sin lágrimas, con apenas los vestigios del llanto contra los ojos, y me sonrió.

Me tocó la cara con una mano.

-Mis padres están fuera, no vuelven hasta mañana.

-¿Y tú hermano?

-No sé. Mi hermano no sé –Rosa subió otro escalón-. Pero él no tiene por qué meterse en mis cosas.

Atravesamos el corredorcito.

Rosa abrió la última puerta, encendió una luz y en seguida la volvió a apagar. En la penumbra del atardecer, con un sol menguado y ocre entrando por la ventana, yo vi la mesita con vasos y platos, el cenicero atestado de colillas en una esquina, una revista abierta apoyada en una botella.

-El cerdo de Carpincho estuvo comiendo ahí –Rosa rió. Yo no pienso recoger sus sobras.

Seguimos, por el pasillo, hasta el salón grande.

Yo había estado allí sólo dos veces y ahora el lugar estaba muy cambiado: había un piano contra una pared, floreros por todas partes, altas bibliotecas llenas de libros de encuadernación cara, cortinas pálidas y suntuosas en las ventanas.

Rosa volvió a reírse, otra vez con esa especie de alarido histérico del principio. Caminó hasta el piano con una violencia febril, contoneándose casi con rabia a cada paso. Levantó la tapa del piano y pasó un dedo por las teclas blancas, de la zona grave a la zona aguda y de la zona aguda a la zona grave, sin mirarme, con el pelo encajado en un moño desflecado en lo alto de la cabeza. Con la otra mano ronzándose la cara, sonrió a nada, a nadie.

-Estoy embarazada –dijo-. Preñada. Inflada.

Me senté.

Me senté en un sillón.

Me hundí en el almohadón de estopa.

Mis dedos tamborileaban en el brazo de madera del sillón.

-¿Quién? –pregunté, sin querer sabe más nada, sin querer enterarme.

-Oh –Rosa se apartó del piano y vino hacia mí riendo-. Oh, oh, oh.

-Vos estás loca.

-Oh.

Me levanté, me acerqué a Rosa, la vi reír con los ojos redondos, fijos, mirando a ningún sitio. La golpeé despacio en la cara y sentí cómo se derrumbaba. Primero se le doblaron las rodillas y después se dobló entera hacia delante.

-Es tan divertido todo esto –jadeaba-. ¿Te acordás cuando estuviste conmigo en la azotea? ¿Te acordás de que no pudiste, de que no fuiste capaz? Hace tanto ya.

-Me acuerdo –con la punta de un zapato le pegué en la espalda, despacio-. Levantate.

-Me gusta quedarme así. Pobrecita yo. Madre.

De nuevo empezó a reírse y yo me agaché y de nuevo la golpeé en la cara con la mano abierta. Muy despacio. Demasiado. Casi una caricia.

-Pegame de nuevo.

-No seas imbécil.

-Pegame.

Rosa tenía la mano contra la boca, los ojos brillantes ahora. Le pegué, ya con fuerza, pero todavía sin rabia, sin asco, sin vergüenza, sin ganas.

Yo sólo sentía el aburrimiento.

-Yo era virgen todavía, y quise que vos. Pero no. Y entonces vinieron otros. Y después llegó este otro, sabés

quién, tan bonito, tan inteligente, tan tantas cosas.

-¿Le dijiste? ¿Sabe?

-No. Si sólo una vez. Dos. Tres veces. Una noche entró a mi pieza y yo creí que eras vos. Sólo me di cuenta que era él cuando ya. Y después me llevó a su casa. Me llevaba. Ahora no me mira siquiera – Rosa se sentó en el suelo-. No se lo he dicho a nadie. Sólo a vos, ahora, no sé por qué.

-Me parece que estás loca.

-Pegame.

Rosa se había arrodillado ahora y me miraba, siempre con la mano tapándole media cara.

Le pegué.

Me erguí, me di vuelta y me fui caminando despacio, esperando que me llamara para girar y hacerle una mueca de burla y de desprecio. Pero no me llamó. Ni siquiera volví a escuchar su llanto, sus risas.

VI. LOS VIVOS Y LOS MUERTOS

LA ESTATUA

La plazoleta es más o menos redonda, con bancos de madera, con una fuente de agua estancada, con canteros que en verano tienen algunas flores, con aminitos de tierra que suben y bajan entre las zonas salpicadas de pastos, con árboles, con una estatua. Los domingos hay niños que juegan entre los árboles y los bancos, a veces viene un perro callejero y hambriento a rebuscar con el hocico entre los desperdicios, de vez en cuando nace un sapo del misterioso légamo del fondo del estanque, croa durante algunas noches, salta durante algunos días y al final se muere o se hunde para siempre en la misma agua viscosa que lo trajo, las palomas andan dando vueltas todos los cías alrededor de la estatua.

El arroyo Miguelete lleva hasta la plaza un olor putrefacto a cloacas y a animales muertos. El viento nocturno barre el olor, las palomas y las hojas de los árboles en in-

vierno y el sol pesado produce flores, niños, perros, pájaros y paseantes en verano.

Todas las tardes, poco antes que anochezca, vienen los dos hombres con sus bolsas de arpillera y con sus palos con pinchos, el otro hombre de bigotes caídos con su manguera verde enrollada en un hombro, el policía con su palo lustroso colgado a un costado, con sus botines polvorientos, con su chapa de lata encima del corazón, con su cara cansada de analfabeto borracho; es un tipo al que se le nota que es capaz de matar por puro gusto. Los dos hombres de los palos con pinchos recogen los papeles y los desperdicios, ensartándolos con una habilidad de sablistas y metiéndolos adentro de las bolsas. El otro hombre desenrolla la manguera, la enrosca en un extremo de la canilla de al lado de la fuente y moviéndola hacia todos lados riega las plantas. De vez en cuando le echa una mirada apiadada a la estatua y con un chorro certero la limpia de orín, de hojas pegoteadas y de la suciedad de las palomas. El policía se pasea por entre los bancos y los canteros, con las manos a la cabeza, mirándolo todo con sus ojos legañosos de asesino aburrido.

La estatua está en el centro mismo de la plaza, en un gran pedestal de piedra rojiza. Sobre el pedestal, el senador Juan Bautista Balcarce amenaza avanzar, adelantando la suela agujereada de un zapato hacia la orilla sucia y pedregosa del arroyo. Lleva el sombrero en la cabeza y con una de sus manos muerde el ala, proyectando una sombra de bronce contra el bronce correoso de la yema del pulgar. Su otro brazo, pegado a la barriga, sujeta a la altura del co-

do al bastón, sus bigotes suben tiesos entre el viento y las palomas y la cadena del reloj se extiende en un semicírculo para siempre inmóvil colgando a tres centímetros exactos de la línea de botones del chaleco.

EL LENGUAJE SECRETO

Ya hacía días que no venías por la plaza, seguramente a causa de tu empleo, ese horrible trabajo de cronista callejero que un poco te hace pariente de las putas, de las gitanas, de los cobradores, de los vendedores ambulantes, vos yendo de un lado a otro con tu block en un bolsillo y con tu lápiz atrás de una oreja, parándote en boliches para tomarte grappas de mostrador, fumarte un cigarrillo, pensar ya sin rabia en la absurda coherencias de la vida y después seguir, hacer preguntas, patearte calles y callejones, subirte a las escaleras cochambrosas, meterte en casas con olor a limpio y a perfume, hundirte en covachas con viejos hedores a fritos, a legumbres pasadas y a meada de niños, para borronear palabras en una taquigrafía más o menos inventada, escribirte todas las tardes siete o diez o doce carillas mecanografiadas, en unas hojas pautadas con el membrete del diario en una esquina, tomar cafés y más grappas, corregir en rojo los errores, bajar al taller, entregar tu trabajo a un hombrecito gordo que te habla gritado entre el ruido

de las linotipos, de la prensa, de los carros que llevan y traen las planchas de plomo.

Hoy aparecés cruzando el puentecito de concreto por arriba del arroyo. Escupís al agua. Desde lo alto tenés un aspecto desolado y triste, con tus manos en los bolsillos, con tus pies en ángulo con las puntas de los zapatos hacia fuera, con tu bufanda arrollada al pescuezo, ya más cerca con el humo de tu cigarrillo cruzándote la cara. Venís mirando el suelo, subiendo entre los cardos el terraplén del arroyo a la plaza, siempre con el cigarrillo en la boca y con el pelo alborotado, caminando despacio hacia la fuente y los bancos. Te sentás en una punta de un banco, te ponés a mirar las palomas que picotean tierra a la sombra de la estatua, te pasás una mano por el pelo grasiento, sacudís los hombros y te atrincherás encogido en el sobretodo y la bufanda, todavía no sabés por qué venís a esta plaza cada pocos días, habiendo tantas otras cosas por hacer, por qué cumplís a desgano con este ritual absurdo que le saca horas a tu sueño, a tu trabajo, a algún libro, a algún amigo, probablemente a una mujer.

Por supuesto hay una que se llama Lola, que vive en el mismo apartamento que vos, que duerme en tu misma cama, que come con tus cubiertos, que se pelea con tus vecinos y que usa en invierno tus piyamas, pero no es en esa mujer en la que vos estás pensando, la que vos estás tratando de descubrir. Tampoco sabés si hay algún amigo ahora que Carpincho está muerto y que Valsecca. ¿Y que Valsecca qué? Claro que lo seguís viendo de vez en cuando. Ahora

Valsecca tiene un bulín confortable, hay camas para todos, hay vino, vos te arrimás por allí alguna noche de martes o de sábado, te emborrachás un poco, decías cosa ingeniosas, todo el mundo sigue opinando que sos un tipo simpático, canchero, entrador, pero vos sabés que Valsecca ya. ¿Que Valsecca ya qué? El otro día nomás te fuiste con él a las carreras de caballos, ganaron unos pesos gracias a un dato de un jockey retirado, entre aburrido y emocionado viste que el caballo cruzaba el disco primero e incluso gritaste un poco su nombre (se llamaba Eureka y era yegua), aplaudiste, corriste detrás de Valsecca para verlo pasar al caballo al peaje, el jockey retirado ya estaba allí para cobrar su tanto por ciento, se fueron juntos los tres a tomarse una copa en la cantina, el jockey retirado te contó viejas anécdotas de tongos y de estafas, vos ya te olvidaste de su nombre (se llamaba Mario, Mario Lemus) pero seguís recordando su cara de ratón, su sonrisa postiza, sus manos esmirriadas, la barriguita redonda encima del cinturón, su voz aflautada que hablaba de tiempos, de mañanas neblinosas, de Leguisamo y de Yatasto mientras sus ojos se movían acosados del techo al suelo, Valsecca había ido a cobrar a la ventanilla y demoraba en volver con los billetes, vos ya querías huir de aquel ambiente enfervorizado, dos hombres a tu lado hablaban furiosos del acomodo y vos te sentías un poco culpable por haber apostado y ganado, al fin Valsecca volvía con el dinero y te pasaba un rollo de billetes que vos te guardabas, le daba otro rolo al jockey retirado, se bebía su whisky y te ponía una mano en un hombro, vámonos, vos saludabas

con un gesto al ratón sonriente, le mirabas las piernas a una mujer alta que pasaba y seguías a Valsecca, un paso detrás de él, metiéndote entre el tumulto a los codazos, sintiendo agradecido el aire benévolo de fuera, la neblina endurecida como una mínima escarcha por el frío. Te reías con Valsecca, parodiándole su falsa alegría, al ir los dos hacia el coche, al subir, al cerrar la puerta. Valsecca ya había puesto en marcha el motor, pero vos no, nada más. Te negaste a seguir el festejo inventando un cansancio y unas responsabilidades para el otro día temprano, Valsecca te dejó en la puerta de tu edificio, nos veremos, nos veremos y vos subiste los seis pisos por las escaleras, abriste la puerta y supiste aliviado que el apartamento estaba vacío, que con suerte alcanzarías a dormirte con tus somníferos antes que la Lola volviera.

Ahora vos estás ahí sentado en el banco, con esa pinta de desgraciado que tenés cuando estás solo y has dejado de lado los disfraces. Ya apagaste el cigarrillo aplastándolo en la tierra con un taco, mirás a la estatua y seguro que pensás que qué estás haciendo aquí, con tantas otras cosas por hacer. Por ejemplo la Lola, podrías llevarla un día aunque fuera a tomar una copa a algún sitio elegante, entrar del brazo con ella, saludar a los conocidos, espiar con placer a los hombres que la miran, agarrarla las manos, hablarle de cualquier cosa, decirle aunque mientas que te gusta y le tenés cariño, al fin y al cabo la Lola se ha portado siempre bien con vos, ella definitivamente no tiene la culpa de que vos la hayás sacado de detrás del mostrador de aquella

fiambrería y te la hayás llevado como si fuera otro paquete, primero a un bar a emborracharla un poco y después a tu apartamento, a tu cama, a la mañana siguiente el desayuno preparado. La Lola metida en uno de tus piyamas, por supuesto era absurdo pensar que esa mujer iba a quedarse pero no había más remedio que sonreír y dejarla que agarrara una bolsa y con su propio dinero se fuera a hacer las compras, que al volver del diario encontraras preparado un buen almuerzo frío y a la Lola esperándote para comer con vos, la siesta juntos era inevitable como esa noche la salida al cine y la pasada por el bulín de Valsecca, la vuelta todavía juntos al apartamento y toda una noche de horrible insomnio amoroso.

La Lola es grande y dura y experimentada y vos sabías que en poco tiempo ibas aburrirte pero igual la dejaste que te acariciara, que durmiera contra vos y contra tu insomnio, que a la mañana siguiente se metiera en el baño cuando vos te estabas duchando y que al mediodía te llamara al diario preguntándote qué ibas a comer, como siempre todo era tan ridículamente coherente, a fin de mes la Lola pagaría la mitad del alquiler, vos la seguirías llevando –ya cada vez menos- a esos lugares a media luz donde la Lola iría conociendo hombres y bailando con hombres y bebiendo con ellos y unas semanas más tarde ya empezaría la Lola a salir misteriosamente sola y a volver un poco borracha, aunque no había misterio posible por ninguna parte, vos la veías meter el dinero en la caja de cartón adentro del cajón de la

mesita de luz y te dabas vuelta hacia la ventana y no te importaba.

Dentro de un minuto vas a ver venir a los tres presos y al policía, desde lo alto ya se ve que cruzan la calle del otro lado del paseo con árboles, los presos con sus mamelucos grises, sus palos con pinchos, sus bolsas de arpillera y su manguera verde, el policía con su gorra echada hacia atrás en la cabeza y su mano derecha rondando inútilmente el revólver. Vos sabés muy bien que los tres presos son inofensivos, por algo los hacen salir todos los días, pero el policía es otra cosa, así que por favor no vayás a hacerte el loco cuando se te acerque y te pida que te levantes y te vayas (te lo va a pedir, ya vas a ver, de mal modo, porque en alguna parte hay un reglamento que exige que no haya nadie cerca mientras los presos trabajan fuera de los muros de la cárcel). Vos sencillamente levantate y andate, saludá al pasar a la estatua como todos los días y apurate en caminar hacia afuera de la plaza, total hay muchas otras cosas que hacer, tal vez volver al diario a terminar una crónica o un reportaje, cumplir más o menos con regularidad, vos sabés que día a día Godoy y el viejo Corrales te tienen menos confianza, si no fuera por los convenios colectivos ya te habrían despedido hace rato y entonces sí tendrías que vivir sin más remedio de lo que la Lola noche a noche produce, haya o no haya el asco de por medio, o recurrir a Valsecca, o largar el apartamento y acoplarte a los bichicomes del otro lado del arroyo. Desde lo alto se los ve, amontonados alrededor de un fuego, calentándose las manos al fuego,

con sus botellas de alcohol azul con alpiste, con sus perros, con su hedor que parece que llegara hasta aquí. Pero no, vos también lo sentís, es el olor inmundo del arroyo, el de todos los días, el de cuando eras niño y venías a pasearte de la mano de tu abuelo tal vez por esta misma plaza en la que todavía no había ninguna estatua, tal vez a bajar los dos de la mano por ese mismo terraplén con cardos, a cruzar los dos con mucho cuidado por ese mismo puentecito de concreto resbaladizo, a oler, eso sí, este mismo olor nauseabundo.

Vos entrante a trabajar en el diario sólo porque eras el nieto de tu abuelo. Una carta de tu padre, una visita, también el hecho de que fueras amigo del hijo del viejo Corrales. ¿Amigo? Te lo había presentado Valsecca unos meses antes, cuando Carpincho todavía no se había muerto pero la amistad ya había empezado a ser una cosa borrosa para vos. Patricio Corrales, otro pituco, con sus ropas bien planchadas y su pelo a la gomina, nunca fue tu amigo, por supuesto, pero también sirvió, fuiste con él a cenar con el viejo Corrales, hablaron toda la noche de tu abuelo, el viejo te mostró fotos en las que estaban juntos él y tu abuelo, algunas fotos muy viejas de campañas electorales cuando tu abuelo andaba vestido con corbata de pajarita y un sombrero redondo de paja, algunas otras fotos ya menos viejas, de reuniones políticas en cafés de Centro, cenas en restaurantes, ágapes y conmemoraciones, el viejo Corrales tenía una admiración mezclada con envidia, un respeto más o menos ambiguo y receloso por tu abuelo, claro, si él nunca había

podido llegar a diputado a pesar de ser el dueño de un diario, a pesar de todo el dinero de su familia, a pesar de que su padre había sido ministro con la Dictadura y embajador en Francia. Imposible, por supuesto, llegar a nada con esa cara, vos pensante. Y al otro día ya estabas en el diario, de nuevo frente a la cara mongoloide de sapo asustado del viejo Corrales, escuchándolo hablar de deberes y obligaciones, de sudor y responsabilidades, del arduo ministerio moral de los periodistas y la puerta, los saludos, los buenos deseos de éxito y de trabajo y ya a la otra puerta, golpear, Godoy con los zapatos encima de la mesa , en mangas de camisa, mirando al techo, rascándose la cara, la barba puntiaguda con sus uñas amarillas de nicotina y de malestares hepáticos. Un pajarraco de cuidado, Godoy, un animalejo sórdido, astuto y ladino. Te miró con desprecio desde debajo de sus párpados que le colgaban a la mitad de los ojos, te dijo que te sentaras y de entrada nomás te gritó que eras una mierda como todos los otros, que desde ya te fueras olvidando de que eras una persona, que él sabía por experiencia que todos los jovencitos pitucos como vos eran insoportables y engreídos pero que el diario era una empresa seria que funcionaba para hacer dinero y que él estaba allí para hacer que el diario funcionara como una empresa dedicada a hacer dinero y que si no te gustaba ya mismo te levantaras y te fueras, la puerta estaba a dos pasos, que él iba a olvidarse para siempre de tu cara apenas hubieras cerrado la puerta. Y que no hicieras ruido al cerrar. Que no, que bueno, que entonces agarraras un bloc y una birome y que te

mandaras mudar a hacer lo que te diera la gana pero que ya mismo lo dejaras en paz, que él tenía cosas importantes en qué pensar para andar perdiendo el tiempo mirando tu cara. Antes de llegar a la puerta escuchaste que te llamaba y te diste vuelta, lo viste sonreír enseñando agujeros entre sus dientes parduscos, oíste de nuevo su voz de comadreja afónica que chorreaba insultos y palabrotas, pendejo de mierda. Te fuiste escuchando su risa, cerrando la puerta con mucho cuidado y pensando que ese tipo estaba loco y que en cierta forma odiosa te caía simpático.

El policía ya te ha visto (desde lo alto se le ven la furia, el desconcierto, y el malhumor, porque no está acostumbrado a ver gente por aquí y tiene un palo lustroso, un revólver aceitado, veinte balas) y avanza hacia vos después de gritarles unas órdenes a los presos, amenazando, con su mano cerca de la culata. Camina derecho a donde estás vos, con la mirada cegada por el odio. Vos escuchás sus pasos y levantás la cabeza para mirarlo y le sonreís, pero el policía ya te está gritando, ya está haciendo ademanes, seguramente vos pensás que fue un milico como éste el que mató a Carpincho de dos balazos en la barriga –o de diez o de cien o de mil balazos, váyase a saber-, aunque sabés que no, vos hablaste una vez con el otro, vos con tu bloc y con tu birome y el tipo, el inspector, con su saco a cuadros, su camisa con florcitas bordadas, sus anteojos oscuros, su pelo cortado al rape y sus maneras casi elegantes, casi amariconadas. Pensás que tal vez todos los policías son iguales pero por lo menos te has levantado, ya te vas, echándole una última

mirada a la estatua, a los árboles, a las palomas, a la estatua de nuevo, sin atreverte siquiera al saludo burlón de todos los días, meterte con un prócer, aunque sea tu abuelo, puede costarte un par de palos en la cabeza, tal vez algunos puntapiés, una noche de calabozo. Caminás rápido y sin darte vuelta, sintiendo en la nuca la mirada de odio del milico, pasando sin mirar entre los presos que te miran, el de la manguera te salpica a propósito los pantalones y vos seguís sin decir nada, como si no te hubieras dado cuenta. Es lo único que podía hacerse, Juancito, una vez este milico se la agarró a garrotazos con un viejo, uno de esos jubilados miserables de cuatrocientos pesos al mes que estaba tomando el último solcito del otoño sentado en un banco y dándoles de comer a las palomas y que no quería marcharse. De lo alto se escuchaban los golpes y los gritos, el milico con las piernas separadas pegándole al viejo que se arrastraba por la tierra. El tipo de la manguera también lo mojó al viejo cuando se iba, lo mojó de arriba abajo y el viejo iba limpiándose la sangre de la cara con un pañuelo arrugado.

Vos hacía apenas quince días que trabajabas en el diario cuando Godoy te mandó llamar, hasta esa mañana apenas si te saludaba al encontrarte en las escaleras o en el boliche de la esquina y ahora te lo encontraste sonriendo detrás de su escritorio, mirándote ya casi sin desprecio desde debajo de sus párpados bolsudos. Te pidió que te sentaras, te convidó con cigarrillos, te mostró una foto. “¿Conocés?” Hiciste una seña afirmativa con la cabeza sin querer

preguntar nada, sin atreverte, pero ya Godoy había tirado otra foto encima de la mesa y vos la habías agarrado, al principio eran sólo unas manchas brillosas, casi te costó distinguir la mancha oscura de unos pantalones, la mancha más clara de una camisa, más arriba la cara, el pelo casi blanco. El cuerpo estaba en una posición absurda, y la cara tenía una horrible mueca medio borroneada contra un par de botines militares. Moviste de nuevo la cabeza, ya Godoy te estaba diciendo que vos, con tus vinculaciones, que eso podía ser una noticia gorda, que averiguaras, que si podías hablar con el padre, que si con la madre, que si con la hermana, que tal vez iba a haber revuelo entre los contrabandistas, que el muerto –así te lo dijo: el muerto- estaba empezando a ser una figura notoria, un tipo importante, que vieras al inspector Manfredi, que no había que descartar una vendettra, que entre esa gente ojo por ojo y diente por diente, que era probable también que Manfredi estuviera a sueldo de algunos otros contrabandistas pero que esto no había que decírselo a nadie, que sólo eran sospechas, que le pidieras a Policiales que se pusiera a tu disposición, que ésta podía ser tu gran oportunidad, que muchas condolencias por tu amigo y que ya te fueras, que lo dejaras en paz.

A Carpincho ya hacía meses que no lo veías, pocos días después de la boda de Rosa Carpincho los había llevado a vos y a Valsecca a un boliche, los tres habían tomado copas, Carpincho había sacado un fajo grueso de billetes para pagar, los tres habían montado al cochecito sport de Carpincho y habían bajado, ahora en coche, haciendo sonar la bo-

cina, a la cuadra de los burdeles, al burdel específicamente de doña Mariflor. Las chicas habían salido a las ventanas a mirar y ustedes habían saludado soplando besos, habían entrado, habían bebido anís en el vestíbulo, Carpincho había repartido dinero y prometido regalos, Valsecca se había eclipsado hacia el fondo con una morocha ya borrosa en el recuerdo, vos te habías sentado a escuchar a Gardel en el tocadiscos, habías esperado que Valsecca volviera y que Carpincho terminara de contar las aventuras falsas y las mentiras graciosas a las chicas, habías salido solo a la calle y te habías sentado en el coche sport, habías hecho sonar la bocina y Carpincho había aparecido en una ventana, al rato había bajado, Valsecca con él , y los tres se habían marchado, saludando todavía y haciendo sonar todavía la bocina, Valsecca con la cara demacrada y Carpincho con la lengua pastosa, manejando borracho y hablando de su apartamento, que tenemos que conocerlo, que hoy mismo. Que ahora. Que ya.

La casa vieja, la casa grande te queda cerca, basta subir tres cuadras por un callejón empedrado que empieza o termina en la plaza, doblar después a la derecha y cruzar una bocacalle donde hay una vieja, en una esquina, con un carrito con chimeneas y una bolsa con cucuruchos de papel de diario vendiendo maníes. Basta caminar veinte, treinta, cuarenta metros a la sombra de los eucaliptos, ya de lejos leer el cartel que cuelga perpendicular, verde y negro, de lo alto de la verja,

Clínica Espósito,

tal vez has comprado maníes a la vieja y rompés la cáscara de uno y te metés los granos en la boca al avanzar los últimos pasos más lentos. Pero todavía, de aquí, desde lo alto, se te ve la espalda encorvada, se distingue todavía tu silueta, con el sobretodo que te llega a los tobillos y la mata de pelo despeinado, tu figura que se mete en la luminosidad neblinosa del anochecer de invierno, acercándote a la casa, a las verjas ahora pintadas de verde, a la caseta de madera con un sereno que usa revólver, a las altas ventanas también pintadas de verde, las del piso alto, ahora con barrotes horizontales y verticales. Caminás calle arriba alejándote de la plaza, del milico con su palo reluciente y con sus botines polvorientos, de los dos hombres que manejan sus pinchos clavando papeles y ensartando cáscaras de frutas, del hombre de la manguera que mira la estatua con su cara triste, con sus bigotes lánguidos, la mira con sus ojos miopes, levanta la manguera y la moja, del sombrero abajo, lentamente, deliciosamente, limpiándola de las hojas secas pegoteadas al bronce, del orín apelmazado en las grietas, de las duras mierditas de las palomas.

El inspector Manfredi te atendió en su despacho, en el cuarto piso de la Jefatura de Policía. Vos nunca habías estado allí adentro pero habías oído hablar muchas veces de la mugre y la humedad, de los sucios pasillos mal iluminados, de las apretadas rejas de aluminio en las ventanas. Estabas sentado en un banco de madera, delante de la puerta del despacho, aguardando que el hombre de gris -¿un conserje?, ¿un secretario?, ¿un detective?, ¿el propio inspector, tal

vez?- abriera la puerta y te llamara, con su voz sin matices y con su cara sin gestos y sin emociones. Veías entrar y salir a la gente y al fin, ya casi sobre la noche, viste aparecer al individuo amanerado, con sus bigotitos aplastados a la cara, con sus anteojos ahumados, con su sonrisita resbalosa. Te hizo pasar, te dijo que te sentaras, vos te sentaste mirando las paredes vacías, el escritorio sin nada encima, la lámpara encendida que te daba en la cara escondiendo del todo al hombre en la sombra del otro lado del escritorio, ocultándolo todo al hombre salvo por sus manos de mujer que entraban en la luz jugando con un llavero, revoleándolo, dejándolo caer en la carpeta de la mesa, recogiéndolo, los finos dedos manicurazos acariciándolo. Miraste las paredes escuchando el principio de la vocecita aflautada del inspector Manfredi, recién entonces te diste cuenta que el hombrecito ése, con sus manos de pajarito, con su voz de niña bien educada, con su secreto olor a champúes y a lavandas era el propio inspector Manfredi, el asesino de Carpincho, esa cosita sin sexo definido, sacaste la birome del bolsillo del pañuelo, el bloc del bolsillo grande del saco y vagamente pensaste, por un segundo escaso, que habían sido esas manos, que ahora se movían lentamente, como arañas gráciles en la luz, las que habían matado a tu amigo. Tal vez bostezaste cubriéndote la boca con dos dedos antes de empezar a tomar notas.

Si vos hubieras leído más o menos regularmente el propio diario en el que escribías te habrías enterado que el inspector Manfredi había sido ascendido a inspector-comi-

sario en agosto, a comisario de segunda en octubre y a comisario en diciembre, apenas dos, tres, cuatro meses antes. Que la suya era una carrera brillante en la Policía. Habrías sabido que el entonces inspector-comisario Manfredi, por sus conocimientos, por sus estudios, por el hecho de dominar perfectamente el asunto había sido trasladado al departamento de Investigación del Contrabando, que sus excelentes calificaciones habían sido un peso decisivo, son palabras de tu diario, para que las altas jerarquías policiales, también son palabras de tu diario, lo designaran para tan alto puesto, de nuevo con las palabras de tu diario, a pesar de su corta edad: treinta y tres años. Pero vos no leías el diario tuyo ni otro cualquiera, sólo a veces hojeabas las hojas de deportes para enterarte si Peñarol o si Cassius Clay, tal vez mirabas distraído los titulares de la página de cables y olvidándote en el acto te informabas que Onganía y que Vietnam, las páginas policiales quedaban ahí perdidas en ese montón de papel barato no leído y entonces no podías conocer que el inspector Manfredi había desarticulado una banda de delincuentes juveniles, apenas podías enterarte –y olvidarte en el mismo momento- que había sido él, siendo un teniente todavía, el que había perseguido, atrapado y acribillado a un tal Licurgo Camacho, alias el Rebo, Reborito, Pelele o Ficha Loca, en un encontronazo de hacia cuatro años en unos cantegriles del Barrio Borro, milagrosamente conocías el nombre, por puras oídas, del inspector Manfredi sin saber siquiera que, palabras de tu diario, gracias a la decidida acción de su gente fue posible atrapar al peligroso

maleante conocido como El Lechuguita, que se hallaba escondido en un convento, disfrazado de monja, en la Avenida de las Acacias. No te habías enterado de sus hazañas, nunca habías visto una sola foto suya a pesar de que sus fotos figuraban no sólo en la página de policiales sino también en la página de sociales, que vos día a día tirabas sin leer: había demasiados parientes, demasiada gente conocida. Como decía tu abuelo, en estas ciudades pequeñas todos somos parientes, todos somos vecinos, todos somos amigos o enemigos.

Ahora ya has ido hasta la casa grande, estaba cantado, la casa vieja, te has parado delante de las verjas pintadas de verde y has metido la cara entre dos de los fierros para mirar hacia adentro, ya los viejos locos en sus sillas de ruedas empujadas por gordas enfermeras de cofia y delantales, andan dando vueltas por los senderos del jardín, con sus canteros con flores de invierno muy cuidadas. De lejos ves el invernadero, ahora con todos sus vidrios repuestos, sabés que ya no es un invernadero sino un gran salón-comedor para verano y sonreís pensando en lo que pensaría tu abuelo, te apartás de las verjas y caminás hasta la entrada, la mirás, te acordás de la tarde en que empujaste las puertas, mostraste al guardián tu documento, te dejaste palpar las axilas, la barriga y las piernas y seguiste, avanzando por ese camino conocido de memoria pero tan diferente, y que sin embargo tu memoria, tu recuerdo, tus genes iban rescatando de por debajo de toda esa profusión de colores y de sombrillas de colores; tu recuerdo iba recupe-

rando un jardín amarillento, unos árboles doblados, un gran pabellón, el invernadero, con sus vidrios salpicados de agujeros, una casa con las paredes rajadas, cuarteadas y sucias, un porche con la pared del frente acribillada por las moscas y la humedad que vos estaba viendo. Moscas, humedad, la puerta de viejo roble al hacer sonar el timbre de color rojo a un lado de la puerta de metal amarillo y esperar, como siempre parándote primero en un pie y después en el otro hasta escuchar los pasos que venían, los ojos suspicaces que te espiaban desde el otro lado de la mirilla insertada en esa puerta de metal amarillo, la puerta de metal amarillo que se abría y una mano, un brazo, un trozo de trapo blanco que te invitaban a entrar: una enfermera. Vos también ibas recordado la casa por dentro, caminabas dos pasos detrás de la enfermera mirándola moverse, mirándole las piernas, que parecían bonitas, veinte centímetros de pernas bonitas por debajo del uniforme blanco almidonado. Vos seguías el ras ras ras del almidón de las polleras como tantos años atrás habías seguido el ras ras ras más oscuro y cavernoso de los pollerones acumulados de la vieja Concepción –por esos mismos pasillos, por esos mismos recovecos, sólo que ahora el olor huele a hospital en vez de al perfume sarmentoso de la vejez y al polvo-, y seguías por adentro de pasillos, por arriba de escaleras, por puertas y por piezas que tu memoria encandilada iba recuperando segundo a segundo. Un médico habló contigo, apuntó tu nombre, no se inmutó ni dijo nada ante tu apellido, te aseguró que ahí, sí, paz y tranquilidad, gente que trabaja mucho, veinte

mil anticipados, agradeciste y te fuiste después de dejar flotar en el aire una historia de fantasmas –aquí adentro hay muertos, le dijiste al médico, muertos transparentes que andan por los pasillos-. Anduviste de nuevo detrás de la enfermerita que te sonrió al abrirte la puerta de metal amarillo, seguiste solo por el jardín metiéndote en el laberinto ya más compuesto de los senderos hasta la verja, el guardián te saludó y se levantó para abrirte el portón, agradeció tu propina y cerró con un chirrido y un golpe a tus espaldas. Afuera el aire, de nuevo los eucaliptos, el mínimo calor de la primavera que empezaba. Pensaste sin duda en tu madre, veinte mil anticipados, enfermeras rubias para todo uso, un guardia con un revólver, un médico joven e incrédulo –se había burlado profesionalmente de tus delirios de fantasmas, te había golpeado en la espalda y te había recomendado sueño, reposo, calma, menos copas y menos tabaco-. Las piezas todas con barrotes verticales y horizontales en las ventanas. Ahora mirás la casa, una a una descifrás en tu recuerdo las ventanas de la planta alta, las ventanas ocultas por parterres de la planta baja y te marchás. Vas casi contento.

Desde lo alto se ve a los tres presos que siguen recogiendo papeles y regando el césped y la tierra. El policía camina de un lado a otro por los caminos de tierra de la plaza, mirando a todas partes con sus ojos venenosos, las manos a la espalda y la gorra tirada hacia atrás en la cabeza. Ya es de noche, y se han encendido los dos únicos faroles que funcionan.

Ya hacía tiempo, antes que Rosa se casara, que Carpincho había empezado a eludir las farras y las borracheras, costaba trabajo encontrarlo en su casa y cuando lo veías andaba casi siempre ocupado en otras cosas, en citas misteriosas, en salidas urgentes, en llamadas de teléfono que tenía que esperar. Vos aceptabas de veras como a una desgracia a Rosa ennoviada y ya con la barriga inflada, dos meses, tres meses, cuatro, el novio tal vez creyendo por esas imbecilidades del destino que el niño de veras era suyo. Macarena, la madre, andando de un lado a otro para arreglar invitaciones y ajuar, don Casimiro, el padre, convidándolos como siempre con cigarros perfumados y con bebidas extrañas y hablando a media vos, con una vergüenza no disfrazada ni disimulada, del próximo matrimonio, del viaje de luna de miel por Europa, de su futuro sietecito, de la vejez implacable. Valsecca como si no supiera lo que estaba ocurriendo, vos sintiendo de veras como a una desgracia que Rosa debiera casarse de esa forma tan absurda y Carpincho cada día menos visible, cada vez más ambiguo y fantasmal, como si de golpe se hubiera convertido en una réplica burda de su hermana, como si de repente hubiera tomado el lugar, burdamente, de su hermana ahora preñada, alegre, a punto de casarse y de mandarse a mudar. Carpincho iniciado, de un día a otro, en el misterio.

El comisario Manfredi te habló de asechanzas y delaciones, de meses de espera en las equinas, de persecuciones silenciosas a través de las callejas portuarias, de ratoneras, de guaridas y de encerronas. Vos lo apuntabas todo

con tu birome azul, haciendo garabatos apurados en el block de hojas blancas, deseando que el tipo acabara y vos pudieras levantarte, saludar, marcharte escaleras o ascensor abajo, meterte en el primer boliche, emborracharte, empezar de veras a entender que Carpincho, tu amigo, estaba muerto y que un policía afeminado, con anillos en los dedos de mujer, con los dientes con oro, con el pelo enrulado hacia la frente era el que lo había matado. Vos escuchabas con una especie de vergüenza por vos mismo, oías las definitivas palabras de la trampa en el burdel, los policías ocupando todas las azoteas, las balas mortíferas que salían por las ventanas del burdel, los dos milicos muertos, la irrupción del inspector Manfredi, éstas fueron las palabras de tu diario, tus palabras, en el inmueble, su carrera vertiginosa escaleras arriba, la puerta hecha añicos de dos patadas, el cuarto con olor a alcohol y a cuerpos, el maleante desnudo que descargaba su revólver sobre el policía y el policía que metía dos balas certeras en la barriga del maleante, Carpincho Pareja, tu amigo, que empezaba a derrumbarse desnudo contra la pared, y al caer, con su pelo rubio alborotado, y venían botas y pies y una mujer lloraba echada bocabajo en la cama. Después los policías, te contaban, vistieron al maleante para las fotos. No, para esconder, mejor, y vos ya lo sabías, lo empezaste a saber desde el primer momento y por eso perdonaste a ese individuo amanerado y torpe, le sonreíste, pensaste que había razón, para ocultar, la camisa para tapar, para borrar las señales de las balas, las huellas de las perforaciones, los agujeros de las decenas,

cientos, los miles de balas que Carpincho detuvo con el cuerpo. Y la mujer, de todos modos, seguía llorando tirada en la cama, ahora bocarriba, y es verdad, debe ser verdad que vino un policía y la acarició en el pelo y la cubrió, con un pudor confuso, echándole la sábana encima del cuerpo desnudo.

Vos seguís calle arriba, ahora hacia dentro del Prado, pero de veras sin darte cuenta, sin importarte a dónde vas. Seguramente te detendrás en un boliche, comprarás cigarrillos -se te han acabado-, beberás quizá una copa acodado en el mostrador, pensarás de nuevo, a pesar de los años, que es injusto que Carpincho haya muerto como murió. En su apartamento, la primera vez, estuvieron los tres bebiendo grappa y mirando techos por las ventanas. Vos descubriste un viejo long-play de Troilo y Marino y lo pusiste en el tocadiscos y te sentaste a escuchar, alejándote poco a poco de lo que hablaban y se callaban los otros dos. Los veías yendo de ventana a ventana, Carpincho enseñando sus libros de magia y sus revistas danesas, vos pensando todavía en la ridícula boda de Rosa, en su ridículo novio que tal vez de veras creía que esa cosa ahí adentro iba a ser un hijo suyo, la iglesita casi vacía, los matones dispersos detrás de las columnas, Carpincho que había aparecido a la mitad de la ceremonia, se había sentado junto a vos en la última fila de bancos, en un susurro te había preguntado por Valsecca y vos habías señalado vagamente hacia delante de un cabezazo. Carpincho olía fuertemente a colonia, a betún de zapatos, a brillantina. Ya hacía meses que Carpincho andaba

raro, apareciendo y desapareciendo, manejando siempre el cochecito azul que le había regalado su padre. Ahora andaba con dinero en el bolsillo, tenía su oscuro despacho en un oscuro edificio de oficinas de la Ciudad Vieja, semana a semana realizaba viajes misteriosos en avión, en tren o en barco, traía regalos para todos y se encerraba largamente a hacer números con su padre, a discutir; se los oía gritarse. Vos habías ido dejando de frecuentar la casa, Rosa ennoviada y Carpincho ausente, preferías irte de boliches con Valsecca, meterse los dos en un cine, de noche salir al centro a buscar mujeres, a perder unos mangos en una timba. A veces vos hablabas de Rosa, Valsecca había dejado de insistir en su postiza inocencia y vagamente asentía, vos te burlabas diciendo que éste era un caso extrañísimo en el que los cuernos habían precedido al cornudo y los dos se reían sin saber muy bien por qué, tal vez para no empezar a golpearse. En el apartamento, Carpincho les dijo que ahora tendría que ponerse a trabajar en serio, vos habías apagado el tocadiscos y escuchabas con un incierto rencor.

“El viejo se está poniendo viejo”, iba diciendo Carpincho, “y ya no puede encargarse de todo”.

Valsecca sonreía sentado hacia delante en una silla y vos balanceabas la cabeza, aceptando.

“Ahora soy yo el que va a tener que laburar!”, decía Carpincho

Vos pensabas que por inescrutables motivos le tenías cariño a ese energúmeno de pelo rubio, ya levantándote y yéndote, Valsecca detrás de vos, Carpincho borracho como

ustedes que los acompañaba hasta la puerta, que abría, que hablaba, ya me vos a poner en contacto con vos, te miraba, y con vos, miraba a Valsecca, entrecerraba los ojos, la amistad siempre murmuraba, metía una mano en el bolsillo, necesitan preguntaba, sacaba billetes, algo de dinero. Después empezaron a verse en días aislados, Carpincho llamaba por teléfono a tu casa, te invitaba, vos decías que sí o que no, al rato te pasaba a buscar si le habías dicho que sí en su coche ahora rojo, descapotable y más grande y los dos pasaban por la casa de Valsecca, tres bocinazos y Valsecca aparecía corriendo (una vez habías visto la cara de la tía Casilda espiando loca por una de las ventanas de la planta alta), subía al coche, los tres se reían. Cada vez se citaban más salteado, Carpincho seguía hablando de la amistad pero ya no había remedio, ya no había arreglo posible. Cuando Carpincho se murió vos ya hacía meses que no lo veías.

Ahora ya has entrado al boliche, por supuesto; ahí venías con tu abuelo al regreso del Prado los domingos, ese bolichito con sus viejas fotos de jockeys famosos y de caballos legendarios en las paredes, con su mostrador de estaño que todavía es el mismo, igual que el viejo con su cara de ave moribunda también es el mismo sólo que más viejo. Comprás cigarrillos, abrís el paquete, encendés uno con el encendedor de oro que te regaló la Lola, pedís una grappa, la bebés, pagás, te demorás un momento mirando las fotos en las paredes, las quietas aspas de madera de los ventilado-

res de techo, la cara de pajarraco insomne del vejete y te vas.

Don Casimiro había astutamente elegido un novio entre la gente de dos apellidos, con la ayuda secreta y desinteresada de Valsecca había buscado en los clubes restringidos, en las carreras de caballos, en las fiestas en Carrasco y en Pocitos, arrastrando siempre detrás a Rosa, ahora vestida con buena ropa, con sus uñas pintadas y su cara maquillada, con colgajos y sonrisas, con zapatos de altos tacones que apenas sabía usar, la Rosa salvaje, la planta silvestre yendo y viniendo en compañía de su padre por los salones, por clubes, por tertulias de carreristas y de efímeros playboys, su padre acechando las miradas, memorizando nombres y apellidos, recabando datos y antecedentes. Finalmente se decidió por un sujeto de buen abolengo y de comprobada estupidez, Antolín Martínez-Espejo, un vago pariente tuyo y de Valsecca, lo llevó a su casa, le compró un ramo de flores para que lo diera a su hija, lo dejó a solas con ella una tarde, a la noche siguiente Rosa, aprendiz de maga, lo había metido ya en su cama y a la otra mañana el escándalo, don Casimiro que clamaba por la virginidad perdida, Rosa que lloraba, Macarena que se mordía las uñas, Carpincho que amenazaba golpear y destrozar, don Casimiro que pedía explicaciones, que exigía obligaciones, que amenazaba venganzas, Rosa que gritaba en la histeria, ya del otro lado de la comedia grotesca, espuma en la boca y los ojos en blanco, Antolín Martínez-Espejo que gemía asegurando amor, boda, arrepentimiento, Carpincho que esca-

paba al flojo abrazo falso de su madre y corría a golpear a Antolín dos veces en la cara, Antolín que imploraba el perdón, Valsecca que en una esquina sonreía mirando nubes afuera por la ventana, los enfermeros que llegaban a atender a la enferma, el médico, inyecciones, reposo, la comprobación de un embarazo de un mes y medio que don Casimiro tapaba con billetes, Valsecca que se quedaba a solas con Carpincho y don Casimiro, los tres a beber, vos que venías al rato a enterarte, don Casimiro que no ocultaba secretos al contarte, Valsecca que negaba sacudiendo la cabeza, don Casimiro que se iba y Carpincho, Valsecca y vos que salían a la calle, se marchaban al boliche, Carpincho ya mañana empezaría a andar raro pero esa noche se hacía todavía pagar las copas por ustedes, se iban los tres al burdel, a la mañana siguiente Rosa con delirios y pesadillas, de nuevo el médico que recetaba tranquilizantes y reposo, a mediodía don Antolín Martínez-Espejo padre que dejaba su sombrero colgando en la cabeza de una estatuilla de bronce, te reconocía de lejos, te preguntaba por tu padre, se iba hacia don Casimiro sin esperar tu respuesta, los dos viejos que se daban la mano, don Casimiro que hablaba de injurias y reparaciones, Carpincho bebiendo su café que te guiñaba un ojo, los dos viejos que se iban a habar a solas a la planta alta, Macarena que asomaba una sonrisa entre los diez dedos que cubrían su cara, don Antolín Martínez-Espejo padre que se volvía incómodo, se disculpaba, seguía a don Casimiro un paso detrás, Carpincho que soltaba la risa, Macarena que de veras lloraba, a la una de la tarde el tim-

bre, la sirvienta que pasaba a atender, Macarena que miraba con lágrimas en los ojos, Valsecca que aparecía, al rato los dos viejos que bajaban, boda en cinco meses, don Antolín Martínez-Espejo padre que arrancaba su sombrero de la cabeza de la estatuilla de bronce, se lo ponía, ahora daba saludos para tu padre, para las tías de Valsecca, al pasar te decía que cada vez más te parecías a tu abuelo y vos pensando de dónde lo conocías a ese viejo, de dónde te conocía él, y también dabas saludos para su hijo, esperabas oír sus pasos fuera, el sonido de su coche al partir, mirabas las caras que miraban la puerta y escuchabas la risa de Carpincho, de nuevo el llanto sincero de Macarena que ya se iba corriendo escaleras arriba, veías la jeta estirada de Valsecca, la sonrisa a medio hacerse en la cara de don Casimiro. Boda en cinco meses. Y Rosa arriba, con fiebres, con un embarazo disfrazado, con barbitúricos en el cuerpo, con los ojos cerrados encima de las pesadillas diurnas, de los terribles delirios nocturnos. Boda.

Vos te parás en una esquina, comprás un diario, comentás con el diariero el frío y la lluvia inminente, leés los titulares, doblás el diario y te lo metés en el bolsillo del sobretodo y seguís caminando. Seguramente la Lola no se ha ido todavía, su gran cuerpo debe estar desparramado aún en la cama, la bandeja con las sobras de un café con leche en el suelo, la Lola leyendo una revista de modas o alguna de tus novelitas policiales, así que más vale esperar, dar vueltas, hacer tiempo hasta el anochecer, hasta tener la certeza de que la Lola se ha marchado y recién entonces

volver, en un ómnibus, bajarte en la esquina del edificio, meterte en el boliche que está justo enfrente, tomarte una grappa y convidar con una vuelta a los borrachos de siempre, salir de nuevo al frío. Subir como todos los días los seis pisos por las escaleras porque ese ejercicio es bueno y ayuda a desinflar la barriga, a limpiar los pulmones. Estás en la esquina, cruzás la calle, al darte vuelta ves las verjas de la casa grande, el letrero verde y blanco colgado en lo alto encima de la puerta de la casa vieja.

Tu vida, como muchas otras, es una eterna ronda de boliches: al salir de la Jefatura, todavía con la sensación de la mano tibia y húmeda del inspector Manfredi en tu mano, cruzaste al primer boliche, entraste, ahora no pediste grappa sino un café, lo revolviste varios minutos, lo apartaste casi con asco de tu cara, calculaste mecánicamente el dinero que llevabas encima y pediste un whisky doble, mejor triple y con los dedos sacaste las piedras de hielo de adentro del vaso y te lo bebiste de un trago hasta dejar el vaso vacío. Sacaste monedas, caminaste hasta el teléfono monedero, pusiste la moneda, discaste unos números memorizados desde hacía tiempo pero usados nunca, apretaste el botón al escuchar la comunicación del otro lado, la voz agallegada que te preguntaba cosas, vos a tu vez preguntaste por la señora, dijiste tu nombre, esperaste, sentiste que el corazón te marchaba más rápido –de veras el corazón te marchaba más rápido- al escuchar la voz del otro lado, el grito de alegría, tanto tiempo, la tristeza en seguida, te enteraste de lo de Carpincho, al final otra risa, que sí, que fueras, que

ibas a conocer a su segundo hijo, su casa, sus cosas, que estaba tan vieja.

Vos seguías siendo en el fondo un pituco, lo seguís siendo ahora, un niño bien frustrado (hay cosas que no se borran en la vida: desde lo alto se ven las palomas picoteando nada alrededor del estaque, el policía y los presos ya se han ido), de vez en cuando ibas a los clubs elegantes, el Tennis, el Polo, el Uruguay, el Jockey, te dejabas caer por los barcitos a media luz frecuentados por la gente de tu clase, estabas un poco aparte pero igual escuchabas cosas; estabas aparte porque te aburrías, porque no tenías dinero para el póker, no tenías ganas de acodarte a un mostrador para hablar de cocktails, de orgías y de parentescos, no tenias voluntad para acercarte a cualquiera de esas mujeres casadas cuyos maridos se emborrachaban acodados al mostrador, te faltaba coraje para mandar todo aquello de una vez al demonio –tu abuelo no había podido hacerlo, tu padre tampoco: a veces tu padre aparecía, lo recibían con abrazos, lo convidaban a beber, las mujeres todavía lo miraban pero ya con cierta lástima y con cierta nostalgia, tu padre se acercaba a vos, te preguntaba qué andabas haciendo y vos no le contestabas porque veías que sus ojos estaban perdidos en otra cosa, tal vez en grandezas pretéritas, tal vez en deseos ya ahora imposibles, tal vez en la preocupación por su calvicie, por su papada, por su gordura incipiente, por sus ojos que cada vez veían menos- y olvidarte, te sobraba esa simpatía familiar, ese atractivo melancólico del que tanto abusaron tu abuelo y tu padre, a las mujeres

les gustaba acercarse a hablar contigo, a los hombres les agradaba sentarse a beber en tu compañía y así, aunque te pusieras aparte siempre había alguien sentado a tu mesa, todos los días que ibas a un club, a un bar, a una reunión en la casa de Artemio Medrano o de Richie Beramendi y te enterabas de cosas y entre todas las demás –orgías, estafas, apuestas, bancarrotas, divorcios, matrimonios, noviazgos, adulterios, convenios, compromisos, encuentros, desencuentros, suicidios, testamentos, herencias, desafíos, peleas, bautismos, hijos naturales y bodas por contrato- había una sola, repetida e insistente, dicha a media voz o gritada a voz en cuello, que vos noche a noche recordabas: la mujer de Antolín Martínez-Espejo era una mujer fácil. Por eso habías memorizado su número de teléfono, pensando que aquélla podría ser una perfecta venganza, pero nunca te habías atrevido a llamarla. Y ahora ibas a verla, muerto su hermano, con tu bloc en el bolsillo hondo del saco y con tu birome en el bolsillo del pañuelo, en ómnibus hasta tres cuadras de su casa y el resto a pie, demorándote, pensando que por ahí cerca había una calle que se llamaba Juan Balcarce como vos –era tu abuelo-, caminando hacia la rambla por las calles en sombra. Ya era noche casi completa y vos pensabas en la ciudad al acercarte al agua quieta y maldiciéndola a la ciudad, vieja sifilítica, puta encorsetada, sintiendo en el cuerpo el deseo de dormir y de olvidarte, el miedo.

Ahora las palomas se han ido a dormir protegidas del frío en el campanario de la iglesia, no hay un solo pájaro en

ese árbol tocado apenas por las luces de los dos faroles, desde lo alto se ve la tormenta que se acerca, los relámpagos en el horizonte, la doble raya amarilla de las luces de neón de la avenida. Vos ya has bebido tu tercera grappa en ese boliche sin gente, ya has pagado, ya te vas. Abrís la puerta y te apretás en tus ropas contra el frío. Enfrente está la parada del ómnibus, una pareja se besuquea contra un árbol, pasa un tipo con un perro, vos cruzás.

La boda se postergó primero un mes, después se anticipó dos meses a la última fecha fijada, en definitiva se llevó a cabo con un mes de adelanto respecto a la fecha inicial. En la iglesia, Rosa, inflada, estaba de cuatro meses y medio según la versión oficial y de seis meses pasados según la cruda realidad. Cualquiera de las dos versiones daba exactamente lo mismo, porque el hijo iba a nacer en Europa –en Ginebra-. Antolín Martínez-Espejo hijo no iba a tener más remedio que creerse la historia del sietemesino y, como te decía Valsecca, si el niño de verdad resulta sietemesino, Antolín Martínez-Espejo aparecerá flotando en el Sena, en el Rin, en el Danubio, en el Volga o en el Tajo, el nacimiento de la criatura se dará a conocer dos o cuatro meses más tarde y más o menos todo se olvidará en poco tiempo. No creo, te decía Valsecca, que ni sus propios padres puedan echar mucho de menos al pobre Antolín Martínez-Espejo. A la boda por lo civil vos asististe como testigo –tenías la edad justa-, firmaste en un gran cuaderno de tapas duras, besaste en las mejillas a la novia, apretaste una mano del novio y te esfumaste hacia el fondo de la concu-

rrencia, para mirar, entre cabezas, a Rosa que sonreía con una especie de alivio. La última firma fue la de Valsecca, que agarró la lapicera, escribió e hizo su rúbrica pomposa sin que el pulso le temblara. Besó a la novia en las mejillas, le dio la mano al novio, saludó a los padres, suegros y abuelos de tan feliz acontecimiento y avanzando a codazos entre la gente se acercó a vos. Su cara había ido empalideciendo. Te pidió que lo acompañaras a beber una copa, los dos se fueron hacia el fondo del gran salón, se sirvieron champagne descorchando una botella frete a la mirada amarga y resignada de un mozo de smoking blanco y moña negra al cuello, chocaron los vasos, bebieron y Valsecca habló, me dijo 'Canalla' te dijo. Vos te reíste, 'A mí también', le dijiste y te sentiste feliz de la cara de asombro que ponía Valsecca. Pinchaste un bizcocho con un mondadientes, te lo tragaste, miraste a Valsecca, le hiciste una guiñada, 'Yo de todas formas, le dijiste, creo que la piba está muy enamorada de su novio, perdón, de su marido'. Valsecca hizo un gesto que casi era una mueca, '¿De veras?', preguntó, '¿Te dijo a vos también que eras un canalla?' 'De veras', le dijiste.

Y lo viste darse vuelta y marcharse. No lo viste más en todo el día y al día siguiente, en la iglesia, se sentó lejos de vos. 'Allá está', le dijiste a Carpincho, señalándoselo de un cabezazo. 'El muy idiota', te dijo Carpincho, 'Pensar que podría estar disfrutando de todo esto. Mi padre puso un millón para la boda, un viaje a Europa con todos los gastos pagados, una casa, el muy imbécil'.

A los tres días Rosa, su marido, su padre, su madre se embarcaban para Europa. Vos fuiste al puerto a despedirlos, donde Rosa te prometió falsamente que escribiría. Viste el barco que se iba, te fuiste con Carpincho a beberte unas copas y a almorzar. Valsecca no había aparecido.

Vos habías vendido el bastón de tu abuelo, su reloj. De un golpe más o menos certero habías conseguido desprenderte de todos los recuerdos. Sólo quedaban algunas fotos metidas en álbumes, en un pasillo de tu casa un óleo que una noche descolgaste y arrumbaste en la despensa, una serie de pipas de todos los tamaños que entre vos y tu viejo fueron regalando a amigos y vendiendo baratas a coleccionistas y los libros que vos ya ni leías ni veías. Hasta una tarde en que llamaste a un librero de viejo, le pediste una cifra, escuchaste otra cifra moviendo que sí la cabeza, recibiste el dinero y ayudaste al hombre a llevar los libros a su furgoneta. Esa tarde misma llamaste a Valsecca, lo citaste en un bar (Rosa ya se había casado, se había ido hacía meses con su marido y sus padres a Europa, Carpincho ya vivía solo en su apartamento, desde lo alto se ve a dos viejos tomados del brazo que cruzan lentos la plaza), lo esperaste con un gin-fizz ya servido, cuando llegó te levantaste a abrazarlo, apenas se sentó sacaste el dinero y lo dividiste en dos montones, le pasaste uno a él y lo viste dudar, mirarlo, mirarte a vos, preguntar, ‘¿Qué es?’, probar el gin-fizz ya aguachento, ‘¿A qué responde?’, encender un cigarrillo.’’Tu parte’, le dijiste, ‘Vendí los libros del abuelo’. ‘¿Los libros?’ Lo viste agarrar su parte, separarla en dos, decir ‘Para esta

noche’, y te viste en el espejo detrás de Valsecca aceptar, aceptando con dos cabezazos, te viste beber y levantarte, decirle a Valsecca que pagara, ya no te viste salir porque estabas de espaldas al espejo, pero en la calle sentiste la distancia, el silencio, esperaste a Valsecca, lo agarraste de un brazo y los dos se fueron caminando juntos, de nuevo a los burdeles.

Doña Mariflor los convidó con anís, preguntó por Carpincho, los besó cuando se iban, les pidió que volvieran. Te sentías casi bien esa noche, borracho, al volver a tu casa, al acostarte a dormir, al pensar otra vez –ya de niño lo pensabas, cuando andabas de la mano de tu abuelo subiendo y bajando los caminitos del Prado- en la sórdida coherencia de la vida, en las razones de la vida para hacerte vivir esa vida de locos a la vez tan absurda y tan exacta.

Con Valsecca vos te habías llevado siempre bien, por eso, claro, Valsecca no entendía lo que te estaba pasando. Vos habías estado con Rosa aquella tarde en su casa, habías conocido el peregrinaje de club a club, de fiesta a fiesta, de domingo a domingo en el hipódromo del viejo don Casimiro con Rosa y habías visto casi todos los días a Valsecca, con sus pantalones grises, su saco sport azul con los botones plateados o dorados, con su corbata bien encajada contra la nuez y su pelo planchado con gomina hacia la nuca.

Rosa ya tenía un novio, ya el hijo que llevaba adentro estaba más o menos legalizado, ya no había más que aceptar y callarse, por tu parte y por parte de todos. Y sin em-

bargo vos... Valsecca te veía raro, lo comentaba con Carpincho, que 'Qué carajo le pasará a Juancito que anda tan cambiado'. Un día te lo preguntó a vos. Vos tenías copas encima. 'Me revienta que seas tan cobarde', le dijiste, 'tan retorcido'. Y en seguida te sentiste ridículo. '¿Rosa?', te preguntó Valsecca, pero vos ya estabas arrepentido, ya estabas pensando qué habrían hecho tus ancestros, tu padre, tu abuelo, el viejo Bartolo Balcarce, cómo habrían actuado. Supiste que eras torpe e infantil al mover la cabeza de arriba abajo y al escuchar –lo preveías- la risa de Valsecca. 'Pero si todo es mentira, viejo, si Carpincho ya me preguntó lo mismo, si el padre, si la madre, todos. Se hizo dar andá a saber por qué botellero, por qué linyera, por qué gigolocito desastrado y ahora me echa las culpas a mí sólo porque'.

No le creíste.

En lo alto el viento sopla más fuerte que contra la tierra y las hojas del árbol grande de la plaza van cayendo en una lluvia pesada y amarilla, a veces golpean a la estatua, a veces flotan levemente hacia el suelo. Te volviste a tu casa, al día siguiente pudiste darle a Valsecca la excusa de la borrachera, acusar a tu imaginación y a la envidia, decirle que vos sabías que pero que no te importaba. Y Valsecca volvió a negarse, se siguió negando. Fue justo la noche en que Antolín Martínez-Espejo salió con ustedes a hacerse amigo, a beber en los boliches, fue justo en la madrugada de aquella noche cuando Valsecca aceptó y reconoció, seguramente por rabia y por vergüenza, Carpincho no estaba con ustedes –ya andaba en sus cosas secretas- y segura-

mente Antolín se sintió confiado, se explayó en detalles, vos sentiste tristeza y lástima y pensaste que Valsecca debía estar sintiendo lo mismo, los dos acompañaron en un taxi hasta su casa al hombrecito borracho –era la primera vez que se emborrachaba, con dos copas había quedado listo-, hubo que tocar el timbre, hablar con la madre, entrar cargándolo, comprobar que la pobreza también había metido su aliento nefasto en esa casa grande de dos apellidos, acostar al hombrecito, cubrirlo con una frazada, irse entre saludos, disculpas y agradecimientos, ver en lo alto de la escalera (en lo alto hace frío) al padre, que saludaba moviendo una mano, envuelto en su robe de chambre, que bajaba dos escalones, que pedía que por favor no fuera a enterarse don Casimiro, este lamentable incidente, y ustedes que vamos, que no se preocupara, saludar y marcharse. Y ya en otro boliche Valsecca te dijo que había algo que tenia que decirte y vos le dijiste que no, que no eras un inquisidor, que no te importaba, que sólo eran unos estúpidos celos porque vos también, y en un momento le estabas contando cuando agarraste a Rosa en la azotea, cuando ella te agarró, ya arrepentido antes de terminar de hablar, pensando lo que habría hecho tu padre, con aquella cancha que tenía, cómo habría actuado. ¿Y tu abuelo? De golpe también extrañabas a tu abuelo –lo estás extrañando ahora: en lo alto cada vez hace más frío-, echabas de menos las caminatas por el Prado, las visitas al museo aunque tu infancia, al fin de cuentas, había sido tan horrible como cualquier otra y no había nada que recordar nada que revivir, nada a lo que desear

volver. Pagaste y los dos salieron. Vos hiciste una broma, un mal chiste: ‘Pobrecito el niño’, dijiste, ‘si sale parecido al padre’. Y Valsecca se rió sin ganas. ‘¿A cuál?’, preguntaste, ‘¿A cuál de los dos padres?’

Rosa volvió de Europa con su niño, del brazo de su marido, seguidos los dos a un paso por los felices abuelos: la foto apareció en la página de sociales de algunos diarios. Rosa al final de la escalinata de madera del barco, apretando el niño contra el pecho, sonriéndole voluntariosa al flash del fotógrafo, al negro agujero de la cámara de fotos, al mundo. Al niño le habían puesto Juan Valentín y vos no sabías si agradecer la obvia referencia de esas tres primera letras del segundo nombre pegadas a tu propio nombre, al nombre de tu padre y de tu abuelo: en lo alto se siente más y más el frío. A Rosa sólo la viste dos veces más en todos aquellos años. Una vez te la encontraste frente a la puerta de la casa de sus padres, la besaste en la cara, acariciaste distraído la cabeza del niño que Rosa llevaba en los brazos, saludaste al hombre, el marido, que acababa de bajar de su coche, comentaste el calor con los dos, aceptaste un cigarrillo que el hombre te ofrecía y que no , que gracias, que estabas apurado –te habían invitado a subir, a tomarte con ellos una copa-, que otra vez seria, de nuevo acariciaste la cabeza del niño, a ver cuándo pasás por casa, Rosa sonreía al hablarte, ‘Me gustaría que vieras mis dibujos, que vieras los libros que he comprado’, Vos, con la mano en la cabeza del niño, murmurabas una disculpa. Antolín Martínez-Espejo te extendía una tarjeta con un número de teléfono que a

la primera mirada vos ya habías memorizado para siempre. La segunda vez que te encontraste a Rosa, de nuevo por casualidad, fue en un barcito elegante de una avenida con eucaliptos en Carrasco. Vos ya habías oído los comentarios de la gente, habías escuchado los rumores, habías soportado las autoglorificaciones borrachas de algún amante efímero y vos también estabas borracho aquella tarde, faltaba más, llevabas la tarjeta adentro de tu billetera adentro de un bolsillo, estabas sentado solo al mostrador y al principio no la reconociste a Rosa, su pelo pintado de rubio, los anteojos oscuros, aquellas ropas ceñidas al cuerpo y aquella forma de andar. Vos al principio viste unas piernas, seguiste hacia arriba con los ojos y distinguiste una cara más o menos bonita en la penumbra y ya te dabas vuelta para agarrar tu copa y seguir bebiendo, cuando descubriste que la mujer se sacaba los anteojos, te sonreía y te saludaba con una mano en el aire y recién al irse acercando derecho a vos la reconociste. Estuvieron bebiendo una copa, vos pagaste insistiendo en pagar, se fueron los dos a sentar a una mesa y se le notaba en su sonrisa, en sus gestos, en sus ademanes que Rosa quería quedarse y hablar y beber, pero vos venías arrastrando un cansancio ya de años, de golpe no eras vos sino tu cuerpo el que se levantaba, no eras vos sino tu voz la que hablaba, ‘Tengo que irme’, tu boca la que sonreía, ‘Disculpame’, tus piernas las que te llevaban paso a paso hacia las puertas de vaivén, el corredorcito de hotel, la puerta giratoria, la calle. Al minuto salía Rosa detrás de vos, te pedía que la acompañaras, que su coche estaba ahí

nomás a la vuelta, que estaba sola, que se aburría, ni siquiera había pudor en sus palabras, en esa apagada cadencia de la voz, en la mano que subía por tu brazo. Fuiste con ella una cuadra, perfeccionando excusas en silencio, la besaste en la cara como hacías antes y le dijiste que el trabajo, que el cansancio.

Rosa te vio irte con rabia, no te saludó cuando ya dentro de taxi diste vuelta la cara para saludarla, vos ya estabas durmiendo antes de llegar a tu casa, dormiste en tu casa sin pastillas, te despertaste violentamente lúcido antes de medianoche y en el momento de levantarte ya te estabas insultando.

Vos bajás hoy del ómnibus en la esquina de tu casa, justo enfrente hay un boliche, cruzás la calle, sacás del bolsillo del sobretodo el diario y empezás a leerlo, y ya antes de empujar las puertas y entrar en el boliche sentís que te golpea el vaho del alcohol y del calor de cuerpos, avanzás alejado del mostrador, mirando las perchas con abrigos y sombreros, las caras aburridas de los viejos que juegan al truco y a la escoba de quince, olés al irte acercando el hedor de las letrinas, ves a las yiras gordas y viejas que esperan no sabés qué Príncipes Azules imposibles sentadas a las mesas más distantes, a ellas antes que a nadie las convidarás con copas, las saludarás desde lejos levantando tu propia copa, dirás que no sonriendo a sus ofrecimientos, la negra de la mesa contra la última ventana seguramente se agarrará las tetas con las manos para incitarte y vos siempre que no, moviendo la cabeza, escuchando de a ratos la

discusión de boxeo y de política en el mostrador a tu lado. Volverás borracho al apartamento, tragarás tus somníferos y procurarás dormirte antes que la Lola, grande y alegre, regrese.

Habías dejado de ver a Rosa, habías dejado de preguntarle por ella a Carpincho las veces araras que lo veías, habías casi dejado de hablar de Rosa con Valsecca cuando vos y él coincidían alguna tarde en un boliche o alguna noche en un club pituco o en un cabaret del bajo y ahora, después de meses, después tal vez de años la habías llamado a Rosa usando aquel número de teléfono memorizado por tu falsa indiferencia, habías hablado con ella, Carpincho muerto, y estabas parado frente a la puerta del jardín de su casa, un letrero clavado en la puerta,

"Cuidado con los perros",

la chimenea en lo alto del techo por encima de los árboles y un vislumbre de un techo de tejas rojas arriba de las ventanas con las persianas corridas. Tiraste de un cordón haciendo sonar adentro campanillas, le dijiste tu nombre a la sirvienta vieja que se acercó a la puerta, seguiste a la vieja jardín arriba y entraste a la casa parpadeando, tus ojos no acostumbrados a aquella penumbra dulzona. Parpadeabas cuando apareció Rosa, sentiste sus pasos aún antes de verla, pensaste en las cosas que habías oído decir de ella y te diste cuenta que siempre llegabas demasiado temprano o demasiado tarde, también a tu abuelo no habías tenido tiempo de alcanzar a conocerlo cuando ya se te había muerto, y a Rosa ahora ya no tendrías tiempo de disfrutarla, tal

vez de quererla o de odiarla porque los años habían pasado muy de golpe, se habían acumulado como un enorme coágulo, habían caído en un galope salvaje sobre ustedes y aquella tarde, aquella noche ya vos habías entrado a la casa de Rosa con tu bloc en un bolsillo y con tu birome en otro, con tus preguntas estúpidas y con tus irremediables condolencias. Seguiste a Rosa por un pasillo, sin tocarla, por unas escaleras, sin mirarle siquiera las piernas y las ancas, sin seguir con los ojos el movimiento de sus caderas y la acompañaste a lo largo de otro pasillo sin apretarla en ninguno de los rincones oscuros contra los tapices de las paredes y entraste detrás de ella a un cuarto iluminado, Juan Valentín sentado en la alfombra jugando con sus juguetes y en la otra esquina la cuna rosada, la niña. Rosa la agarraba en los brazos y la alzaba hacia el sol de la ventana, vos la mirabas sin ganas y sin interés, hacías una mueca, preguntabas si éste de veras era de Antolín, escuchabas a Rosa reír y la veías encogerse de hombros, 'Tanto da', le decías, 'que sea uno, que sea otro'. Rosa dejaba a la niña de nuevo en la cuna, metía un brazo por debajo de uno de tus brazos, 'Ahora ya nadie va a molestarnos', la sentías susurrar. Los dos pasaban por una puerta a un gran salón con música, se sentaban los dos juntos en un sillón metido entre cortinas y de golpe vos estabas besando a Rosa y la escuchabas gemir débilmente al apartar de sus labios los tuyos. Te sentías tan payaso con tu block en el bolsillo, con tu birome, con tus preguntas masticadas por un mes de profesión en un diario y besabas de nuevo a Rosa o ella te besa-

ba a vos y otra vez la escuchabas gemir, desde lo alto se ven ventanas iluminadas, borrosas escenas hogareñas detrás de las cortinas, ahora la plaza está desierta y el viento sopla horrendo desde el arroyo, las fogatas de los bichicomes agujerean a lo lejos al tiniebla y brillan dobladas en el agua sucia. Vos todavía no has cruzado a tu apartamento, todas las yiras ya están tomando copas que vos pagaste, y Rosa se despedía de vos con unas cuantas palabras sobresaltadas, vos al salir agarrabas tu block y tu birome, los sacabas de adentro de los bolsillos y los tirabas afuera, hacia la mugre acumulada en la cloaca de la esquina, ahora las yiras te están mirando todas porque ya es la tercera vuelta de copas que les pagás y seguro que están pensando que ese dinero podría tener mejores usos, a dos cuadras haya una amueblada barata y funcional y en lo alto el frío hace temblar a las palomas, no hay palomas, el viento hace crujir las ramas peladas de los árboles, porque árboles hay todavía.

Vos llamaste a Godoy por teléfono, le dijiste que renunciabas al trabajo, al empleo, que no podías, que un amigo se te habías muerto y que, escuchaste del otro lado a Godoy reír, ahora de golpe no te tuteaba, ‘Váyase a emborracharse por ahí, Balcarce, y vuelva mañana’. Vos escuchabas el silencio en el aparato, agradecías, colgabas, metías otra moneda y llamabas a Valsecca, te enteraste, qué horror, cómo pudo ser, se citaban, se encontraban en una esquina una hora más tarde y de noche borrachos por supuesto, una pelea en un bar, Valsecca con la cara inflada a golpes y

vos feliz al volver a tu casa borracho, tajeado y entumecido, al acostarte a dormir: habías pasado por delante de la puerta de la pieza de tu padre y lo habías escuchado roncar, habías abierto borracho la puerta de la pieza de tu madre y habías visto sus ojos brillantes de gato que se volvían, horizontales, en las tinieblas desde la cama para mirarte.

Después pasaron años, también en lo alto pasan años, un diputado de apellido González tuvo la idea de erigir una estatua en memoria de tu abuelo, hubo colectas y comisiones, una calle de repente con tu nombre, dos millones de pesos juntados y otros tantos seguramente robados por los dignos presidente y vocales, tu padre preparando su discurso inaugural frente a un espejo, la botella de grappa al lado, un mediodía Valsecca, tu padre y vos se reunieron en la plaza, era verano y había sapos en el estanque, perros entre los árboles, palomas picoteando tierra entre los bancos y las flores, mucha gente, tu padre dijo diez palabras tontas, se atragantó no de emoción sino de falta de alcohol, todos aplaudieron, un hombre de mameluco tiró de una piola para descubrir la estatua y más aplausos, vos te fuiste con Valsecca y con tu padre a beber en un boliche, Valsecca andaba con guita y pagó todas las vueltas, por él te enteraste que Rosa se había fugado con un mago, el marido desconsolado y los niños, pobrecitos desgraciados, los tres sacudieron las cabezas, con la tercera copa tu padre empezó a contar anécdotas sucias de tu abuelo que vos ya conocías pero que Valsecca escuchaba con una atención como de animal hipnotizado, al final los tres pasaron por delante de

la casa y siguieron, sin detenerse siquiera para mirar adentro los canteros con flores y las persianas pintadas de verde, se separaron cada cual para su lado en una esquina, vos en taxi te fuiste al apartamento –hacía ya meses que te habías ido de casa-, te tiraste a dormir con una mujer que no era todavía la Lola pero que tu memoria ya no puede ni siquiera rescatar, pensaste en tu padre y en tu madre solos en la casa del Buceo y un poco te arrepentiste –te seguís hoy todavía arrepintiendo: en el boliche pedís la última grappa, mandás la última vuelta a las yiras- por haberlos dejado porque sí, una mañana habías visto un anuncio en el diario, habías hablado con un beduino de bigotes colorados, habías pagado un anticipo y al otro día te habías ido, te habías despedido con un abrazo de tu padre, habías mirado los ojos locos de tu madre que te miraban sin verte, una tarde entera te habías pasado metiendo libros en estantes, clavando en las paredes viejos dibujos de Rosa. Años después sacaste a la Lola de detrás del mostrador de una fiambrería, tu madre terminó de enloquecer y la encerraron, tu padre se encontraba contigo en los clubes distinguidos, gastándose sus únicos pesos en copas y en mujeres, Valsecca te llamaba por teléfono algún viernes o algún domingo para ir a las carreras o para organizar una comida en el bulín, todas las mañanas vos ibas al diario, escribías tus notas yendo y viniendo como una puta callejera y de noche te volvías a tu pieza, a tus pastillas y al insomnio repetido como el olor de tu cuerpo, como el olor memorizado de tus cosas,

como el secreto color de tus ojos en la penumbra de cada amanecer despierto.

¿Y tu abuelo?

De vez en cuando ibas, seguís yendo a la plaza con su estatua, a mirar a las palomas, a sentarte a fumar en un banco, cumpliendo un ritual un poco absurdo y un poco melancólico, burlándote de vos mismo al hacer la venia al irte saludando a tu abuelo.

Vos cruzaste la calle (las yiras te siguen mirando por las ventanas), y ya subís los seis pisos hasta tu apartamento, abrís la puerta con tu llave, olés el piso vacío, te sacás el sobretodo y lo tirás en una silla y encendés la luz. En las paredes hay dibujos de la Rosa y también fotos: tu padre, tu madre, Valsecca, Carpincho, la vieja Concepción estirando hacia vos los brazos en la luz del mediodía. Te estaba llamando. Eso es tal vez el más viejo recuero que te queda, el más antiguo. El final o el principio. Para empezar o para terminar.

Para más información, o descubrir otros libros inéditos de Álvaro, visiten
alvarocastillo.net

Biografía resumida de Álvaro Castillo:

Nacido en Montevideo en 1948, Álvaro Castillo trabajó en la Agencia EFE y en el semanario Marcha antes de trasladarse, en 1973, a España, donde, además de publicar sus primeras novelas con Plaza y Janés, escribió para diversas publicaciones, como Cuadernos Hispanoamericanos, El Indiscreto Semanal o la revista Nuevo Índice, y colaboró en los guiones de la serie de televisión Curro Jiménez. Álvaro falleció en Madrid en 2015, dejando siete novelas inéditas que ahora se publican por primera vez.